


AUTORA BESTSELLER DEL *USA TODAY*

# MAGIA DE CARNE Y HUESO

LAS BRUJAS *de* MOONFELL
LIBRO 4

# Magia de carne y hueso

LAS BRUJAS DE MOONFELL, LIBRO CUATRO

Magia de Carne y Hueso, Las Brujas de Moonfell, Libro Cuatro

Portada de Damonza


www.kimrichardsonbooks.com

# Índice

# CAPÍTULO I

Mi familia formaba parte de Los Renegados, una orden secreta sumida en oscuridad y maldad.

Después de entrar y salir de la sede de Los Renegados —el hogar de mi familia— ayer por la tarde, no podía quitarme el horrible sabor de mi boca, como si hubiera tragado café rancio.

Le había ocultado esa noticia a mi tía, sabiendo que tendría que decírselo cuando se viera más sana. La maldición de Rita había deteriorado su salud y, a sus noventa y siete años, nunca debió haber sufrido un hechizo tan terrible. Sin embargo, mientras me sentaba frente a ella en la mesa de la cocina, viendo cómo se concentraba para resolver un sudoku, no pude evitar sentirme agradecida de que tuviera mejor semblante que el día anterior. Sus mejillas seguían teniendo un aspecto ligeramente hundido, pero ahora volvían a estar sonrosadas.

Pero incluso cuando recuperó algo de color en la cara, noté que no estaba vestida con su habitual atuendo excéntrico y colorido. Tenía puesto un sombrío vestido negro con una chaqueta corta sobre los hombros. Y sobre su cabello ondulado como una nube tenía una boina negra que le daba un aire de luto. Estaba claro que los efectos de la maldición iban más allá del aspecto físico.

—¿Qué? —gruñó mi tía, sin apartar la mirada de su sudoku—. Deja de mirarme y escúpelo.

—¿Puedes ver que estoy mirándote? —Increíble. Tal vez ella podía ver a través de su frente.

Mi tía levantó la mirada y se encontró con la mía, lanzándome una mirada acusadora.

—No. Pero *sentí* tus ojos clavados en mí. Estás mirándome así desde esta mañana como si creyeras que voy a caer muerta. Y no es así. Así que deja de hacerlo.

—Rita te maldijo.

—Todavía estoy respirando, ¿no? Deja de tratarme como si estuviera a punto de irme al otro mundo. Es irritante.

Agarré mi taza de café y bebí un sorbo.

—Tenemos que encontrar la manera de quitarte esa maldición que te echó. No puedes vivir tu vida así.

Mi tía enarcó una ceja.

—Lo dice la bruja con un rusane en el cuello.

—Ja. Ja. Lo digo en serio. Tiene que haber una manera de quitártela. O sea, ¿has pensado en eso?

—Claro que sí —espetó mi tía.

Bueno, estaba un poco más gruñona de lo normal. Podía entenderlo.

—¿Y entonces?

—Y entonces, ¿qué? —La mirada de mi tía volvió a su rompecabezas.

—¿Has pensado en algo? ¿Cualquier cosa? Esto es culpa mía. Quiero ayudar. —Rita no se habría metido con mi tía si no fuera por mí y mi relación con Dash.

Sí, deseaba volver a ver a Dash, y deseaba que lo de Rita no hubiera ocurrido nunca. Tampoco creía una palabra de lo que salía de la boca de esa serpiente. Pero me preocupaban más los efectos a largo plazo que esta maldición iba a tener en mi tía. Por lo que podía ver, la maldición de Rita era probablemente mucho peor de lo que decía. Y no iba a dejar que mi tía la sufriera un día más. Quería que desapareciera.

Mi tía me miró y cruzó las manos sobre la mesa.

—No voy a hacer nada si no nos ocupamos primero de esa cosa que tienes en tu cuello.

Instintivamente, me llevé la mano al cuello y palpé el duro y frío metal del rusane. El collar mágico suprimía mi magia umbra y me impedía luchar contra Los Renegados. No esperaba que hicieran esto en la ceremonia de vinculación. No lo habían usado con Dash. Sólo conmigo.

Dejé caer la mano.

—Prefiero que nos concentremos en ti. No sabemos qué más puso Rita en esa maldición. ¿Y si tiene un temporizador o lo que sea?

Mi tía encogió los hombros.

—Todos tenemos una fecha de vencimiento.

Fruncí el ceño.

—Esto no es gracioso. ¿Cómo voy a concentrarme en encontrar la forma de acabar con Los Renegados si estoy preocupada por ti?

Mi tía guardó silencio un momento. Luego se levantó, con ayuda de su bastón, y se acercó a la isla de la cocina, agarró un pequeño tazón de cerámica y regresó arrastrando los pies.

—Primero, tenemos que ocupamos del rusane —dijo mientras colocaba el tazón frente a mí—. Luego veré cómo quitar la maldición que me echó ese demonio.

Abrí la boca para discutir con ella, pero al ver su mirada decidida, supe que sería inútil.

—De acuerdo.

La sorpresa se reflejó en la expresión de mi tía, que luego volvió a fruncir el ceño. Volvió a sentarse con una fuerte exhalación.

—Sólo me falta un ingrediente. —Señaló su armario de pociones—.

¿Puedes traerme el frasco que dice «Ojos de escarabajo»?

*Qué asco.*

—Claro. —Me levanté y fui en busca de ese desagradable frasco con ojos de escarabajo. Abrí la puerta del armario.

—Tercer estante —gritó mi tía desde detrás de mí—. Con una tapa roja.

Busqué en el tercer estante y vi el único frasco con tapa roja. Efectivamente, cuando lo saqué, en la etiqueta decía «Ojos de escarabajo». Inspeccioné el frasco.

—Parece más pimienta que ojos.

—Dámelo, por favor —ordenó mi tía.

Me acerqué a la mesa y se lo di.

—¿Qué más hay en ese armario?

—No te preocupes —dijo y desenroscó la tapa—. ¿Y? ¿Vas a abrir ese sobre en algún momento de este año, o te vas a quedar mirándolo todo el día?

Giré la cabeza hacia donde ella miraba fijamente un gran sobre manila que descansaba en el otro extremo de la mesa. El que Orik me había dado.

—Aún no lo he decidido —le dije—. Quería resolver primero lo de la maldición de Rita.

Mi tía echó unos cuantos ojos de escarabajo en el tazón y murmuró algo que no pude entender.

—Eso ya lo hablamos. El hechizo necesita unos minutos para que los ojos de escarabajo se absorban bien. Tienen que estar al dente para que el hechizo funcione. Por eso hay que ponerlos al final.

La idea de que los ojos de los insectos estuvieran al dente era demasiado descabellada para mí.

—Vamos. Ábrelo.

Me incliné sobre la mesa y agarré el sobre. Orik me había ordenado que lo del trabajo quedara entre nosotros. ¿Eso incluía a mi tía? Posiblemente. ¿Me importaba? Ni un poco.

Rasgué la parte superior y vacié el contenido sobre la mesa.

—¿Dinero en efectivo? ¿Me dio dinero en efectivo? —Recogí el fajo de billetes de cien dólares, sorprendida de que el jefe de las hadas me diera dinero por esto cuando decía que le debía un favor. El hecho de que hubiera dinero de por medio no me daba buena espina. Significaba que lo que me pidiera sería extremadamente peligroso.

—Porque va a ser peligroso —se hizo eco mi tía.

La miré y me di cuenta de que el contenido del bol, ahora de color verde brillante, se removía mágicamente como si se mezclara con una cuchara invisible.

—Me lo imaginaba —respondí, contando el dinero—. Aquí hay diez mil dólares. —El dinero ayudaría mucho a cubrir las reparaciones

necesarias de nuestra casa y a pagar las facturas pendientes. Hacía tiempo que no trabajaba en un nuevo caso después de la muerte de Tim, así que esta inyección de dinero nos vendría muy bien.

—Deberías usarlo para devolverle el dinero a Dash —dijo mi tía.

Pensar en Dash me produjo una punzada en el pecho. Aunque lo había visto anoche, ya lo extrañaba mucho.

—Lo sé. Pero no es como si supiera dónde está. Además, no lo aceptaría. —De eso estaba segura. Era ese tipo de hombre—. Él querría que usáramos este dinero para nosotras.

Mi tía murmuró algo, claramente disgustada por no poder hablar ni ver a Dash. Ya éramos dos.

El sonido de una cortadora de césped me hizo voltear.

—Ese debe ser Liam.

—¿Liam?

—El marido de Annette. Olvidé decírtelo. Nos va a cortar el césped. —Esperé a que discutiera, pero se quedó mirando su poción mágica.

Coloqué el fajo de billetes en el centro de la mesa y luego tomé el único otro ocupante del sobre, que era una tarjeta pequeña, como una tarjeta de presentación. Era sencilla, blanca, con una sola inscripción en negro:

*897 Calle 48, Nueva York, NY*
*Piso 8, suite #803*
*Laboratorio 6, Vial #18C*

Le di la vuelta a la tarjeta para ver si había algo más escrito, pero estaba en blanco.

—¿Qué dice? —preguntó mi tía.

Le di la tarjeta.

—Sólo una dirección donde se supone que debo ir y robar este vial. —Esa parte era obvia.

Mi tía se reclinó en su silla, frunciendo el ceño.

—¿Por qué me suena esa dirección?

—¿Te suena? —Observé cómo mi tía se llevaba la tarjeta a la frente como si intentara obtener una lectura mágica de ella—. ¿Tienes algo?

Sacudió la cabeza y me devolvió la tarjeta.

—Sólo un dolor de cabeza.

Me quedé mirando la tarjeta.

—Vial #18C. ¿Qué contiene? ¿Y por qué Orik necesita que se lo consiga? —Probablemente porque no quería ensuciarse las manos, por eso. Parecía alguien que hacía que otros hicieran su voluntad. Esta noche, era mi turno.

—Lo descubrirás cuando llegues —comentó mi tía—. ¿Cuándo te vas?

—Esta noche. Si tengo que entrar en este edificio, mejor que sea de noche.

—Hmm. ¿Cómo llegarás allí?

—Yo conduciré. Será más fácil. Menos tráfico en Manhattan por la noche. —Realmente no me apetecía conducir hasta Nueva York esta noche, pero mientras más rápido le hiciera este favor a Orik, más rápido podría concentrarme en asuntos más importantes, como deshacerme de Los Renegados y encontrar a Rita. No había terminado con ella.

—Está listo —dijo mi tía—. Necesito que te sientes en esta silla. —Señaló la silla de al lado.

Agarré la silla vacía y me senté frente a ella.

—¿Y ahora qué? —Me quedé mirando la poción verde que se parecía a la pasta de dientes, aunque no me lavaría los dientes con eso.

Mi tía colocó el bol sobre su regazo.

—¿Kat?

—Luna.

Mi tía me fulminó con la mirada.

—¿Estás segura de esto?

Asentí con la cabeza.

—Lo estoy. Quiero quitarme esta cosa de encima. ¿Por qué? ¿Por qué pones esa cara? ¿No estás segura de que vaya a funcionar? —Me quedé mirando el contenido de la poción en su regazo, y el olor a estiércol me llegó a la nariz. Me alegro de no haber tenido que ingerirlo.

La preocupación se dibujó en el ceño de mi tía.

—Claro que va a funcionar, pero esa es precisamente la cuestión.

Entrecerré los ojos.

—Eh. No entiendo.

—Quieres destruir a Los Renegados, como deberías. El mundo necesita librarse de esa horrible pandilla.

—¿Estoy sintiendo un pero aquí?

—Pero... —Mi tía suspiró—. Si te quitamos el rusane, ese hechizo vinculante que te echó ese grupo, bueno, podría volver a tener pleno efecto. Cuando te quite el rusane, es posible que no puedas hablar conmigo ni con nadie sobre sus planes ni sobre nada relacionado con ellos. No estoy totalmente segura de que eso vaya a pasar, pero podría. Sólo quiero que estés preparada.

Cierto. Tenía razón.

—Pero no estás segura.

—No lo estoy. Puede que la magia del rusane y el hechizo

vinculante no tengan nada que ver con que puedas hablar de ellos y de sus planes enfermizos. Pero puede que sí.

Lo pensé. La última vez que estuve a solas con un grupo de Los Renegados, habían intentado matarme, y yo estaba totalmente desesperada por defenderme. El rusane me impidió defenderme. Si no hubiera sido por Dash, lo habrían conseguido.

Dash se había ido. Ya no podía confiar en él. Tenía que confiar en mí misma, como había hecho durante los últimos treinta y siete años.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo. Hazlo.

Mi tía no dijo nada mientras mojaba los dedos en la mezcla y empezaba a untarla sobre el rusane. Aunque no podía verlo, podía olerlo.

—Huele a pies sucios —dije con una mueca.

—¡Silencio! —refunfuñó mi tía—. No hables más.

Cerré la boca con fuerza e inmovilicé mi cuerpo mientras mi tía seguía esparciendo aquella sustancia viscosa y maloliente sobre el rusane.

La cara de mi tía estaba marcada por la concentración. Sus cejas se fruncían en profunda concentración mientras seguía aplicando la mezcla.

Entonces sus ojos se fijaron en mi cuello mientras canturreaba:

—¡Desaparece hechizo, poder desconocido, libérala de este castigo!

Cuando la última sílaba salió de sus labios, dio una palmada y una oleada de energía sacudió el ambiente. Una repentina ráfaga de viento azotó la habitación y desprendió un aroma como una mezcla de azufre y agujas de pino. El aire que nos rodeaba se volvió denso y con una energía espeluznante, crepitando con un poder reprimido. Sentía una extraña presión en la habitación, erizando mi piel con una sensación inquietante. Contuve la respiración, sintiendo que una fuerza invisible me desarmaba y me armaba de nuevo.

Sentí que el rusane empezaba a temblar en mi cuello, un zumbido bajo llenaba la habitación como si despertara de un largo letargo. La vibración se intensificó, casi frenética, hasta que pude sentir como si convulsionaba.

Entonces oí un chasquido agudo y algo cayó pesadamente sobre mi regazo.

Miré hacia abajo. Un tenue resplandor emanaba del rusane, brillando con una luz de otro mundo. Y entonces el rusane palpitó brevemente antes de apagarse y quedar sin vida.

Sentí que el alivio me invadía y que el peso de la magia del rusane se desprendía de mi cuerpo.

Mi tía se volteó hacia mí, con expresión ilegible.

—Ya está listo. El control que el rusane tenía sobre ti, ha sido anulado. ¿Cómo te sientes?

Recogí la gargantilla de metal, sintiendo repugnancia por lo que ese pequeño objeto podía hacerle a una bruja. Le di un vistazo. No veía dónde se sujetaba. No tenía ningún gancho ni broche ni nada, lo que me decía que se mantenía unido a mí sólo con magia.

—Me siento bien. Gracias —dije mirando a mi tía. Fruncí el ceño —. Te ves un poco cansada. ¿Te encuentras bien? —Tenía la cara desencajada y la piel pastosa y pálida. Para nada como hace un minuto.

Mi tía se recostó en la silla.

—Sólo estoy un poco mareada. Me pondré bien.

Mis labios se entreabrieron mientras mi corazón golpeaba en mi pecho.

—Es el hechizo de Rita. Te hizo algo. Te arrebató una parte de tu energía. Puedo verlo. ¿Eso significa...? —No pude terminar las palabras.

—Que cuanta más magia haga, cuantos más hechizos lance, acabará matándome —terminó mi tía por mí.

—Esa perra. —La odiaba y mucho.

—Sí, bueno. —Mi tía exhaló—. Me imaginé que había más en su maldición de lo que nos dijo.

Agarré el rusane en mi mano.

—Tenemos que librarte de su hechizo. Y tenemos que hacerlo ahora.

Mi tía me hizo un gesto con la mano.

—Lo haremos. Primero, ¿has pensado cómo vas a replicar eso? —dijo y me arrebató el rusane de las manos. Sus ojos recorrieron la gargantilla—. Podría hacerle un hechizo de reparación para cerrarlo.

Le quité el rusane.

—No harás nada hasta que estés mejor. Te traeré un jugo. —Me levanté y me acerqué al refrigerador.

—O hacemos una réplica, o tendrás que encontrar la manera de volver a ponerte eso en el cuello. Si no, sospecharán algo.

Volví y le di a mi tía un vaso de jugo de naranja.

—Lo sé. No sé cómo hacer una réplica. Así que voy a tener que usar el mismo rusane.

Mi tía tomó un sorbo de su jugo.

—Entonces haré un hechizo de reparación.

—No. —De ninguna manera la dejaría hacer ningún tipo de magia. No hasta que recuperara su color, e incluso entonces, no se lo permitiría.

Mi tía chasqueó los labios.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso sin mi ayuda? No sabes hacer ese tipo de magia.

—Se llama Pega Loka.

Mi tía escupió un poco de su jugo. Se limpió la boca y dijo:
—Bueno. Eso servirá.
Sonó el timbre de la puerta al final del pasillo.
—¿Los Renegados? —preguntó mi tía—. Recuerda lo que te dije. El hechizo de vinculación podría tener un mayor control sobre ti.
Asentí con la cabeza.
—Lo sé. —Tendría que ponerlo a prueba—. Dudo que toquen el timbre. —Con el rusane en mis manos, caminé hacia la puerta principal y la abrí de un jalón.
Una mujer de rasgos llamativos y cabello oscuro y sedoso que le caía en cascada por la espalda estaba de pie en la puerta.
—Hola, Katrina —dijo—. ¿Podemos hablar?
¡Santo caldero! Mi madre estaba aquí.

# CAPÍTULO 2

Justo cuando pensaba que el caos de mi vida no podía empeorar, de repente me encuentro con una nueva dosis de drama. Y parece que no tiene fin.

Mi madre, Evangeline Lawless, decidió aparecer precisamente hoy, cuando acababa de quitarme el supuesto collar que me habían obligado a usar los miembros de su grupo.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo aquí. ¿Investigándome? ¿La enviaron Los Renegados para sacarme información? Ya lo veremos.

—¿Vas a invitarme a pasar? —preguntó mi madre. Estaba muy elegante, con su esbelta figura envuelta en una falda lápiz gris perfectamente entallada y una chaqueta que le combinaba. Exudaba un aire de sofisticación y confianza, llamando la atención con cada movimiento que hacía.

—Pasa —dije, moviéndome para cerrar la puerta detrás de ella.

—¿Quién es? —gritó mi tía desde la cocina.

—Mi madre —le grité, sabiendo que los gritos la molestarían. No podía evitarlo.

Pero, sorprendentemente, no dijo nada mientras parecía esperar a que yo le indicara a dónde ir.

—Estamos en la cocina —dije y tomé la delantera mientras caminaba por el pasillo para encontrar a mi tía sentada en la misma silla pero con cara de pocos amigos.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo mi tía, mirando a mi madre con una dosis igual de desconfianza y curiosidad.

—Tía Luna —dijo mi madre, dedicándole una amable sonrisa.

—Siéntate. —Le hice señas a una de las sillas vacías y esperé a que mi madre se sentara para ocupar la silla de al lado. Ni siquiera miró la pila de billetes que había sobre la mesa—. ¿Un café? —Le ofrecí.

Mi madre negó con la cabeza.

—No, gracias. No me quedaré mucho tiempo.

El silencio que siguió fue, cuando menos, incómodo.

Me aclaré la garganta.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —Para espiarme, obviamente.

Mi madre se giró hacia mi tía y la irritación brilló en sus bonitos ojos.

—Creía que habías muerto. Gasté cincuenta mil en tu funeral.

Mi tía soltó una carcajada y se golpeó el muslo.

—¿Cincuenta mil? Eres una idiota.

Pues sí, ahora se sentía mejor. Qué bueno.

La expresión impecable de mi madre se tensó.

—Bueno, me alegro de que no estés muerta. Pero, ¿por qué le hiciste creer a todo el mundo que lo estabas?

Mi tía se bebió el último sorbo de su jugo. Se relamió y dijo:

—Digamos que fue para llamar la atención de alguien.

—Bueno, funcionó. —Mi madre suspiró. Miró alrededor de la cocina, asimilándolo todo—. Este lugar no ha cambiado nada. Es bonito. Cómodo.

—Querrás decir que parece barato —espetó mi tía.

Mi madre se paralizó.

—Sabes que no me refería a eso.

—Bueno, ya basta. —Crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué estás aquí entonces? ¿Es por ellos?

Mi madre puso los ojos en blanco.

—¿Quiénes?

—Ya sabes quiénes. —Estaba a punto de probar la teoría de mi tía. Si no podía tener una conversación sobre Los Renegados, las cosas se iban a poner muy confusas.

—Tendrás que ser más específica —dijo mientras se colocaba un mechón suelto detrás de la oreja. Al mirarla de cerca, sus delicados rasgos ahora mostraban el paso de los años, aunque sus ojos eran brillantes y seguros.

—Los Renegados —siseó mi tía—. Tu nueva familia, supongo.

Los ojos de mi madre se abrieron ligeramente, pero aparte de eso, no reaccionó mucho.

—Creo que no entiendo.

—Déjate de tonterías —le dije—. Sé que eres uno de ellos. Vi el sótano. Vi lo que había ahí abajo. Vi donde se reagrupan, donde realizan sus ceremonias. Estuve allí. Bueno, hasta el momento podía hablar de ellos. Entonces, ¿qué significaba eso?

Mi madre miró hacia la mesa.

—¿Por eso estuviste ayer en la casa?

—Más o menos. —Esperé a que hablara de las tablas. Cuando no lo hizo, le dije—: ¿Cuándo te uniste? Debió de ser cuando yo no estaba. El sótano no era así cuando yo vivía allí.

Mi madre me miró a los ojos.

—Yo no me uní. No soy parte de ellos.

—Mentira.

La irritación apareció en sus ojos.

—Nunca me he unido a ellos, Katrina. Te lo juro. Pero Alistair…

—Es miembro. —No me sorprende. Pensé que él sí era. La verdadera prueba sería si mi madre podía hablar de ellos sin

convulsionar. Si no podía, sabría que estaba mintiendo. Como Eli y Dash, ella no sería capaz de darme sus nombres.

—Así que viniste a espiarme por él. ¿Es eso?

Los labios carnosos de mi madre se entreabrieron.

—Vine a verte. A explicarte. Sabía que asumirías que soy parte de ese… grupo. No lo soy.

Miré a mi tía, que miraba a mi madre como si quisiera darle una bofetada con su bastón. Volví a mirar a mi madre.

—¿Quién es el líder? —Ya está. Vamos a ponerla a prueba.

—Se llama Algar —respondió ella sin inmutarse—. No sé su apellido. Sólo Algar.

Bueno. Posiblemente estaba diciendo la verdad.

—¿Y Fender Bender? —pregunté, haciendo que mi tía resoplara.

—No sé si Fender sea miembro —respondió mi madre—. Tal vez.

—¿Y Brad? —No sentía cariño por mi hermano. Si era miembro o no, no me importaba. Era sólo para poder escribir una lista.

Los ojos de mi madre se pusieron tristes.

—Sí. Él también.

Mi tía se inclinó hacia adelante.

—De tal palo tal astilla —murmuró—. Deberías haber hecho algo. Deberías haber alejado a tu hijo de esa horrible secta.

Los ojos de mi madre brillaban con lágrimas no derramadas. Sus hombros se hundieron ante las palabras de mi tía, una mezcla de vergüenza y arrepentimiento ensombreció su rostro.

—Lo intenté. Intenté por todos los medios mantenerlo alejado de todo. Pero no puedes controlarlo todo, y más cuando empiezan a inclinarse hacia la oscuridad por su cuenta.

Mi tía golpeó el piso con su bastón, haciéndome estremecer.

—Tú eres la madre, Evangeline. Es tu deber proteger a tus hijos. No importa más nada.

Un destello de ira recorrió el rostro de mi madre, algo que no había visto en años. Décadas.

—Quiero a mis hijos. A mis dos hijos. —Respiró entrecortadamente y cruzó sus temblorosas manos sobre el regazo—. No lo entiendes. No es tan sencillo. Tienen formas de manipular a la gente, de atraerlos sin que se den cuenta. Alistair… él… —Hizo una pausa, las palabras se le atascaron en la garganta.

—Es débil —terminé por ella, con mi voz mezclada con amargura—. Igual que Brad.

Un pesado silencio se apoderó de la habitación, sólo roto por el zumbido del refrigerador. Sentía la mirada de mi tía clavada en mí y su desaprobación palpable. Pero en el fondo, sabía que mi madre decía la verdad. En sus ojos se mostraba una vulnerabilidad que nunca antes había visto, una cruda honestidad que me sorprendió.

—Así que *no* eres miembro —le dije.
Mi madre negó con la cabeza.
—No.
Me incliné hacia delante.
—Entonces, ¿por qué no te vas? Evidentemente no estás disfrutando que se hayan apoderado de tu sótano. —De hecho, se veía... asustada. Aterrorizada.
Mi madre resopló.
—No puedo.
—¿No puedes? ¿O no quieres? —preguntó mi tía—. A lo mejor te gusta estar casada con uno de ellos.
La furia brilló en los ojos de mi madre.
—Los *odio*. Odio todo lo que representan. Lo que han hecho...
—Sé lo que han hecho —dije—. ¿Cuánto tiempo?
—¿Cuánto tiempo? —preguntó mi madre, secándose una pequeña lágrima con el rabillo del ojo.
—¿Cuánto tiempo llevan congregándose en tu sótano?
Ella lo pensó.
—Unos tres años después de que te fueras.
Me recosté en la silla.
—Así que han estado pudriéndose en tu casa durante mucho tiempo. ¿Y nadie lo ha sospechado nunca?
Mi madre negó con la cabeza.
—Tienen amigos en las altas esferas. Maldicen a la mayoría de los miembros. No pueden hablar de ellos con nadie más. Morirían en el intento.
—Lo sabemos —gruñó mi tía.
La voz de mi madre vaciló al continuar:
—Pero su poder está creciendo. He visto cosas... cosas que no puedo explicar. Celebran rituales en plena noche, a escondidas de miradas indiscretas. Han retorcido las mentes de nuestros vecinos, doblegándolos a su voluntad.
Mi tía apretó con fuerza el bastón.
—¿Has soportado esto sola todo este tiempo?
Mi madre no dijo nada mientras miraba su regazo.
—¿Y no puedes irte? —volví a preguntarle. Ahora que tenía un poco más de información, parecía atrapada. Asustada, de hecho. Miedo de lo que le harían. Empezando por su propio marido, si tuviera que adivinar.
Mi madre negó con la cabeza.
—Lo he intentado. Muchas veces a lo largo de los años. Él... —el resto de las palabras se le quedaron en la garganta.
—¿Te ha pegado? —Adiviné—. ¿Te maldijo? —Mi padre era un verdadero encanto. No me sorprendería que la hubiera amenazado de

muerte si intentaba irse otra vez.

Mi madre apretó las manos temblorosas sobre su regazo.

—Ya no importa.

—Claro que importa —dijo mi tía—. Tienes miedo de tu propio marido. Tenemos que hacer algo al respecto.

Los ojos de mi madre se desviaron como si esperara que las paredes tuvieran oídos.

—No, por favor. No pasa nada. Estoy bien.

—Está claro que no —dijo mi tía—. Puedes quedarte aquí. Hay mucho espacio.

Mi madre volvió a negar con la cabeza, parecía aterrorizada ante la idea.

—No. No.

Pude ver la lucha interna en sus ojos, dividida entre querer irse y enfrentarse a la aterradora realidad de la situación; estaba atrapada.

En ese momento, sentí lástima por ella y un poco de culpa. No éramos unidas. Pero seguía siendo mi madre. Si hubiera sabido que su marido la aterrorizaba, habría hecho algo. Habría intentado ayudarla. Me la habría llevado y escondido. Cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Sí, mi madre era una bruja, una Merlín, y tenía grandes habilidades mágicas. Pero Los Renegados tenían más. Y más miembros. Habían estado usando la casa de mi madre como su cuartel general durante años. Dudaba que fueran a hacer algo para arriesgarse a perder eso, lo que significaba mantener a mi madre bajo estricta vigilancia.

—Puedo sacarte —dije, con voz firme y resuelta—. Tengo algo que hacer esta noche, pero después podemos hacer planes. —Tenía diez mil dólares. No era mucho, pero bastaría para poner a mi madre a salvo en algún lugar, preferiblemente fuera de Moonfell. Sabía que tenía mucho dinero, pero sabía que Alistair le impedía usarlo. De lo contrario, habría desaparecido hace tiempo.

Mi madre me miró. La tristeza brilló en sus ojos.

—Es demasiado tarde para mí. Y no vine aquí para eso.

—Entonces, ¿por qué viniste?

—No vine a espiarte, Katrina. —Los ojos de mi madre se desviaron hacia el rusane que había olvidado que aún llevaba conmigo. Si sabía lo que era, no dijo nada—. Vine a advertirte.

—¿Advertirme de qué?

Mi madre se lamió los labios.

—Oí a Algar y Alistair hablando de ti. Algo sobre que querían algo de ti. No pude oír mucho. No hablan delante de mí. Sólo sé que debe ser algo malo. Creo... creo que van a coaccionarte para que te unas a ellos.

—Es demasiado tarde —le dije.

Una arruga se formó en el ceño perfecto de mi madre.

—¿Qué quieres decir?

—Ya soy miembro.

Mi madre me miraba como si le costara escuchar lo que acababa de decir.

—Pero... ¿cómo... cuándo? Pero si estás hablando de ellos. Eso es imposible. He visto lo que les pasa a los miembros que intentan hablar de ellos con alguien que no lo es. Ellos...

—Empiezan a convulsionar y luego mueren —respondí—. Lo sé. Lo he visto. —Miré a mi tía—. No sabemos exactamente por qué yo sí puedo. Podría ser una combinación de muchas cosas. —Me quedé mirando el rusane y pensé en decírselo, pero cambié de idea. ¿Y si mi padre tenía alguna forma de *obligarla* a contarle lo que había estado haciendo hoy? No podía arriesgarme a que le dijera que el rusane había sido destruido.

—Los hechizos y las maldiciones actúan de forma diferente en cada persona —dijo mi tía, que parecía haberse dado cuenta de lo que estaba pensando—. Tú lo sabes, Evangeline. Igual que sabes que tu hija siempre ha sido... *diferente*.

Eso era decirlo a la ligera. Que yo supiera, no había nadie como yo en el mundo, lo que me hacía sentir muy sola.

—Nunca quise esto para ti, Katrina —habló por fin mi madre, con la voz llena de tristeza—. Por favor, créeme.

Por extraño que parezca, le creí. Sentí una oleada de emociones contradictorias: rabia hacia mi padre por llevar a Los Renegados a casa de mi madre y culpa por lo asustada que estaba. Nunca la había visto así. Era casi como si estuviera viendo a otra persona. Quizás había cambiado. Seguro que lo había hecho.

—Nunca podrás dejarlos. Estarás atrapada, como yo, para siempre —dijo mi madre, con el rostro pálido, como si fuera víctima de una de las maldiciones de Rita.

Sacudí la cabeza.

—No seré parte de ese grupo por mucho tiempo. Me voy a salir. —Cuidado, aún no quería contarle todos mis secretos.

—¿Cómo? —Mi madre nos miró a mí y a mi tía—. Es imposible. Sé de algunos miembros que lo han intentado y han fracasado. Ahora están muertos.

—Estoy trabajando en eso. —Ahora sin el rusane en mi cuello, sin su control mágico, tenía muchas más opciones.

No sé decir que fue lo que vi en la cara de mi madre: miedo, curiosidad, incluso tal vez una pizca de orgullo. Pero una cosa era segura. Estar atrapada en una casa no era forma de vivir.

Mi madre se levantó bruscamente.

—Debería irme. —Miró alrededor de la cocina como si esperara que alguien o algo viniera a agarrarla.

Me levanté de mi asiento.

—¿Seguro que no quieres quedarte a tomar café? —Era una sensación nueva para mí querer que mi madre se quedara. Tendría que pensarlo.

—No, gracias —dijo ella, apartándose de la mesa.

—Eres bienvenida cuando quieras, Evangeline —dijo mi tía, mirando a mi madre con ojos amables y la misma lástima que yo sentía.

Mi madre forzó una sonrisa.

—Gracias. Puede que acepte tu oferta. Adiós, tía Luna —dijo y se fue por el pasillo.

—Espera. —Me apresuré a seguirla—. ¿Estás segura de que no quieres que te ayude? Puedo ayudar, lo sabes. Puedo ayudarte a esconderte hasta que pongas tus cosas en orden.

En la puerta, mi madre se dio la vuelta, extendió su mano y agarró la mía, sorprendiéndome muchísimo. Creo que me sobresalté. Era extraño tocar su piel. No recordaba que lo hubiera hecho alguna vez.

—Te has convertido en una buena mujer y bruja, Katrina —dijo, con lágrimas en los ojos—. Hagas lo que hagas, prométeme que tendrás cuidado.

Me sentí incómoda. No recordaba que mi madre me hubiera hablado así.

—Tendré cuidado.

Con un último apretón, me soltó y salió por la puerta principal. La vi subir a un auto que la esperaba. La conductora, una mujer con grandes gafas y muy probablemente bruja, me espió desde el asiento del conductor. Me resultaba familiar, pero no recordaba dónde la había visto.

Las vi alejarse. Volvieron emociones que no había sentido en más de veinte años. Siempre había sentido que mi madre me odiaba, o más bien, que estaba muy decepcionada conmigo. ¿Y si había estado equivocada todo este tiempo? ¿Y si lo que yo creía que era su continuo disgusto era en realidad un miedo abrumador por su vida o por la de sus hijos? Si me hubiera tratado con amabilidad y comprensión siendo una niña sin magia, ¿Alistair habría tomado represalias contra ella? ¿Me habría hecho daño? Parecía un gran sí.

Me consolaba el hecho de que al menos tenía una amiga de verdad, alguien en quien confiaba y con quien podía hablar.

Admitiría que no conocía a mi madre, ya no. Pero seguía siendo mi madre y una persona. Odiaba verla tan angustiada, tan aterrorizada, como un animal atrapado en una jaula. No estaba bien.

En ese momento, estuve segura de mi decisión de eliminar a Los

Renegados de este mundo. Yo sería libre. Y mi madre sería libre de años de tormento.

Parecía que el juego había empezado.

# CAPÍTULO 3

Me senté en mi Jeep, con las manos en el regazo, mientras esperaba a que el reloj digital de mi teléfono marcara la medianoche. A esa hora cambiaban los turnos de los guardias de seguridad en el edificio del Consejo Gris, comenzando el turno de noche que duraba hasta las siete de la mañana. Bueno, según Jack Spencer, subdirector del Grupo Merlín en Nueva York.

—¿Por qué quieres saberlo? —me había preguntado, con un tono suspicaz. No le había gustado que lo llamara tan tarde.

—Estoy saliendo con uno de los guardias, y eso es lo que me dijo. Se supone que íbamos a encontrarnos, pero creo que me dejó plantada. —Era una mentira bastante patética, pero fue lo único que se me ocurrió. Jack pareció creérselo porque no insistió más.

La dirección que Orik me había dado en Nueva York era el edificio del Consejo Gris. No me extraña que esa dirección le sonara familiar a mi tía. Pero yo nunca había estado aquí. Y mis únicos tratos con el Consejo Gris, si es que alguna vez los tuve, siempre fueron a través del Grupo Merlín.

Santo cielo. El líder de las hadas esperaba que irrumpiera en uno de nuestros principales edificios gubernamentales.

Con razón me había dejado algo de dinero. No era suficiente. Esto no era como entrar en la oficina del jefe de policía con unas pocas guardas de protección. Esto era un establecimiento de alta seguridad con todo tipo de maldiciones desagradables y fuertemente custodiado.

Volví a mirar la tarjeta. ¿Qué demonios había en el vial 18C? Si estaba en *aquel* edificio, no podía ser nada bueno. Había oído rumores de que todas las maldiciones, pociones y maleficios ilegales se guardaban allí, en bóvedas y laboratorios secretos. Mi instinto me decía que Orik quería una de esas maldiciones ilegales.

Demonios. Si me atrapaban, no habría vuelta atrás. Mi vida estaba acabada. Simple y llanamente. Lo que estaba en juego era mucho más que perder mis contratos con el Grupo Merlín.

Ojalá me hubiera dicho a qué me enfrentaba, pero sabía por qué no lo había hecho. Nunca lo habría aceptado. Sin embargo, no tenía elección. ¿O quizás sí? Si me arrepentía ahora, ¿qué era lo peor que podía pasarme? ¿Qué podría hacer Orik?

Lo primero que pensé fue que me torturaría. Tal vez me cortaría unos dedos y luego me sacaría los ojos antes de dejar que me desangrara... o algo por el estilo. Había firmado un trato con el jefe de

las hadas, igual que había aceptado el trato con Los Renegados.

Ahora mismo, el trabajo de Orik parecía el menor de dos males. Y cuando completara esta tarea, por fin podría concentrarme por completo en cómo iba a eliminar a Los Renegados. Todavía no tenía claro cómo hacerlo. Me gustaba trabajar sola, pero este trabajo requería más de una mente.

Dash. Extrañaba mucho al alto medio demonio. Un cosquilleo de añoranza y arrepentimiento me recorrió al pensar en el apuesto y misterioso hombre. El corazón se me apretó en el pecho mientras luchaba por contener el torbellino de emociones que surgía en mi interior. Se me vino a la mente el recuerdo de nuestros cuerpos entrelazados, reviviendo las sensaciones de su tacto suave pero posesivo. Había sido una sensación electrizante que nunca antes había experimentado.

Apuesto a que le habría encantado el reto de entrar en este edificio. Aunque quizás no habría sido un gran reto para él. Sí, le habría encantado. Y nunca tuvo la oportunidad de experimentarlo.

Al pensar en Rita, me invadió una oleada de ira y noté que estaba apretando el volante como si fuera su cuello. Sacudí la cabeza. No podía distraerme. Si metía la pata, probablemente terminaría muerta. Tendría todo el tiempo del mundo para pensar en cómo iba a patearle el culo a Rita después de conseguirle ese vial a Orik.

Volví a mirar el teléfono. Medianoche. Era la hora.

Respiré rápidamente mientras metía el teléfono en el bolso con los dedos temblorosos y me enganchaba la correa al cuello y al hombro.

Y como la precisión de un reloj, dos hombres corpulentos, seguramente algún tipo de cambiaformas, vestidos con idénticos uniformes grises, salieron del edificio. No habían esperado a sus sustitutos.

Era perfecto.

Me quedé mirando el imponente edificio, con su multitud de ventanas que parecían no tener fin. Una repentina oleada de ansiedad me invadió e instintivamente cerré los ojos en un intento de calmarme. Luego de respirar profundo unas cuantas veces, abrí los ojos de nuevo, decidida a concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

No había escapatoria. *Tenía* que hacerlo.

Sin decir nada, abrí la puerta de un empujón, salí del Jeep y me planté en la acera.

Me rodeaban imponentes edificios de piedra y cristal que proyectaban sombras sobre las abarrotadas calles de Manhattan. El sonido constante del claxon de los autos y las revoluciones de los motores llenaba mis oídos, mientras en el aire flotaba el aroma de la comida grasienta y el alcohol. También podía percibir notas de maní

tostado, asfalto y gases de escape. En todas direcciones, miles de personas, lugareños y turistas, se apresuraban a disfrutar de la vibrante energía nocturna de la ciudad.

Pero el edificio del Consejo Gris estaba apartado de todo el bullicio. Era tranquilo y, por lo que podía ver, no había nadie más aparte de mí en la calle.

Dejé escapar un suspiro nervioso y me toqué el rusane que tenía en el cuello. Sí, dije rusane. Con la ayuda de mi tía, fue bastante fácil pegar la maldita cosa después de haberle quitado la magia. Ahora me colgaba del cuello como una fea joya que un niño de cinco años podría haber diseñado mejor. Pero tenía que guardar las apariencias, por si acaso me topaba con algún miembro de Los Renegados. Dudaba que me cruzara con alguno esta noche, pero no iba a arriesgarme a quitármelo. Todavía no.

—Orik, no me pagaste lo suficiente por esta mierda —murmuré.

Al mirar por encima del hombro y no ver ni un alma, crucé la calle con un trote lento y fui hacia las puertas dobles de cristal de la entrada del edificio. Era el típico edificio gris de piedra, de altura media y fácil de olvidar. Cuando llegué a la fachada, sentí un pequeño pulso de magia que emanaba de ella: el glamour que mantenía a raya a los humanos, probablemente. Nadie quería que un humano cualquiera entrara en un edificio paranormal. Para el humano común, probablemente se trataba de un edificio abandonado o hechizado para hacerles olvidar que lo habían visto, instándoles a seguir adelante.

Me tomé un momento para tantear si había más hechizos o guardas de protección, como la que Blake había colocado en la comisaría, su anterior edificio, ahora que me había enterado de que había renunciado al cargo de jefe de policía. Pero al cabo de unos segundos, lo único que sentí fueron los suaves latidos del glamour. No había protecciones mortales para los intrusos.

Agarré la manilla de la puerta y empujé hacia dentro, notando que era raro y hasta sospechoso, que no estuvieran cerradas con llave. Pero, de nuevo, los nuevos guardias venían en camino. O tal vez pensaron que nadie sería tan tonto como para intentar entrar en el edificio de noche, como yo.

Con paso tranquilo, entré en el lugar y me encontré en una gran entrada con altísimos ventanales que llegaban hasta el segundo piso. La luz se filtraba a través de los cristales y proyectaba largas sombras sobre los pasillos y las puertas. Mientras caminaba hacia el mostrador de recepción, un teléfono empezó a sonar a lo lejos. No había nadie. Muy bien.

Fui directamente a la escalera en vez de al ascensor. Ocho tramos de escaleras bastaron para que me planteara la idea de tomar el ascensor. No estaba en la mejor forma de mi vida. Pero si había

guardias rondando el edificio, porque sabía que eso pasaría pronto, utilizar el ascensor les alertaría de mi presencia. No era una decisión inteligente, y no podía correr ese riesgo.

Respiré hondo y comencé a subir a paso lento. No tenía por qué esforzarme. Necesitaba todas mis fuerzas para lo que aconteciera después.

¿Sería difícil? Por supuesto. ¿Peligroso? Apostaría mi vida que sí.

Había una razón por la que Orik me dijo que hiciera esto. Porque no podía hacerlo *él* mismo.

Cuando llegué al octavo piso, el sudor me chorreaba por la espalda y la frente, y tenía la cara enrojecida por el calor. Mi aspecto no era el más agradable. Menos mal que no había nadie aquí para presenciarlo.

Abrí con cuidado la pesada puerta de metal y me estremecí al oír el fuerte crujido que emitía. Asomé la cabeza y observé el pasillo desierto, bañado por el tenue resplandor rojizo de las luces de emergencia, que proyectaba algunas sombras débiles. No era lo ideal, sabiendo que necesitaría utilizar toda mi magia umbra, pero era mejor que la luz del día.

Puse a prueba mi magia. Aprovechando su potente energía, sentí dentro de mí su sustancia maleable pero resistente. Me estiré más allá de mis limitaciones físicas y me acerqué a las sombras que me esperaban y que eran mis compañeras. Las sombras de este lugar estaban ahora bajo mi control.

Después de cruzar la puerta, salí al pasillo del octavo piso. La alfombra gris amortiguaba mis botas mientras caminaba por el pasillo, con la mirada fija en todas las puertas que había allí.

—Suite #803 —susurré—. ¿Dónde diablos estás?

Divisé una puerta con la inscripción 801D y seguí adelante, con los sentidos en alerta máxima. El pasillo estaba vacío, pero extendí mis sentidos por si acaso un guardia se escondía a la vuelta de la esquina. No escuché nada.

Respiré hondo y entré en el pasillo, intentando calmar mi acelerado corazón. Las paredes estaban recubiertas de la típica pintura blanca estéril de los hospitales, y el aire desprendía ese familiar olor a desinfectante que siempre me provocaba náuseas. Detestaba ese olor. Parecía que me quemaba la nariz por dentro.

Le di un vistazo a otra puerta. 802E. Mi paso se apresuró al pensar en la visita sorpresa de mi madre y en lo diferente que se veía, temerosa y atrapada. Sentí una necesidad urgente de liberarla de esa cárcel. Casi como si yo estuviera *destinada* a hacerlo.

Avancé más rápido, con el sudor cayendo por mi espalda a cada zancada. Finalmente, divisé una puerta con la inscripción escrita encima: 803.

Te tengo. Miré por encima del hombro y no vi más que un pasillo

vacío con montones y montones de puertas.

Justo en el momento en que toqué la manilla, me detuve. No había ventanas ni nada que me diera una idea de lo que había detrás de la puerta. Podría estar cayendo en una trampa, o la habitación podría estar vacía. Pero no creo que Orik me haya mandado a perseguir fantasmas. Él necesitaba algo que había dicho que requería mi «magia especial» o lo que sea. Pensaba preguntárselo más tarde.

—Al diablo. —Agarré la manilla, la giré y empujé.

Inmediatamente tuve la sensación de entrar en un hospital con más olores desinfectantes. La zona era fría y rancia, me recordaba a una morgue.

Todo estaba oscuro. La única fuente de luz era la pequeña bombilla roja que había sobre la puerta. Saqué el teléfono y encendí la linterna, miré a mi alrededor.

Entré en una enorme sala repleta de gabinetes, computadoras, archivadores, mesas metálicas con microscopios y grandes tanques que parecían acuarios con misteriosos objetos flotando en su interior. La sala tenía una atmósfera siniestra, como si lo que estuviera ocurriendo aquí no debiera estar ocurriendo en absoluto. Se sentía raro y antinatural.

Bueno, no tenía que quedarme más de lo necesario.

Me apresuré a acercarme a los gabinetes en busca de algo con la inscripción Laboratorio 6, Vial nº 18C, y no encontré nada. Sabiendo que no tenía mucho tiempo antes de que los guardias de seguridad empezaran sus rondas, salté al siguiente gabinete y empecé a abrir los cajones. Hojeé los expedientes y abrí los cajones restantes, pero nada tenía la inscripción Laboratorio 6. ¿Acaso Orik lo había escrito mal?

—Maldita sea. —Cerré el último cajón, sintiendo que el jefe de hadas acababa de hacerme perder el tiempo, cuando divisé una única puerta al final de la habitación.

No la había visto antes porque estaba oculta a la vista con todos los gabinetes.

Me acerqué a la puerta. Una placa blanca tenía escrito en negrita letras negras: LAB 6. En la puerta estaba escrito: *Magia ilegal: Sólo personal autorizado*.

Sonreí.

—Esa soy yo.

Intenté girar la manilla, pero no se abría. Estaba cerrada con seguro. También pulsaba con lo que supuse que era una protección muy eficaz. Y a juzgar por el panel de códigos a la derecha de la puerta, se necesitaba una llave *y* un código. Sin ellos, no se podía entrar.

Menos mal que no necesitaba ninguna de las dos cosas.

Al igual que cuando entré en la oficina del jefe de policía, la única

forma de entrar por esta puerta era transportándome con las sombras.

Con una fuerte inhalación, invoqué mi magia, recurriendo al profundo pozo de oscuridad que yacía en mi interior. Corrió por mis venas, estimulante y potente. Con un movimiento de muñeca, conjuré una puerta de sombras a mi lado. Sin pausa, me sumergí en el vacío oscuro y emergí segundos después en el Laboratorio 6, con los sentidos hormigueando por la emoción de usar mi magia umbra.

Encendí la luz de mi teléfono. El laboratorio era largo y estrecho, con las paredes completamente cubiertas de vitrinas. Cada vitrina contenía numerosos estantes, cada uno de ellos forrado con hileras de viales, que variaban en tamaño y forma. Algunos contenían un líquido transparente, mientras que otros contenían una sustancia turbia. La habitación tenía un aire inquietante, como un laboratorio secreto oculto al mundo. Avancé con cautela por el pasillo de gabinetes, mirando las etiquetas de los frascos y preguntándome qué maldiciones peligrosas e ilegales contendrían.

Sin perder un segundo, me apresuré hacia el gabinete más cercano. Menos mal que los viales estaban clasificados numéricamente. Sería mucho más fácil. Apenas me fijé en los nombres inscritos en los gabinetes. Sólo buscaba uno.

Y lo encontré.

El corazón me dio un golpe en el pecho cuando mis ojos se posaron en el vial con la etiqueta: #18C.

Abrí de un jalón la puerta de cristal y lo agarré, sin preocuparme de lo que había dentro. Lo metí en el bolso y me dispuse a salir.

Algo llamó mi atención y me detuve.

El gabinete a mi izquierda tenía las palabras *Maldiciones y Curas Demoníacas*.

—¿Curas?

Retrocedí y abrí de golpe la puerta del gabinete. Presté mucha atención a las etiquetas y las inscripciones para ver si encontraba algo, cualquier cosa, que pudiera librar a mi tía de la maldición de Rita.

Entonces mis ojos encontraron la etiqueta *Cura Demoníaca-Extra Fuerte, Cura todas las maldiciones conocidas.*

Agarré el vial y lo giré en mi mano. No había nada más escrito. Era sencillo. Tal vez algo simple era todo lo que necesitaba.

Sonriendo, lo metí en mi bolso junto con el vial de Orik. Si lograba librar a mi tía de la maldición de Rita, no tendría que preocuparme de que se enfermara cada vez que intentara hacer un hechizo o una poción.

Y podría volver a ver a Dash. Antes de lo que podía imaginar.

Esta estaba resultando ser una noche fantástica. Quizás debería aceptar más trabajos de Orik.

Sentí que se me estaba pasando la tensión de los hombros y utilicé

mi magia umbra justo cuando se abrió la puerta.

Un hombre se paró en el umbral. Era alto, calvo, con un fino bigote negro debajo de la nariz. Dos guardias fornidos ocupaban el espacio detrás de él.

—Bueno —dijo el hombre que reconocí como el que había hablado con Blake en el patio trasero de Annette—. Esto es una sorpresa.

Me encogí.

—No me digas.

# CAPÍTULO 4

Estaba sentada en una silla de metal duro en una pequeña sala como de interrogatorio. Había un guardia al lado de la única salida, con los brazos cruzados sobre el pecho. No me había mirado ni una sola vez desde que me trajo aquí hace diez minutos. Era uno de los dos guardias que me habían encontrado en el Laboratorio 6 con el hombre del bigote.

Justo cuando intentaba invocar mi magia umbra para largarme de allí, el hombre del bigote me chasqueó los dedos y todo mi cuerpo se convirtió en piedra.

Bueno, eso es lo que había sentido. No podía mover nada excepto mis ojos.

—Llévensela —fue lo único que dijo el hombre del bigote, y lo próximo que supe fue que me sacaron de la habitación y me llevaron a rastras por el pasillo. Me metieron en el ascensor, bajaron unos pisos y me trajeron a esta preciosa habitación.

Al cabo de unos minutos, recuperé la función de mis miembros hasta que pude moverme correctamente. Intenté invocar mi magia, pero no obtuve respuesta. ¿Mi sospecha? La habitación era a prueba de magia.

Los dos viales que había robado estaban sobre la mesa, frente a mí, como prueba de mi intrusión.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentada en esta habitación. ¿Media hora? Una hora, si estaba en lo correcto. Parecía que estaban haciendo esto para hacerme sudar. Estaba funcionando.

Finalmente, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió y el hombre del bigote regresó. Arrojó un expediente sobre la mesa, ocupó la única silla que quedaba y se sentó frente a mí.

—Katrina Lawless —dijo—. Investigadora de lo paranormal. Trabaja por su cuenta desde hace unos diez años. Se mudó a Moonfell hace unas semanas. Está apartada de su familia.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo demonios sabes esto?

Miró la carpeta.

—Está en tu expediente.

—¿Tengo un expediente? —Esto era nuevo para mí.

—Todo el mundo tiene un expediente.

Espeluznante.

—Entonces, ¿qué me va a pasar? —Tenía una muy buena idea de

lo que pasaría, pero quería escucharlo de su boca.

El hombre del bigote entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Bueno, eso depende.

—¿Si digo por favor?

Agarró uno de los viales, el que Orik me hizo robar.

—¿Quién está enfermo?

*Enfermo*. Tardé un momento en darme cuenta de lo que había dicho y relacionarlo con Orik. Alguien que le importaba estaba enfermo.

Encogí los hombros.

—¿De verdad eso importa ahora?

—Todo importa. ¿Quién está enfermo?

No quería meter a Orik en problemas, no creía que el Consejo Gris pudiera hacerle daño.

—Un amigo.

El hombre del bigote pareció meditarlo un momento.

—¿Tienes idea de lo que estabas tratando de robar?

Negué con la cabeza.

—No. —No iba a mentir—. Sólo me dieron el número.

El hombre del bigote me observaba con ojos calculadores.

—Ese laboratorio en el que entraste alberga los hechizos y maldiciones más peligrosos conocidos en este mundo. Manipular esos viales sin los conocimientos o la protección adecuados podría acarrear graves consecuencias. Podrían producirse consecuencias desastrosas si las personas equivocadas acceden a esos viales. Algunos de estos viales no deberían salir de este edificio bajo ninguna circunstancia. Jamás.

Me quedé mirándolo, sin saber muy bien qué quería que dijera.

—Esta habitación es a prueba de magia, ¿verdad?

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Así es.

Aunque no podía hacer magia, pude percibir muchas cosas de él. Era poderoso. Su magia era blanca. El pulso de energía que emanaba revelaba que era una especie de brujo o mago o algo así, aunque no podía decir cuál. Era un mago o un brujo, de eso estaba segura.

—Es posible que estés jugando con fuego, señorita Lawless. —Su voz era fría, el peso de sus palabras me dejó pensativa. Mi estómago dio un par de vueltas, pero me negué a ceder.

—Puede que sí —repliqué, encontrándome de frente con su mirada —. Pero lo hecho, hecho está.

La puerta volvió a abrirse y entró el guardia número dos.

—Luther —dijo el guardia, entregando al hombre del bigote un sobre—. Aquí están las fotografías que pediste.

El hombre del bigote llamado Luther tomó el sobre y sacó un montón de fotos. Las vació sobre la mesa y las colocó de modo que yo

pudiera verlas bien.

—¿Qué demonios? —Agarré una foto—. ¿Me has estado espiando? —Era una foto mía y de Dash delante del edificio de la alcaldía justo antes de entrar y que me denegaran el préstamo. La ira se apoderó de mí—. ¿Cuánto tiempo llevas espiándome?

—¿A ti? Al principio no —respondió Luther. Se reclinó en su silla, con expresión ilegible—. Estábamos vigilando a Dash Dreux. Te vimos como una persona de interés.

—Esto es muy espeluznante. —Le tiré la foto. Mirando hacia abajo, vi otras fotos mías con Dash. Las otras eran mías hablando con Kolton en The Blue Demon—. ¿Quién te da derecho a espiarme? —Estaban empezando a enfurecerme de verdad.

—El Consejo Gris.

Lo había dicho como si el grupo fuera el Todopoderoso. Como si eso les permitiera hacer lo que quisieran. Su tono era decisivo, y eso por sí solo era inquietante.

—No tienen derecho. Me importa una mierda para quién trabajes. —Me eché hacia atrás y crucé los brazos sobre el pecho.

Luther me observaba con gran interés, como si yo fuera un animal raro del zoológico al que iba a lanzarle maníes.

—Sabemos que tienes una relación con Dash. Y aunque no podemos probarlo, sabemos que tuviste algo que ver con la desaparición de su teléfono.

Encogí los hombros.

—Yo no tuve nada que ver con eso. Como ya le dije a Blake. No tengo el teléfono de Dash. —No necesité especificar que Blake era el antiguo jefe de policía de Moonfell. Él ya lo sabía.

—No, ya no lo tienes —respondió Luther—. Ya no.

Intenté que mi cara no mostrara mi culpabilidad.

—¿Hay algún punto en esta línea de interrogatorio?

—No hemos podido encontrar a Dash —dijo Luther—. Desde anoche, es como si hubiera abandonado el país.

Me estremecí por dentro.

—No sabría decirte.

Ante eso, Luther sonrió.

—Sé que estás mintiendo.

—No sé dónde está.

—Puede que no —respondió Luther—. Pero ya sabes lo que pasó. Por qué se fue.

—No lo sé. —Me quedé mirando la fotografía con Kolton y sonreí —. No podrás manipular a Kolton. No es un cachorrito y no se asustará fácilmente. Para tu información.

Luther frunció un poco el ceño al mirar la imagen. Volvió a mirarme.

—Sabemos de tu relación con Los Renegados.

Ay, mierda.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir.

Se reclinó en su silla.

—Sabemos que participaste en la ceremonia de vinculación. Sabemos que eres un nuevo miembro.

*¿Cómo demonios lo saben?*

Mis ojos pasaron de Luther a los guardias corpulentos, que miraban fijamente hacia adelante sin establecer contacto visual. ¿Me habían seguido aquella noche? Si lo hubieran hecho, sabrían que mi familia estaba implicada. Los habría llevado directamente a la casa.

—Tienes un infiltrado. ¿Verdad? —Era mi turno de hacer preguntas. No tenía sentido negar que era miembro.

—Y sabemos que te pusieron una rusane en el cuello. —Se quedó mirando la gargantilla no funcional alrededor de mi cuello—. Sabemos por qué lo hicieron. Te tienen miedo.

—Lo dudo.

Los ojos oscuros de Luther brillaron con intriga.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu tipo de magia? He estado intentando descifrarte, pero me debato entre la magia oscura y posiblemente un poco de blanca.

Encogí los hombros.

—Bueno, cuando lo averigüe, serás el primero en saberlo. Te lo prometo.

La expresión de Luther se ensombreció. Parecía que no apreciaba mi sarcasmo. Me miró durante un largo momento.

—Ten en cuenta, Katrina Lawless, que el camino que estás recorriendo es peligroso. Hay fuerzas en juego más allá de tu comprensión.

Me enderecé, la determinación relampagueaba en mis ojos.

—Entonces, ¿qué me va a pasar? —Nada bueno, eso estaba claro. Nunca volvería a ver a mi tía. Nunca vería a Dash. Me sentí como una gran tonta. Nunca debí haber venido aquí. Nunca debí haber aceptado hacer este trabajo para Orik.

Luther se inclinó hacia adelante y volvió a entrelazar los dedos sobre la mesa.

—Entrar en una cámara de alta contención y robar viales mágicos peligrosos es un delito de nivel uno. Te atraparon con las manos en la masa. —Señaló los dos viales que había sobre la mesa—. Lo que me gustaría saber es... cómo entraste. No usaste la puerta. No encontré rastros de residuos mágicos en el teclado.

*Sí, no te lo diré.*

—Usé la puerta. Sólo que soy muy buena limpiando mis huellas mágicas. —Me di cuenta por su reacción que no me creía. No me

importaba. Me iban a mandar a la cárcel. Era mejor que mantuviera mi magia en secreto. Me sería útil cuando necesitara escapar.

La mirada de Luther se clavó en la mía, buscando cualquier indicio de engaño. No aparté la mirada, con la mente acelerada al darme cuenta de que mis planes cuidadosamente trazados se habían desmoronado como castillos de arena ante la marea entrante. Su tono de voz era bajo y pausado cuando finalmente dijo:

—Katrina, jugar no te servirá de nada en esta situación. Estás en terreno peligroso.

Tragué saliva, conteniendo el pánico que amenazaba con consumirme.

—Ni idea de lo que estás hablando —dije, tratando de sonar lo más convincente posible.

Se reclinó en la silla, con una leve sonrisa en los labios.

—Quizás puedas engañar a algunos con tu fachada, pero a mí no. Hay susurros en las sombras, secretos entretejidos en el tejido de Moonfell. Y tú, querida, estás enredada en una red mucho más intrincada de lo que crees.

No tenía ni idea de lo enredada que estaba.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a enviarme a la Ciudadela Grimway? —No tenía ni idea de si Los Renegados podrían alcanzarme allí o incluso impedirme entrar—. ¿Me llamarán por teléfono? Me gustaría contarle a mi tía lo que me pasó. Ella alertará a las autoridades si no vuelvo a casa esta noche.

Una fría sonrisa apareció en los labios de Luther.

—Somos las autoridades.

Resoplé.

—Me imaginaba que dirías eso. —Desaparecer esta noche sin decirle nada a mi tía era cruel. Ya había desaparecido antes. No quería hacerle eso otra vez. Sin embargo, ella sabía a dónde iba, y si no volvía a casa, estaba segura de que se daría cuenta de que me habían atrapado. Quizás mi madre podría pagarle al Consejo.

Luther recogió las fotografías de la mesa y las volvió a meter en la carpeta.

—Los Renegados han estado en el radar del Consejo Gris durante más de cincuenta años. Más aún cuando se instalaron en Moonfell.

—Es bueno saberlo.

—Habían estado manteniendo un perfil bajo durante años. En un tiempo, pensamos que se habían ido para siempre, pero parece que han resurgido en Moonfell. —Hizo una pausa y me estudió detenidamente antes de decir—: Y ahora te has topado con ellos.

—No diría que me topé con ellos. Fue una decisión que tomé.

La expresión de Luther se suavizó ligeramente al responder:

—No te mentiré, Katrina. Tu situación no se ve bien. El Consejo

Gris tiene reglas estrictas cuando se trata de ladrones. Especialmente cuando el ladrón les roba en su propio laboratorio.

En mi defensa, no tenía ni idea de que era el laboratorio del Consejo Gris hasta que llegué aquí. Pero decidí reservármelo. Me mordí el labio nerviosamente mientras procesaba sus palabras. Parecía que cada decisión que tomaba sólo me metía más en problemas.

—Sin embargo —dijo, inclinándose de nuevo hacia delante y juntando las manos sobre la mesa entre nosotros—, puede que tengamos una forma de ayudarte a salir de este desastre.

Sus palabras me llenaron de alivio. Tal vez, después de todo, tenía una oportunidad de escapar de esta pesadilla.

—¿De verdad? ¿Y qué es eso? —No estaba segura de que me gustara su tono. Parecía muy seguro de sí mismo, como si supiera que mi respuesta sería afirmativa sin importar lo que dijera.

Luther me observó.

—La cuestión es que Los Renegados son un grupo escurridizo. Llevamos años intentando acabar con ellos. Hemos estado cerca unas cuantas veces, pero siempre parecen escapársenos de las manos. Esperábamos que este Dash fuera la clave. Pero entonces desapareció.

Qué bien.

—Sabemos que están relacionados con cientos de muertes y personas desaparecidas a lo largo de los años, sabemos que reciben financiamiento de fuentes privadas, lo que dificulta seguirles el rastro en registros oficiales.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo? —pregunté, curiosa por saber a dónde iba la conversación. Puede que me equivocara, pero no parecía que estuviera sugiriendo que yo iría a la cárcel. No. Esto era otra cosa.

Luther esperó a tener toda mi atención.

—Quiero que nos ayudes a destruir a Los Renegados.

¿Ah? Estaban hablando mi idioma.

—Te escucho.

—Sabemos que no eres uno de ellos —continuó Luther—. Y esperamos que tu unión a ese grupo sea con el mismo propósito. Para librar al mundo de esa oscuridad.

Parpadeé, con el corazón palpitante.

—Digamos que tienes razón. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Consíguenos pruebas. Pruebas de sus fechorías, de su participación en actividades ilegales, pruebas de sus conexiones con los casos sin resolver que han atormentado a este pueblo durante años —dijo Luther, con voz grave e intensa—. Necesitamos pruebas sólidas que podamos presentar ante el Consejo. Pruebas que nos ayuden a acabar con ellos de una vez por todas.

—No será fácil —dije, reflexionando sobre las palabras de Luther y

sintiendo el peso de su petición sobre mis hombros como una pesada capa. La idea de acabar por fin con su malévola influencia, de hacer justicia a todos los que habían sufrido en sus manos, removía algo muy dentro de mí.

—Lo sabemos —continuó Luther—. Conocemos la ceremonia de vinculación y cómo los miembros no pueden decir los nombres de otros miembros o revelar sus ubicaciones sin morir en el proceso. Ya hemos intentado reunir testimonios de testigos presenciales, pero todos corrieron la misma suerte. Con pruebas físicas, como documentos y archivos, podríamos derrotarlos por fin.

—¿Qué gano yo? —pregunté, recelosa de comprometerme a nada sin entender bien las implicaciones.

Luther me miró con complicidad, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Olvidaremos lo de esta noche. En lo que respecta al Consejo Gris, tu expediente quedará limpio.

Me quedé mirando los viales.

—Quiero quedármelos. —¿Eh? Merece la pena intentarlo.

Luther miró los viales.

—Hecho. También tendrás nuestra protección y recursos a tu disposición, si los necesitas. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta—. Este es mi número de teléfono y mi correo electrónico.

Tomé su tarjeta.

*Luther Walsh*
*Director de Seguridad, Consejo Gris*

Así que era el mandamás. Lo miré.

—Si acepto esto, y aún no he dicho que sí, quiero algo más.

Luther pareció desconcertado durante una fracción de segundo antes de que sus rasgos recuperaran la calma y la serenidad.

—¿Qué?

—Quiero que dejen en paz a Dash. Quiero su expediente limpio o como se llame. No quiero que siga bajo investigación.

—Entonces, ¿sabes dónde está?

Negué con la cabeza.

—Sinceramente, no. Pero espero volver a verlo algún día. No quiero que tenga que mirar por encima del hombro el resto de su vida por culpa de ustedes. Él es un buen tipo. Nunca quiso unirse a ese estúpido grupo. ¿Trato hecho?

Luther me observó con mirada calculadora, con expresión indescifrable. Luego de un momento de silencio que pareció eternizarse, finalmente asintió.

—Trato hecho —aceptó, con un tono de voz pausado.

Sentí un poco de alivio al escuchar la resolución. Dash estaría a salvo de las miradas indiscretas del Consejo Gris, al menos por ahora. A pesar del peso del secretismo que aún flotaba en el aire entre nosotros, sabía que había tomado la decisión correcta.

—Perfecto —respondí, con voz firme a pesar del torbellino de emociones que se agitaban en mi interior—. Entonces me apunto.

Luther me tendió la mano con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. Cuando extendí la mano para estrechársela, no pude evitar notar un sutil brillo de satisfacción en sus ojos.

*Ah, diablos. ¿En qué me metí ahora?*

# CAPÍTULO 5

¿Ya había mencionado lo espeluznante que es Tombstone? Pues por la noche es aún más espeluznante.

Cuando regresé a Moonfell, eran casi las tres de la madrugada. Decidida a no perder más tiempo y a cerrar mi trato con Orik, decidí ir directamente a ver al líder de las hadas.

Apareció el conocido letrero de Goat's Blood, pintado de un rojo predecible con la imagen de una cabra sacrificada, que seguía molestándome cada vez que lo veía. Encontré dónde estacionarme unos cuantos autos más abajo y apagué el Jeep. Agarré mi bolso, salí del vehículo y fui hacia la entrada.

Al subir a la acera, no pude ignorar la inquietante oscuridad que me envolvía. Las calles eran sombrías y ominosas, como si una niebla negra y antinatural ahuyentara cualquier fuente de luz.

Un fuerte olor a azufre y magia malévola llenaba el aire, envolviéndome en un manto invisible. A lo lejos, una risa escalofriante se burlaba de mí mientras me abría paso en la oscuridad.

—En serio odio estar aquí. —Me di un golpecito en el bolsillo de los jeans y sentí el peso tranquilizador de mi encendedor. Nunca sabía cuándo me sería útil el fuego, y tenía la sensación de que necesitaba toda la ayuda posible en este lugar tan espeluznante.

Luego de comprobar que llevaba el vial de Orik en el bolso, fui hasta la entrada del bar. Desde adentro se oía una débil música. No me sorprendió que siguiera abierto a estas horas. Probablemente nunca cerraba.

De un empujón, abrí la puerta del Goat's Blood y la música estalló en un estruendo ensordecedor. La penumbra del interior se llenó de remolinos de humo, que les daban a los clientes un aspecto sobrenatural. Humanos y seres sobrenaturales coexistían sin problemas aquí: vampiros, hombres lobo, hadas e incluso algunos demonios. Era ciertamente interesante.

Navegando entre la multitud, hice todo lo posible por pasar desapercibida y no llamar demasiado la atención. Pero parecía que todos los presentes me miraban. Como recién llegada, no podía evitar sentirme como un objetivo, casi como si fuera la carnada para algún propósito desconocido.

Le di un vistazo a las caras del bar. No quería ver a Rus Grove, el dueño del taller Grove. El hada oscura me había acorralado de joven y me habría hecho algo malvado si mi magia umbra no me hubiera

salvado el pellejo.

No quería tener que lidiar con él esta noche. Sólo quería ver a Orik, darle el vial e irme a casa a dormir.

Busqué a Orik por la zona, pero no lo vi por ninguna parte.

Fui hasta la barra. Me incliné sobre ella y le hice una señal a la bartender, un hada de piel verde oscura que, esta vez, no me ignoró. En vez de eso, vino hacia mí. Quizás nos había visto a Orik y a mí haciendo negocios y se imaginó que yo trabajaba para él. O él le dijo que yo podría venir esta noche.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la bartender.

—¿Dónde está Orik? ¿Está aquí? Necesito hablar con él. —Ante su interrogante ceja verdinegra, añadí—: Es importante.

El hada me observó con sus ojos verdes claros.

—¿Cuánto me darás?

Me quedé con la boca abierta.

—¿Dinero? ¿Quieres dinero? No lo creo.

Empezó a darse la vuelta.

—Si Orik descubre que me ocultaste su paradero a propósito, especialmente cuando me contrató para un trabajo, se va a molestar mucho. Me pregunto qué te hará. No será nada bueno.

El hada giró bruscamente la cabeza hacia mí y siseó, en realidad siseó como un gato.

—Está en su casa.

Perfecto, nos estábamos entendiendo.

—¿Dirección?

—117 Calle Gallow's Hill —escupió y se alejó.

—Fue un placer hacer negocios contigo —le grité. Puse los ojos en blanco y me apresuré a salir del local antes de perder los estribos y empezar a lanzar sombras por todo el lugar.

Tombstone no era un distrito enorme, así que al salir del bar abarrotado, caminé por Elm Street y me encontré en un cruce. Gallow's Hill era la siguiente calle a la derecha.

La dirección era fácil de encontrar y pronto apareció a la vista la casa 117 de la calle Gallow's Hill. Era un tríplex, encajonado entre edificios idénticos en una hilera de apartamentos nada especiales. El paisaje era árido, sin árboles ni parches de hierba que rompieran la monotonía. Lo único que destacaba eran las cortinas desparejadas y la pintura desconchada del desgastado exterior. A pesar de su falta de encanto, parecía un lugar acogedor para vivir.

Las cortinas estaban echadas y era difícil ver si había alguien despierto. Lo dudaba a las tres de la mañana. Sabía que se enojaría si lo despertaba. ¿Era aquí donde vivía con aquella mujer de aspecto humano y aquella niña que supuse que era su hija? Si era así, se iba a poner furioso.

No me importaba. Quería terminar con esto.

Decidida, subí los escalones del primer piso y toqué el timbre. El sonido de algo pesado golpeando el piso se coló por la puerta. Y entonces se encendió la luz del porche. La puerta se abrió lentamente, dejando ver una figura alta de penetrantes ojos azules y desordenado pelo castaño claro.

El jefe de las hadas se acercó, con su cuerpo adornado con intrincadas marcas tribales que brillaban con magia de otro mundo. Su aspecto etéreo sólo era interrumpido por una gorra de béisbol que tenía en la cabeza. Su musculosa complexión estaba ceñida por una camiseta y unos jeans, pero lo que me cautivó fue su peligrosa aura. No era un hombre corriente, sino un poderoso hada con quien no se podía jugar.

La cara de Orik transmitía una mezcla de irritación y curiosidad cuando se plantó frente a mí.

Me preparé para su ira, pero lo único que dijo fue:

—¿Lo tienes?

Parpadeé, sorprendida.

—Sí.

—Pasa.

Cuando entré en el apartamento poco iluminado, una oleada de magia me envolvió, cosquilleándome la piel con su potente energía. Guardas protectoras. Poderosas, también. Así que Orik había pagado mucho dinero para proteger su casa. Qué inteligente.

El interior contrastaba con el monótono exterior, repleto de lujosos muebles y exóticas baratijas de tierras lejanas. Las paredes estaban adornadas con tapices antiguos que representaban escenas de batallas entre criaturas míticas, lo que aumentaba el misticismo del lugar. El aire estaba cargado del dulce aroma del incienso, que me envolvía en una bruma hipnótica. La decoración era neutra, ni demasiado masculina ni demasiado femenina. Contrastaba con la granja de Dash, que desbordaba masculinidad, algo que me resultaba muy atractivo. Rápidamente me quité de la cabeza todos los pensamientos sobre Dash. No era el momento de pensar en el medio demonio ni en lo que hacía con su adorable exmujer.

Orik me llevó a través de una amplia sala, un pasillo y una habitación, la habitación de una niña. El rosado era el color principal. Las suaves paredes rosadas estaban adornadas con luces de hadas y unas delicadas cortinas de encaje enmarcaban una ventana que daba al jardín iluminado por la luna. Había peluches de criaturas míticas esparcidos por la cama y el piso. La habitación parecía un santuario, un lugar de inocencia y asombro.

Primero me fijé en la mujer, sentada en una silla junto a la cama. La reconocí. Era la mujer que había visto con Orik en la calle, con el

pelo rubio cayendo en suaves ondas por su espalda. Se volvió para mirarme con los ojos azules enrojecidos y la cara llena de lágrimas. Su mirada era a la vez evaluadora y cautelosa, como si estuviera midiéndome para algo. No emitía ninguna vibración paranormal. Sin duda era humana.

Orik me hizo un gesto para que me acercara a la cama. Lo hice.

Allí, acurrucada entre las suaves mantas rosas, había una niña. Una niña de rizos rubios despeinados y mejillas sonrojadas por la fiebre. Sus pequeñas manos aferraban un dragón de peluche contra su pecho, el único consuelo en su agitado sueño. La niña se agitó cuando nos acercamos y sus párpados se abrieron para revelar unos ojos que reflejaban el color y la profundidad de los de su madre.

La voz de Orik era suave pero firme al hablar:

—Esta es mi hija, Elara. Fue afectada por una maldición. Un regalo de mis enemigos.

La mujer de Orik se puso rígida al oír hablar de enemigos. Tenía la sensación de que se trataba de una discusión continua.

—Una que sólo puede romperse con un vial mágico especial —dijo Orik.

—El vial número 18C —murmuré. Se me estrujó el corazón al ver sufrir a la inocente niña. Estaba furiosa porque Orik me había enviado al laboratorio del Consejo Gris y me habían atrapado. Pero al ver a esta pequeña niña tan enferma, sabía que había valido la pena. Y lo volvería a hacer sin dudarlo.

Busqué en mi bolso y saqué el vial.

—¿Funcionará?

Orik tomó el vial en su mano y lo sostuvo a la luz.

—Sí.

El líquido del interior del vial brillaba como una estrella capturada, emitiendo un tenue resplandor que parecía danzar y arremolinarse dentro de sus pequeños confines. Cuando Orik lo descorchó con cuidado, una sensación de algo antiguo y poderoso recorrió la habitación, estremeciéndome la piel.

Bueno, eso fue interesante. Me pregunté si el que tomé para mi tía Luna haría lo mismo. Ahora entendía por qué estos viales y remedios mágicos se guardaban en un laboratorio de máxima seguridad. Eran extremadamente poderosos.

La madre de Elara observaba con una mezcla de esperanza y miedo reflejada en sus delicadas facciones, con los dedos fuertemente agarrados al borde de la sábana.

Orik se acercó a la cama y suavemente levantó la cabeza de su hija.

—Bebe esto, Elara. Te hará sentir mejor.

Los ojos de la niña se agitaron y se cerraron. Su pequeña boca se

abrió.

Acercó el vial a los labios de Elara y vertió todo el líquido en su boca.

El efecto fue casi inmediato. En el momento en que Orik le dio la poción a su hija, un zumbido suave y etéreo llenó el aire, resonando con una melodía que parecía calmar la esencia misma de la habitación.

Entonces, una suave luz dorada emanó del interior de la niña, extendiéndose como una cálida llama por todo su pequeño cuerpo. Observé con asombro cómo la magia del vial nº 18C hizo maravillas, disipando la oscuridad que había asolado a Elara. La respiración de la niña se estabilizó, su rubor febril desapareció lentamente y una serena calma se apoderó de sus facciones.

A la esposa de Orik se le escapó un suave suspiro cuando extendió la mano para estrechar la de su hija, con lágrimas de alivio cayendo por su rostro. Los ojos de Elara se abrieron, claros y brillantes, y la sombra de la maldición desapareció como un velo que se descorría.

—¿Mami? —dijo la niña, con voz fuerte y llena de vida—. ¿Po qué lloa?

—¡Elara! —lloró su madre mientras agarraba a su pequeña y la traía a sus brazos. La abrazó con fuerza, como si ni todos los monstruos del mundo pudieran separarla de su hija.

—Gracias, Katrina.

Me giré y vi a Orik mirándome fijamente, con una mezcla de emociones en el rostro. Me di cuenta de que intentaba mantener la compostura y no derrumbarse delante de mí. No lo consideraría menos si lo hiciera. De hecho, me agradaría más por eso.

—¿Te das cuenta de que lo habría hecho gratis si me hubieras dicho la verdadera razón? —le dije mientras salía de la habitación de su hija y caminaba por el pasillo hacia la puerta principal.

Orik sonrió entonces, tenía una sonrisa muy bonita.

—Tal vez.

Lo miré de arriba abajo.

—Tengo una pregunta.

—Hazla —dijo el líder de las hadas mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Dijiste que sólo mi «tipo especial» de magia podría conseguir este vial —empecé, lo cual comprobé al no tener el código para abrir la puerta—. ¿Qué magia es esa? —Si Orik realmente sabía lo que era mi magia, lo que *yo* era, tal vez finalmente podría entenderlo completamente. De dónde venía y por qué la tenía.

El jefe de las hadas encogió los hombros.

—No tengo ni idea. Se lo digo a todos con los que hago negocios. Ayuda a que se haga el trabajo. Los hace sentirse *especiales*.

Dejé escapar una suave carcajada, aunque me sentí un poco decepcionada.

—Por qué no me sorprende.

La risa de Orik sonó como el ronroneo de un gran gato.

—Tengo algo para ti. Él me lo dejó esta tarde temprano.

—¿Él? —El corazón me dio un salto.

Orik agarró un sobre blanco que había en una mesa auxiliar de la entrada.

—Es un placer hacer negocios contigo, Katrina Lawless.

Sonreí, tomando el sobre.

—Que pases buenas noches. —Abrí la puerta y salí. Y con eso, abrí rápidamente la carta. Incliné el papel hacia la luz del porche para poder leerla, con las manos temblorosas.

*Querida Kat,*
*No sé si llegarás a leer esta carta o si Orik podrá entregártela sin que Rita interfiera. Pero tenía que escribirla, por si acaso.*
*Siento arrepentimiento. Arrepentimiento por lo que pudo haber pasado entre nosotros. Tenía planes para nosotros, Kat. Lugares a los que quería llevarte, cosas que quería enseñarte, construir nuestro futuro juntos. Pero todo eso ya no es posible.*
*Lamento el caos y el dolor que Rita causó con sus retorcidos deseos. Nunca quise que tú o tu tía salieran lastimadas. Por favor, créeme.*
*Estás más segura sin saber dónde estoy o sin intentar encontrarme. Tu seguridad es más importante que cualquier otra cosa. Y si eso significa que ya no podemos estar juntos, que así sea.*
*Olvídate de mí, Kat. Constrúyete un futuro mejor. Y deshazte de ese maldito rusane de una vez por todas.*
*—Dash*

Con un nudo en la garganta, bajé por los escalones tambaleándome y me arrastré hasta mi Jeep, sin recordar realmente cómo había llegado hasta allí. Luego conduje hasta la casa con la visión borrosa, llorando a mares.

# CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, me desperté con un dolor de cabeza tan intenso que me dolían los dientes. Una sensación de temor e inquietud me envolvió mientras miraba alrededor de mi habitación, haciendo que me ardieran los ojos. No sabía si me sentía así por haberme unido recientemente a Los Renegados o por el hecho de que había perdido a Dash. Probablemente era una combinación de ambas cosas.

Le di un vistazo a mi habitación, parpadeando mientras luchaba para despertarme por completo. Lo único que faltaba era tener a un semidemonio de ojos oscuros desnudo y sexy como el pecado en mi cama.

Las cortinas eran pesadas y estaban echadas, pero entraba una pizca de luz, lo que indicaba el final de la mañana o el principio de la tarde.

*¿Había dormido toda la mañana?*

Ni siquiera recordaba haberme metido en la cama. La mayor parte del trayecto de vuelta a casa fue un borrón. Sin embargo, sí recordaba haber saludado a mi tía mientras leía un libro metida en su cama de camino a mi habitación.

—Me voy a dormir —fue lo que creo que dije.

Ella había respondido, pero yo apenas la escuché.

Lo único que recordaba de la noche anterior era haberme metido en la cama con la carta de Dash pegada al pecho.

Solté un suspiro, intentando espantarme el sueño. Sentía que no había descansado. Me dolían los músculos como si hubiera cavado cien agujeros en el patio trasero yo sola con una llana. Estaba agotada y solo quería meterme otra vez en la cama y dormir por semanas, pero sabía que no era una opción.

Los acontecimientos de la noche anterior empezaron a venir a mi memoria: ser atrapada mientras irrumpía en el laboratorio del Consejo Gris, el trato que hice con Luther, la sustancia mágica que curó a la hija de Orik y, por último, la carta de Dash.

Había sido una sorpresa. Nunca pensé que me escribiría, y mucho menos que se tomaría el tiempo para hacerlo y buscar a Orik para que me entregara la carta por él. ¿Sabía que vería a Orik anoche? Eso es lo que parecía. Tal vez los dos eran más cercanos de lo que dejaban ver.

Me senté y agarré la carta de Dash. ¿Quería que lo olvidara? Eso no iba a pasar. ¿Cómo podría construirme un futuro mejor sin esa otra mitad que me hacía sentir tan viva? No podría. No lo haría.

*Iba* a encontrar a Dash sin que afectara a mi tía. Y ahora tenía los medios para hacerlo.

Me senté en el borde de la cama, apoyé los pies en el frío piso de madera y me incliné para agarrar el teléfono de la mesita de noche. El reloj marcaba las 11:43 de la mañana.

Demonios. Había dormido toda la mañana.

Me espanté el sueño de los ojos, me fui al baño y seguí mi rutina matutina de lavarme los dientes y echarme agua fría en la cara. Después de ir al baño y darme una ducha rápida, me puse unos jeans y una camisa. Metí la carta de Dash en el bolso que tenía al lado de la cama, junto con el teléfono, me lo colgué del hombro y salí en busca de mi tía y del café que tanto necesitaba.

—Estaba empezando a pensar que habías muerto —dijo mi tía cuando me reuní con ella en la cocina.

—Todavía no. —Me acerqué cojeando a la cafetera y me serví una taza de café humeante.

—¿Qué te pasó? —Mi tía me miró desde su asiento en la mesa de la cocina, con una rebanada de pan a medio comer untada con un poco de mantequilla de maní y rodajas de banana a su lado—. Te esperé despierta —dijo, con cierto tono de irritación—. Podrías haberte tomado al menos dos minutos para explicarme lo que pasó.

—Estás molesta. Discúlpame. —Me acerqué a la mesa, dejé caer mi bolso sobre ella y me senté—. Pasaron muchas cosas. Esa dirección que Orik me dio, bueno, era el edificio del Consejo Gris.

Mi tía golpeó la mesa con la palma abierta.

—Sabía que esa dirección me sonaba. —Me sonrió orgullosa—. Y conseguiste el vial sin que te descubrieran.

Levanté una ceja.

—Conseguí el vial. Y me descubrieron.

Mi tía me miró como si tuviera el oído tapado.

—Pero estás aquí.

Suspiré.

—Con respecto a eso… —recordé los sucesos de mi intrusión, del robo del vial y de ser sorprendida por Luther. Y luego le conté el trato que había hecho con él. Me eché hacia atrás y vi cómo su expresión pasaba del orgullo a la preocupación.

—¿Y confías en que ese tal Luther cumplirá su parte del trato y no te meterá en la cárcel cuando todo esté dicho y hecho? —preguntó mi tía.

—Pensé en eso. Pero sí. Confío en él. Creo que soy su única esperanza de encontrar pruebas que acaben por fin con Los Renegados. Ambos queremos lo mismo. Si puedo hacer mi parte, me parece bien. Además, me dejó tomar ambos viales.

—¿Los dos viales?

Saqué el vial que había metido en el bolso y lo puse sobre la mesa. Mi tía lo agarró y lo acercó para examinarlo.

—*Cura Demoníaca-Extra Fuerte, cura todas las maldiciones conocidas.*

Me incliné hacia adelante, con la emoción elevada en mi voz.

—Eliminará la maldición de Rita. Sé que lo hará. —Observé su rostro—. ¿Por qué no estás más emocionada? Esta es nuestra oportunidad de quitarte ese hechizo y de recuperar a Dash. —Metí la última parte, sabiendo que ella se preocupaba por él, y lo usé como incentivo.

La mirada de mi tía se detuvo en el vial, frunciendo las cejas en un profundo pensamiento. Luego de una larga pausa que pareció eterna, finalmente habló con la voz llena de incertidumbre.

—Conoces los riesgos que conlleva adentrarse en la magia demoníaca. ¿No? Nunca he oído hablar de esta contrapoción. ¿Qué te hace pensar que funcionará?

La miré fijamente.

—Porque estaba guardada en un laboratorio especial con todos los demás viales mágicos raros y peligrosos. Si algo puede eliminar el hechizo de Rita, es esto. No olvides que me parece que cada vez que haces magia... te pones más débil. Sea cual sea el hechizo que te puso, te está drenando cada vez que haces magia. Sólo con intentar hacer magia para quitar el hechizo. Bueno, podría matarte.

Los ojos de mi tía se movieron frenéticamente entre el vial y yo, y un destello de terror se deslizó a través de su fachada de acero antes de enmascararlo con una determinación inquebrantable.

—Entiendo por qué lo agarraste. Pero, por mi experiencia, las soluciones rápidas no funcionan. Peor aún, pueden llevarnos por caminos peligrosos que quizás nunca se puedan deshacer.

Mis puños se cerraron con frustración mientras la urgencia de nuestra situación se abatía sobre mí como un peso aplastante. No estaba segura de lo que esperaba. ¿Un gracias, tal vez? Pero no esto.

—Para ser honesta, no creo que podamos permitirnos tiempo para la cautela. El control de Rita sobre ti se hace más fuerte con cada momento que pasa. No soporto verte sufrir cada vez que sacas tu magia o pensar que Dash anda por ahí, atrapado por culpa de la maldición de ese demonio.

Respiró hondo y sus dedos trazaron la etiqueta grabada en el frasco.

—Dudo que esta poción por sí sola sea suficiente para romper el control que Rita ejerce sobre mí. Su magia es muy profunda. Puede que no sea suficiente.

La desesperación me arañaba el pecho, sabiendo que el fracaso no era una opción cuando se trataba de salvar a mi familia de las malvadas garras de Rita.

—Creo que sí. Vale la pena intentarlo. ¿Verdad que sí? ¿No quieres poder hacer magia? ¿No eres una bruja?

—Ten cuidado —siseó mi tía, con los ojos brillantes de advertencia —. Y lo que hay en este vial… se guardó bajo llave por una razón. Es muy peligroso.

Mi corazón se hundió con sus palabras, y el sabor de la amarga impotencia me llenó la boca.

—¿Entonces, ni siquiera lo vas a intentar? ¿Te vas a rendir? ¿Dejarás que Rita gane?

El enojo de mi tía era evidente, su ceño estaba fruncido por la irritación.

—Eso no es lo que estoy diciendo.

—¿Qué estás diciendo entonces? —insistí.

—Sé que lo arriesgaste todo para conseguirme este vial, y te estoy agradecida —admitió.

—¿Y? —le pregunté.

—Y… —Mi tía suspiró pesadamente, agitando el frasco en su mano —. Antes de hacer algo, quiero hacerle algunas pruebas.

—¿Pruebas mágicas? —aclaré.

—Por supuesto, pruebas mágicas —afirmó.

—¿Pero eso no drenará tu energía? ¿Tu magia? —Expresé mi preocupación.

—Sí —confirmó mi tía con un movimiento de cabeza—. Pero si tienes razón y esta poción puede romper la maldición de Rita, sólo será temporal.

—Bueno, está bien. —Exhalé. Y cuando supiera con certeza que se había librado del hechizo de Rita, iría a buscar a Dash.

—¿Qué había en esa carta? —preguntó mi tía, despistándome por un segundo.

—¿La carta?

—La que estabas babeando mientras dormías —continuó.

—¿Me viste durmiendo?

—Vine a ver cómo estabas esta mañana. Estabas muy aferrada a esa carta.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Es una carta de Dash. Se la dio a Orik para que me la entregara.

Mi tía me miró, y pude ver cómo se suavizaba su expresión, así como la lástima en sus ojos.

Aparté la mirada. Nunca quise que nadie me mirara así.

Un zumbido procedente de mi bolso interrumpió mis pensamientos y agarré el teléfono.

—Es un mensaje de Kolton —dije. El corazón me dio un salto por un momento, con la esperanza de que fuera de Dash, pero la realidad no tardó en imponerse. Era imposible que se pusiera en contacto

conmigo.

Le di un vistazo al mensaje.

*Kolton: Necesito tu experiencia. Ven al 12 de Main Road.*

Reconocí esa dirección. Era la tienda de Nelson. El lugar donde estaban escondidas las tablas. Una sensación de inquietud se deslizó sobre mí. ¿Por qué me querría Kolton allí? ¿Nelson estaba involucrado de alguna manera en sus investigaciones? Recé para que no fuera cierto. Estaba ansiosa por preguntarle sobre el pasado de Dash, ya que era amigo suyo y también cambión.

Mi tía se dio cuenta de mi angustia y tomó la palabra:

—Si tienes que irte, vete. Además, me llevará algún tiempo analizar lo que hay en este vial. No necesitas estar aquí para eso.

—Está bien. Kolton dice que necesita mi experiencia para algo. —Temía lo que pudiera esperarme en la tienda de Nelson. ¿Quizás algunos niños habían entrado y robado algo como mi tía había intentado todos esos años atrás? Eso me hizo sonreír.

Además, este podría ser un trabajo pago. Y todos sabíamos que necesitábamos el dinero. Tampoco estaría mal tener algún favor con el nuevo jefe de policía, aunque nos conocíamos.

Le envié un mensaje a Kolton.

*Yo: Estaré allí en 10 minutos.*

Me tomé el último café y me levanté.

—¿Estás segura de que no me necesitas?

Mi tía me hizo un gesto despectivo con la mano.

—Vete. Parece importante. No te habría pedido que fueras hasta allá de no serlo.

—Quizás tengas razón. Bueno. —Dejé caer mi teléfono en mi bolso y me lo colgué del hombro—. Volveré pronto.

Con una nueva sensación de urgencia y determinación, avancé por el pasillo y salí por la puerta.

# CAPÍTULO 7

Navegué por las calles de Moonfell, el pintoresco pueblo pintado en tonos grises por las amenazantes nubes de tormenta que decidieron hacer su aparición. El olor a lluvia flotaba pesadamente en el aire, y no podía evitar la sensación de que alguien me observaba, tal vez era Algar y sus matones. Mis ojos se movían hacia cada sombra, esperando ver un todoterreno oscuro detrás de mi Jeep. Pero no había nadie más en la carretera, solo yo y mis pensamientos acelerados.

¿Qué planeaban Los Renegados? ¿Aún no se habían dado cuenta de que me había llevado las tablas? Seguro que Fender Bender ya lo habría contado todo. ¿Y qué hay de los cadáveres en el almacén? Alguien no tardaría en darse cuenta de la ausencia del hermano Owen.

Pero, extrañamente, no había recibido ninguna respuesta del grupo. Ni siquiera un destello de sus habituales amenazas o advertencias. Era como si estuvieran esperando el momento perfecto para atacar.

Y justo cuando llegué a la dirección 12 Main Road, vi un todoterreno que me pareció conocido.

—No. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Con la irritación a flor de piel, estacioné mi Jeep justo detrás del BMW de Blake. Apagué el motor, me puse el bolso por encima de la cabeza y salí. Delante de su vehículo había otro, un Chevrolet Blazer clásico rojo y blanco en perfecto estado. Ese era el de Kolton.

La tienda de Nelson parecía diferente a la luz de la tarde. Menos espeluznante. El letrero *«Nelson's Oldies but Goodies»* colgaba sobre la puerta principal. Incluso las espeluznantes muñecas antiguas de la vitrina parecían bastante inofensivas. No, siguen siendo espeluznantes.

Tenía muchas ganas de ver a Nelson. Había estado en contacto con él la otra noche y sabía que era alguien con quien podía contar en Moonfell. Era amigo íntimo de Dash, y esperaba que se convirtiera en el mío también.

Pero el hecho de que Kolton y Blake estuvieran aquí me puso inquieta. Obviamente se habían enterado de que Nelson y Dash eran amigos. Esperaba que todo este asunto con Dash se hubiera olvidado ahora que Blake había renunciado y Kolton ocupaba su legítimo lugar como jefe de policía. Supongo que no.

Respiré hondo y abrí de un jalón la puerta principal. Sus bisagras oxidadas me dieron la bienvenida con un tintineo inquietante, como anunciando mi intrusión.

El olor a moho y polvo llenaba mis sentidos y me recordaba que entre aquellas paredes había innumerables objetos mágicos esperando a ser descubiertos. Mientras me abría paso por los laberínticos pasillos de Nelson's Goodies, pude oír las roncas voces de dos hombres.

Doblé la esquina y los vi. Un hombre negro y corpulento, vestido con una camisa gris entallada y unos jeans oscuros, se volteó hacia mí cuando me acerqué. Su presencia era imponente, como la de un oso pardo al que no se podía doblegar. Su piel era de un profundo y suave tono ébano, casi brillante bajo la luz que se filtraba por la tienda.

Kolton. El nuevo jefe de policía del pueblo, temido por algunos y respetado por todos. Su fuerte postura transmitía un aura de autoridad y confianza.

A su lado había un hombre alto y musculoso, de pelo oscuro y barba bien cuidada. Su camisa y sus jeans resaltaban su impresionante físico: noventa kilos de músculos macizos.

Blake. Un imbécil.

Y cuando me acerqué, fue cuando mis ojos se posaron en el cuerpo que estaba en el piso entre ellos.

—¡Nelson!

Corrí a su lado, con el corazón desbocado al contemplar el rostro antes vibrante y servicial que ahora yacía inmóvil ante mí. El mismo rostro que me había recibido con calidez y amabilidad hace unos días, estaba ahora contorsionado con una expresión espantosa, como si hubiera sufrido una agonía indescriptible en sus últimos momentos. Pero no me cabía duda de que lo habían matado. Sus ojos sin vida tenían la misma mirada vacía que sus queridas muñecas, un recuerdo inquietante de la vida que se había apagado.

—¿Lo conoces? —preguntó Blake.

Miré a Kolton.

—¿Qué le pasó?

El rostro del nuevo jefe de policía estaba sombrío.

—Esperaba que pudieras decírmelo. Un cliente lo encontró así. Está muy afectado por eso.

La comprensión de la situación me golpeó como un tren de carga.

—Mierda.

Corrí detrás del mostrador, con el corazón latiéndome en el pecho. Mis dedos buscaron frenéticamente entre la colección de brújulas, plumas y relojes antiguos de Nelson, pero no estaban por ninguna parte.

—¿Qué está pasando? —preguntó Blake con la preocupación reflejada en el rostro.

—Ya no están —jadeé, con el horror invadiéndome. Lentamente, me puse en pie—. Se las llevaron. —Si Los Renegados habían conseguido las tablas, todos corríamos un grave peligro. ¿Cómo las

habían encontrado? Nelson había encantado las tablas con poderosos hechizos para mantenerlas ocultas de miradas indiscretas. Pero de alguna manera, las habían encontrado. Y si me habían seguido hasta la tienda de Nelson... era culpa mía que estuviera muerto.

Las náuseas me revolvieron el estómago mientras el peso de la culpa me aplastaba.

—¿Quién se llevó qué cosa? Oye. Te hice una pregunta —gruñó Blake.

Lo fulminé con la mirada.

—No respondo ante ti. Ya no eres el jefe de policía. —Y aunque siguiera siéndolo, no le diría nada. No confiaba en él.

—Él es mi ayudante. —Kolton vino a ponerse en el lado opuesto del mostrador—. Está trabajando en el caso conmigo.

Levanté una ceja.

—Tu *ayudante*. —No sé por qué me sorprendí, pero lo hice. Pensé que Blake se habría sentido demasiado avergonzado como para quedarse en Moonfell y habría huido con el rabo entre las piernas. Eso demostraba que no lo conocía en absoluto.

—Así es —dijo Blake, enderezándose como si quisiera hacerse más alto. Como si tuviera que hacerlo—. ¿Tienes algún problema con eso?

Otra vez con su frágil ego masculino. Sacudí la cabeza.

—Ningún problema. —Salí de detrás del mostrador y fui de nuevo hacia el cuerpo de Nelson, plenamente consciente de que no había respondido a su pregunta. Porque quería asegurarme por mí misma.

Mis ojos se humedecieron al ver al cambión. Sentí dolor en el corazón al ver su cuerpo sin vida. Era extraño. Apenas lo conocía y, sin embargo, su muerte despertó algo en mí, una mezcla de dolor y rabia. No podía negar que había muerto por culpa de las tablas. Por mi culpa.

Cicatrices ennegrecidas manchaban la camisa blanca de Nelson, antes impecable. Marcas de quemaduras de la magia. Sus manos y muñecas también estaban quemadas. Heridas defensivas, probablemente tratando de detener la maldición con la que estaba siendo atacado.

Me arrodillé a su lado, con la voz ronca por la emoción.

—¿Puedo levantarle la camisa y examinar el cuerpo? —*El cuerpo. Lo siento mucho, Nelson.* Esto de verdad le dolería a Dash. *Dash*. Él no lo sabía, y yo no tenía manera de decírselo. Pero era algo que necesitaba saber.

Kolton estaba a mi lado, con expresión sombría.

—Por eso te llamé. No podemos determinar la causa de la muerte. No hay heridas ni sangre, ni signos de estrangulamiento en su cuello. Pero el hedor... está por todas partes. El hedor de la decadencia, la muerte y la magia oscura.

Él tenía razón. Incluso yo podía sentir la marca residual de energías mágicas. Casi como si quien hizo esto *quisiera* que supiéramos que fueron ellos. Una provocación.

Apreté la mandíbula con fuerza, reprimiendo la ira burbujeante que amenazaba con desbordarse. Con manos temblorosas, levanté la camisa manchada de sangre de Nelson. La visión que tuve frente a mí me revolvió el estómago. Tenía el pecho chamuscado, la piel ennegrecida y desprendida por un calor abrasador. El estado de sus manos y muñecas era diez veces peor, como si las hubieran envuelto en llamas.

Me dolía el corazón al pensar en lo que debió de sufrir. Pero las heridas externas no eran lo único preocupante. Al mirar más de cerca, pude ver laceraciones más profundas, como finas pinceladas de un cuchillo ardiente grabadas en su piel, dejando cicatrices irregulares de carne ennegrecida. Estas heridas no habían sido causadas por el fuego. Eran la marca de la magia oscura, sus retorcidos tentáculos abrasaron su cuerpo desde adentro. El dolor y el sufrimiento que debió experimentar eran inimaginables.

*Lo siento mucho, Nelson.*

—La magia hizo esto. ¿No es así? Lo mató —dijo Kolton. Su voz era tranquila, pero contenía una amenaza persistente.

Me froté la cara con las manos y me balanceé sobre los talones.

—Magia oscura. Y mucha. Nelson se defendió. Se defendió con todo lo que tenía.

—Pero eso no lo salvó —dijo Blake—. Tal vez si fuera más joven, podría haber tenido una oportunidad. Míralo. Tiene como noventa o algo así.

—Eso no tuvo nada que ver con su muerte —dije, sabiendo que los demonios y los semidemonios envejecían de forma diferente—. Fue dominado.

El olor a podredumbre y descomposición aún permanecía en el aire, pegado a nuestra piel y ropas como un recordatorio constante del horror que Nelson había soportado. Cerré los ojos, sintiendo una profunda pena y arrepentimiento.

—¿Entonces está confirmado? —Kolton preguntó en voz baja, mirando los restos carbonizados del cuerpo de Nelson—. Fue asesinado por magia negra. Pero, ¿quién lo haría y por qué? Hasta ahora, no he encontrado ninguna prueba de que a alguien le disgustara el dueño de la tienda. No tiene facturas pendientes. Y según Helen, era muy querido.

Helen era nuestra alcaldesa. Y tenía tiempo sin verla.

—Los Renegados hicieron esto —dijo Blake antes de que abriera la boca—. Ellos lo hicieron. Sé que lo hicieron. —Me miró y añadió—: Y tu novio está implicado.

—Otra vez esto no. —Me puse de pie—. Dash no hizo esto. Nelson era su amigo. Probablemente su amigo más antiguo. Él no lo mató. —No. Él estaría desconsolado.

—No puedo creer que sigas protegiendo a ese tipo —dijo Blake—. Eso dice mucho de ti.

Apreté los dientes.

—¿Qué demonios estás tratando de decir?

Blake me miró como si hubiera matado a Nelson.

—No lo sé. Qué tal si tú nos lo dices.

Crucé los brazos sobre el pecho y miré a Blake, sintiendo que me invadía la ira.

—¿Decirles qué? ¿Que Dash no tiene nada que ver con esto? ¿Que es inocente? —me burlé—. ¿Sabes qué, Blake? Me importa un bledo tu opinión sobre Dash o Los Renegados.

—Debería importarte —dijo Blake, con voz firme—. Porque estamos investigando este caso, y necesitamos toda la información que podamos conseguir.

—Te lo estoy diciendo. Dash no hizo esto. —Me aparté, volví al mostrador en busca de una toalla y la llevé conmigo. La coloqué suavemente sobre la cara de Nelson, esforzándome por no mirarlo a los ojos. No merecía morir así. Los Renegados pagarían por lo que habían hecho.

—¿Dónde está él? —preguntó Blake.

Me burlé.

—Ni idea. —No es que fuera a decírselo aunque supiera dónde estaba Dash.

—Sabes que sigue siendo un fugitivo —continuó el ayudante del jefe de policía—. Está vinculado a ese grupo. Vi el mensaje que te envió la noche que se llevaron a Emma. Y vi muchas otras cosas.

—¿Sí? ¿Cómo qué? —No me estaba gustando a donde iba esto. Blake tenía la evidencia de la participación de Dash con Los Renegados. Pero yo la había robado, y mi tía la había derretido con ácido.

Blake me dedicó una fría sonrisa.

—Nunca lo vas a saber.

—Blake, esto no ayuda —gruñó Kolton, aunque sus rasgos eran serenos y tranquilos.

El ayudante me señaló.

—Ella sabe algo. Puedo verlo en su cara. Está mintiendo otra vez. Miente para proteger a su novio.

—Él no lo hizo —le refuté—. Estarías perdiendo el tiempo tratando de probarlo de todos modos.

Blake me lanzó una mirada mordaz.

—Eso ya lo veremos. —Miró a Kolton—. Deberíamos llevarla con

nosotros para interrogarla.
Me quedé boquiabierta.
—¿Perdón? ¿Por qué motivo? ¿Por respirar?
Kolton me observó un momento.
—Blake. Ve a esperarme afuera.
—¿Qué? —gruñó el ayudante—. ¿Cómo puedes ponerte de su lado?
El jefe de policía miró fijamente a Blake.
—Estoy del lado de la víctima. Sal. Ahora mismo. —Los pelos de la nuca se me erizaron ante el poder que había detrás de esas palabras. Diablos, casi me voy yo también. Tuve que forzar las piernas para mantenerme en mi sitio.
Vi cómo se encendía la tensión entre Kolton y Blake y cómo Blake finalmente se sometía al alfa. Sin volver a mirarme, salió furioso de la tienda, dejando un rastro de resentimiento a su paso.
*Espéralo.*
La puerta principal se cerró de golpe.
—Muy maduro, Blake —murmuré. De verdad. No entendía qué le veía Tilly a ese gran idiota.
Kolton volvió a centrar su atención en mí, su mirada penetró a través de la habitación poco iluminada.
—¿Qué hay entre ustedes dos?
—Deberías preguntarle a tu ayudante. Sólo se ha comportado como un idiota desde que llegué a Moonfell.
Kolton hizo un ruido en su garganta que sonó como si estuviera de acuerdo conmigo.
—No te llamé para hacerte enojar.
—Ya lo sé.
—Pero sí necesito tu ayuda —continuó el jefe de policía—. Es mi segundo día de trabajo y ya me enfrento a un asesinato. Estaría agradecido por tu cooperación... y sin insolencias esta vez.
Respiré hondo y me giré para mirarlo de nuevo, intentando alejar mi frustración.
—Bueno, está bien —dije apretando los dientes—. ¿Qué quieres saber?
—¿Quién era Nelson para Dash? —preguntó Kolton.
Cerré los ojos un momento antes de contestar.
—Eran amigos —dije simplemente.
—¿Qué tan cercanos eran?
—No conocía muy bien a Nelson, pero tenía la sensación de que eran como hermanos —respondí con sinceridad. No le conté que ambos eran cambiones, semidemonios, porque no estaba segura de cómo lo tomaría Kolton o si ayudaría en el caso.
Kolton se quedó mirando el cuerpo en el piso.

—Por lo que sé de Dash, esto no parece algo que él haría. Además, es un metamorfo. No tiene magia.

Mierda. Estuve a punto de soltar la verdad, pero logré contenerme justo a tiempo. La mirada inquisitiva de Kolton era implacable, su voz ronca era una suave advertencia mientras sondeaba en busca de cualquier información que yo pudiera tener sobre las recientes transgresiones de Dash.

—Sé que me ocultas algo, Kat —dijo, sus ojos escudriñando los míos—. Y también sé que no confías en Blake. Ha cometido errores, y ahora está pagando el precio.

Sacudí ligeramente la cabeza, intentando mantener la compostura.

—Pero sigue teniendo su trabajo murmuré.

La expresión de Kolton se endureció y se acercó con su intensa mirada fija en mí.

—Dime todo lo que sepas sobre quién ha hecho esto —exigió.

Dejé escapar un suspiro cansado.

—Blake tenía razón. Fueron Los Renegados.

Las cejas de Kolton se alzaron sorprendidas al procesar la información.

—¿El escurridizo grupo de magos oscuros? ¿De los que nadie parece saber mucho?

—Ese mismo —confirmé con un solemne movimiento de cabeza.

—¿Y estás segura de esto? —Kolton insistió, con su tono agudo insinuando su escepticismo.

Mis ojos se desviaron hacia Nelson y se me hizo un nudo en el estómago una vez más.

—Estoy segura —dije con firmeza.

—Kat —el tono de voz de Kolton se volvió autoritario al captar de nuevo mi atención.

Volví a mirar al jefe de policía.

—¿Hmmm?

—¿Qué se llevaron?

Pensé en mentir, pero la verdad es que estaba harta de mentir a todo el mundo. Me estaba afectando.

—Unas tablas mágicas.

Kolton me observó.

—Y lo sabes porque...

Respiré hondo y me zambullí de lleno.

—Porque le pedí a Nelson que me las escondiera.

—Que las escondiera de Los Renegados —adivinó Kolton—. Y lo mataron para poner sus manos sobre ellas.

Asentí con la cabeza, con un sentimiento de culpa que me golpeaba en oleadas.

—Así es.

—Sabes —empezó el jefe de policía, mirando alrededor de la tienda de Nelson—. No me interesa mucho la magia. Nunca me ha interesado. Comprenderás que las tablas mágicas no significan nada para mí. ¿Puede contarme algo más sobre ellas? ¿Y por qué matarían por tenerlas en sus manos?

Me pasé los dedos por el pelo, sintiendo que este día empeoraba con cada minuto que pasaba.

—Yo tampoco sé mucho sobre ellas. Mi tía y Nelson coincidieron en que son extremadamente poderosas y peligrosas en las manos equivocadas. Todos coincidimos en que Los Renegados no deberían tenerlas.

Las facciones de Kolton eran duras, mientras sentía que sus ojos se fijaban en mí.

—¿Y cómo las encontraste?

Ay, mierda.

—Se las robé… a Los Renegados. —Por la altura de las cejas de Kolton, decidí finalmente confesar. Yo confiaba en él. Sabía que no me metería en la cárcel por ofrecerme como voluntaria para ocupar el lugar de Dash. Sabía que si había un momento para sincerarme y una persona en quien confiar para hablar de mis planes para acabar con el grupo, Kolton era el indicado. Tomé aire y añadí:

—¿Recuerdas aquella vez en tu cafetería cuando te hablé de ese grupo al que me había unido para poder estar de incógnita y acabar con ellos?

El jefe de policía me observó intensamente.

—Sí, recuerdo.

—Ese grupo eran Los Renegados —respondí—. Todo empezó cuando ocupé el lugar de Dash. —Así que se lo conté todo: desde aquella noche en que el grupo hizo daño a Dash hasta cómo nos ayudó a salvar a Emma. Le conté mi encuentro con Luther, el del Consejo Gris (omitiendo la parte de mi intrusión, por supuesto), cómo nos aliamos y cómo iba a encontrar pruebas contra el grupo para acabar con ellos. Le dije que había robado las tablas, pero no de *dónde*. Quería dejar a mi familia fuera de esta investigación por el momento. Cuando terminé, me balanceé sobre mis talones y esperé a ver si hice lo correcto al decírselo.

Podría pasar dos cosas: la primera, que Kolton entendería mis motivos para unirme al grupo y me ayudaría, o la segunda, que me arrestaría y mandaría mi culo a una prisión.

El corazón me latía con fuerza mientras esperaba. Probablemente solo fueron unos segundos, pero me parecieron diez minutos.

—Eres la única otra persona a la que se lo he contado —dije ya que seguía callado—. Aparte de mi tía y Dash. Nadie sabe de mi trato con Los Renegados. Blake no lo sabe.

Kolton estaba de pie, con las manos en las caderas y los ojos recorriendo el cuerpo de Nelson.

—Yo tampoco se lo habría dicho —dijo, volviendo a mirarme. Cuando me miró con sus inteligentes ojos marrones, sentí más bien que me estaba estudiando—. He escuchado historias sobre Los Renegados a lo largo de los años. Secretos. Nadie sabe mucho de ellos, pero todos han escuchado los rumores. ¿Y dices que el Consejo Gris no pudo eliminarlos?

Asentí con la cabeza.

—Así es. Entonces... ¿no va a arrestarme? —Tenía que asegurarme.

El jefe de policía me sonrió.

—Hoy no.

Me lamí los labios en un intento de camuflar mis nervios.

—Gracias.

—En lugar de eso —continuó el jefe, volviendo a mirar a Nelson—. Creo que deberíamos trabajar juntos en esto. Voy a necesitarte. Parece que te has metido en algo más grande de lo que puedes manejar tú sola. Esos idiotas mataron a uno de nuestros residentes. No puedo dejarlo pasar.

—Estoy de acuerdo. —Sentí una oleada de alivio al oír sus palabras, agradecida por el inesperado giro de los acontecimientos y sabiendo que había hecho bien en confiar en el nuevo jefe de policía —. Te agradecería que lo que te conté sobre mi nueva afiliación quede entre nosotros. Mientras menos gente lo sepa, más posibilidades tendré de que no me descubran. Para encontrar pruebas contra ellos, aún tengo que poder fingir que soy uno de ellos.

—Entendido —respondió Kolton—. ¿Puedes darme algunos nombres? Aparte de ti y de Dash, nunca he conocido a nadie de ese grupo. Necesitaré nombres para crear un expediente.

Respiré hondo y dudé antes de hablar:

—Algar es el líder. Hay un tal Matías. De los demás no me acuerdo. No son muy habladores. Es todo lo que sé.

—Está bien. —Kolton sacó su teléfono y empezó a teclear—. Me diste suficiente información para empezar a construir un caso contra el grupo.

—¿Y Blake?

Kolton siguió tecleando.

—Blake no necesita saber tu participación en el grupo. Pero voy a necesitarlo en esto.

—De acuerdo. —Tenía sentido. Kolton necesitaba toda la ayuda posible. Blake podría ser un idiota, pero por lo que vi, había sido un jefe de policía decente.

—Haré que el forense venga por el cadáver —dijo Kolton, guardándose el teléfono en el bolsillo—. Haremos algunas pruebas

para confirmar la causa de la muerte, que parece ser de naturaleza mágica. Confío en tu versión de que fue asesinado por magia oscura, pero necesitamos documentación oficial.

—Lo entiendo. ¿Habrá un funeral? Si es así, me gustaría estar allí.

—No lo sé —respondió Kolton—. Tendremos que avisarles a los familiares. Pero te lo haré saber.

—Gracias. —Tenía la sensación de que el pariente más cercano de Nelson era Dash, y no estaba por ninguna parte.

—Y necesitaré que me informes en cuanto tengas algo nuevo —dijo el jefe de policía. No me molestó en absoluto que me diera órdenes. Pero si hubiera sido Blake, bueno, eso era otra historia. Kolton no lo hacía porque se sintiera superior. Lo hacía porque así funcionaban las cosas.

—Lo haré. Te llamaré. —Empecé a caminar por la tienda. Miré el cuerpo de Nelson una vez más, sintiendo que se me oprimía el pecho y que la bilis me subía por la garganta. Era la primera vez que alguien moría por mi culpa. Y no me sentí bien.

—Antes de que te vayas —dijo Kolton, parándome en seco—. ¿Puedes darme la información de contacto de ese tal Luther? Voy a llamarlo para ver si podemos juntar nuestros recursos.

Saqué la tarjeta de Luther del bolso y esperé a que Kolton le tomara una foto.

—Gracias —dijo el jefe.

Volví a ponerme en marcha, pero me di la vuelta.

—Sólo un aviso. Él estaba chantajeando a Blake. Creo que la mayoría de las decisiones de Blake mientras actuaba como jefe de policía eran en realidad de Luther. Ten cuidado con él.

Kolton sonrió, y fue un poco aterrador.

—Conozco al tipo. Puede intentarlo, pero no funcionará conmigo.

Eso creía.

—Nos vemos.

—Y, Kat… —llamó Kolton.

Me di la vuelta.

—¿Sí?

La mirada de Kolton se clavó en la mía y me di cuenta de que no sabía lo que iba a decir a continuación.

—Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré.

# CAPÍTULO 8

—Ya volví —le grité a mi tía mientras me quitaba las botas y caminaba descalza por el piso de madera hasta la parte trasera de la casa, donde sabía que estaría.

—¡En la cocina! —me contestó.

Con el bolso en el hombro, me acerqué, sintiendo las piernas como dos tablas de madera, más pesadas de lo que habían estado cuando salí de casa.

La muerte de Nelson consumió mis pensamientos durante el trayecto hasta aquí. Me estaba afectando más de lo que pensaba, teniendo en cuenta que en realidad era un desconocido para mí. Pero no podía liberarme de la culpa. Si no fuera por mí, seguiría vivo, y Dash seguiría teniendo a su amigo.

Incluso me había parado en la tienda local y me quedé sentada en el Jeep durante quince minutos, intentando resistir el impulso de comprar un paquete de cigarros. Sabía que fumar me aliviaría temporalmente, que la nicotina haría lo suyo, pero que al final me sentiría fatal.

Sorprendentemente, me había ido sin comprar los cigarros. Bravo.

—Creo que estoy lista para probar tu cura demoníaca... ¿Qué te pasa? Parece que pasaste por el túnel del autolavado. —Los ojos de mi tía se abrieron de par en par al verme.

—Así de mal me veo, ¿ah? —Dejé escapar un profundo suspiro y me apoyé en la isla de la cocina, buscando un pequeño lugar que no estuviera ocupado por tarros o libros para apoyarme—. ¡Nelson está muerto.

Mi tía soltó un suspiro.

—¿El dueño de la tienda? Ah, no. ¡Las tablas!

—Se las llevaron. Los Renegados lo mataron y se llevaron las tablas.

La cara de mi tía se transformó en una mezcla de asombro y preocupación, con las cejas fruncidas mientras procesaba la noticia.

—Esos bastardos con túnicas —murmuró, su voz teñida con un toque de pesar—. No podemos dejar que se salgan con la suya.

Mis hombros se hundieron.

—Lo sé.

—Tienes que recuperarlas —dijo mi tía.

—Eso también lo sé. Pero dudo mucho que las vuelvan a poner en el mismo sitio. Y aunque lo hicieran, ahora estarán muy vigiladas.

—¿Pero cómo sabían dónde buscar? Creí que habías dicho que ese tal Nelson los había escondido con magia poderosa.

—Lo hizo. Yo… no lo sé. —Bajé la cabeza mientras me atacaba otra oleada de emociones—. Nunca había perdido a nadie. No así. —Levanté la vista y la miré a los ojos—. Está muerto por mi culpa.

—No puedes hablar así.

—Fui allí para ocultar las tablas. Dash me dijo que podía confiar en Nelson. Y yo sabía que podía. Él todavía estaría vivo si no le hubiera dado las tablas.

Mi tía levantó las manos como si se ofreciera a la diosa.

—¿Y entonces qué? ¿Dónde los habrías escondido?

—No lo sé. Dijiste que ibas a ayudarme con eso.

—Sí. Y si las hubiéramos escondido aquí, ambas estaríamos muertas.

Sacudí la cabeza.

—No soy estúpida. No iba a traerlas para acá. —Y menos cuando mi tía parecía tan frágil, débil y enferma por culpa del hechizo que le había echado Rita—. Habría buscado otro lugar. Sólo pensé… como había dicho Dash… qué pesadilla.

Mi tía frunció el ceño.

—¿Qué tenía que decir Kolton? Por eso quería que fueras a verlo. ¿No es así?

La cara de dolor de Nelson apareció en mi mente.

—Quería que confirmara que la causa de la muerte fue mágica. No pudieron encontrar pruebas de cómo murió. Creo… creo que lo torturaron. Para obligarlo a hablar.

Mi tía maldijo.

—Deben de haber puesto algún tipo de dispositivo mágico de rastreo en las tablas. Es lo único que tiene sentido. Como semidemonio, Nelson poseía una magia muy poderosa. E incluso con eso, con todos sus hechizos y encantamientos, las encontraron.

Tenía razón. Explicaría cómo encontraron las tablas tan rápido.

—¿Me estás diciendo que en cualquier lugar que las escondiera, Los Renegados las habrían encontrado eventualmente?

—Sí.

—Maravilloso.

Mi tía me puso una mano reconfortante en el hombro, su tacto cálido y reconfortante.

—Lo siento mucho, Kat. Pero no puedes culparte por lo que le pasó a Nelson. Eligió ayudarte. Pudo haberse negado.

—No puedo evitarlo. Estaba deseando tomar el té con Nelson para charlar y hablar de Dash. Ahora… todo eso se ha ido. Y Dash no tiene ni idea de que su amigo está muerto. Tengo que encontrarlo y decírselo.

Mi tía agarró un taburete y se dejó caer en él.

—¿Sospecha algo el nuevo jefe de policía? ¿Tu relación con Los Renegados? ¿Supongo que le dijiste que mataron a Nelson?

Enderecé la espalda, sintiendo un dolor.

—Se lo dije a Kolton. Le conté todo.

Las cejas de mi tía se perdieron en su frente.

—¿Todo?

—Confío en él. —Encogí los hombros, viendo cómo sus cejas volvían lentamente a su posición original—. Sigo aquí. No me ha detenido. De hecho, quiere que trabajemos juntos en el caso.

—¿El caso de la muerte de Nelson?

—Ese caso. Y el caso que estamos construyendo sobre Los Renegados. Estoy cansada de todas las mentiras. Me alegro de que lo sepa. —Me aparté de la isla—. Necesito café. Me acerqué a la cafetera, agarré la jarra de cristal, la enjuagué y la llené de agua fresca.

—Tienes razón —dijo mi tía mientras echaba agua en la cafetera —. Tener más aliados ahora nos favorecerá.

Estrellé una taza contra la máquina.

—Debí haber sabido que pondrían algún hechizo de rastreo en las tablas. Ahora entiendo por qué nadie las custodiaba o por qué no las guardaban en alguna cámara mágica. *Sabían* que podrían ser encontradas de nuevo. Es por eso que nunca aparecieron aquí, buscándome. Sabían que las tablas no estaban aquí. Soy una idiota.

—¡Basta! —Mi tía golpeó el mostrador con la mano—. Se acabó. Esto no traerá de vuelta a Nelson. No puedes arreglar el pasado. Ya está hecho. Todo lo que puedes hacer ahora es destruir al grupo, eliminarlos de una vez por todas para que la muerte de Nelson no sea en vano.

Me froté los ojos.

—Sé que tienes razón. Sólo que es difícil.

—Lo sé —dijo mi tía, con voz suave—. Pero atraparemos a esos hijos de puta.

Solté una carcajada y me di la vuelta.

—Me encanta cuando dices palabrotas.

Mi tía se rio entre dientes.

—Eso fue lo que él me dijo.

Me reí más fuerte, dejando salir esas emociones contenidas. No le haría ningún bien a Nelson, ni a nadie, si no lograba despejar mi mente. Necesitaba concentrarme. Más que nunca.

—¿Cómo van las pruebas? Dijiste que estaba listo. —Eché un poco de leche en mi café y bebí un sorbo.

Mi tía agarró un vial de la isla de la cocina que no había visto, ya que se encontraba entre viejos tomos, tazones y frascos de sustancias dudosas. Con un poco de esfuerzo, mi tía se levantó y se acercó a la

cocina, donde esperaba un caldero.

Con mano firme, añadió con cuidado una gotita del vial a la burbujeante mezcla del fuego. El líquido chisporroteó y silbó, desprendiendo un tenue resplandor al mezclarse con los demás ingredientes.

Mientras la poción hervía a fuego lento, una sensación de inquietud se apoderó de mí. El aire de la cocina parecía espesarse, como si una presencia invisible permaneciera más allá de mi vista.

Observé cómo mi tía mezclaba con cuidado el brebaje, sus manos se movían con una elegancia que sólo era posible después de años trabajando con lo arcano, y murmuraba palabras que yo no lograba oír. La poción brilló con un tenue color plateado antes de estabilizarse en un gris turbio.

Se dio la vuelta para mirarme. Su cuerpo se balanceaba como si estuviera a punto de desmayarse. Me acerqué a ella, pero se agarró al mostrador y se estabilizó.

—¿Estás bien? —Sabía que era la reacción de la maldición de Rita. De verdad odiaba a ese demonio.

—¡Perfecta! —Mi tía golpeó el vial con el dedo—. Añadí unas gotas en mi poción de ingeniería inversa.

—Estupendo. ¿Y? —No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero asentí, fingiendo que sí.

—No es tóxica.

—Eso es bueno.

Mi tía encogió los hombros.

—Depende de lo que quieras que haga la mezcla.

—Ajá.

—Nunca he estado expuesta a una poción mágica de este calibre. —Las cejas de mi tía se fruncieron mientras estudiaba el vial, sus ojos reflejaban una mezcla de aprensión y envidia.

—Pero va a funcionar. ¿Verdad? —Si no funcionaba, estaba perdida. No tenía los conocimientos o la experiencia y la magia que había en las pociones. Mi magia no estaba hecha para eso. Y con mi tía debilitándose cada vez que hacía cualquier tipo de magia, sabía que el tiempo era esencial. Pronto, un simple hechizo la mataría. Además, no conocía a nadie más con el conocimiento de las artes como mi tía. Y no podía permitirme que la gente empezara a hacer preguntas.

Los ojos de mi tía se encontraron con los míos.

—Creo que sí. Supongo que no lo sabremos con seguridad hasta que lo pruebe. —Levantó el frasco hacia mí como si fuera a brindar, se llevó la punta a los labios y dijo—: Hasta el fondo.

Se bebió la poción de un trago.

El líquido desapareció por su garganta y, por un momento, todo

quedó en un inquietante silencio. Contuve la respiración, esperando que ocurriera alguna transformación dramática. Una aparición instantánea de alas, cuernos o tal vez, una cola. Pero no ocurrió nada. Mi tía se quedó allí, con los ojos cerrados, como si estuviera concentrada en algo.

Esperé a que dijera algo.

—¿Tía Luna? —Un aleteo de pánico empezó a surgir dentro de mí. ¿Y si me había equivocado? ¿Y si esto la mataba?

Los segundos pasaban con una lentitud angustiosa. Podía sentir la tensión que crecía en la habitación, el pesado peso de la incertidumbre presionándonos.

Entonces, de repente, un sonido bajo y gutural escapó de los labios de mi tía. Empezó como un leve murmullo, apenas audible, pero se hizo más fuerte y primitivo a cada segundo que pasaba.

—¿Tía Luna? —¿Qué demonios estaba pasando?

Su cuerpo empezó a convulsionarse y sus manos se cerraron en puños tan apretados que sus nudillos se volvieron blancos.

Di un paso vacilante hacia adelante, sin saber qué hacer. ¿Debía pedir ayuda? Annette era la más cercana a mí y la única que sabía de hechizos y pociones. ¿O se trataba de una reacción normal al ingerir magia tan potente?

Maldita sea. No sabía qué hacer.

Y entonces, tan rápido como había empezado, se acabó. Los ojos de mi tía se abrieron de golpe y… empezó a reír. Pequeñas risitas al principio y luego fueron unas ridículas carcajadas.

Me quedé boquiabierta.

—¿Tú? ¿No? ¡Ay, Dios mío! Creí que te morías.

—Esa es la idea, querida. —Mi tía Luna seguía riéndose.

Dejé la taza de café sobre la encimera y sentí que me subía la tensión.

—¡Podría matarte! ¿Cómo has podido hacerme eso? Casi me da un ataque.

Mi tía me señaló con un dedo nudoso.

—Debiste ver tu cara. —Se rio—. Lo siento, Kat. No pude resistirme. Y valió la pena.

Entrecerré los ojos.

—Te juro que si no tuvieras noventa y siete años, te patearía el culo.

Mi tía Luna inclinó ligeramente la cabeza, con un brillo de picardía en los ojos.

—Y así debe ser.

Me llevé una mano al pecho, intentando recuperar el aliento y calmar mis nervios.

Volví a mirar a mi tía Luna y la estudié detenidamente. Sus ojos

seguían brillando de diversión, en marcado contraste con el terror que se había grabado en mis propios rasgos momentos antes.

Sonrió y me agarró la mano.

—Estoy bien.

—Bien. —Aparté la mano—. ¿Y funcionó? ¿Te sientes diferente? Y no más juegos.

Mi tía miró hacia su caldero hirviendo a fuego lento.

—Bueno. Vamos a probarlo. —Agarró un tarro, giró la tapa y vertió en la mezcla lo que parecían agujas de pino—. Wun girdium litiosu —canturreó.

Me incliné para ver mejor. Las agujas de pino se amontonaban en el tarro, hundiéndose poco a poco y formando una sustancia viscosa, espesa y verde. Mi tía fruncía las cejas mientras removía el brebaje con una cuchara de madera, con los ojos entrecerrados por la concentración. La mezcla brillaba suavemente, emanando una tenue luz de otro mundo.

—¿Y bien? —pregunté, buscando impacientemente en su rostro rastros de debilidad—. ¿Cómo te sientes? ¿Enferma?

La mirada de mi tía se detuvo en los vapores que habían llenado el aire, con expresión contemplativa.

—Me siento bien. Mejor que bien. Tu cura demoníaca parece haber funcionado —dijo finalmente.

Dejé escapar un suspiro.

—No es mío, pero gracias al caldero funcionó. —Sonreí—. ¿Sabes lo que esto significa?

—¿Que no tendré una muerte horrible?

—Que puedo ir a buscar a Dash y traerlo de vuelta. —Ahora que mi tía estaba a salvo de la maldición demoníaca que Rita le había lanzado, no había razón por la que no pudiera ir a buscarlo. El único problema era que no tenía ni idea de dónde estaba, ni dónde estaba ninguno de ellos.

Un destello de determinación brilló en los ojos de mi tía cuando se enderezó.

—Me parece un buen plan. Hace falta un hombre en la casa. Ya sabes, para arreglar cosas.

Sonreí. Sabía que no era por eso. Extrañaba a Dash más de lo que parecía.

A pesar del dolor que aún me embargaba por lo que le había ocurrido a Nelson, empezó a florecer en mí un sentido de propósito.

Ahora que mi tía estaba fuera de peligro, por fin podía concentrar toda mi energía en encontrar esa prueba que Luther quería. Si eso era lo que hacía falta para acabar con Los Renegados, eso es lo que iba a hacer.

Pero primero, tenía que encontrar a mi adorable semidemonio. No

podía deshacerme de la sensación de miedo en la boca del estómago. La idea de contarle la muerte de Nelson me agobiaba, pero tenía que hacerlo.

Me quedé mirando a mi tía, viendo su forma, sólida y tal como debía ser.

—Nunca pensé que mi vida daría un giro tan desagradable.

Mi tía me lanzó una mirada.

—Deberías haberlo pensado antes de convertirte en miembro de Los Renegados.

—¿Eres miembro de Los Renegados? —dijo una voz detrás de nosotras.

Me encogí y giré la cabeza.

—¿Annette? No te escuché entrar —Ay, mierda. No era así como pensaba decírselo. De hecho, *nunca* tuve la intención de decirle.

La bruja me miró con una mezcla de traición y furia.

—¿Cómo pudiste? Creía que eras mi amiga.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Lo soy. Deja que te lo explique. Espera...

—Aléjate de mí —siseó mientras de sus palmas brotaba fuego elemental.

Mierda. Quería freírme.

—¡Aléjate de mis hijas! —gritó, retrocediendo.

—¡Annette, espera! —Me apresuré a seguirla, pero la bruja corrió por el pasillo y ya había salido por la puerta principal cuando crucé al vestíbulo.

Sabía que en cuanto Annette entrara en su casa, se lo diría primero a su marido y luego llamaría a Tilly y a Cristina. Y entonces, en una hora más o menos, todo el condado de Moonfell sabría que yo era miembro de Los Renegados.

Ah, diablos.

# CAPÍTULO 9

Sabía que si quería seguir viviendo aquí, en Moonfell, sin que la comunidad me echara después de enterarse de mi «supuesta» pertenencia a Los Renegados, tenía que arreglar las cosas con Annette.

También me sentía como una gran imbécil.

Lo que significaba que era necesaria una charla cara a cara. Por eso estaba en su porche en ese mismo momento con el puño en alto listo para tocar su puerta.

—No creo que sea prudente —me había advertido mi tía justo antes de que me decidiera a ir a hablar con ella cinco minutos después de que Annette entrara en nuestra cocina sin avisar—. Dejó bastante claro que no quería que te acercaras a ella.

—Tengo que hablar con ella —le había dicho mientras me envolvía los hombros con mi chaqueta de lana ligera—. Tengo que arreglar las cosas. Ella no lo entiende. No puedo dejar que se lo cuente a nadie. Lo arruinaría todo.

Los Renegados eran un grupo reservado. Si les llegaba la noticia de que estaba difundiendo mi nueva afiliación con ellos, podrían echarme del grupo. Sabía que Algar había dicho que una vez que te unías al grupo, no podías salir. Pero si atraía demasiada atención a su causa, podrían hacer una excepción.

O podrían matarme.

Además, cuando Tilly lo supiera, definitivamente se lo diría a Blake. Con el odio conocido que tenía por Los Renegados, el hombre lobo probablemente me cazaría y me llevaría él mismo al Consejo Gris.

Entonces me di cuenta de que mi nueva alianza con el Consejo Gris era lo único que me mantendría fuera de la cárcel. Sin eso, de ninguna manera se me permitiría andar por ahí libremente.

Me decidí, tomé aire para intentar calmar mi agitado corazón —no funcionó— y toqué a la puerta.

Diez segundos después, la puerta principal se abrió de golpe.

—Annette... ah, no eres Annette —corregí mientras miraba fijamente la cara de su marido hombre lobo, Liam. Su habitual rostro alegre y sus ojos sonrientes era una máscara de dura ira, y me estaba lanzando una mirada mortal.

El rostro de Liam se retorció con una rabia que nunca antes había visto.

—Tienes tres segundos para salir de mi propiedad antes de que te

arranque la garganta —gruñó Liam, con los ojos brillando con una intensidad salvaje.

Rayos. Pues bien, ya no es tan amistoso. Me invadió el miedo, pero no me moví. Intenté mirar detrás de él para buscar a Annette, pero el grueso cuerpo del hombre lobo era como un muro y no podía ver nada.

—Por favor —supliqué, tratando de hacerme más simpática y haciendo todo lo posible por mostrar mis verdaderas emociones, lo cual me resultaba difícil—. Déjame explicarte.

—¿Eres uno de ellos? —Su pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Tragué saliva, intentando mantener la voz firme.

—¿Puedo entrar y hablar al respecto?

—No. ¿Eres uno de ellos? —repitió Liam, su pelo rojo parecía arder con más intensidad para hacer juego con su ira.

—Por favor, Liam —intenté de nuevo, con la voz tan suave como siempre—. Hay tantas cosas que no sabes. Sólo... déjame entrar y hablar contigo y con Annette.

Una mueca se formó en los labios de Liam.

—Mi mujer no quiere saber nada de ti. Te quiere ver muerta. Igual que yo.

*Auch.*

—Estoy trabajando bajo...

—¿Eres uno de ellos o no?

Mi corazón latía con fuerza mientras luchaba por encontrar una respuesta. ¿Qué debía decir? No podía mentir. Annette lo escuchó de la boca de mi propia tía.

—Sí, pero...

Liam estaba en mi cara antes de que pudiera parpadear.

—Sal de mi propiedad —gruñó, con su aliento caliente golpeando mis mejillas—. Y si vuelvo a verte... te mataré.

Me temblaba la boca mientras trataba de hablar.

—¿No podemos hablar...?

Antes de que pudiera terminar, Liam me agarró bruscamente por el puño de la chaqueta y gruñó:

—Fuera de mi propiedad. —Y entonces la puerta principal se cerró de golpe, dejándome sola en el porche.

—Fue un placer hablar contigo —murmuré, temblando de culpa y frustración. Definitivamente, *no* era así como esperaba que fuera esta conversación.

Mientras me alejaba de la casa de Annette, mis pensamientos volvieron a enfocarse en el maldito grupo al que me había unido. Los Renegados tramaban algo, algo grande y peligroso, y necesitaban las tablas para eso. Le había pedido a mi tía que hiciera un hechizo de

rastreo en el rusane que tenía en el cuello para encontrarlas y las había robado. ¿Y todo para qué? Ahora, Nelson estaba muerto y Los Renegados tenían nuevamente las tablas.

*Bien hecho, Kat.*

Mientras caminaba, sentí la humedad de la lluvia en la cara. Sacudí la cabeza y maldije en voz baja. La realidad me estaba golpeando duramente; mi nuevo pacto con Los Renegados había sido un desastre total. Había perdido la amistad de Annette. Y no me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí hasta que la perdí.

Era una sensación extraña para mí. Como conocida solitaria, no tenía amigos. Tenía conocidos, fuentes y colegas. No amigos. Nunca tuve amigos.

Y saber que había perdido a una amiga de verdad me dejó un sabor amargo en la boca.

Esta vez sí que había metido la pata.

Necesitaba hablar con alguien que me entendiera.

Necesitaba a Dash.

Miré mi Jeep en la entrada de la casa de mi tía y me dirigí hacia él. Entré y encendí el motor. Sólo cuando retrocedí y di la vuelta al Jeep vi a Annette de pie frente a una ventana lateral con los brazos cruzados contra el pecho. Su postura era rígida, reflejando la expresión de su rostro. Aparté la mirada y me fui. Sí, me odiaba. Lo entendía. Yo también me odiaría si estuviera en su lugar. Liam nunca me dejaría entrar en su casa para hablar con ella y dudaba que leyera alguno de mis mensajes. La única manera de salvar esta amistad era acabando con Los Renegados.

Aun así, era una posibilidad remota. Ni siquiera estaba segura de que me creyera si le decía la verdad.

Mis pensamientos eran un torbellino de Annette, Los Renegados y Dash mientras acercaba mi Jeep a la acera de Main Road, justo delante de una pequeña y destartalada tienda con el letrero Nelson's Oldies but Goodies.

Estuve aquí esta misma mañana. Todo se veía igual, aparte de la cinta amarilla de la policía que cruzaba la puerta.

Apagué el motor y salí. Aunque pudiera parecer que estaba aquí para investigar más sobre la muerte de Nelson, no era así. Estaba aquí porque era el único lugar en el que se me ocurría que podía estar la dirección de Rita. Nelson, por lo poco que sabía de él, parecía llevar registros y tenía todo bien archivado, incluidas libretas de direcciones o algo parecido.

Me acerqué a la puerta. Hacía poco que habían puesto la cinta amarilla. Eso significaba que el cuerpo de Nelson ya no estaba. También significaba que si pasaba, Kolton sabría que alguien había entrado en la tienda.

Saqué el teléfono del bolso y le envié un mensaje.

*Yo: Escribo para avisarte que volví a entrar en la tienda de Nelson para buscar pistas.*

Técnicamente, no era una mentira. Sólo estaba buscando diferentes tipos de pistas.

Volví a meter el teléfono en el bolso, quité la cinta amarilla que cruzaba la puerta y entré.

El suave tintineo de las campanas llenó mis oídos cuando crucé el umbral. Mi mirada se posó en el lugar donde había visto el cuerpo de Nelson. Ahora que ya no estaba, nada indicaba que hace solo unas pocas horas, un cadáver estuvo en ese lugar. Los débiles ecos de la magia flotaban en el aire, como un sutil aroma de perfume o jabón, algo que con el tiempo se absorbería y desaparecería por completo.

La culpa me invadió. No podía evitarlo. No era de piedra, aunque a veces lo pareciera. Lo peor era que en realidad me agradaba Nelson.

Vengaría su muerte.

Pero primero, tenía que encontrar a Dash.

Dejando a un lado mis emociones, me acerqué al mostrador de cristal donde Nelson había escondido las tablas. La superficie brillaba bajo las luces de la tienda, reflejando una pila de libros viejos y bolígrafos metidos en una taza junto a una caja registradora de aspecto antiguo.

Me metí por detrás y empecé a rebuscar en todas las estanterías situadas debajo del mostrador y en la pared opuesta. Luego de unos minutos de búsqueda, lo único que tenía era una plaga de polvo y unos cuantos billetes.

—Nelson. Sé que tienes una libreta de direcciones en alguna parte. —Di la media vuelta. Y entonces recordé que había mencionado una cocina al fondo de la tienda. Me salí de detrás del mostrador y divisé un pasillo corto y una única puerta parcialmente oculta por un estante alto.

Me acerqué a la puerta y entré. La pequeña cocina del fondo tenía un escritorio viejo y desvencijado y una silla que parecía que tenía décadas allí. Del techo colgaba una bombilla fluorescente que parpadeaba con un brillo inquietante.

Fui hacia el escritorio. Había más billetes esparcidos por encima. Pero también había libros. Un diario negro destacaba en particular. Su lomo estaba ligeramente desgastado por el uso.

Lo agarré con cuidado, pasando los dedos por el cuero descolorido. Era pesado para su tamaño, como si contuviera los secretos de la vida de muchas personas. Lo abrí. La primera página tenía la letra garabateada de Nelson. Bueno… supuse que era suya, y un montón de nombres. Había anotado nombres, números, direcciones y artículos que habían comprado, llevando la cuenta de su inventario.

Hojeé las páginas, buscando alguna pista que me indicara el paradero de Rita. Al cabo de unos minutos, me encontré cerca del final del libro. Y justo cuando pensaba que nunca encontraría nada...

*Rita.*

Era sólo ese nombre y una dirección escrita en la contraportada.

*1166 Madison Avenue, Penthouse #5, NY*

Estaba garabateado rápidamente, como si lo hubiera escrito rápidamente antes de poder olvidarlo, como si lo hubiera escuchado en una conversación.

—Gracias, Nelson. —Le tomé una foto a la dirección y volví a dejar el libro donde lo había encontrado. Llevármelo no sería lo correcto. No me llevaría nada de la tienda de Nelson.

Al salir de la estrecha oficina/cocina, se me levantó un poco el ánimo. La ubicación de Rita en Nueva York no estaba demasiado lejos. Por supuesto, suponiendo que la dirección siguiera siendo válida. Pero si lo era, podría reunirme con Dash en unas pocas horas.

Sonriendo, y con una última mirada por encima del hombro a la tienda de Nelson, abrí la puerta de un jalón y salí. De repente, un pecho duro me bloqueó el paso.

Un gemido se me escapó al levantar la vista y ver a Blake, el irritante hombre lobo, casi encima de mí.

—Katrina Lawless —me ladró Blake, usando su tono autoritario.

Enarqué una ceja.

—Ya sabes mi nombre, Blake. Apártate de mi camino. Tengo que ir a un sitio.

Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios.

—Hoy no.

Mi sonrisa desapareció y dejé escapar un suspiro exasperado.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Sin mediar palabra, sacó un par de esposas de su espalda. Pero no eran las típicas de la policía. Eran diferentes. Rezumaban una magia poderosa que podía sentir incluso a distancia. Podía sentir su energía pulsante. Eran bloqueadores mágicos. Al tenerlas puestas, una bruja, un mago o cualquier practicante mágico era incapaz de hacer magia.

—¿Qué demonios, Blake? —pregunté.

Antes de que pudiera reaccionar, me hizo girar y sentí el frío metal de las esposas sujetas a mi muñeca. Me quemaron durante unos tres segundos, y luego un frío se extendió por mi cuerpo como si hubiera saltado a un lago helado. Recurrí a mis poderes para ver si me equivocaba, pero no recibí respuesta. Era como si llevara un rusane alrededor de las muñecas. No podía invocar mi magia.

—Quedas detenida por tu implicación y conexión con Los Renegados —me susurró al oído, y prácticamente pude oír la suficiencia que destilaba su voz.

Bueno, qué mierda.

# CAPÍTULO 10

—¿Dónde está Kolton? ¡Quiero hablar con Kolton! —grité.

Me senté en lo que solía ser el despacho de Blake, en una silla de cuero frente a un largo escritorio de madera. Después mi ridícula detención, Blake me había metido en la parte trasera de su todoterreno y me había llevado a la nueva oficina del jefe de policía. Me había dejado en una de las sillas y se había ido.

Eso había sido hace veinte minutos.

Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que el despacho no era como lo recordaba. Lo único que era igual era el largo escritorio de madera y las dos sillas de cuero que había frente a él. Los cuadros de lobos corriendo por el bosque que antes colgaban de las paredes ya no estaban, y no había nada que los sustituyera. No había nada. Las paredes estaban desnudas. Pero los estantes estaban más llenos y junto al escritorio había una pila de tres cajas. Pude leer una de las etiquetas: Caso # 237. Parecía que eran casos sin resolver que Kolton quería reabrir.

El despacho no era tan personal como Blake lo había decorado. Era neutral y directo. Nada por lo que preocuparse.

El único objeto personal que vi fue el portarretratos que había sobre el escritorio. Desde mi ángulo, pude ver a una hermosa mujer de piel oscura que le sonreía al fotógrafo, que muy probablemente había sido Kolton. Debía ser su difunta esposa.

Solté un gruñido muy parecido al de un hombre lobo y luché con mis ataduras. Pero fue inútil. No tenía la fuerza suficiente para romper el metal. Y sin magia, no podía hacer nada. Incluso si era de noche, con estos bloqueadores mágicos, estaba perdida.

Pero yo estaba más enojada con Blake.

—¡Blake! —grité tan fuerte como pude—. ¡No puedes retenerme aquí! —seguido de una serie de coloridas maldiciones.

—Sí, puedo —dijo una voz detrás de mí. Giré el cuerpo en la silla y vi al musculoso hombre lobo entrar en el despacho.

Lo vi pasar a mi lado y sentarse en la silla frente a mí. La silla del jefe de policía.

—Esa es la silla de Kolton ahora, no la tuya.

Blake me dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Kolton no está aquí. Y cuando él no está, yo estoy a cargo.

Cielos. Este tipo estaba delirando.

—Tu madre seguramente te dejó caer de cabeza cuando eras un

bebé —dije, e inmediatamente me arrepentí al recordar lo que Annette había dicho sobre lo que le había ocurrido a su madre.

La ira brilló en sus ojos.

—Nunca hubiera pensado que tú serías uno de ellos.

Sabía exactamente a quién se refería.

—Sea lo que sea lo que Annette te dijo, ella no sabe la historia completa. —Sabía que ella hablaría tarde o temprano. Sólo esperaba haber tenido más tiempo para ir a Nueva York. Y si Blake lo sabía, estaba muy segura de que eso significaba que todo el condado de Moonfell lo sabía.

Blake se inclinó hacia adelante, exudando una sensación de control y poder. Era casi como si todavía se viera a sí mismo como el jefe de policía de Moonfell, lleno de confianza y autoridad.

—Katrina Lawless, la traidora.

Mis labios temblaron de rabia.

—Ahora, escucha. No soy ninguna traidora.

—Viniste a mi condado como espía de ese grupo. ¿No es así? —acusó el ayudante del jefe de policía—. Estuviste trabajando para ellos todo este tiempo. Debería haberlo sabido. Nunca debí haber confiado en ti.

Apreté los dientes, tratando de mantener la calma ante sus acusaciones, con los brazos palpitantes de haber sido arrastrada en la dirección equivocada durante tanto tiempo.

—Vine aquí para resolver un caso. Ya lo sabes. No para espiar a nadie —repliqué, mirándolo retadoramente.

La tensión en la habitación era palpable, espesa como la niebla e igual de sofocante. Podía sentir el peso de sus sospechas presionándome.

Blake se reclinó en su silla y me estudió con mirada calculadora.

—Estuviste trabajando con el tal Dash desde el momento en que llegaste aquí. Reuniendo información sobre nosotros para poder usarla contra nosotros.

—Lo entendiste todo mal —le dije, con un sabor amargo en la lengua.

—No lo creo. Eso explica por qué el grupo Merlín envió a un oficial para evaluar tu trabajo. Sabían que había algo raro en ti. —Me observó durante un segundo y luego añadió—: Siempre pensé que tu olor era extraño. No se parecía a nada que hubiera olido antes.

—¿Qué pasa con ustedes los hombres lobo y sus olores? —Tener una conversación sobre mi olor era un poco incómodo. Sin embargo, no me sorprendió en absoluto esa afirmación. Kolton me había dicho directamente que tenía un olor raro. Que mi olor mágico o paranormal era diferente. Supuse que Blake también podría olerlo—. No pertenecía al Grupo Merlín, aunque eso no importa ahora —añadí.

—¿Entonces no lo niegas? —preguntó Blake.

Levanté una ceja.

—¿Que soy miembro de Los Renegados? —Hice una pausa—. No. No lo creo. Pero no tienes toda la información. Y tampoco era miembro cuando llegué aquí. Esto ocurrió hace sólo unos días.

—¿Cómo voy a creer algo de lo que digas? —refutó Blake, con una expresión feroz y salvaje. Juro que podía ver a su lobo a través de su piel humana—. Eres mi enemiga.

Me estremecí por dentro. Pude ver el conflicto que se desencadenaba tras sus ojos, dividido entre su arraigada desconfianza y los restos del deseo de creerme.

Sacudí la cabeza.

—No soy tu enemiga, Blake. Hay amenazas mayores ahí fuera en las que deberíamos centrarnos. Deberíamos trabajar juntos. Y deberías quitarme estas malditas esposas.

El gran hombre lobo se rio.

—¿Por qué? ¿Para que puedas matarme? No lo creo.

Puse los ojos en blanco.

—Antes no quería matarte. Pero después de hoy, creo que he cambiado de opinión.

—¿Y Luna? —preguntó Blake—. ¿Sabe de tu engaño?

Entrecerré los ojos.

—No metas a mi tía en esto.

—¿Y tu familia? —Blake negó con la cabeza—. Sólo puedo imaginar la decepción en la cara de tu padre. ¿Y tu madre? ¿Y Brad? ¿Qué pensaría él de esto?

Probablemente chocaría los cinco conmigo. Tal vez no.

—Me importa una mierda. —Decirle a Blake sobre la participación de mi familia con Los Renegados era un enorme NO. Sólo verlo reaccionar exageradamente a mi «supuesta» alianza sólo reforzó mi decisión de mantenerlo en secreto. No iba a hablar de la asociación de mi familia hasta que tuviera las pruebas que Luther quería. Aún estaba tratando de asimilar todo esto y tenía que pensar en mi madre. Tenía que encontrar la manera de sacarla de allí.

—Mataste al dueño de esa tienda. ¿No es así? —La voz de Blake era aguda, cortando el pesado silencio.

*Desgraciado*. Su acusación fue como un puñetazo en el estómago.

—Yo no lo maté. Era mi amigo. —Sólo por unas horas, pero lo consideraba un amigo.

Blake se inclinó hacia adelante en su silla, con un dedo golpeando el escritorio.

—Te estaba observando. Eres buena. —Se rio—. Muy buena. Lo reconozco. Me engañaste durante mucho tiempo. Engañaste a todos.

—Claro, porque soy una gran actriz.

—Son tus ojos —dijo, sorprendiéndome—. Tus ojos no mienten. Lo he notado en ti desde que llegaste. Secretos. Estabas ocultando algo. Y pude ver que nos estabas mintiendo esta mañana. Mataste a ese tipo, y tomaste algo que tus amos quieren.

Luché con mis ataduras, queriendo lanzarme sobre el idiota.

—¿Y por qué iba a decirte que fueron Los Renegados? Si realmente fuera uno de ellos, te habría dicho otra cosa. Algo para despistarte. Pero no lo hice. Dije la verdad porque *ellos* mataron a Nelson. Mi amigo.

—Ya no tienes amigos en Moonfell —dijo Blake, sonriendo—. Annette te odia a muerte. ¿Y cómo no hacerlo? Orquestaste el sacrificio de su hija. Eres un monstruo.

Me encogí, pero logré que mi cara no mostrara ninguna emoción.

—Salvé a su hija de ser sacrificada. Tú estabas allí. Todos la salvamos. ¿Cómo puedes decirme esto ahora después de lo que viste?

—Sólo lo hiciste para quedar bien con nosotros —continuó, y pude sentir el peso de su sospecha como un golpe físico—. Para fingir ser nuestro amiga. Te infiltraste en nuestro grupo. Los Renegados te pusieron allí. Para espiarnos.

Puse los ojos en blanco.

—Esto es ridículo. No puedo creer que solías ser el jefe de policía aquí.

—Cuidado —advirtió Blake—. No querrás enfurecerme. Ya tienes bastantes problemas.

—Escúchame —empecé, pensando que podría hacer que entrara en razón—. Sé que sólo estás reaccionando a lo que escuchaste. A lo que crees que soy. Pero no sabes toda la verdad. Kolton sí. Es por eso que deberías llamarlo ahora. Él aclarará todo esto. Llámalo.

—No.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que te estoy diciendo la verdad?

Los labios de Blake se torcieron con disgusto.

—Porque de alguna manera confía en ti. Se creerá cualquier mierda que salga de tu boca. ¿Hiciste magia con él? ¿Es eso?

Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer ese tipo de magia, idiota.

—Entonces dímelo. —Blake se recostó en su silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

Abrí la boca y luego la cerré. Haberle contado a Kolton mi trato con Los Renegados y ahora con Luther había sido una obviedad. Sabía que podía confiar en él porque sabía que velaba por los intereses del pueblo. Mi mejor interés. No estaba siendo movido por hilos manipuladores como lo había sido Blake.

¿Podría confiar en que Blake no me echaría a perder todo con Los Renegados? De verdad no lo sabía. Y por la forma en que estaba

actuando aquí, tendría que decir que no. Tampoco creía que él confiaría en mí.

—Estoy esperando —dijo Blake—. Dime lo que le dijiste a Kolton y decidiré si me estás diciendo la verdad.

*Sí, creo que no le diré nada.*

—Creo que esperaré a Kolton.

El rostro de Blake se quedó inmóvil y se quitó las manos de detrás de la cabeza.

—Me dirás lo que quiero saber.

*Aquí vamos otra vez con las órdenes.* Le dediqué una sonrisa.

—No puedes manejar la verdad.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Significa exactamente lo que significa. Tú no confías en mí, y yo no confío en ti. Así que ya está. Míranos. Tenemos algo en común.

Blake golpeó el escritorio con el puño, haciéndome dar un respingo, y me señaló con el dedo.

—Me lo vas a decir. Tengo maneras de hacer hablar a los convictos.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo? ¿Como una tortura? ¿Vas a torturarme, Blake? Has perdido la maldita cabeza. —Santo infierno. Necesitaba salir de aquí.

—Haré lo que sea para mantener a salvo mi condado —retumbó el gran hombre lobo, su voz albergaba un matiz amenazador—. Has estado jugando con nosotros todo el tiempo.

—¿Así como tú estuviste jugando a ser jefe de policía todo este tiempo? —Sí. Y sé todo sobre tu trato con Luther. —Ups. No me pude resistir.

La cara de Blake se puso unos tonos más oscura.

—¿De qué estás hablando? Un destello de incertidumbre cruzó por su rostro antes de que modelara sus facciones en una máscara de suficiencia.

Me tocó a mí poner cara de satisfacción. Sabía que lo que iba a decir solo lo enfurecería más, pero no pude detenerme en cuanto abrí la boca.

—Sé que hiciste trampas para llegar a ser jefe de policía —empecé, viendo la sorpresa en su cara—. Sé que Luther te ayudó. Esa silla era de Kolton, y tú la tomaste. Y sé que intentabas incriminar a Dash porque Luther amenazó con quitarte el puesto. Bueno, al final lo perdiste, así que supongo que ya no importa.

Blake se pasó los dedos por el pelo. Realmente tenía un pelo estupendo. Lo reconozco. Pero seguía siendo un idiota.

—Qué lindo cuento. Pero es sólo un cuento. Nadie se lo va a creer. Especialmente viniendo de un miembro de Los Renegados. No después

de todas las muertes.

—Kolton lo sabe, o lo sospecha. Él sabía que se lo robaste. Y estoy muy sorprendida de que accediera a dejarte trabajar para él. Es mejor persona que yo. Yo te habría despedido y exigido un reembolso.

La mandíbula de Blake se tensó al asimilar mis palabras, sus ojos se entrecerraron en una mezcla de furia e incertidumbre, como si no estuviera seguro de si se lo había contado a otros. Sabía que había tocado un nervio que se adentraba en los turbios asuntos de las luchas de poder de Moonfell.

Sus siguientes palabras fueron pausadas, cada una de ellas una afilada cuchilla dirigida a mi ya herido orgullo.

—Te crees muy lista. ¿Verdad, *Kate*? —La voz de Blake era fría, carente de toda calidez o familiaridad—. Tú y tu grupo de bastardos asesinos van a caer. Y tú eres la primera.

Se levantó y caminó alrededor del escritorio. Sus ojos bailaban con una especie de energía que reconocía, la de hombre lobo. ¿Estaba a punto de atacarme por el cuello?

No iba a quedarme aquí sentada y dejar que me golpeara. Me levanté de un salto y retrocedí lentamente ante la amenaza del músculo que avanzaba.

—Kolton no permitiría esto —dije, con una mezcla de miedo y furia encendiéndose en mis entrañas. La desesperación me invadió y forcejeé con las esposas, pero era como intentar romper una barra de metal con el dedo meñique.

Una sonrisa fría se extendió por la cara de Blake.

—Kolton no está aquí.

—¿Y entonces? Sólo vas a matarme. ¿Es eso? ¿Qué le vas a decir a Kolton?

—Lo que necesite oír.

Seguí retrocediendo, tratando de idear una forma de escapar pero sin encontrar ninguna.

—No te creo. No vas a matarme. No he hecho nada malo. Sólo he intentado ayudar.

Blake mostró los dientes y, por primera vez, en lugar de encontrarlo atractivo, me aterrorizó.

—No voy a matarte, Kat. —Se rio—. No soy un psicópata.

—¿No es eso lo que dicen los psicópatas justo antes de matarte? —O sea, así es como se hace en las películas.

—Voy a hacer que me digas dónde están los demás —dijo, con voz profunda mientras seguía empujando su enorme cuerpo hacia mí.

Mi espalda chocó contra un estante y sentí dolor en los brazos. No tenía a dónde ir.

—No sé. No es como si compartiéramos correos electrónicos o fuéramos amigos en Facebook.

Blake se inclinó hacia adelante.

—No te creo.

—No sé cómo se llaman —repetí—. Se llaman a sí mismos hermanos y hermanas. Eso es todo lo que sé. —No era del todo cierto, pero estaba dando más de lo que quería.

Los ojos de Blake se arremolinaron con energía de hombre lobo, y cuando me apuntó con un dedo, la punta tenía una garra afilada en lugar de una uña.

Me dio un golpecito con la garra justo debajo del ojo izquierdo.

—Vas a empezar a darme nombres... o voy a...

El cuerpo de Blake se separó de mí y voló por el despacho, estrellándose contra la pared opuesta.

Parpadeé, y Kolton estaba allí, de espaldas a mí mientras me protegía.

—¿Qué carajo está pasando aquí, Blake? —Kolton gruñó.

La cara de Blake se retorció de rabia mientras se ponía en pie, con los ojos encendidos de furia primitiva.

—Ella es uno de ellos. Los Renegados.

—Lo sé. —Kolton se interpuso como un escudo entre nosotros, su postura inquebrantable mientras se enfrentaba al enfurecido hombre lobo.

Blake frunció el ceño, mirándome a mí y a Kolton.

—Pero... ¡¿cómo puedes dejarla libre?! Ha matado a gente.

—No maté a nadie, imbécil.

Kolton mantuvo la compostura, con la mirada fija en Blake.

—Quítale esas esposas —ordenó Kolton.

—¿Qué? ¿Por qué? —Blake me miraba como si hubiera sido yo quien había matado a esos chicos y no quien había descubierto a los verdaderos culpables.

Kolton no dijo nada. Se mantuvo erguido, con una postura inquebrantable, emanando un poder de mando que nunca había visto antes. El poder de un alfa. Sólo le dirigió una mirada a Blake, y el ayudante bajó los ojos e hizo lo que se le ordenaba.

Blake se acercó a mí con una pequeña llave en la mano.

—Date la vuelta.

Quería mandarle a la mierda, que se metiera sus órdenes por el culo, pero lo que más deseaba era que me quitaran las esposas. Me di la vuelta y sentí una liberación inmediata cuando me quitaron las esposas mágicas.

—Lo siento, Kat —comenzó Kolton—. Esto es culpa mía. Debí haberle contado a Blake nuestra conversación.

Suspiré.

—Bueno, me encantaría quedarme y ver cómo termina todo este desastre, pero tengo que irme. —Empecé a caminar hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Kolton.

Dejé escapar un gemido, me froté los brazos y giré los hombros. Me detuve en la puerta y miré a Blake y luego a Kolton.

—Voy a buscar a Dash.

# CAPÍTULO II

No pensé que volvería a conducir a Nueva York tan pronto, pero por Dash, conduciría hasta el infierno si eso significara que podría recuperarlo. No sé si alguien pueda conducir hasta el infierno, pero mi punto queda claro.

Pasé a decirle a mi tía a dónde iría para que no se preocupara. Además, quería darme una ducha fría para quitarme el hedor de Blake y comer algo.

—Dale una bofetada a esa zorra de Rita de mi parte —me había gritado mi tía, parada en el porche, cuando abrí la puerta de mi Jeep.

Sonreí y dejé mi bolso en el asiento del copiloto.

—Le daré más que eso.

Mi tía soltó una risita.

—Ooh… cómo me gustaría estar allí para ver su cara. —Golpeó con su bastón los tablones de madera del porche—. ¡Ja! Ese hechizo suyo no era tan poderoso como ella pensaba. Eso demuestra que los demonios no saben lo poderosas que somos las brujas. No era nada comparada con nosotras.

—Así es. —Aunque, sin el vial de *Cura Demoníaca- Extra Fuerte* que había robado del lujoso laboratorio del Consejo Gris, no creía que hubiéramos podido quitar esa maldición. No quería decirlo, pero ese vial, fuera lo que fuera su contenido, había salvado a mi tía. Sin embargo, decidí reservármelo. No quería quitarle el mérito.

También le había ocultado mi pequeño incidente con Blake. No quería darle algo más de qué preocuparse. Sin embargo, estaba segura de que Kolton iba a vigilar de cerca a Blake después de lo que pasó en su oficina.

No voy a mentir. Me molestó que Blake se apresurara a juzgarme. Pero también lo hicieron Annette y su marido, y supongo que Cristina y Tilly también.

Cuando salí de la entrada de la casa de mi tía, vi a Elsie y Elanor sentadas en la hierba verde del jardín delantero. Reduje la velocidad y bajé la ventanilla.

—Hola, niñas. —Las saludé.

Elsie sonrió al verme.

—Mira —me dijo, mostrándome una roca lisa.

—Guao. —Me reí—. Qué hermoso.

—Mi mamá dijo que no debemos hablar contigo —dijo Elanor, con cara de incomodidad.

La puerta se abrió de golpe y Annette bajó corriendo los escalones del porche. Levantó a Elsie y agarró a Elanor de la mano, jalándola con fuerza hacia la escalera antes de desaparecer en el interior al cerrarse la puerta.

Bueno, no mentiré. Eso dolió.

La rabia y el terror en la cara de Annette no eran algo que hubiera esperado ver algún día. Era como si estuviera rescatando a sus hijas del coco, de un monstruo. De mí.

Me ardían los ojos cuando saqué el Jeep de la acera. Perder la amistad de Annette me había afectado mucho. Pero verla reaccionar así cuando yo estaba cerca de sus hijas era un nuevo tipo de dolor con el que no estaba familiarizada.

Mientras conducía, mis pensamientos eran una mezcla de Annette, Blake, Nelson, Luther y cómo iba a conseguir la prueba que él quería. Cuando llegué a Manhattan, eran las seis de la tarde y el cielo estaba azul oscuro. Perfecto.

Seguí el GPS de mi teléfono, conduciendo por las concurridas calles y observando a la humanidad ocuparse de sus asuntos, sin ser conscientes del mundo paranormal que les rodeaba. Probablemente era lo mejor.

Las brillantes luces de la ciudad iluminaban el cielo cada vez más oscuro, perfilando los imponentes edificios y las bulliciosas calles. La gente iba para todos lados, sus siluetas se veían contra los letreros de neón de las tiendas.

El agudo y acre aroma de los gases de escape se mezclaba con el de la pizza y los perritos calientes de los vendedores ambulantes, todo ello flotando en el aire y haciéndome cosquillas en la nariz a través de la ventana abierta.

Cuando vi la señal verde con las palabras Madison Avenue, supe que había llegado. Pero luego, si conoces Manhattan, entonces sabes que tardé otra media hora en encontrar un estacionamiento.

Terminé estacionando en una zona prohibida —no tenía otra opción— y bajé del Jeep. Con el bolso al hombro y mi fiel encendedor antiguo en el bolsillo de mis jeans, estaba lista.

Volví a revisar la dirección de la foto que había tomado en casa de Nelson y comencé a subir la calle.

Mientras caminaba por la bulliciosa acera, los sonidos de la ciudad me envolvían. El sonido de las bocinas, las conversaciones de la gente y la música que salía de los bares se mezclaban en una sinfonía de vida urbana. Las farolas proyectaban un cálido resplandor sobre el pavimento, guiando mi camino a través del laberinto de altísimos edificios.

No pude evitar sentir una oleada de ansiedad y rabia. Rabia, bueno, porque en cuanto viera a Rita iba a acabar con ella después de

lo que le había hecho a mi tía, a mí y a Dash. Pero también ansiedad. ¿Y si ya no vivía aquí? ¿Y si Rita vivía en California? ¿O en Europa? No tenía forma de saberlo. La única persona que podría habérmelo dicho estaba muerta, por mi culpa.

Darle esta noticia a Dash iba a ser un suplicio.

Pero la idea de que Rita me hubiera manipulado para quedarse con Dash avivó mis piernas con un nuevo sentido del propósito.

Iba a recibir lo que se merecía y algo más.

Me detuve frente a un lujoso rascacielos. El edificio se alzaba frente a mí, con su elegante fachada de cristal que reflejaba las luces de la ciudad como un millar de estrellas parpadeantes.

—¿Por qué no me sorprende? —suspiré, sacudiendo la cabeza mientras miraba el fastuoso edificio.

No pensé que encontraría a Rita en un motel barato, ni siquiera en una casa de piedra rojiza. Era fría, calculadora, dura, exactamente como este edificio.

Respiré hondo para calmar los nervios, abrí la pesada puerta de cristal y entré en el vestíbulo. El aire del interior era fresco y silencioso, en marcado contraste con el bullicioso caos de la calle. A un lado había un elegante mostrador de conserjería, atendido por una empleada elegantemente vestida que arqueó una ceja al ver mi aspecto no del todo adecuado.

También enarqué una ceja. Estaba limpia. Diablos, me había duchado.

Haciendo caso omiso de su silencioso juicio, fui hacia el ascensor y pulsé el botón PH. Cuando las puertas del ascensor se cerraron con un suave silbido, sentí que me recorría una oleada de adrenalina. Rita estaba a sólo unos pisos de distancia y yo estaba decidida a enfrentarme a ella, costara lo que costara.

La subida en ascensor fue dolorosamente lenta. Cada piso que pasaba me parecía una eternidad. Si Dash no estaba aquí, estaba perdida.

No tenía otra forma de encontrarlo.

Sin embargo, encontrar personas desaparecidas era lo mío. Si no estaba aquí, lo encontraría. Tal vez en un mes. En un año. Pero eventualmente lo encontraría.

Cuando por fin se abrieron las puertas, me encontré frente a frente con un largo pasillo poco iluminado lleno de puertas numeradas.

Escaneé los números, buscando el que coincidía con la dirección de la foto. Era el 5.

Pero yo no entraría sin refuerzos. No era una idiota.

Encontré el interruptor de la luz en el pasillo y lo bajé, dejándome en penumbra. La única luz provenía del exterior a través de las altas ventanas situadas a ambos extremos del pasillo. Las sombras eran

abundantes. Como a mí me gustaban.

Canalicé mi magia y sentí su fuerza flexible fluyendo a través de mí. Con todas mis fuerzas, me acerqué a las sombras, mis leales aliadas. Una oleada de poder me recorrió, encendiendo cada centímetro de mi cuerpo como un río embravecido.

—Por favor, que estén aquí.

Respirando hondo, me acerqué a la puerta. Apreté el oído contra ella, esforzándome por oír algo, cualquier cosa, pero era como escuchar el interior de un ataúd.

Probé el pomo de la puerta y la encontré abierta.

—Gracias, Rita —susurré. Por supuesto, ella no se molestaría en cerrarla si ésta era realmente su residencia. En su mente, era invencible.

Con mano firme y mi magia umbra bajo control, empujé la puerta con cuidado de no hacer ruido. Una suave luz amarilla bañaba la estancia con un cálido resplandor, revelando un mobiliario aún más lujoso que el del opulento vestíbulo: sillas de felpa de terciopelo adornadas con intrincados bordados, marcos dorados en las paredes y una araña de brillantes cristales colgando del techo.

Me acerqué a la lámpara de mesa que emitía la única fuente de luz y la apagué.

Escudriñé rápidamente el resto de la habitación, justo cuando me llegó el sonido de una voz femenina.

Me giré hacia el sonido. Procedía de una de las habitaciones cerradas que estaba al lado de la sala.

Seguí el sonido, y mi corazón latía fuerte en mis oídos. A medida que me acercaba a la puerta cerrada, la voz se hacía más fuerte y nítida. Inconfundiblemente femenina, ronca y sensual. La mujer soltó una risita. Y entonces oí un gemido. Si se trataba de una pareja de desconocidos teniendo sexo, la situación estaba a punto de ponerse incómoda.

Pero si eran Dash y Rita... el aire se me escapó, y parecía que no podía hacer que mis pulmones se movieran para meter más.

Habían estado casados. ¿Quizás habían reavivado su afecto?

Sacudí la cabeza. No podía dejar volar mi imaginación en este momento. Tenía que concentrarme.

La ira, mi conocida emoción ganadora, se apoderó de mí. Con un movimiento rápido, agarré el pomo de la puerta y la empujé.

La habitación estaba tenuemente iluminada por una única lámpara de araña con bombillas rojas, que proyectaba sombras danzantes sobre las paredes y el piso. En el centro de la habitación estaba la cama más grande que jamás había visto, una de esas camas king de Alaska.

Y en el centro, atado con cadenas de plata alrededor de las muñecas y los tobillos, estaba Dash.

Estaba desnudo. El pecho y los muslos sangraban por los numerosos cortes y podía ver marcas de mordiscos en el cuello y los hombros. La cabeza le colgaba. Se veía agotado, débil. Y cuando sus hermosos ojos oscuros se cruzaron con los míos, vi un destello de conmoción y luego una profunda tristeza y miedo.

Una rabia que nunca antes había sentido brotó al verlo, al ver lo que Rita le estaba haciendo.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Rita. Estaba parada al lado de la cama, vestida con una bata de seda, abierta en ese momento, que dejaba al descubierto sus grandes pechos. Su sedoso pelo negro hasta la barbilla se reflejaba en la luz—. Acabas de matar a tu tía, zorra estúpida.

—Hola, Rita. ¿Me extrañaste? —Me acerqué a la pared, encontré el interruptor de la luz y lo bajé, dejando la habitación en completa oscuridad.

Esperé unos segundos a que mis ojos se adaptaran.

Y entonces dejé volar mi magia.

# CAPÍTULO 12

La oscuridad que me envolvía se convirtió en mi aliada, me aferré a las sombras con fuerza y les di forma de dos armas afiladas. Con un movimiento de muñeca, las lancé hacia Rita.

La demonia retrocedió tambaleándose y se golpeó contra la pared. Mis hermosas dagas de sombra le perforaron el pecho.

Los edificios circundantes proyectaban suficiente luz a través del alto ventanal del dormitorio para que pudiera ver claramente su expresión. Era encantadora.

La furia apareció en su rostro.

—Imposible. El rusane te impide hacernos daño.

—¿A nosotros, Los Renegados? —me burlé, tocando la gargantilla que tenía en el cuello—. Sí, bueno, puede que le haya hecho algunos ajustes a mi bonito collar. —Sabía que dejar que viera que el rusane ya no me dominaba era un riesgo. Podría contarlo. Pero me arriesgaría. Tenía la sensación de que estaría demasiado avergonzada para decir algo de todos modos.

—¿Qué clase de magia es esta? —miró confundida mis dagas, como si nada hubiera llegado tan cerca de ella. Nunca.

Me acerqué, mi cuerpo bombeaba adrenalina y magia umbra.

—Del tipo que va a azotar tu flaco culo. Y voy a disfrutarlo de verdad.

Una extraña sonrisa transformó su antes hermoso rostro en algo parecido a una bestia, un reptil.

—Tu magia es... inesperada. Lo reconozco.

—Gracias.

—Pero le falta delicadeza. Es como un niño que aprende a montar en bicicleta por primera vez. Vas dando tumbos. Nunca terminas de comprender su alcance.

Fue mi turno de sonreír.

—Ay, creo que sí.

En un instante, Rita se arrancó las dagas del pecho, rezumando sangre oscura de las heridas—. Tendrás que hacerlo mejor que eso, Kit-Kat.

Encogí los hombros.

—Si insistes. —Volví a recurrir a mi magia, entrelacé las manos y conjuré una lanza hecha enteramente de sombras.

Y luego se la lancé.

Rita salió disparada hacia delante y atrapó mi lanza con facilidad.

—Interesante. ¿Sombras solidificantes? —dijo, maravillada ante el material, que ahora era tan sólido como si estuviera hecho de acero.

Y luego me la lanzó.

Mierda.

La esquivé con una agilidad digna de Matrix y mi lanza de sombra no me atravesó por poco. Oí un chasquido, como el desgarro de la madera, cuando la lanza se clavó en la pared detrás de mí. Un segundo después, habría sido mi cabeza.

—Vete de aquí, Kat —llegó la voz de Dash. Era áspera, gutural, como si no hubiera dicho una palabra desde que lo había visto en aquella iglesia abandonada—. No deberías estar aquí. Piensa en Luna. Tu presencia aquí va a matarla. No le hagas eso.

Apreté los dientes. Pensar en el hechizo de Rita sobre mi tía me provocó otra oleada de furia.

—Estoy donde debo estar.

—Kat... por favor... —dijo Dash, sonando un poco más fuerte—. No hagas esto.

—Recibí tu carta —le dije, disfrutando del ceño fruncido de Rita—. ¿Cómo podría abandonarte después de lo que escribiste? No podría. No lo haría. —Llevaría esa carta conmigo siempre. Ahora mismo la tenía conmigo.

—Qué asquerosamente conmovedor. —Rita se rio. Se acercó a una cómoda y agarró su infame cigarrera. Se llevó un cigarro a los labios, chasqueó el dedo y lo encendió con la llama amarilla que bailaba alrededor de la yema.

—Elegiste a un hombre antes que la vida de tu propia familia —dijo, echando humo blanco por la boca—. Nunca te había imaginado tan fría, Kit-Kat.

Dejé que mis sombras se derramaran alrededor de mis brazos como serpientes vivas, a la espera.

—No me conoces.

—Hmmm. —La demonia me miró desde el otro lado de la habitación. Le dio otra larga calada a su cigarro—. ¿Cómo me encontraste? —preguntó Rita, ligeramente sorprendida—. Sólo unos pocos amigos cercanos conocen este apartamento. La mayoría están muertos. Y los demás, bueno, están malditos para que no puedan revelar la dirección. Y tú no eres uno de ellos.

—Gracias a los dioses. Digamos que soy buena en mi trabajo. Cazar locas desquiciadas es el pan de cada día para mí.

La comprensión se reflejó en sus facciones.

—¿Estás aquí porque crees que puedes matarme? —Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Kit-Kat. La única que va a morir esta noche eres tú.

Apreté la mandíbula, el odio se apoderó de mí y se mezcló con mi

sangre.

—No lo creo. —Nada me retenía. Nada. Nunca me consideré una asesina. Y esto sería un asesinato premeditado. Pero en el caso de Rita, valdría la pena.

Se quedó parada un segundo y murmuró algo mientras se pasaba la mano libre por el pecho. Sangre oscura, casi negra, le brotaba desde el pecho, donde mis cuchillas la habían cortado, hasta la cintura.

Un repentino torrente de energía llenó la habitación y, milagrosamente, los profundos cortes de la superficie empezaron a repararse como si un cirujano invisible estuviera cosiendo la piel.

La demonia soltó una risa fría y malvada. ¡Justo como era ella!

—¿Ves? —Rita expulsó chorros de humo por las fosas nasales—. No puedes derrotarme. Soy un demonio… tú no eres más que una bruja con una bolsa de trucos.

Enarqué una ceja.

—Si eso era para impresionarme… no funcionó.

Un gruñido se formó en los carnosos labios rojos de Rita.

—Estás empezando a sacarme de quicio.

Con un movimiento casual de muñeca, tiró el cigarro humeante sobre la alfombra de felpa de su dormitorio. La ceniza y las brasas se esparcieron, dejando a su paso un leve olor a quemado.

Luego, chasqueó los dedos y gruesos tentáculos negros de energía demoníaca cobraron vida alrededor de sus manos, crepitando con un poder sobrenatural que zumbaba en el aire como una corriente eléctrica. La fuerza parecía cobrar vida propia mientras se retorcía y se contorsionaba, respondiendo a todas sus órdenes. Estaba segura de que había dominado aquella danza peligrosa y seductora hacía mucho tiempo. Cielos, Rita podría tener miles de años. No tenía ni idea.

Pero no estaba asustada. Tal vez debería haberlo estado, pero no lo estaba. No después de todo lo que había hecho. Y ahora, me preparé para lo que venía.

Con un movimiento de muñeca, me envió una descarga de esa energía demoníaca.

Cuando los tentáculos oscuros azotaron el aire, pude sentir la energía malévola que los recorría, una amenaza palpable.

Pero yo no era una bruja cualquiera con una bolsa de trucos, como Rita me había subestimado tan rápidamente. No, yo era mucho más que eso.

Busqué en las profundidades de mi magia umbra y sentí cómo palpitaba con su poder sombrío y su oscuridad. Con una sensación de urgencia, junté las manos, moldeé rápidamente un escudo de sombras con la energía bruta y pasé el brazo por su correa.

Y justo a tiempo.

Levanté el escudo cuando me alcanzó un tentáculo de energía

demoníaca. Un destello de luz acompañó a un zumbido en el aire que resonó como una sinfonía grave y discordante. Me estremecí bajo el peso y la potencia, que me hicieron caer de rodillas. Los tallos demoníacos retrocedieron y luego se disiparon.

Sí, la perra era fuerte. Pero yo también lo era.

Me levanté y bajé el escudo.

—Disparas como una niña —me burlé, con voz firme a pesar de la feroz energía que se arremolinaba a nuestro alrededor.

Sí, Rita era una fuerza con la que había que tener cuidado, pero no era invencible. Nadie lo era. Ni siquiera los demonios.

Con un grito, Rita envió otro ataque. Dos brotes gemelos de energía negra fueron directo a mi cabeza.

Mantuve mi posición en el duelo mágico con una sonrisa burlona, observando cómo la demonia desataba otra oleada de oscuridad. Sus poderes eran impresionantes, pero yo me había enfrentado a cosas peores. Y sobrevivido.

Salté a un lado, trepé por encima de la cama —y de un sorprendido Dash— y salté al otro lado cuando oí que algo estallaba y chisporroteaba. Con el olor de algo quemándose, me agaché porque sabía lo que venía.

Sentí el calor rozándome la cabeza y miré por encima de la cama para ver a Rita con la cara roja.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —Sabía que tenía que jugar bien mis cartas; un paso en falso y esta noche podría muy bien terminar con mi muerte.

Los ojos de Rita brillaron de ira. Estaba claramente acostumbrada a intimidar a los demás con su poder. Pues mala suerte.

Un movimiento llamó mi atención. El brazo derecho de Dash se movió ligeramente. La cadena de metal que sujetaba su muñeca se había roto. Más bien se había derretido, ya que el lugar donde se había cortado aún humeaba por la magia de Rita.

—Me sorprendes, Kit-Kat —se burló Rita, y aparté los ojos del medio demonio—. Creía que querías a tu tía. Supongo que no te importa que la vieja arpía muera. Te das cuenta de que al venir aquí acabas de firmar su sentencia de muerte.

Me enderecé, manteniendo mi escudo cerca mientras mis ojos se cruzaban con la mirada preocupada de Dash y con la enloquecida Rita.

—Me preocupo mucho por mi tía. Ella es lo más preciado para mí.

Rita se rio, y otro cigarro encendido apareció en sus labios.

—Pero acabas de matarla.

Negué con la cabeza.

—No lo hice. Buen detalle, por cierto. Ese hechizo de mierda extra que le echaste. Ya sabes, ese en el que su esencia empezaría a

disminuir cada vez que hiciera magia. Sí. Ese. No me lo esperaba.

En ese momento, Dash jaló la correa de su muñeca izquierda e, incluso en la penumbra, pude ver el vapor que salía de donde el metal tocaba su piel. Lo estaba quemando.

Entrecerró los ojos, mirando a su exmujer como si quisiera arrancarle la cabeza.

—¿Que hiciste qué?

Rita le hizo un gesto despectivo con la mano.

—¿Qué? ¿Por qué tan enojado? Ya me conoces. Me gusta añadir algo extra a mis hechizos. Es lo mío. La bruja es tan vieja como la mugre, de todos modos. Le hice un favor.

—Cierto. Eres una perra loca —dije—. Los cobardes pelean sucio. Y esa fue una movida sin agallas.

Rita puso los ojos en blanco como si lo que yo decía fuera noticia vieja.

—Teníamos un trato, Kit-Kat —Le dio una calada a su cigarro–. La vida de tu tía a cambio de mi marido.

—Exmarido —gruñó Dash.

—No hay trato —refuté—. Y no era un buen trato. Más bien un chantaje.

—Patata, papa. —Rita se rio. Sus ojos se abrieron de par en par mientras me inspeccionaba a mí y a mi escudo—. Esa magia… ¿de dónde viene?

Ojalá lo supiera, pero ella no tenía por qué saber que yo no tenía ni idea de eso.

—Como si fuera a decírtelo.

Ladeó la cabeza, examinándome como si fuera una obra de arte cara que pensaba comprar.

—Oscuridad y sombra. ¿Por qué me suena familiar?

—No me importa. —No. Pero lo que sí me importaba era por qué no parecía debilitada por el golpe de mis dagas de sombra.

Rita me observó y se llevó un dedo rojo al labio.

—Si no me falla la memoria, sólo unos pocos seres poseen esa clase de poder para manipular las sombras y la oscuridad. Me pregunto qué conexión comparten contigo.

—Sinceramente me importa una mierda lo que pienses —dije, acercándome a ella. Ahora que no tenía a mi tía, nada me detenía—. Vine por Dash. Suéltalo.

—¿O si no qué? —La demonia se rio mientras me miraba atentamente, con sus oscuros iris brillando maliciosamente—. ¿Así que mataste a tu tía para acostarte con Dash? Vaya. Ni siquiera yo soy tan fría… espera. —Soltó una risita—. Sí lo soy.

Le enseñé los dientes.

—No me parezco en nada a ti. Pero para que lo sepas, tu hechizo,

el que le pusiste a mi tía Luna, bueno, lo destruimos.

Rita se quedó pasmada.

—Imposible.

—No. Es muy posible. Si no, no estaría aquí.

—¿Luna está bien? —preguntó Dash, el color estaba volviendo a su hermoso rostro. Sólo quería agarrarlo y besarlo. Ahora no era el momento. Tendría muchas oportunidades más tarde.

—Tan bien como siempre —respondí, mis ojos de nuevo en Rita—. No eres tan poderosa como crees.

Los labios de la demonia se apretaron en una línea dura que combinaba con la dureza de sus ojos.

—Mientes.

—¿Miento?

—Nada podría haber quitado mi hechizo —dijo ella, aunque a su voz le faltaba un poco de convicción—. Estás mintiendo. Tu tía está muerta, y has venido aquí pensando que podrías llevarte a mi marido contigo. Pues déjame que te lo diga. No puedes.

Metí la mano en el bolso y le lancé un vial de cristal.

—Yo sí pude.

Rita agarró el vial como un jugador de béisbol experimentado.

—¿Qué es esto?

—Eso —dije, caminando alrededor de la cama, de modo que ahora estaba a los pies de ella—. Es una contra-maldición demoníaca que obtuve de mis amigos del vecindario, el Consejo Gris. —Me acerqué más—. Fíjate, tienen hechizos mágicos y maldiciones súper peligrosas resguardadas en una cámara de alta seguridad. Resulta que tenían la cura para el hechizo que le echaste a Luna. Y la tienes en tus manos.

Rita dejó caer el vial como si el cristal la hubiera quemado, y éste se hizo añicos al entrar en contacto con el piso de madera.

—Esto es un truco —siseó—. Estás mintiendo. Nadie puede romper mis hechizos. Y menos un grupo de brujos estirados.

Mantuve mi magia umbra cerca mientras daba otro paso.

—No estoy mintiendo. Y puedo verlo en tus ojos. Sabes que te estoy diciendo la verdad. No puedes volver a hacerle daño a mi tía. Jamás. Porque, según lo que había en ese vial, la protegerá para siempre de cualquier hechizo o maldición demoníaca. Está a salvo de ti. —No estaba segura de que eso fuera cierto, pero me dejé llevar. Entrecerré los ojos—. Pero tú no estás a salvo de mí.

Vi un destello de miedo en los ojos de Rita antes de que lo sustituyera la ira. Agitó la muñeca y lanzó otra descarga de su magia demoníaca.

Levanté mi escudo mientras los tentáculos golpeaban y luego desaparecían. No era rival para mí. No cuando todo estaba oscuro. No cuando mis sombras reinaban supremas.

Y ya estaba harta.

Lancé mi escudo e invoqué todas las sombras, de toda la oscuridad que pude alcanzar. A eso le sumé todo el odio, el estrés, el miedo a perder a mi tía, la pérdida de Dash, todo.

La energía retumbaba. Avancé lentamente hacia ella, sintiendo el poder de mi magia umbra surgiendo en mí, lista para desatar su furia. Mi intención era clara: le haría pagar por lo que le había hecho a mi tía, a mí y a Dash. La odiaba.

Quería que muriera.

Rita retrocedió, con los ojos desorbitados de terror al tropezar con los fragmentos de cristal. Miró frenéticamente a su alrededor en busca de una vía de escape, con el rostro retorcido por el miedo y la desesperación. El cigarro había desaparecido de sus labios.

—No eres tú, Kit-Kat —dijo, con una voz llena de incertidumbre y miedo que nunca había oído antes—. No eres una asesina. Salvas a la gente. Patético. Pero es lo que eres.

—No me conoces. —Extendí las manos y liberé mis sombras.

La oscuridad irrumpió en la habitación, envolviendo a Rita como un abrazo asfixiante. Gritó y su voz resonó en las paredes mientras las sombras la envolvían por completo. Observé, con el corazón latiéndome con una mezcla de rabia y satisfacción, cómo la demonia, que antes era segura de sí misma, se convirtió en una criatura aterrorizada atrapada entre mis sombras.

Los ojos de Rita se abrieron de terror cuando la oscuridad la envolvió y empezó a temblar sin control. Mi magia umbra era potente y transmitía un poderoso mensaje: Te metiste con la bruja equivocada.

Podía sentir el aire denso a su alrededor, cargado con la ira de mi tan esperada retribución. Esto era algo más que un enfrentamiento mágico. Era una venganza.

Un grito estrangulado salió de su garganta mientras se defendía con su propia magia, los tentáculos demoníacos intentaban alejar mis sombras.

No funcionaba.

—Kat, para —me dijo una voz al oído.

Me estremecí y me giré para ver a Dash a mi lado. Aún tenía los grilletes en las muñecas y los tobillos, pero las cadenas estaban rotas.

Puso una mano sobre mi brazo.

—No lo hagas. Ella no vale la pena. Déjala ir. No te hará sentir mejor. Te prometo que no.

Era difícil resistirse a esos ojos oscuros y ardientes, y la forma en que me miraba, con tanto amor y cariño. Caray, me convenció más así que si me hubiera obligado.

Tenía razón, por supuesto. Matar así a otro ser a sangre fría podría hacerme sentir bien durante unos instantes. Pero luego mi conciencia

me daría una patada en el trasero, y me sentiría horrible y asqueada de mí misma. No quería que la muerte de Rita pesara así sobre mí.

Con un suspiro, solté mis sombras. La oscuridad se disipó, dejando a Rita en el piso, despeinada y vulnerable. Le quedaba bien ese look.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi familia, cerca de Dash, o de cualquiera de mis amigos —advertí, dando un paso más cerca—. Te mataré.

Y eso era una promesa.

# CAPÍTULO 13

El viaje de vuelta a Moonfell empezó en silencio. Todavía estaba furiosa por mi encuentro con Rita. Todavía tenía la adrenalina fresca, lo que explicaba por qué me temblaban las manos alrededor del volante del Jeep.

Y Dash, bueno, el medio demonio estaba cabizbajo y callado. No sabía qué decirle. No estaba segura de lo que Rita le había hecho, pero podía adivinarlo. Yo tenía la maldición de tener una vívida imaginación.

Después de registrar su apartamento, esta vez con las luces encendidas, y encontrar las llaves de las esposas mágicas, él giró la llave y los pesados grilletes cayeron con un fuerte golpe en el piso del dormitorio. Luego nos fuimos.

Pero no sin antes darle un vistazo a la puerta de la habitación de Rita. Ella todavía estaba allí. Qué bien. Porque si salía, incluso con su magia demoníaca a todo volumen, esta vez ni siquiera Dash podría evitar que la matara.

Tardé otros cuarenta y cinco minutos en salir de Manhattan hacia la autopista I-95 en dirección norte. Y aun así, Dash había permanecido callado todo el tiempo.

Me estaba poniendo nerviosa. ¿Y si Rita lo había confundido? ¿Y si lo había maldecido o algo así? No se me había ocurrido preguntarle mientras estaba allí. Estaba demasiado ocupada intentando matar a esa demonia psicótica.

Miré a Dash, su perfil era nítido en contraste con el telón de fondo de la noche. En sus ojos brillaba una nueva dureza, una resolución férrea que me hizo un nudo en el estómago. Lo que había ocurrido en el apartamento de Rita lo había cambiado, y no sabía si para bien o para mal.

Por la tensión de su mandíbula y esa mirada atormentada en sus ojos, estaba claro que algo le había pasado. Y nada bueno.

La carretera se extendía ante nosotros. El único sonido era el zumbido del motor y el parpadeo ocasional de las farolas.

Y cuando no pude aguantar más el silencio, solté:

—Te ves mejor. No es que *nunca* te hayas visto mejor. O sea, ahora tienes algo de color. —Vaya, soné como una adolescente nerviosa. Pero la piel de su cara tenía ese bonito color bronceado, más saludable, y las ojeras habían desaparecido. Era como si esos malditos grilletes demoníacos lo hubieran estado drenando. Algo así como si

Los Renegados le estuvieran drenando su magia. Parecía que Rita le estaba haciendo lo mismo. Debí haber acabado con ella.

—¿Luna está a salvo? ¿Estás segura? —preguntó Dash, mirando al frente, a la oscura autopista.

—Sí. Ella está bien. —Aunque en cuanto las palabras salieron de mi boca me invadió la duda. ¿Y si me había equivocado? ¿Y si ese vial era sólo una solución temporal? ¿Y si al venir aquí había matado a mi tía sin querer?

No. No podía dejarme llevar. Había visto con mis propios ojos lo que esa cura de maldición demoníaca había hecho. Luna estaba a salvo. Y tendría la confirmación en una hora.

Dash volteó para mirarme.

—¿Estás segura? —La preocupación grabada en las líneas de su rostro reflejaba mi propia confusión interna. La seguridad de Luna era primordial y siempre lo había sido.

—Sí. Te lo prometo —respondí, intentando parecer más segura de lo que me sentía—. La poción de ese vial eliminó la maldición de Rita, por completo. —Pero una duda persistente rondaba en mi mente, un temor inquietante de que las retorcidas maquinaciones de Rita pudieran llegar de algún modo incluso más allá de las restricciones físicas que había impuesto a sus víctimas.

A medida que nos alejábamos de las luces de la ciudad, la oscuridad del exterior parecía filtrarse en el Jeep, envolviéndonos en su tenebroso abrazo. La única iluminación provenía de las luces del tablero, que proyectaban sombras espeluznantes sobre los rasgos bien definidos de Dash. Unos rasgos muy bonitos.

—¿Cómo lo conseguiste? —La voz de Dash llenó el Jeep—. Dijiste que estaba en una cámara cerrada. ¿Cómo pasaste la seguridad del Consejo Gris?

—No lo hice —le dije, lanzándole una rápida mirada antes de volver mi atención a la carretera frente a mí—. Me atraparon.

—Tengo la sensación de que me perdí una parte de esa historia —dijo.

—Bueno, todo empezó con Orik —le conté. Le conté el favor que le debía al líder de las hadas y cómo terminé entrando en la cámara acorazada del Consejo Gris para conseguir el vial que quería y agarré el otro vial para Luna... bueno, porque estaba allí mismo. Le expliqué lo de Luther y su oferta a cambio de mi libertad, que acepté, muchas gracias.

—Ese vial para Orik era para su hija. ¿No? —dijo Dash, sorprendiéndome.

—¿Sabías que estaba enferma?

—Había oído algo de eso. Sí.

Suspiré.

—Bueno, ese antídoto mágico curó cualquier dolencia que tuviera. Es una linda niña. Se parece un poco a él. —Se parecía. Orik era extremadamente afortunado de tener una familia tan encantadora. Lo envidiaba. Lo envidiaba mucho.

—Me alegro de que por fin te hayas librado del control del rusane —dijo Dash—. Lo malo es que tengas que llevarlo puesto.

—Tengo que mantener las apariencias —Agarré el volante—. No puedo realizar mis nuevas tareas en máxima potencia con esto puesto .

—¿Esas tareas incluyen tu nuevo trato con este tipo Luther?

—Sí —contesté, mirando por el retrovisor y viendo una larga fila de autos detrás de nosotros—. También prometió retirar todos los cargos contra ti.

—Si encuentras la prueba —dijo Dash, quitándome las palabras de la boca—. ¿Qué tipo de prueba cree que puedes conseguir? No habrá rastro de papel. Son demasiado listos para eso.

Me lo pensé.

—Tal vez. Pero sé que mataron a Tim, y tenemos la prueba de que usaron la camioneta del hada Gus. Intentaron matar a Emma. Yo estaba allí. Tú también. Somos testigos.

—Sin pruebas, no somos gran cosa. No pueden vincular un caso de asesinato sin pruebas reales.

Cierto.

—Así que les damos pruebas. Facturas. Libros de contabilidad. Algo. Sólo tengo que llenar las lagunas extremadamente grandes.

Dash se rio. El sonido me produjo escalofríos. Extrañaba ese sonido.

—Te ayudaré —dijo el medio demonio.

Le estabilicé el volante y lo miré.

—Primero tienes que descansar. Luego hablaremos. —Ni loca iba a dejar que me acompañara cuando sabía que no estaba completamente curado de lo que fuera que Rita le había hecho. Necesitaba descansar y reponer fuerzas.

—¿Te crees mi jefa? —bromeó.

—Las mujeres *siempre* mandan sobre los hombres, cariño —respondí, sintiendo los ojos de Dash clavados en mí y notando cómo mi cara se encendía cuanto más tiempo se quedaba mirándome.

—¿Ah, sí? —Se rio entre dientes, aunque, bajo su tono burlón, percibí una pregunta más profunda en su mirada. Era como si buscara algo más allá de mis palabras. No podía precisarlo, pero la vulnerabilidad de sus ojos me llegó al corazón.

—Sólo cuando tienen suerte —respondí, tratando de distender el ambiente. Los pensamientos de nuestro momento sexy juntos en el granero volvieron con toda su fuerza, enviando ondas cálidas sobre mi piel al recordar sus manos ásperas y fuertes frotándose por todo mi

cuerpo. Era un amante increíble. Tener sexo con Dash una sola vez no era suficiente.

Tener pensamientos carnales sobre el apuesto medio demonio en ese preciso momento, cuando tantas cosas y vidas estaban en juego, no era lo ideal, pero no podía evitarlo. Sentía una conexión con Dash. Ahora que lo tenía de vuelta, nunca lo dejaría ir.

Sus labios se movieron en las comisuras, pero una sombra aún permanecía en su oscura mirada.

—Siempre tuviste suerte.

Encogí los hombros con indiferencia, intentando que no se me encogiera el corazón ante sus palabras.

—Tal vez sólo sea buen karma.

Sacudió ligeramente la cabeza, como si no le convenciera del todo mi respuesta.

—Tal vez es porque eres tan hermosa.

El Jeep se desvió del camino y yo lo enderecé, con la cara encendida.

—No digas esas cosas cuando estoy conduciendo. ¿Viste lo que pasó?

Dash se rio.

—No puedo evitarlo. Es la verdad. Eres una mujer muy hermosa, Kat.

Abrí la boca para decirle que unas palabras así lo meterían en problemas, del tipo sexy, pero la cerré cuando recordé que estuvo atado a la cama de Rita, débil y con aspecto enfermizo. Dash no estaba preparado para el sexo. Al menos no por un tiempo.

En su lugar, le dije:

—Annette lo sabe.

—¿Annette sabe qué?

Solté un largo suspiro.

—Me oyó hablar con mi tía Luna sobre Los Renegados. Sabe que soy miembro. Intenté hablar con ella, pero Liam se me echó encima. Ni siquiera me deja hablar con las niñas. —Me ardían los ojos y parpadeé rápidamente.

Dash maldijo.

—Lo siento, Kat. Sé que es tu amiga. Puede que entre en razón si le das tiempo.

Resoplé.

—Lo dudo. Cree que participé en el secuestro y que intenté sacrificar a Emma. Nunca lo entenderá. Nunca me perdonará.

—¿Intentaste explicarlo?

—Lo intenté y fracasé como toda una campeona.

—¿Crees que hablará?

—Ya lo hizo. Blake me arrestó. Ya no es el jefe de policía. Kolton

es. Blake es su ayudante. No sé si lo sabías o no.
Dash negó con la cabeza.
—No sabía. ¿Y Blake te arrestó? —gruñó—. Porque Annette le dijo que eras miembro.
Asentí con la cabeza.
—Algo así. —La expresión de su cara cuando ella se enteró aún me revolvía las entrañas. Si había perdido la amistad de Annette porque había intentado salvar a Dash y sólo quería destruir a Los Renegados, era algo con lo que tendría que vivir.
—Ese lobo es un tonto —dijo el semidemonio—. Actúa antes de pensar. Esa no es la cualidad de un buen jefe de policía. Un buen líder.
—No cuando alguien más lo usa como títere. —Miré por el parabrisas mientras la lluvia empezaba a repiquetear contra el cristal, un suave tamborileo en la oscura noche. Encendí el limpiaparabrisas.
Quería preguntarle a Dash qué había hecho Rita. Era difícil sentarse tan cerca de él y no preguntarse qué clase de tormento le había infligido aquel demonio. ¿Físico? Probablemente. Pero sobre todo mental, si tuviera que adivinarlo. Me carcomía por dentro, pero esperaría a que Dash me lo contara. Si es que alguna vez lo hacía.
—Entonces —dijo Dash de repente, rompiendo el silencio entre nosotros—. Cuéntame más sobre el trato que hiciste con Luther.
Suspiré y me pasé una mano por el pelo antes de responder.
—Bueno, si le llevo las pruebas que busca, no meterá mi culo en la cárcel.
—Ese culo es demasiado bueno para estar en la cárcel —dijo un presumido Dash.
—Hablando de eso. —Lo miré brevemente antes de volver a concentrarme en la conducción—. Nunca me dijiste cómo escapaste de tu celda en la comisaría . ¿Te transformaste en algo? Un cuervo no podría haber evadido las rejas de las entradas. Tenía la sensación de que Dash podía transformarse en algo más que un cuervo y esa bestia enorme que había visto.
—No puedo contarte todos mis secretos —dijo Dash, lo que me hizo pensar en Rita.
Hice una mueca.
—Lástima que no pudieras usar esos secretos para escapar de Rita.
Dash apoyó la cabeza en el asiento.
—No podría —admitió finalmente, con la voz tensa—. No sin arriesgar la seguridad de Luna. —Hizo una pausa, con expresión de conflicto—. Conozco a Rita desde hace mucho tiempo. Sé cómo funciona su mente. Sabía que su hechizo sobre Luna no sería tan sencillo.
—Sabías que jugaría sucio.
—Sabía que su mente retorcida nunca estaría satisfecha con un

simple hechizo. Disfruta haciéndole daño a la gente, jugando a sus juegos enfermizos. Es como adrenalina para ella. Le excita.

—Qué bien. —La imagen del cuerpo frágil y cansado de mi tía me enfureció—. ¿Crees que mantendrá la boca cerrada sobre el rusane?

Dash lo pensó.

—¿Sinceramente? No estoy seguro. En este instante se está lamiendo las heridas. Pero se va a enojar. Es vengativa.

Mierda.

—Bueno. Eso sólo significa que tengo un día o así antes de que decida delatarme o no. No es mucho, pero podría ser suficiente para encontrar la prueba que Luther quiere.

Dash se recostó en su asiento, con el ceño fruncido.

—¿Y confías en ese tal Luther?

Solté una carcajada amarga.

—No mucho que digamos. Pero él es del Consejo Gris. Tiene conexiones profundas en el mundo sobrenatural, así como recursos. Están ahí si los necesito. Sé que queremos lo mismo. El fin de Los Renegados. Pero también me está chantajeando en cierto modo, así que esa es la cuestión.

—Crees que cumplirá su palabra cuando le des esa prueba. —La advertencia en la voz de Dash me hizo mirarlo—. No conoces a este tipo. Puede que sólo quiera deshacerse de todas las pruebas, de su relación contigo. Podría mandarte a la cárcel.

Agarré con fuerza el volante.

—Supongo que ya veremos. —Dash tenía razón. No tenía ni idea de quién era el tal Luther, sólo sabía que trabajaba para el Consejo Gris. Cabía la posibilidad de que Luther hiciera lo que Dash sugería, pero también cabía la posibilidad de que cumpliera su palabra. Calculé que era un cincuenta por ciento, pero era todo lo que tenía.

—¿Cómo me encontraste? —vino la voz de Dash después de un momento—. No recuerdo haberte mencionado dónde vivía Rita.

Ay, mierda. Sabía que esto iba a pasar. Y lo temía. Tragué saliva, tratando de pensar en algo que decir y no se me ocurrió nada.

—¿Kat?

—¿Hmmm? Cierto —dije, con la voz tensa—. Lo encontré en un libro de contabilidad en la tienda de Nelson.

—¿Nelson? —Dash se rio. Sonaba tan natural, tan hermoso—. No recuerdo habérselo dicho nunca. Pero bueno, se da cuenta de las cosas cuando no te lo esperas. —Sentí su mirada clavada en mí mientras preguntaba—: Llevaste las tablas para allá, entonces. Como te pedí.

—Sí, lo hice. —*Mierda. Mierda. Mierda.*

—Bien. Si alguien puede esconderlos, es Nelson. Es un poco acaparador, pero no encontrarás a un tipo más agradable. Es mi amigo desde hace mucho tiempo. ¿Cómo se llevaban ustedes dos?

—Me agrada. Mucho. —Y era cierto. La imagen del cuerpo de Nelson tendido en el piso de su tienda revoloteó contra mis retinas y parpadeé rápidamente.

El crujiente sonido de la tela tensada resonó en el Jeep cuando Dash se inclinó hacia adelante. Su mirada penetrante se clavó en mí, exigiendo una explicación.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? —Su voz estaba impregnada de preocupación y urgencia, lo que hizo que mi corazón se acelerara aún más.

Me aclaré la garganta, intentando ganar algo de tiempo mientras mi cabeza buscaba desesperadamente la mejor manera de decirle la verdad. Y así lo hice.

—Lo siento mucho, Dash —empecé, con la voz temblorosa por la emoción. El peso del dolor y la culpa me aplastó cuando giré la cabeza para mirarlo. Su expresión se endureció—. Los Renegados... deben de haber puesto algún hechizo mágico de rastreo en las tablas. Yo no lo sabía. Es lo único que se me ocurre que los llevó hasta la tienda de Nelson. —Me dolía el corazón mientras hablaba, reviviendo el momento en que descubrí su cuerpo sin vida—. Se llevaron las tablas... y lo mataron. —Cuando las palabras salieron de mi boca, pude sentir cómo me atravesaban como cuchillos afilados.

—¿Cuándo? —La voz de Dash era suave, llena de furia.

—Me enteré esta mañana —le dije—. Parece que lo mataron unas horas antes. Quizás durante la tarde o durante el día de ayer. —No mucho después de haberle llevado las tablas.

Recordé la noche anterior, cuando le entregué las tablas a Nelson. Mis acciones habían provocado su muerte. Se me hizo un nudo en el estómago, lleno de arrepentimiento y temor.

—Es culpa mía —dije ante el silencio definitivo en mi Jeep—. Si no le hubiera llevado las tablas, aún estaría vivo.

—Esto no es culpa tuya —dijo Dash, aunque su voz carecía de compasión y hacía poco por calmar el ardiente dolor de mi corazón.

Pero lo era. *Era* culpa mía.

Las consecuencias de mis actos fueron irreversibles, y quedé ahogada en un mar de culpa y autoinculpación.

Dash permaneció sentado en silencio durante todo el viaje de vuelta. Su silencio fue un recordatorio de que mi reencuentro con él no fue tan alegre como lo había imaginado.

Y que la muerte de Nelson siempre estaría presente entre nosotros.

# CAPÍTULO 14

El reloj del tablero de mi Jeep marcaba las 10:26 p.m. cuando dejé a Dash en su casa.

—¿Puedes dejarme en la granja? —fue todo lo que me dijo cuando llegamos a Moonfell.

Después, me dedicó una sonrisa forzada mientras salía de mi vehículo.

Con el corazón encogido, vi cómo subió los escalones de su porche y desapareció en su casa. Pensé que me habría invitado a entrar, no para continuar lo que habíamos empezado en el granero, sino sólo para hablar. O ni siquiera para hablar, sino para tener a alguien allí por si necesitaba algo. Me necesitara.

Supongo que tampoco le hacía falta.

Quería espacio. Lo entendí. Por eso no discutí ni lo seguí. Había dicho claramente: «*Déjame en la granja*» no *«Vamos a quedarnos en la granja».*

Dash quería estar solo.

Por eso, unos minutos después, me detuve en la entrada de casa de mi tía y apagué el motor.

Justo cuando cerré de golpe la puerta de mi Jeep, la puerta principal se abrió de repente.

—Ay, no. No estaba allí. —La cara de mi tía Luna se torció de preocupación, sus ojos entrecerrados buscaban una señal de él dentro de mi Jeep.

—Sí estaba. —Negué con la cabeza y me acomodé mi bolso en una posición más cómoda mientras subía por el camino de piedra. A pesar de la oscuridad, podía ver el camino con claridad, gracias a los esfuerzos de Liam por cuidar el césped delantero y trasero. Incluso había hecho un gran trabajo limpiando el camino. Pero ahora, como quería hacerme papilla, tendría que buscar a otra persona para que lo hiciera la próxima vez.

El cuerpo de mi tía se encorvó sobre su bastón.

—¿Estaba? Entonces, ¿por qué no está aquí contigo? ¿Dónde está?

—Su hogar. Su casa. —Entonces me di cuenta de que debería haber llamado a mi tía para decirle que lo había encontrado y que no se preocupara. Pero había estado demasiado emocionada como para acordarme. Y entonces, cuando Dash se quedó en silencio, sólo pude pensar en Nelson.

—Pues bien —dijo mi tía—. Será mejor que entres y me lo cuentes

todo. Hay una jarra de café recién hecha.

Subí los escalones y seguí a mi tía. Después de cerrar la puerta, me quité las botas, agarré el bolso y fui a la parte trasera de la casa, a la cocina.

—¿Rita se alegró de verte? —preguntó mi tía mientras se acomodaba en una de las sillas del comedor, con una sonrisa en la cara.

—Mucho. —Me reí mientras me servía una taza de café. Mi sonrisa se desvaneció al recordar la imagen de Dash atado a aquella cama. De lo que estaba a punto de hacerle y de lo que probablemente ya le había hecho.

—¿Qué pasa? —Oí la voz de mi tía—. ¿Qué pasó?

Me di la vuelta y tomé un sorbo muy necesario de aquel delicioso café.

—Peleamos. Yo peleé con más fuerza. Le pateé el culo. Fin.

La mirada penetrante de mi tía se tensó, un claro indicio de que no estaba satisfecha con mi breve interpretación.

—Puedes hacerlo mejor. Necesito detalles. Dímelos.

Respiré hondo.

—El apartamento estaba exactamente donde el libro de Nelson decía que estaría.

—¿Y Dash estaba allí con Rita?

—Sí.

Mi tía asintió.

—Debió sorprenderse mucho al verte. Casi tanto como esa asquerosa mujer demonio. ¡Ja! Y ella que pensaba que su hechizo acabaría conmigo. Apuesto a que se sorprendió *mucho* cuando apareciste.

—Así fue.

—¿Qué estaban haciendo?

—Nada cuando llegué, aunque tenía a Dash atado con unas cadenas mágicas —le dije y vi cómo sus ojos se abrían más. No iba a decirle que Rita lo había atado a la cama para hacerle *cosas*. No necesitaba saberlo.

Un estruendo resonó en la cocina cuando mi tía golpeó el piso con su bastón.

—Esa horrible serpiente de mujer. ¿La... acabaste?

Tragué otro sorbo de café.

—¿Me estás preguntando si la maté?

—Sí. —Mi tía levantó una ceja—. ¿Lo hiciste?

—No. Pero lo pensé. Y estuve cerca. Pero Dash me detuvo.

Mi tía se inclinó hacia delante, con las manos cruzadas sobre su bastón.

—¿Pero, no dijiste que estaba atado?

Asentí y vine a sentarme a la mesa con ella.

—La magia de Rita le dio a una de las cadenas mientras luchábamos —le dije mientras me sentaba en una silla a su lado—. Se rompió. Dash pudo liberarse después de eso. Casi la mato. Tenía muchas, muchas ganas de hacerlo. Y si Dash no hubiera estado allí... creo que lo habría hecho. —Nunca llegué a pensar que sería una asesina. Yo era de los que salvaban a la gente y resolvían casos. No de los que mataban. Pero en ese momento, su muerte me consumió.

Había sido un sentimiento extraño y ajeno, la sensación de no querer otra cosa que acabar con la vida de otro ser. Nunca pensé que yo pudiera ser esa persona.

Me equivoqué.

Supongo que cuando a alguien lo llevan al límite, cualquiera es capaz de asesinar.

Mi tía se echó hacia atrás e hizo un sonido con la garganta.

—No voy a mentir y decir que no estoy decepcionada de que no lo hicieras. —Me sacó las palabras del cerebro—. Vendrá a buscarte. Cuando haya lamido sus heridas. La gente como ella no retrocede. Volverá.

Le de unos toquecitos a mi taza con la punta de los dedos.

—Tal vez.

—Tal vez, no. Lo hará. Es sólo cuestión de tiempo antes de que venga por ti. Y esta vez, intentará matarte.

Suspiré y miré la cara de preocupación de mi tía.

—Puede intentarlo. Pero yo puedo defenderme. Ella ha visto lo que mi magia puede hacer. Sería una idiota si intentara matarme.

—Ya sabemos que es una idiota. Una tonta que todavía está enamorada de su exmarido. Te das cuenta de que está loca.

—Se me pasó por la cabeza.

—¿Y si nos vuelve a maldecir a ti o a mí? ¿Entonces qué?

—No lo hará. —Sacudí la cabeza—. Al menos estás protegida. De verdad creo que ese vial que tomaste te protegerá de cualquier otro hechizo o maldición demoníaca. Estás a salvo. Y se lo dije a ella. No intentará hechizarte.

—Puede que no —dijo mi tía—. Pero desatará algo asqueroso y repugnante sobre ti. Te llevaste lo único que le importaba a ese demonio. Dash. Sólo prepárate.

Me llevé la taza a los labios y bebí otro sorbo. Tenía tantas cosas en la cabeza y ahora me perseguía una demonia loca y enfurecida. Supuse que se enojaría, pero no que tomaría represalias como había sugerido mi tía. Supongo que no lo había pensado bien.

—¿Por qué Dash no vino hasta aquí contigo? —La voz de mi tía tenía un tono de tristeza, pero también un poco de sospecha.

Puse la taza en la mesa y me encontré con la mirada de mi tía,

sabiendo que no dejaría el tema fácilmente.

—Dash… está lidiando con algo personal.

Mi tía asintió lentamente, sus ojos escudriñaron los míos.

—Le hablaste de Nelson. ¿Verdad?

—Sí, lo hice. —La expresión de estupefacción en el rostro del medio demonio aún estaba muy fresca en mi mente. Y también el dolor que vi segundos después. Y luego el tratamiento de silencio—. Él me culpa. Y tiene razón. Es mi culpa que Nelson esté muerto. —Me froté el brazo donde mi tía me había golpeado con su bastón.

—No digas esas cosas —gruñó, todavía agarrando su bastón como si fuera una espada que estuviera a punto de clavarme—. ¿Cómo puede ser culpa tuya? No eres responsable de Los Renegados ni de lo que hacen. Ellos lo mataron. No tú.

—Pero si no le hubiera dado las tablas, seguiría vivo —repliqué, sin dejar de frotarme el brazo—. Creo que me va a salir un moretón.

—Ni modo. —Mi tía me miró con el ceño fruncido.

—Sabes, para alguien de tu edad, eres bastante fuerte. —Me reí—. ¿Has estado haciendo ejercicio?

—No cambies de tema —espetó mi tía Luna—. No puedes culparte por la muerte de Nelson.

—Claro que puedo. Acabo de hacerlo.

—Dash sabe que esto no es culpa tuya.

Sacudí la cabeza.

—Me odia.

Mi tía aspiró entre dientes.

—No es cierto. ¿Cómo puedes decir eso?

—Estaba escrito en su cara —respondí, con la voz temblorosa y el corazón como si me lo estuvieran estrujando. Fue un milagro que no me echara a llorar—. Nunca me perdonará.

—No hay nada que perdonar. Esto no fue culpa tuya.

Se sentía como si lo fuera.

—No importa. —Me bebí lo que quedaba de café—. Las cosas nunca volverán a ser lo mismo entre nosotros. No después de lo que pasó. —No. Podía despedirme de todos mis pensamientos de una relación duradera… posiblemente la única relación real que tendría. Porque cada vez que Dash me miraba, veía a su amigo Nelson. Su amigo muerto. Yo siempre estaría vinculada a su muerte.

Y eso significaba que Dash y yo nunca estaríamos juntos.

Mi mente era un amasijo de emociones: pena, arrepentimiento y miedo a perder a Dash para siempre. Por mucho que quisiera estar con él, nuestra posible relación estaba condenada incluso antes de empezar.

—Kat, mírame.

Levanté los ojos y me encontré con mi tía mirándome fijamente,

con los ojos llenos de dolor.

—Dale tiempo. Acaba de perder a un amigo muy querido. Eso deja un vacío en el corazón que nunca se cura del todo. Y si eran íntimos, será mucho peor para él.

—Eran cercanos. —Nelson lo había dicho, y por la reacción de Dash, él no tuvo que decirlo.

—Ya se le pasará —me tranquilizó mi tía—. Necesita tiempo para llorar a su amigo. Pero volverá. Créeme. Se preocupa por ti. Lo veo en sus ojos, y los ojos no mienten.

Eso me hizo pensar en lo que Blake había dicho sobre mis ojos.

—No lo hará. Sé que sólo intentas animarme. —Tal vez animarse a sí misma, ya que sabía que si Dash me odiaba, no volvería a aparecer por aquí, y eso la atormentaba—. Pero no creo que volvamos a ver a Dash por aquí. Su amigo está muerto por mi culpa. Ese tipo de cosas no desaparecen así como así. Pero no te preocupes. Estaré bien. —Hice un esfuerzo para que mi cara no mostrara las emociones que me invadían. No iba a mentir. Perder a Dash fue un golpe duro. Y lloraría su pérdida. Pero ahora no era el momento.

Si me dejara llevar y sintiera todas las emociones de perder a Dash, no sería capaz de seguir adelante. No sería capaz de hacer mi trabajo y encontrar la prueba para acabar con Los Renegados. Había demasiado en juego. No podía darme el lujo de descuidarme, no cuando nuestras vidas —quizás, incluso las vidas del mundo— estaban en juego por lo que Los Renegados planeaban hacer con esas tablas.

—Bueno… —Mi tía suspiró—. Creo que te equivocas.

No estaba equivocada. Pero no quería discutir con ella.

—Bueno, ahora está en casa y lejos de Rita, que es lo importante. Pero tengo que concentrarme en mi caso. No puedo dejar que nada más me distraiga.

—Para acabar de una vez por todas con ese asqueroso grupo de Los Renegados —dijo mi tía.

—Eso es.

—Y necesitarás a Dash —volvió a insistir mi tía.

—No lo necesito. —No pude evitar sentir una punzada de soledad, ya que mi lista de amigos era cada vez más escasa. Annette, Liam, Tilly e incluso Cristina, ya no eran mis amigos. Y ahora que Dash también se había ido, volvía a estar verdaderamente sola.

Durante años, me había enorgullecido de ser una mujer solitaria, de prosperar en la soledad y la independencia. Y sí que prosperé en eso. No tener que compartir nada ni comprometerme. Era un equilibrio perfecto. Me encantaba. Pero ahora, la idea de volver a estar completamente sola me llenaba de inquietud.

El equilibrio entre autosuficiencia y vulnerabilidad estaba cambiando, y no sabía cómo afrontarlo. Una parte de mí seguía

amando la libertad de trabajar sola, pero otra ansiaba compañía y apoyo. Eso era… nuevo para mí. La conflictiva batalla interna me hizo sentirme perdida e insegura de mí misma. No me gustaba.

Mi tía me fulminó con la mirada.

—Es el único que puede ayudarte. Pasó años con ese grupo y tiene todos los conocimientos y conexiones. Si necesitas pruebas, Dash es tu mejor opción.

Me levanté y enjuagué la taza de café, ahora vacía.

—Dash me dio todo lo que pudo —dije mientras dejaba la taza en el fregadero—. No puede hacer nada más por mí. Ahora estoy sola. Además, ya no puede andar con ellos. No es miembro. Yo sí. —Golpeé el ahora disfuncional rusane que tenía en el cuello para mostrar mi punto.

—¿Y crees que podrás acabar con ellos tú sola? —preguntó mi tía, con un tono de escepticismo muy alto.

—Ten un poco de fe.

Mi tía frunció los labios, pensativa.

—No es que no crea en ti o en tus habilidades, pero preferiría que tuvieras a alguien en quien confiar. Aunque sólo fuera para intercambiar ideas. Planes. No deberías estar sola en esto.

—Pero no estoy sola. —Volví y me senté en mi silla—. Kolton va a ayudarme. Y tengo a ese tal Luther y al Consejo Gris, por si los necesito. Quizás tenga un ejército o algo así. —Solté una risa, pero se sintió forzada. La verdad era que prefería tener a Dash conmigo para poder intercambiar ideas. Mi tía tenía razón en que él era una parte importante de mi plan para acabar con Los Renegados.

Sí, en este momento él me odiaba. Sí, podía despedirme de la idea de una relación con él. Pero tenía que aguantarme e ir a verlo de todos modos. Necesitaba su ayuda.

Mi tía guardó silencio un momento, con el ceño cada vez más fruncido.

—Asegúrate de que sabes lo que haces —advirtió por fin, con tono serio—. Los Renegados no perdonan a quienes los subestiman. ¿Qué hay de esa simpática bruja Blanca, Annette? ¿Ya te perdonó?

Solté una carcajada forzada.

—Probablemente no. Me sorprende que aún no haya intentado maldecirme. Olvídalo. Para Annette, soy su enemiga.

—Hmmm. Eso es lamentable.

—Es la realidad de la situación. —La realidad de que realmente estaba sola. Pero eso no me detendría.

El sonido de una silla raspando el piso de madera sonó cuando mi tía se echó hacia atrás y se levantó.

—Me voy a la cama. Tú también deberías. Te ves horrible.

Me reí.

—Siempre puedo contar con que me lo dirás directamente. Subiré en un minuto. Necesito pensar. —Aunque no estaba segura de cuánto dormiría.

Mi tía empezó a arrastrar los pies, se detuvo y se volteó.

—¿Ya pensaste cómo vas a conseguir esa prueba? —preguntó mi tía.

—No he pensado tanto todavía. Estaba demasiado ocupada pateándole el culo a Rita. —El recuerdo me hizo sonreír. Se había sorprendido al verme. Estaba demasiado sorprendida. Maldita sea. Debí haber hecho una foto y usarla como protector de pantalla en mi teléfono.

—Hmmm. —Mi tía se frotó el codo, aparentemente aflojando una articulación rígida—. Ojalá tuvieras a alguien dentro del grupo que pudiera ayudarte. Sin Dash, va a ser extremadamente difícil.

—Lo sé. —Y entonces me di cuenta—. Espera un segundo. *Sí* tengo a alguien dentro. —Mi corazón dio un salto al pensarlo. Santo cielo. Esta era mi respuesta. Así era como iba a conseguir las pruebas y acabar con esos hijos de puta.

Mi tía enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

Le dediqué una lenta sonrisa.

—Mi madre.

# CAPÍTULO 15

Abrí la puerta de mi Jeep y metí el bolso. Me sentía ligeramente mejor que anoche. Y, sorprendentemente, había dormido al menos cinco horas. No eran las ocho recomendadas, pero me servían.

No me había dormido enseguida. No. Estuve unas cuantas horas mirando al techo mientras repasaba el plan de pedirle a mi madre que me ayudara a conseguir las pruebas que necesitaba. También estuve revisando mi teléfono cada pocos minutos para ver si me había perdido algún mensaje de Dash. Nunca me envió un mensaje.

La cama había estado fría, y qué no daría por estar tumbada junto a un cuerpo musculoso y caliente perteneciente a un semidemonio súper sexy.

Pero ese sueño se hizo añicos rápidamente.

Me reconfortó saber que lo había liberado de las garras de Rita. Pero el recuerdo de su cara cuando le hablé de Nelson borró todo eso y me dejó entumecida, fría y terriblemente sola.

Después de una ducha rápida y mi café matutino, salí.

—¿A dónde vas? —me miró mi tía Luna desde la mesa de la cocina donde estaba sentada resolviendo un sudoku.

—A ver a mi madre —le había gritado desde la entrada mientras me echaba la chaqueta sobre los hombros—. Nos vemos más tarde.

El motor de mi Jeep rugió y salí en retroceso de la entrada de casa de mi tía. No había llamado a mi madre para avisarle de mi visita. Ni siquiera sabía si ella estaría allí. Era un riesgo sabiendo que Fender Bender estaba allí. ¿Se pondría en contacto con Los Renegados al verme? Probablemente. Pero en este momento, Evangeline Lawless era mi única oportunidad, y la iba a aprovechar.

Al salir de la entrada, me llamó la atención un movimiento.

Liam estaba en el jardín de su casa. Levantó un mazo en el aire y lo hizo caer con fuerza sobre un poste de madera con un letrero. Cuando me acerqué, pude ver bien el cartel. EN VENTA POR EL PROPIETARIO.

Maldije y frené en seco. El chirrido de mis neumáticos hizo que Liam se volviera para mirarme. Bueno, apenas me miró. Se limitó a fruncir el ceño y a alejarse con su mazo de aspecto enfadado colgando de la mano. Apuesto a que estaba deseando que ese cartel hubiera sido mi cabeza.

Parpadeé, mirando fijamente el cartel mientras mi estómago hacía alguna cosa rara, como si mis intestinos intentaran formar una trenza

francesa.

—¿Van a vender su casa por mi culpa? —murmuré. Pensar que alguien vendería su preciosa casa para alejarse lo más posible de mí me hizo sentir la más idiota del universo. También se sintió como un golpe físico. De hecho, fue peor que un golpe físico.

Mientras estaba sentada en mi Jeep en marcha, sentí el peso de la culpa como un bloque sobre mi pecho. La traición en los ojos de Liam reflejaba el dolor de mi pecho.

Sí. Me odiaba. Annette me odiaba. Y ahora Dash me odiaba.

Bueno, quizás él no me odiaba, sino que lamentaba haberme conocido.

Pero en medio de la autocondena que amenazaba con consumirme, surgió un destello de determinación. No podía dejar que esta bofetada de rechazo me impidiera hacer mi trabajo. Aunque no se dieran cuenta, lo hacía por ellos. Para mantenerlos a salvo de Los Renegados y de la oscuridad que asolaba a este pueblo.

Con una exhalación decidida, cambié de marcha y conduje mi Jeep hacia mi destino.

Hogar, dulce hogar.

La verdad es que no.

Hice todo lo posible por ignorar el dolor que sentía en el pecho al ver aquel cartel y me concentré en lo que iba a decir cuando viera a mi madre. ¿Me recibiría? ¿Aceptaría arriesgar su vida para ayudarme? No lo sabía.

Y justo cuando empecé a dudar de mi plan, la gran mansión Tudor saltó a la vista.

Mis ojos se desviaron hacia la extensa finca al otro lado de la carretera, enclavada entre frondosos prados. La mansión de tres plantas se erguía en el centro de un patio rodeado de espesos bosques que desembocaban en un gran estanque.

La casa era preciosa, pero guardaba recuerdos dolorosos para mí. Recuerdos desagradables.

Subí por el largo camino de entrada y estacioné detrás de un reluciente Range Rover blanco. No lo reconocía. Podía ser de mis padres, aunque sabía que mi padre, Alistair, prefería los vehículos negros. Pero como estuve por fuera tanto tiempo, probablemente ahora le gustaban blancos. Mi Jeep junto a él era como una enorme mancha, lo que me hizo sonreír.

Apagué el motor, salí, agarré mi bolso y cerré la puerta con un golpe de cadera. Mis botas hicieron crujir la grava mientras caminaba hacia la gran entrada, con sus pesadas puertas de roble.

Suspiré.

—Bueno, que pase lo que tenga que pasar. —Inclinándome hacia adelante, presioné el timbre con el dedo y di un paso atrás.

La última vez que estuve aquí, salí corriendo por la puerta como si tuviera un par de sabuesos demoníacos pisándome los talones. Era extraño volver tan pronto después de haber robado las tablas. Dudaba que las hubieran vuelto a poner en el sótano. Tal vez tenían otros sótanos de familias de brujos prominentes que eran miembros.

Una de las puertas se abrió de golpe, sacándome de mis pensamientos.

El hombre era mucho más alto que yo, haciendo que me doliera el cuello mientras lo miraba. Su pelo era una maraña salvaje de negro y plateado, cortado sin cuidado alguno. Tenía el ceño perpetuamente fruncido, acentuado por las afiladas líneas de su nariz aguileña. Vestía de negro, con pantalones perfectamente entallados, y desprendía un aire de poder y control.

Percibí un tufillo de energía fría mezclado con el penetrante aroma del vinagre y el azufre. Un brujo oscuro, sin duda.

Fender Bender. El mayordomo de mi familia, o mejor dicho, de mi padre.

Su cara se torció de desagrado al verme. Claro. En cierto modo lo había agredido. Y por la furia que iluminaba sus ojos, supe que iba a tener que pelear para poder entrar.

Metí la mano en el bolsillo y las yemas de mis dedos encontraron el metal frío y duro de mi encendedor antiguo.

Abrí la boca, preparando una amenaza en los labios, pero no me hizo falta.

La mirada de Fender Bender se dirigió al rusane que tenía en el cuello. Sus labios esbozaron una fría sonrisa, abrió la puerta y se hizo a un lado.

¿Debería darle las gracias? No.

Le pasé por un lado y entré en el gran vestíbulo en busca de mi madre. Estaría en uno de los pocos sitios. No creí que estuviera en su dormitorio a estas horas, pero como todavía era temprano fui hasta su estudio, que era más bien un acogedor despacho con sofás de felpa y una tumbona.

La guarida de Evangeline Lawless estaba en el ala este de la casa, así que fui hacia allá. Miré por encima del hombro antes de doblar la siguiente esquina para ver si Fender Bender me seguía, pero el pasillo estaba desierto.

Aceleré el paso, y el rusane que tenía en el cuello me pesaba a cada paso. Ya no funcionaba, pero seguía siendo incómodo.

Divisé el estudio de mi madre. La puerta estaba cerrada. Toqué dos veces y entré sin esperar a ver si estaba allí.

Al abrirse la puerta, me envolvió un torrente de olores familiares: el dulce aroma del incienso de jazmín mezclado con el olor rancio de los libros viejos. La habitación estaba iluminada por la luz natural que

entraba por las altas ventanas que daban al patio. Mi madre estaba sentada ante su escritorio ornamentado, cubierto de textos antiguos, y se desplazaba por la pantalla de su computadora. Su larga melena oscura le caía por la espalda como una cascada y sus penetrantes ojos color avellana se clavaron en los míos cuando entré.

—¿Katrina? ¿Qué haces aquí?

Cerré la puerta y me acerqué a su escritorio.

—Tenemos que hablar.

Su bonita cara se palideció.

—¿Es sobre… lo que hablamos en casa de la tía Luna?

Agarré una silla de suave tapicería azul, la acerqué a la suya y me senté frente a ella.

—Sí y no.

Los ojos de mi madre se entrecerraron.

—No lo entiendo.

Suspiré y me froté la sien.

—Bueno. Necesito tu ayuda.

—*¿Mi* ayuda?

—Sí. *Tu* ayuda.

En ese momento, mi madre se echó hacia atrás en su silla, observándome.

—¿Y qué significa eso exactamente? ¿Ayudar con qué?

*Aquí viene.* No sabía cómo reaccionaría mi madre a mi petición. Y no había manera de ponerlo a la ligera. Así que simplemente lo hice.

—Necesito tu ayuda para acabar con Los Renegados.

Los ojos de Evangeline brillaron de miedo y su actitud fría y serena se desvaneció por un momento. Miró hacia la puerta como si esperara que alguien como Fender Bender irrumpiera por ella.

—¿Yo? —dijo, en voz baja, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando—. Pero… ¿qué puedo hacer? Ya te lo dije. Soy… soy…

—Una prisionera en tu propia casa —respondí por ella. Empezaba a verla con otros ojos y me daba lástima—. Esa no es forma de vivir.

Mi madre le dio un vistazo a su computadora.

—Es complicado.

—Las instrucciones de Ikea son complicadas. Esto no lo es.

Los dedos de mi madre golpearon ansiosamente el reposabrazos de su silla, un breve destello de vulnerabilidad pasó por sus ojos antes de dominarlo con una compostura bien practicada.

—Katrina, estás jugando con fuego. Los Renegados son extremadamente poderosos. Despiadados. Manejan poderes más allá de nuestra comprensión.

Me incliné más cerca, mi voz baja pero persistente.

—Lo sé. Pero alguien tiene que enfrentarse a ellos. Y parece que

voy a ser yo.

—¿Por qué tú? ¿Por qué emprendes semejante locura?

Encogí los hombros.

—Creo que esto es lo que debo hacer —le dije, lo cual sonaba a locura, pero era lo que sentía—. Es difícil de explicar. Pero parece que todas mis cartas están alineadas para hacer precisamente eso. Tu... nuestro pueblo —corregí—, está dominado por el miedo, y ya es hora de que contraataquemos.

Los ojos de mi madre estaban desenfocados mientras decía:

—No será fácil.

—No. Pero hay que hacerlo. O al menos tengo que intentarlo. —Me removí en la silla—. Están planeando algo. Algo grande. Más grande de lo que han intentado —le dije, aunque no tenía ni idea de si eso era cierto. Pero me guiaba por mi instinto.

—¿Y tú lo sabes? ¿Cómo? —preguntó mi madre, curiosa.

—¿Recuerdas cuando me viste hace unos días? ¿Aquí? ¿Corriendo por el pasillo? Bueno, yo venía saliendo de su sótano. Robé sus tablas mágicas. Las tablas que van a usar para crear el caos. Para hacerse todopoderosos. Para gobernarnos a todos. O algo por el estilo.

—¿Dónde están ahora esas tablas?

Solté un suspiro.

—Se las llevaron. Y mataron a mi amigo en el proceso. —El recuerdo del cuerpo de Nelson pasó por mi mente y lo aparté rápidamente.

—¿Y quieres que encuentre esas tablas? —La voz de mi madre estaba llena de incertidumbre.

—Bueno —empecé—, dudo que vuelvan a esconderlas aquí, pero si quieres buscarlas, hazlo. Tienen una especie de GPS mágico. Así las encontraron después de que yo las robara. —De verdad no pensé que Los Renegados guardarían las tablas aquí de nuevo. No después de mi robo. Pero era bienvenida a buscar. Me encontré con su mirada.

—Pero no estoy aquí por eso.

Mi madre cruzó las manos sobre el regazo.

—¿No? —La confusión bailaba en sus ojos.

—Necesito que me ayudes con otra cosa. —Tragué saliva y añadí—: Algo que probablemente sea más peligroso que buscar esas tablas.

—¿Qué cosa? —preguntó mi madre.

—Pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué tipo de pruebas?

Necesito pruebas que conecten a Los Renegados con los recientes asesinatos de esos chicos. Y pruebas de cualquier actividad ilegal que puedas encontrar. Pasadas y presentes. No descansaré hasta tener pruebas sólidas que vinculen a Los Renegados con los brutales asesinatos de esos chicos inocentes.

La mirada de mi madre se agudizó, las arrugas de su frente se hicieron más profundas mientras procesaba mis palabras.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, habló.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo que haga? ¿Lo que me harán si descubren que los estoy husmeando?

Sonreí.

—Por tu respuesta, supongo que sabes dónde buscar. —No me devolvió la sonrisa—. Escucha. El Consejo Gris me respalda. De hecho, son ellos los que piden las pruebas. —Sí, le estaba dando mucha información, pero algo en mi interior me decía que podía confiar en ella.

—¿Por qué no pueden conseguirlas ellos mismos? —preguntó mi madre, recuperando parte de su aplomo—. ¿Por qué te las piden a ti?

—Es una larga historia —dije—. Pero creo que lo han estado intentando. Desde hace años. Nunca les ha funcionado. Nunca pudieron conseguirlas. Pero conmigo... con alguien dentro del grupo. Creo que puedo hacerlo.

—Te refieres a mí —corrigió mi queridísima mamá.

—Así es. Piénsalo bien. ¿No quieres librarte de estos bastardos? ¿De él? —Sabía que tenía miedo de mi padre y del grupo. Sólo esperaba que no estuviera tan aterrorizada como para no ayudar. Era una apuesta. Y si se negaba, iba a tener que invitarme a cenar todos los días de la semana hasta que encontrara esa prueba.

Preferiría beberme una cubeta de cianuro.

—Esto es demasiado, Katrina —dijo mi madre.

Asentí solemnemente, reconociendo la gravedad de mi súplica.

—Lo sé. Y no te lo pediría si no fuera importante. Lo haría yo misma, pero conociendo a Alistair y al grupo, sospecharían. Creo... sí, sé que saben que tomé las tablas. ¿Por qué no me han agarrado todavía para castigarme? No tengo la menor idea. Así que, realmente no puedo ser yo quien haga esto. ¿Me ayudas?

Luego de un momento de silencio contemplativo, la mirada de mi madre se endureció con determinación.

—Muy bien, Katrina. Intentaré ayudarte, pero no puedo prometerte nada.

Le sonreí, sintiendo que la bola de tensión se aflojaba alrededor de mis hombros.

—Sólo el hecho de que estés dispuesta a ayudar significa mucho. Al menos uno de mis padres es decente.

Algo pasó por la cara de mi madre que no pude descifrar.

—Tengo que decirte algo —empezó a decir en voz baja.

—Bien. —Me incliné hacia delante—. ¿Por qué estamos susurrando?

—Al principio no estaba segura. Nunca lo había pensado hasta ese

día. Ahora lo sé.

Sacudí la cabeza.

—Deja de hablar en idioma yoda y suéltalo. Lo que dices no tiene sentido.

Los ojos de mi madre brillaron al encontrarse con mi mirada.

—Cuando atacaste a Alistair. Cuando vi tu magia... cómo era. Esas sombras... la forma en que las manipulabas. Ahí fue cuando lo supe.

Las palabras de mi madre me martillearon el corazón. Era casi como si ella supiera de dónde venía mi magia. Y lo que era. Y por qué la tenía.

Era el momento. Por fin iba a entender por qué era diferente, por qué mi magia era distinta a la de todas las demás brujas.

—¿Saber qué? —insistí—. Dímelo.

—¿Decirte qué? —dijo una voz fría y familiar detrás de nosotras.

Me hirvieron las entrañas mientras me giraba lentamente hacia la voz.

Alistair Lawless, o más bien Alistair Vargas, estaba parado en la puerta. Nunca lo había oído entrar.

—Me alegro de volver a verte, hija —dijo Alistair—. Tenemos mucho de qué hablar.

*Ay, mierda.*

# CAPÍTULO 16

Alistair era alto e intimidante, sus anchos hombros y su espesa melena oscura aumentaban aún más su imponente presencia. Vestido con un elegante traje que rezumaba poder y riqueza, emanaba un aura de control.

A su lado acechaba un hombre con una oscura capucha sobre la cabeza, que proyectaba profundas sombras sobre su pálido rostro. Sus ojos hundidos dejaban entrever su edad, aunque era imposible determinar cuántos años tenía realmente. La falta de cejas no hacía sino aumentar la inquietante naturaleza de su aspecto.

El hermano Algar.

¿Cuánto habían oído? ¿Habían estado allí durante parte de nuestra conversación? Si era así, estaba perdida. Y acababa de poner a mi madre en peligro.

Me levanté lentamente. Ni loca iba a saludarlos sentada. No les tenía miedo y quería que lo supieran. Que lo vieran.

Había pensado que podría encontrarme con mi padre, y me había preparado mentalmente, por eso llevaba el encendedor en el bolsillo. Pero no se me había ocurrido que su amigo, el hermano Algar, pudiera estar aquí. Aunque no sabía por qué. Probablemente estaban reunidos en el maldito sótano haciendo lo que sea que hacían Los Renegados para pasar el tiempo. Probablemente siempre estaba aquí.

Los ojos claros del hermano Algar se quedaron mirando el rusane. ¿Podía sentir que su magia había desaparecido? No tenía ni idea. Si podía, no dijo nada.

Se me ocurrió un pensamiento. Si tenía que hacer el papel de que el rusane aún me dominaba, no podía usar mis poderes con mi padre. Él era un miembro. Mi madre lo había confirmado, pero yo también lo sentía en mis huesos de bruja. Así que si no quería arruinar esa fachada, tenía que fingir que no tenía poderes ante los miembros.

—Entonces… —dijo Alistair mientras entraba en la habitación—. ¿De qué estaban hablando?

Por el rabillo del ojo, vi que mi madre se encogió en su silla. Eso intensificó mi ira mil veces.

Miré fijamente a mi padre.

—Ah, ya sabes. Cosas de mujeres. Tampones. Calambres. Esos días del mes.

Mi padre puso cara de asco y miró a mi madre mientras se acercaba para colocarse a su lado.

—¿Por qué no me dijiste que nuestra adorable hija estaba aquí?
Mi madre se enderezó en la silla.
—No lo sabía.
Mi padre le puso una mano en el hombro y apretó.
—No te creo. ¿Qué estabais conspirando?
*Hijo de perra*.
—Es verdad. No se lo dije. Es una visita sorpresa. —Extendí las manos—. Sorpresa.
El bastardo le apretó el hombro con más fuerza, y vi gotear de sus dedos un hilo de energía púrpura.
—¿Me estás mintiendo, esposa?
Los labios de mi madre temblaban y, aunque su rostro estaba sereno, me di cuenta de que estaba luchando. Le estaba haciendo daño y utilizaba su magia para obligarla a decirle la verdad.
—No sabía que ella iba a venir —respondió mi madre, con la voz entrecortada.
Mi padre la observó un momento, aparentemente intentando descifrar si mentía o no.
—Muy bien —dijo, pero no le soltó el hombro—. Te creo.
*Mentira*.
Alistair y yo nos miramos un momento, los dos sabíamos que no le había creído a mi madre. Probablemente la castigaría más tarde por no haberle contado lo de mi visita.
Podía sentir cómo la tensión en la habitación aumentaba con cada segundo que pasaba. El aire se sentía pesado, sofocante, como si las paredes nos estuvieran rodeando. La mirada de mi padre se clavó en la de mi madre, con una amenaza silenciosa en el espacio que los separaba.
Apreté los puños, clavándome las uñas en las palmas. No soportaba que la tratara así, que utilizara cualquier poder oscuro que poseyera para manipularla. Pero tenía que seguirle el juego y mantener la fachada de ignorancia para protegerla.
De verdad odiaba a ese tipo. Odiaba a mi propio padre. ¿Qué decía eso de mí?
Pero lo que odiaba era que él y el hermano Algar nos hubieran interrumpido. Estaba claro que mi madre sabía más de mi magia que yo.
Y estuvo a punto de decírmelo.
—Bueno, ya que no hay gato encerrado —dije, forzando una sonrisa y tratando de atraer la atención de mi padre hacia mí—. Pensé en sorprenderlos a los dos con una visita. Hacía demasiado tiempo que no pasábamos tiempo juntos en familia.
Los ojos de mi padre parpadearon con una extraña mezcla de emociones: sospecha, curiosidad y algo más que no supe identificar.

Por fin soltó a mi madre del hombro y dio un paso atrás.

—Tiempo en familia —repitió mi padre con una sonrisa falsa. Miró al hermano Algar, que al parecer había estado observándome todo el tiempo. Sí. Para nada espeluznante.

—Así es.

Mi padre rodeó a mi madre y dio un paso hacia mí.

—¿Recuerdas lo que hiciste la última vez que estuviste aquí?

Genial, ahora estaba acorralada. ¿Se refería a cuando lo estrangulé con mi magia umbra o a cuando robé las tablas? Tenía la sensación de que tanto él como el hermano Algar sabían que me había llevado las tablas, pero intuía que se refería a la vez que lo había atacado.

Puse una sonrisa falsa a juego con la suya.

—Sólo te devolvía el favor. Tú empezaste, si no recuerdo mal. —En la cena en la que me hizo el hechizo de la trampa pesadilla delante de todos sus invitados.

Y Dash me había salvado.

—Me agarraste desprevenido —continuó mi padre. Su sonrisa había desaparecido, sustituida por una fea mueca—. Me atacaste en mi propia casa como una bestia salvaje.

Encogí los hombros.

—No exactamente, pero da igual.

Mi madre se movió incómoda a nuestro lado y sus ojos se movieron entre mi padre y yo, percibiendo la creciente tormenta de emociones. El hermano Algar permanecía como un observador silencioso al margen, con una expresión ilegible, pero por el leve movimiento de sus labios me di cuenta de que estaba disfrutando de este enfrentamiento mucho más de lo que debería.

Si mi padre o el hermano Algar decidían atacarme con su magia, no podía hacer nada. No si no quería quedar al descubierto. Estaría perdida.

—Si hubiera sabido que poseías magia —continuó mi padre, atreviéndose a acercarse otro paso—. Bueno... las cosas habrían salido de otra manera.

Apreté la mandíbula.

—¿Quieres decir que me habrías matado? A mí no me matan tan fácilmente. —Para alguien de afuera, tener este tipo de conversación con el propio padre sería una locura. Pero no para mí. Me habría sorprendido que hubiera sido diferente.

Mi padre apretó la mandíbula y sus ojos brillaron con un destello peligroso.

—¿Te crees más fuerte que yo? ¿Más poderosa? No tienes ni idea.

Fruncí los labios.

—¿Lo dices porque te uniste a Los Renegados? Dime, padre. ¿Qué les das a cambio de todo este milagroso aumento de poder? Dinero,

¿verdad? El dinero de mi madre. Oh, rayos.

La mirada de mi padre se volvió gélida y su voz se redujo a un peligroso susurro.

—No sabes nada. Los Renegados me ofrecen un poder más allá de tus sueños más salvajes. Un poder que tu diminuto cerebro femenino jamás podría comprender.

*¿Diminuto cerebro femenino?* Ladeé la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios.

—Ah, entiendo muy bien ese tipo de poder, *padre*. He visto lo que puede hacerle a gente como tú. Pero el poder tiene un precio. ¿Por qué has vendido tu alma, *papá*? ¿Para tener juventud eterna? ¿Magia ilimitada? Te corrompe, te trastorna. Juega con tu mente.

La respiración agitada de mi madre resonó en el tenso silencio que siguió. Sus ojos nos miraron.

—Kat. Kat. Por favor. Escuchen, no es el momento para esto.

Pero mi padre la ignoró y se centró totalmente en mí.

—Estás jugando un juego peligroso. Cruzarte con alguien como un cambión y entrometerte en nuestros asuntos sólo te traerá sufrimiento.

No pude evitar reírme ante su amenaza.

—Estoy muy familiarizada con el sufrimiento. —Había sido mi compañero constante durante más de treinta y siete años.

El labio superior de mi padre se frunció. Hizo una mueca de rabia y apretó los puños a los lados.

—Puedes creerte invencible con tus encantos y hechizos, pero no eres nada comparado con nosotros. Ahora no eres más que una herramienta. —Se enderezó—. Eres una mancha para nosotros. Una desgracia para el apellido Lawless. Menos mal que tu hermano no es como tú. Él sí es un *verdadero* Lawless.

Resoplé.

—Qué envidia. —Crucé los brazos, negándome a acobardarme ante su mirada—. Es mejor ser una mancha que una marioneta que baila con los hilos de los que son más poderosos que tú —repliqué, con voz firme a pesar de la tormenta que se desataba en mi interior—. Al menos tengo el valor de afrontar la verdad, por más fea que sea.

Un destello de incertidumbre se reflejó en el rostro de mi padre antes de enmascararlo con una gélida compostura.

—Te arrepentirás de estas palabras, Kat. Debería haberte matado hace tiempo. Después de enterarme.

Me quedé con la boca abierta.

—¿De enterarte de qué? ¿De qué estás hablando? —Miré a mi madre, que tenía la mirada fija en un punto de su escritorio y se negaba a mirarme a los ojos. ¿Por qué? ¿Qué sabían de mí? Mejor aún. ¿Por qué lo mantenían en secreto?

—Pero el destino de Katrina no depende de ti, Alistair —advirtió el

hermano Algar, con un tono gélido en la voz que hizo que mi padre se quedara inmóvil, y juraría que bajó la cabeza como un lobo reconociendo a su alfa. El hermano Algar se bajó la capucha, y casi me vomito en la boca. Sí, era calvo, sin cejas. Pero no era por eso.

La luz parpadeante de la habitación bailaba sobre su rostro, revelando una enmarañada red de venas oscuras que latían bajo su pálida piel y acentuaban un aspecto etéreo y de otro mundo. Se veía grotesco, como un cadáver.

—Su destino ya está escrito en las estrellas —continuó el hermano Algar.

Aquí vamos con esa mierda del destino. Una parte de mí quería irse, pero la otra se había quedado clavada en el sitio. Mi madre. No quería dejarla ahora porque sabía que en cuanto me fuera, mi padre le haría daño. ¿Le contaría nuestra conversación anterior? La verdad es que no lo sabía. Pero ella permaneció estoica, con la mirada fija en la desgastada superficie de su escritorio. Era como si se hubiera encerrado en sí misma, aislándome junto con el resto del mundo.

Las palabras del hermano Algar flotaban en el aire, arremolinándose a nuestro alrededor como una niebla oscura. Mi padre apretó la mandíbula y sus fosas nasales se encendieron con una rabia apenas contenida, pero no respondió. Estaba claro que él era el perro faldero de Algar.

A medida que el silencio se prolongaba, la presencia del hermano Algar parecía que aumentaba, sus venas oscuras palpitaban con una energía sobrenatural que me erizaba la piel.

Finalmente, mi padre habló.

—Y es lo único que te salva ahora.

Mi mirada iba y venía entre mi padre y Algar. Los ojos de Algar estaban llenos de un deseo que no era sexual, sino más bien posesivo, como si yo fuera un trofeo que acababa de reclamar. Era escalofriante.

—¿Te refieres a mi gran destino? ¿Te importaría explicarlo? —Yo no creía en profecías ni en destinos. Era sólo un montón de historias inventadas para mantener ocupadas a las mentes aburridas. Pero aun así quería saberlo. Estaba claro que creían. Y yo quería saber *cuál era* esa creencia. Porque algo en mis entrañas me decía que no me gustaría.

El hermano Algar mostró en su rostro una sonrisa falsa que le estiraba demasiado la boca y parecía un payaso siniestro. Odiaba a los payasos.

—La casa de tu familia es muy bonita —comentó el hermano Algar—. ¿Has bajado al sótano últimamente? —preguntó.

Sí. Él lo sabía. Todos sabían que me había llevado esas tablas.

—No desde que era una niña y me escondía de las palizas de mi hermano. ¿Por qué? —Iba a hacer que lo dijera.

El hermano Algar emitió un sonido en su garganta.

—Parece que algunas de las reliquias de tu familia se han... *extraviado*.

*Ah. Aquí vamos.* Encogí los hombros.

—Hace mucho tiempo que no formo parte de esta familia. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Ya no importa. Afortunadamente, las encontraron. —Sin dejar de mostrar aquella inquietante sonrisa, el hermano Algar se paseó por el despacho de mi madre, con las manos entrelazadas a la espalda, como si la sola idea de tocar algo le repugnara.

Le lancé una mirada a mi padre, que me miraba como si quisiera volver a usar esa trampa de pesadilla conmigo.

—Sí —dije, volteando hacia el hermano Algar—. Qué fortuna. —Suspiré—. ¿Podemos dejar de dar vueltas? Me estoy mareando. Si tienes algo que decirme, dilo ya.

Sí, fui un poco brusca. Era difícil no serlo cuando sabías de lo que esta gente era capaz. Lo que habían hecho. Sabía que tenía que tener cuidado con mi comportamiento, especialmente con el líder del grupo. Tenía que seguirle la corriente... hasta que mi madre consiguiera las pruebas que necesitábamos. Hasta entonces, tenía que intentar encajar sin llamar demasiado la atención.

Sin embargo, por lo que había experimentado con Dash, si te cruzabas con Los Renegados, devolvían el golpe con maldiciones y torturas. Debería estar golpeándome con su poder oscuro. Entonces, ¿por qué no me estaban haciendo nada de eso?

De nuevo, el hermano Algar miró a mi rusane.

—Tenemos mucho que discutir, mi joven miembro. Pero ahora no es el momento.

Levanté las manos.

—No iré a ninguna parte. Qué tal si tú me lo dices.

El líder de Los Renegados soltó una risita, y el sonido me sacó de quicio como si fueran uñas en una pizarra.

—Cierra la boca —siseó mi queridísimo padre, acercándose a mí y señalándome con un dedo—. Al hermano Algar no se le habla así. *Tú* no das órdenes. Las *obedeces*.

De repente, sentí una chispa de rabia dentro de mí.

—¿Y si no lo hago? —desafié—. ¿Vas a volver a lanzarme uno de tus hechizos ilegales?

Una sonrisa malvada jugó en sus labios.

—Nada me daría más alegría.

—Impresionante. —Había familias disfuncionales. Y luego estaba la mía.

El hermano Algar perdió parte de su sonrisa.

—No hay necesidad de esto.

—No sé por qué está tan tenso —dije mirando a mi padre—. Sólo estaba haciendo una pregunta. No es como si me haya robado algo. —Sí. Iba a ir allí.

—Paciencia, Katrina —dijo el hermano Algar, sus ojos claros clavados en mí—. Mañana por la noche todo te será revelado.

En ese momento, la cabeza de mi madre se giró en dirección al hermano Algar.

—¿De qué estás hablando?

—Sí. Las mentes curiosas quieren saber —añadí.

—Asuntos del grupo, esposa. —Mi padre retrocedió para colocarse junto a mi madre, su presencia imponente sin duda tratando de intimidarla—. Nada que te incumba.

Mi madre volteó para mirar a Algar.

—Prometiste que no le harías daño —dijo, y pude sentir cómo algo de su magia blanca se escapaba de su compostura como un perfume caro.

Un rápido vistazo a la expresión atónita y enfadada de mi padre me dijo que no estaba al tanto de esta conversación entre su mujer y su amo. Me gustó.

La inquietante sonrisa de Algar se ensanchó, con un brillo frío en los ojos, mientras hablaba en un tono que me produjo escalofríos.

—Ah, mi querida Evangeline, te aseguro que tu hija no sufrirá ningún daño, como te prometí. La creencia no altera lo que está destinado a ser. Tu hija lleva en su interior un legado que se remonta siglos atrás, un poder que ha estado latente pero que ahora se agita con su despertar.

—¿Te refieres a cuando me uní a tu grupo? —Declaré con firmeza, cruzando los brazos delante del pecho—. No fue el destino. Si recuerdas, lo hice por un amigo.

La mirada penetrante del hermano Algar se cruzó con la mía antes de dar media vuelta bruscamente y salir del despacho, con la túnica ondeando tras él. Mi padre, siempre a su lado como una sombra leal, se apresuró a seguirlo.

Volteé hacia mi madre, cuya tez, antes sonrosada, había perdido el color. Su cuerpo temblaba de miedo y se había rendido a él, con las manos temblorosas agarrándose a los bordes de su asiento. Su expresión era una mezcla de confusión y rabia, como si no pudiera creer lo que estaba ocurriendo. En ese momento, parecía perdida y vulnerable, como una niña a la que han metido en un mundo nuevo y aterrador.

Me quedé allí, sin saber si mi madre me ayudaría en mi búsqueda de pruebas. Aunque de verdad esperaba que lo hiciera.

Porque sin su ayuda, estaba perdida.

# CAPÍTULO 17

El corazón prácticamente me martilleaba las costillas mientras conducía hacia la granja de Dash. No por lo que acababa de pasar con el hermano Algar y mi padre, cuando casi me descubren intentando convencer a mi madre de que se uniera a mi plan. Sino porque estaba a punto de ver al apuesto medio demonio. O esperaba verlo. ¿Acaso me recibiría?

Estaba siendo un poco dramática. No era yo en absoluto. Yo era la fría y tranquila investigadora paranormal. No una colegiala enamorada sin remedio. Pero algo en Dash despertó emociones que no había sentido en mucho tiempo.

Y me asustaba muchísimo. Por eso el martilleo de dicho corazón.

Sin embargo, al ser en parte responsable de la muerte de Nelson, o mejor dicho, totalmente responsable, tenía que ver cómo estaba Dash. Tenía que ver cómo estaba. Incluso si él no quería verme y me echara de su casa, yo iría de todos modos. Que me digan testaruda, pero no sería capaz de llevar a cabo mi misión si no tenía la cabeza despejada de pensamientos. Tenía que concentrarme si quería hacerlo bien. Y eso significaba hacer las cosas bien con Dash. Tal vez no *bien*, bien ya que no sabía si eso sucedería alguna vez. Pero tenía que ver cómo estaba.

Al acercarme a la granja, me desvié por el largo camino de entrada. La familiar imagen de su Land Rover verde bosque me recibió en su lugar habitual, bajo el porche.

Pero a su lado había otro vehículo. Un Chevrolet Blazer rojo y blanco que estaba en perfecto estado para ser una antigüedad. Kolton estaba aquí.

—Mierda.

Pisé el acelerador y mi Jeep subió a toda velocidad por el camino de grava. Estacioné justo al lado del vehículo de Kolton y apagué el motor. No tenía ni idea de por qué Kolton estaría aquí, pero sabía que no era bueno.

Dash seguía siendo técnicamente un fugitivo. Se había escapado de la cárcel y era un hombre buscado, o más bien medio demonio, en relación con Los Renegados. Hasta que Luther consiguiera sus pruebas, ese seguía siendo el caso.

Como nuevo jefe de policía, Kolton tenía todo el derecho de llevarse preso a Dash o al menos interrogarlo, aunque solo fuera por haberse fugado de la cárcel. Todavía no tenía ni idea de cómo se las

había arreglado para hacerlo.

Respiré hondo para calmar los nervios antes de bajarme del vehículo. El aire fresco del otoño me envolvió, con el aroma de las hojas caídas y el humo de la leña. Me encantaba el otoño: los colores y los olores. Era mi época favorita del año. Y ni siquiera eso podía levantarme el ánimo.

Mientras caminaba hacia la puerta principal, mi mente se agitaba con un millón de hipótesis sobre cómo podría reaccionar Dash al verme. ¿Estaría enojado? ¿Herido? ¿Indiferente? No podía soportar la idea de que me rechazara, pero tenía que aceptarlo. Su amigo murió por mi culpa. Era una reacción normal. Pero se que le dolería un montón.

Llegué al porche, mis entrañas se apretaban con cada paso. El crujido de los escalones bajo mis botas parecía una cuenta regresiva. Escuché voces indistintas que venían del interior, un trasfondo tenso enhebraba la conversación. Dudé ante la puerta, preguntándome si debía tocar o entrar así sin más.

Antes de que pudiera decidirme, la puerta se abrió de golpe, dejando ver a Dash de pie con cara de pocos amigos. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, evaluadores y cautelosos.

—Kat —me saludó secamente.

—Habría llamado, pero no tengo tu nuevo número —le dije, sabiendo que su teléfono prepago se había derretido en el bol plástico de mi tía Luna como única prueba que lo relacionaba con Los Renegados. Esperé a que dijera algo o me pidiera que entrara. No lo hizo. Así que añadí—: ¿Qué hace Kolton aquí? —Quería preguntarle cómo estaba, pero ahora que tenía compañía, no era el momento.

Sin mediar palabra, Dash se hizo a un lado y me dejó entrar.

Pasé junto a él hacia la pequeña entrada. Mis ojos siguieron a Kolton. El corpulento hombre negro estaba en el comedor, con un gran sobre en la mano.

El aire olía a café recién hecho y a testosterona, si es que eso era posible.

—Él no lo hizo —le dije al jefe de policía, sintiendo que me subía la tensión—. Dash no mató a esos niños.

Kolton no era como Blake. No tenía que probarle nada a nadie. Era un hombre lobo capaz y muy seguro de sí mismo. Me sorprendió verlo aquí. No es lo que esperaba. Tal vez me había equivocado acerca de él.

—No es por eso por lo que estoy aquí —respondió el jefe de policía. Se acercó y me entregó el sobre—. Quizás puedas hacer que entre en razón.

—¿Qué es esto? —pregunté, abriendo el sobre y sacando un montón de papeles. Miré a Dash, que estaba apoyado en la pared con

los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Dash?

—Es el traspaso de propiedad de un inmueble en Main Road —dijo Kolton cuando Dash no contestó—. Nelson's Goodies. En caso de que falleciera, el propietario le dejaba la tienda a Dash aquí presente. Pero parece que tu amigo no la quiere.

—¿Qué? —Mis labios se separaron mientras inspeccionaba los papeles. No era abogada, pero sabía lo suficiente para reconocer los documentos legales y las firmas al pie que transferían la propiedad de la tienda de Nelson a Dash. Esto era parte del testamento de Nelson.

Kolton soltó un suspiro.

—La tienda lleva aquí mucho tiempo. Ya lo comprobé. Sería una pena que desapareciera. Es parte de la historia de nuestro pueblo. —Miró a Dash, que por fin levantó la vista de su postura pensativa. Sus ojos contenían una mezcla de resignación y desafío, una turbulencia que no había visto antes en él.

—La tienda se queda —dije—. Yo me ocuparé de ella.

Kolton soltó una pequeña carcajada.

—Me alegro de que hayas venido, Kat. Bueno... —Miró al medio demonio—. Es toda tuya. —Y con eso, todavía riendo, el jefe se levantó y salió por la puerta principal.

Cuando se cerró la puerta, me giré hacia Dash.

—¿Qué demonios es esto? —Le agité el sobre como si no supiera ya su contenido—. No puedes hablar en serio. Nelson quería que la tuvieras, Dash. —Sabía que era peligroso hablarle así, sabiendo lo que había hecho y lo que le había pasado a Nelson. Pero si esa era la voluntad del cambión, haría que Dash se la quedara. Pasara lo que pasara.

Dash me miró.

—No sé nada sobre atender una tienda.

—Ya aprenderás. No puede ser tan difícil. —Pero entonces me di cuenta de que tal vez sería demasiado doloroso para Dash hacerse cargo de la tienda. La tienda gritaba Nelson por todas partes. Cada artículo tenía su huella. Además, el letrero tenía su nombre—. Dash, no tienes que hacerlo si es demasiado para ti—murmuré, con la voz cargada de empatía—. Puedes contratar a alguien para que la atienda. —Me di cuenta de que era demasiado pronto para él—. Estoy segura de que puedes encontrar a alguien en Moonfell que estaría encantado de hacerlo.

—Cierto. No lo había pensado. —Dash se pasó los dedos por el pelo rubio oscuro, dejándolo desordenado. Quería peinarlo con mis dedos para alisarlo.

El silencio ensordecedor que vino después me revolvió todo por dentro. No podía evitar la sensación de haberme quedado demasiado tiempo, pero al mismo tiempo no me arrepentía de haber venido.

Mientras dejaba el sobre sobre la mesa, no podía ignorar la batalla interna que se libraba en mi interior. Una parte de mí quería quedarse y consolarlo, pero otra sabía que irme era la mejor opción para nosotros.

¿Nosotros? No había ningún nosotros. Ya no.

—Será mejor que me vaya —dije vacilante, no queriendo dejarlo solo con sus pensamientos pero también sabiendo que necesitaba espacio para procesar todo. Era una decisión difícil, pero había que tomarla.

No sabía cuándo volvería a verle. O si volvería a verlo. Ahora mismo no podía pensar en mí ni en mis sentimientos. Había cosas más importantes en juego. Ya encontraría tiempo para llorar su pérdida. Pero no ahora.

—Cuídate —añadí antes de darme la vuelta para marcharme, con el conflicto en mi interior creciendo a cada paso que me alejaba de él. Tenía que irme rápido antes de desmoronarme.

Pasé la mesa justo cuando una mano fuerte y cálida agarró la mía. Me jaló y me hizo girar.

—¿A dónde crees que vas? —Dash me acercó hasta que nuestros cuerpos se tocaron.

Se me aceleró el corazón al verme atrapada en su mirada penetrante, una mezcla de ira y desesperación que se arremolinaba en aquellos tormentosos ojos marrones oscuros. Su contacto me dio una descarga eléctrica que encendió una chispa que creía que se había extinguido desde hacía mucho tiempo. A pesar de la confusión que nublaba mi mente, no podía negar la atracción que sentía hacia él.

—Yo… tengo que irme —balbuceé, tratando de estabilizar la voz contra el maremoto de emociones que amenaza con consumirme—. Tengo cosas que hacer. Grupos que destruir. Ya sabes, lo de siempre. —Pero el agarre de Dash se hizo más fuerte y sus dedos se clavaron en mi piel.

—No —gruñó, su voz ronca y áspera con una emoción que me erizó la piel—. No puedes irte así. Ahora no. No lo permitiré.

Enarqué una ceja.

—No eres mi dueño. Además… —dije y me di cuenta de que en realidad no estaba luchando por zafarme de su agarre—. Pensé que no querías volver a verme.

Dash frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Por cómo te pusiste cuando te conté lo de tu amigo. Vi cómo me mirabas. Y lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Yo habría reaccionado igual si fuera yo. —Tragué con fuerza, sintiendo el peso de mis palabras caer sobre mí—. La culpa es mía. Si no hubiera robado esas tablas en primer lugar, nada de esto habría pasado. Lo

siento, Dash. Espero que algún día puedas perdonarme. —Esta vez sí que intenté zafarme, pero el semidemonio me rodeó con sus grandes brazos.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Dash.

—Lo entendiste todo mal. Creo que debería azotarte.

—¿Azotarme? —Solté—. ¿Estás borracho?

Dash bajó la cabeza e inhaló como si estuviera aspirando mi aroma, algo que había visto hacer a los hombres lobo. Y, por alguna extraña razón, me excitaba mucho.

—Hueles muy rico —dijo—. Me alegro de que hayas venido.

Sacudí la cabeza.

—¿Escuchaste lo que dije?

—Sí. —Su sonrisa se desvaneció—. Y quiero que dejes de pensar que lo que le pasó a Nelson es culpa tuya.

—Eh. Porque. Bueno. Lo. Es.

—Yo te mandé para allá —corrigió el medio demonio—. Te dije que fueras. Tú no hiciste esto, Kat. —Dash me miró los labios—. Fueron Los Renegados. —Se inclinó más hacia mí y me besó. Fue rápido, pero el calor que sentí fue todo menos fugaz. El beso dejó un rastro de electricidad en mi piel, despertando el deseo. El corazón me latía con fuerza en el pecho y, por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Me eché hacia atrás.

—Dash, ¿qué... qué fue eso?

Me miró con intensidad, sus ojos oscuros e indescifrables.

—Necesitaba que entendieras que tú no tienes la culpa de lo que le pasó a Nelson. Los Renegados han estado acechando en las sombras de este pueblo desde mucho antes de que tú llegaras. No te preocupes. Tendrán su merecido. —Sus manos se deslizaron hasta mi trasero y me acercó, hundiendo su cara en mi cuello mientras me daba besitos de arriba abajo—. He estado pensando en arrancarte la ropa.

—¿Sí? —Eso me sorprendió—. No pensé que quisieras... —Me lo pensé—. Nada de esto —dije—. No después de lo que Rita te hizo. Lo que hicieron... juntos. —No quería pensar en él teniendo sexo con otra mujer. La imagen de Dash atado a su cama despertó en mí un ataque de ira tan profundo que era difícil de domar.

Me miró con aquellos ojos intensos, una tormenta tumultuosa arremolinándose en sus profundidades.

—Ella quería. Lo intentó. Pero yo no quería tener nada con ella. Por eso me tenía atado cuando llegaste. Estaba desesperada. Pero nunca la toqué. No podía. No cuando siento esto por ti.

Perfecto. Eso me generó todo tipo de sensaciones en el cuerpo.

La respiración de Dash se aceleró mientras me rodeaba con sus manos. Podía sentir su deseo y su anhelo a través de su tacto. Bajó la

cabeza y me rozó con los labios una comisura y luego la otra, provocándome escalofríos. Sus dedos se deslizaron bajo mi camiseta, provocándome un cosquilleo en la piel. Un profundo calor se extendió por mi cuerpo, alimentado por el intenso deseo que sentía por él.

Apretó sus labios contra los míos y deslizó su lengua entre ellos. Jadeé cuando exploró el interior de mi boca con la suya, arrancándome un suave gemido. Mis dedos se enredaron en su pelo, acercándolo más a mí. Con cada beso, mi deseo se intensificaba. Él respondía con avidez, sorprendiéndome con su deseo a medida que nuestros besos se volvían más apasionados. La sensación de deseo me recorría el cuerpo y encendía un fuego en mi interior.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sus manos y sus labios recorrieron mi piel. Me quedé inmóvil, sin apenas poder respirar, consumida por su tacto y el aroma que me rodeaba.

Luego, con un empujón juguetón, me aparté de él.

—¿Estás intentando desnudarme? —bromeé.

El semidemonio esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sí.

Ladeé una ceja.

—Sigue así.

Dejó escapar un gruñido. Su mirada, feroz y hambrienta, recorrió mi cuerpo mientras sus manos, desesperadas y ávidas, rasgaban mi ropa.

Nos despojamos de nuestras prendas en un frenesí de labios, lenguas y cuerpos entrelazados. Corriendo hacia el dormitorio con un deseo apenas contenido, perdí el sujetador y las bragas por el camino.

Dash se plantó ante mí en todo su esplendor desnudo y me levantó en brazos, dejándome suavemente sobre la cama.

Lo agarré, rodeando su cintura con mis piernas, y lo jalé hacia mí. Nuestros cuerpos se fundieron en un frenesí de deseo y sus labios devoraron los míos. Sentía su corazón acelerado contra mi pecho, un tamborileo primitivo que seguía el ritmo de nuestro amor.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, explorando cada centímetro de mí mientras nuestras lenguas se enredaban al ritmo perfecto. Era como si nuestros cuerpos hubieran sido creados para ese preciso momento. Perdí todo sentido de la realidad, completamente consumida por el intenso amor y la conexión que compartía con este increíble medio demonio.

En ese momento, todo lo que quería era que el tiempo se detuviera.

Pero no fue así.

Y lo que vino después superó todo lo que podía haber previsto.

# CAPÍTULO 18

No quería dejar la comodidad de una cama caliente y un cuerpo mucho más caliente, desnudo y glorioso que la acompañaba, pero tenía un trabajo que hacer.

Eso explicaba la sonrisa bobalicona que se dibujaba en mi rostro mientras conducía por la campiña de Moonfell, con la ventanilla abierta que me permitía aspirar el fresco aroma del otoño. Los colores vibrantes de las hojas cambiantes bailaban a mi alrededor, un espectáculo hermoso que nunca dejaba de maravillarme. Ya era noviembre, y los primeros indicios del invierno empezaban a hacer su aparición, prometiendo nieve en un futuro cercano. Pero por ahora, disfrutaba de los últimos momentos del otoño, saboreando cada bocanada de aire fresco antes de que llegara el frío.

Había pasado la mayor parte del día en la cama con el medio demonio. Una parte de mí no quería irse porque no parecía real, sobre todo porque por poco no sucedió. Por lo que Rita había hecho, pensé que había perdido a Dash para siempre. Y ahora me había pasado las últimas horas recorriendo con los dedos sus abdominales duros como piedras.

—¿Sabes algo, de algún tipo de ceremonia que se celebre mañana por la noche? —le pregunté a Dash mientras me subía los jeans y me preparaba para salir—. ¿Algo relacionado con las estrellas, tal vez? A Algar le fascinan las estrellas.

El semidemonio se acostó perezosamente en la cama, con las sábanas enredadas y arrugadas bajo su cuerpo desnudo. La suave luz de la habitación iluminaba sus tonificados músculos, y no hizo ningún esfuerzo por cubrirse mientras me observaba con una mirada ardiente.

—No. Vuelve a la cama —gruñó, haciendo que se me pusiera la piel de gallina como si sus palabras realmente me tocaran.

Su voz era como una droga, me acercaba con su tono seductor. Quizás era cosa de demonios. Parecía un ángel caído, tentador e irresistible en todo su esplendor.

Maldición. Tenía que dejar de mirarlo. Mientras más lo miraba, más tentada estaría de volver a meterme ahí con él.

Apartando los ojos, busqué mi sujetador por el piso y lo encontré.

—No puedo. Algo no anda bien. Mañana por la noche va a pasar algo. Algo grande. Tengo que averiguar qué es. —Y tenía que evitarlo.

Dash se apoyó en el codo.

—¿Y luego volverás a la cama? —Le dio unos golpecitos en un

espacio a su lado—. Estás mejor sin ropa. Quítatela. Déjame ver lo hermosa que estás.

Se me encendió la cara. No estaba acostumbrada a ese tipo de cumplidos. Siempre había pensado que estaba más guapa con ropa para disimular mis brazos flácidos, la grasa que me sobraba en la cintura y la celulitis de la parte posterior de los muslos.

—Necesito resolver esto. Algo sobre la forma en que el hermano Algar dijo que mañana por la noche simplemente me daba mala espina. No se. Creo que va a haber otro sacrificio.

—¿Otro niño?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Pero mi instinto me dice que eso es lo que necesitarán.

—Algo tiene que ver con las tablas —confirmó Dash.

—Eso es lo que estoy pensando. —Esas malditas tablas sólo habían traído problemas. Pero las querían de vuelta por una razón. Mataron por ellas. Y estaba sucediendo pronto. ¿Por qué el hermano Algar me había dado esa información? No tenía ni idea. Pero estaba claro que quería que lo supiera.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Dash.

Lo miré, recordando lo triste que se había puesto al mencionar la muerte de su amigo y lo confuso y disgustado que se puso cuando Kolton le dijo que Nelson le había dejado su tienda. Dash necesitaba tiempo a solas. Necesitaba tiempo para pensar, para procesar.

—Estaré bien —le dije—. Si te necesito, te llamaré... espera. ¿Tienes un teléfono nuevo?

—Aún no me he ocupado de eso —respondió el semidemonio. Dedicándome una sonrisa pícara—. Así como tampoco he terminado contigo. Los demonios son conocidos por su resistencia en la cama.

Acababa de experimentarlo. La cara se me puso más roja, y me alegré de que estuviera parcialmente oculta mientras me pasaba la camisa por encima de la cabeza.

—Estoy listo para otra ronda —ronroneó el muy sexy espécimen masculino desnudo—. Hay partes de tu cuerpo que aún no he besado.

Me obligué a mantener los labios neutros, pero me traicionaron con una sonrisa, esos bastardos.

—Eres un *medio demonio* muy travieso. —No podía fingir que el hecho de que me deseara no afectaba a mi autoestima. Me hacía sentir sexy y femenina, cosa que no había sentido en mucho tiempo. Era una buena sensación.

Dash sonrió.

—Ven aquí y te mostraré lo travieso que soy.

Qué medio demonio tan jodidamente sexy.

Me reí entre dientes, rechazando la tentadora oferta. Por mucho que me hubiera gustado perderme en la distracción que me ofrecía

Dash, el peso del peligro inminente me devolvió a la realidad.

—Por mucho que me gustara, Dash, el deber me llama —dije, intentando sonar firme a pesar del brillo juguetón de sus ojos.

Dejó escapar un suspiro fingido.

—Sí, claro el deber te llama. —Volvió a acariciar el lugar a su lado —. No seré tan gentil esta vez.

—Ya basta. —Suspiré—. En serio. Tendré que amarrarte, ah mierda, perdóname. Maldición. Yo y mi bocota otra vez.

Parte de su sonrisa se desvaneció.

—Está bien.

No parecía estar bien. Quería preguntarle más sobre lo que había pasado entre él y Rita, pero aquel destello de ira que iluminó sus ojos me hizo reconsiderarlo. Además, dijo que yo había llegado a tiempo antes de que ella pudiera hacerle daño de verdad.

Dash se sentó, sin molestarse en cubrir su virilidad. No es que me molestara en absoluto.

—¿Necesitas ayuda con tu investigación?

Lo pensé.

—No. O sea, me dijiste todo lo que sabes. Esto es más una aburrida investigación y tratar de averiguar dónde o qué harán Los Renegados mañana por la noche.

Dash entrecerró los ojos pensativo.

—Ojalá lo supiera.

Me puse los calcetines.

—Podría llamar a mi madre. A ver si puede ayudarme. —Era un riesgo. No tenía ni idea de si tenía teléfono, así que tendría que usar el fijo. Si Fender Bender contestaba, estaba perdida. No quería que nadie supiera que estábamos hablando. No quería meterla en más problemas con mi padre.

—¿Crees que lo hará?

—Buen punto. —Exhalé—. No sé. ¿Sí? Creo que podría. Creo que sabe que ayudarme es su boleto de salida de ese infierno. —Si me hubieras preguntado hace diez años si mi madre y yo trabajaríamos juntas, te habría dicho que dejaras de fumar crack.

La expresión de Dash pasó de juguetona a seria, reflejando la preocupación que yo tenía en mi rostro. Pero yo sabía que no estaba pensando en mi madre.

—¿Has pensado mejor sobre la tienda de Nelson? —le pregunté. Ahora que sabía que no me culpaba de la muerte de su amigo, me sentía más a gusto hablando de eso con él.

Dash guardó silencio un momento.

—Sí. Pero aún no he tomado una decisión. Necesito tiempo.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé. —Miré al apuesto semidemonio, desnudo y esperando en

la cama. Una parte de mí quería arrancarme la ropa y unirme a él de nuevo, pero la otra parte de mi cerebro, que me decía que tenía que averiguar dónde iban a estar Los Renegados mañana por la noche, me detuvo—. Tienes que comprarte un teléfono nuevo —dije en su lugar.

Dash me dirigió una sonrisa que casi me derrite.

—Sí, señora.

Tuve que hacer un gran esfuerzo de autocontrol para mover las piernas y salir de la habitación de Dash, y luego otro gran esfuerzo para salir de la granja.

Con el sol ocultándose rápidamente en el horizonte, pronto oscurecería. Pasaría otro día, y aún no estaba más cerca de encontrar esa prueba que Luther quería.

¿Me ayudaría mi madre? A decir verdad, no estaba segura de que lo hiciera. Quizás quería hacerlo, pero le daba miedo intentarlo. Se me ocurrían unas cuantas cosas que mi padre le haría si la descubrían, pero encontrar esa prueba era beneficioso tanto para el condado como para ella. Era su oportunidad de deshacerse por fin de su marido. Si las pruebas lo involucraban, como sabía que sucedería, caería con su amigo Algar y con todos ellos.

Luego recordé aquel momento en que mi madre había intentado contarme algo sobre mi magia, pero nos interrumpieron. Yo quería saber. Era demasiado curiosa por naturaleza. Si ella sabía algo sobre mi magia, yo tenía que saberlo. Aunque no sabía por qué nunca me lo había dicho. No importaba. Ahora tenía que concentrarme en Los Renegados.

Algo iba a pasar mañana por la noche. Algún tipo de ritual o sacrificio, y tenía que averiguar qué era.

Quizás mi tía Luna tuviera una idea. Si no, consultaría la base de datos Merlín cuando llegara a casa. Si algún ritual estaba asociado con la noche de mañana, lo encontraría.

Y entonces tendría que acabar con esa ceremonia.

Lástima que no supiera *dónde* se celebraría la maldita ceremonia. ¿En el sótano de mi madre? No lo creo. No. Sería en otro sitio. Y no era como si pudiera usar el rusane para poder rastrear la ubicación. Lo había matado, por así decirlo. No funcionaría.

No. Tendría que hacer un verdadero trabajo de detective para averiguar dónde se celebraría esta ceremonia. Empezando por averiguar de qué demonios se trataba.

El hecho de que el hermano Algar no me preguntara sobre los cuatro magos muertos también era extraño. Ya se habría enterado a estas alturas. No lo consideraba un mago tonto. Le gustaba tener el control. Seguramente estaba al tanto de sus muertes cuando lo vi hoy temprano. Y estaba segura de que sabía que yo estaba involucrada. Pero el líder no dijo nada.

Eso fue extraño.

Sonó un pitido en mi bolso, que estaba en el asiento del copiloto, y me sacó de mis pensamientos por un segundo. Reduje la velocidad del Jeep y me aparté a un lado de la carretera para no atropellar a ningún animal salvaje mientras rebuscaba mi teléfono. Mis dedos lo encontraron y lo saqué.

*Annette: Tenemos que hablar. ¿Puedes venir?*

—¿Eh? No esperaba eso. —No. Esperaba un mensaje de texto tal vez de Kolton o posiblemente Luther ya que tenía la sensación de que tenía mi número. Nunca esperé que Annette quisiera hablar conmigo de nuevo. Nunca.

Me quedé mirando la pantalla unos instantes, asegurándome de que mis ojos no me estaban haciendo una mala jugada. Luego le respondí rápidamente.

*Voy para allá. Estaré allí en 5 minutos.*

Dejé caer el teléfono sobre el asiento y pisé el acelerador. El nudo de emociones que se había formado en mi pecho por lo que había pasado con Annette por fin se liberó al sentir un destello de esperanza. Quizá por fin estaba dispuesta a escuchar lo que tenía que decirle. No me había dado la oportunidad de explicarme. Ahora era mi turno.

Es extraño cómo me afectó esta disputa con ella. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que había significado su amistad hasta que la perdí. Me la habían arrancado en segundos. Y nunca pude explicarle, decirle la verdadera razón por la que me había unido a ese detestable grupo que una vez había intentado sacrificar a su hija mayor.

Cuando dejé atrás las ondulantes colinas del campo, mis ojos fueron recibidos con el cálido resplandor de las luces del pueblo. Conduje por Main Road, viendo paranormales que hacían algunas compras de última hora antes de que las tiendas cerraran por hoy. Al pasar por delante de la tienda de Nelson, se me oprimió el pecho y sentí un sentimiento de culpa. Tardaría mucho tiempo en superarlo. Tal vez «superarlo» no era la palabra ni la emoción adecuadas. Más bien cuando por fin *aceptara* lo que había pasado.

Mi expectativa crecía a medida que me acercaba a mi calle, bueno, a la calle de mi tía, en realidad. Le di un vistazo a su casa y el suave resplandor de las luces amarillas que salían por las ventanas me dijo que estaba allí.

Pasé de largo y, cuando llegué a la bonita casita azul con puerta roja de Annette, me detuve en la entrada. El cartel de SE VENDE que había visto a Liam clavando en el jardín delantero me saludó mientras estacionaba mi auto. ¿Eso significaba que seguían pensando en irse de aquí?

Cuando apagué el motor del vehículo, se me encogió el corazón al

darme cuenta. Se iban de verdad y yo no podía hacer nada para evitarlo. Pero un destello de esperanza aún permanecía en mi mente. Quizás no fuera demasiado tarde.

Pero no podía detenerme en estos pensamientos fugaces. Tenía que afrontar la realidad de la situación. Ella quería hablar, pero ¿qué significaba eso realmente? ¿Estaba dispuesta a perdonarme o simplemente a escuchar mis excusas? Era un pequeño paso, pero al menos era una oportunidad para intentar arreglar las cosas. No podía desperdiciarla, aunque significara enfrentarme a la cruda verdad. Era mejor que nada.

Con un suspiro, agarré mi bolso, salí del Jeep y fui hacia el porche. Acerqué la oreja a la puerta, pero no oí nada procedente del interior.

Respirando hondo, levanté la mano para tocar la puerta, pero antes de que mis nudillos hicieran contacto, la puerta se abrió lentamente.

Pero Annette no estaba en la puerta. Me encontré con alguien que no esperaba ver tan pronto.

—Kit-Kat —dijo Rita—. Qué bien que nos acompañes.

*Ah, mierda.*

# CAPÍTULO 19

Rita, la perra del infierno —literalmente—, estaba allí parada, con su silueta perfilada por la cálida luz a sus espaldas, que resaltaba su pelo negro hasta la barbilla y su piel de porcelana. Como siempre, estaba vestida con un impecable traje pantalón blanco, su sello distintivo. Su expresión era ilegible, sus ojos no revelaban nada de lo que estaba pensando.

Me asaltaron los instintos y recurrí a las sombras que me rodeaban. Pero Rita ya estaba unos pasos por delante de mí.

De su boca salieron sílabas oscuras y, antes de que pudiera detenerla, una rama de su magia demoníaca me golpeó en el pecho.

Volé de espaldas al porche, temblando mientras el dolor me recorría el cuerpo como un rayo. Rita avanzó, con su mirada fría y calculadora mientras se alzaba sobre mí. Con un movimiento de sus dedos, unas ataduras invisibles me envolvieron, limitando mis movimientos.

—¿Creías que podías quitarme a mi marido sin sufrir las consecuencias? Bruja puta —siseó Rita, con la voz llena de malicia, mientras avanzaba y sus tacones chasqueaban en el porche de madera.

—*Exmarido* —me esforcé por decir. No pude evitarlo.

Luchando contra la magia demoníaca que me mantenía cautiva, busqué cualquier rastro de debilidad en las defensas de Rita. Recurrí a mi magia umbra, sintiéndola más allá de mis límites.

Pero no podía alcanzarla. Era como si estuviera ahí, encerrada en una cámara acorazada, pero sin la llave no podía acceder a ella.

—Le hice algunas modificaciones a mi magia, Kit-Kat —dijo Rita —. Ahora que sé que puedes manipular las sombras, sabía qué ingrediente *especial* añadirle.

Bueno, esto apesta.

Intenté ver detrás de ella.

—¿Dónde está Annette? ¿Dónde están las niñas?

Rita abrió los ojos.

—Ah, sí. Esa patética familia de bastardos. Sabes… no deberías mezclar razas. Acabas teniendo todo tipo de problemas genéticos y mutaciones. Es algo impuro, sucio.

—Tú eres la impura, perra loca —refuté.

Rita se rio y dio una palmada.

—Vamos a saludar a la familia. ¿Vamos?

Antes de que pudiera protestar, me agarró de la pierna y me

arrastró por el umbral con una fuerza sorprendente. Me arrastró hasta la entrada, mi cuerpo se enganchó en la pequeña alfombra, y ambas fuimos en dirección a lo que ahora podía ver que era la sala.

Primero vi a Annette sentada en el piso de la sala, con la espalda apoyada en el sofá y la cara húmeda por las lágrimas. Podía distinguir los tentáculos negros alrededor de sus muñecas. Liam estaba a su lado. Su expresión era asesina mientras me miraba como si fuera culpa mía. Bueno, quizás lo fuera.

Pero cuando mis ojos encontraron cinco bultos tirados en el piso, una mezcla de cabellos pelirrojos y rubios, se me escapó un pequeño gemido.

Ella, Emma, Emily, Elanor y Elsie estaban esparcidas por la habitación en un caos. Sus delicados cuerpos yacían inmóviles, con los ojos cerrados como en un profundo sueño. En la penumbra, era imposible saber si respiraban o no. Por un momento, parecía que estaban casi sin vida, como muñecas de porcelana tiradas en el piso.

El miedo se apoderó de mí primero. Luego me enfurecí.

—¡¿Qué les hiciste, perra demente!?

La risita malvada de Rita resonó en la habitación.

—Nada demasiado serio —se burló con una sonrisa socarrona—. Sólo un pequeño hechizo para acallar sus incesantes lloriqueos. Todas esas lágrimas empezaban a ponerme nerviosa. Cuando me di cuenta de que las pelirrojas eran niñas lobo y las rubias eran brujas, fue fácil ajustar mi hechizo. No se despertarán a menos que yo quiera. —Con un gesto elegante, sacó una cigarrera plateada de su chaqueta y colocó delicadamente un cigarro entre sus labios carmesí. Con un movimiento de su dedo, la punta del cigarro cobró vida, proyectando un inquietante resplandor sobre su rostro malicioso.

En ese momento, el aire de la habitación se volvió pesado, sofocándome con una mezcla de rabia y pavor. La indiferencia despreocupada de Rita hacia las cinco niñas que yacían inmóviles me hizo sentir una furia primitiva. No podía comprender el alcance de su crueldad, la oscuridad que acechaba bajo su elegante fachada.

Sí, Dash era un medio demonio. Pero no era cruel.

Rita era una psicótica.

—Déjalos ir —siseé—. Es a mí a quien quieres. No tienen nada que ver con... como quieras llamar a esto. Esta delirante venganza tuya no tiene nada que ver con ellos.

Rita le dio una calada a su cigarro y exhaló una bocanada de humo.

—Ya deberías saber que perseguir lo que en verdad deseas conduce al éxito. —Se burló—. ¿No es cierto, Kit-Kat?

—Jódete. —Sabía que se refería a mi deseo de recuperar a Dash. Mientras luchaba por contener mi ira creciente, los ojos llenos de

lágrimas de Annette se encontraron con los míos y vi la acusación en su mirada: la culpa de que este infierno fuera por mi causa.

Y tenía razón.

Esto *era* culpa mía. Todo.

La sed de venganza de Rita, alimentada por mi victoria sobre ella y por haberle arrebatado a Dash, se había desatado ahora contra Annette y su familia. La retorcida demonia sentía un placer perverso al saber que me vería obligada a presenciar su sufrimiento, o incluso su muerte. Esto era obra mía, y podía sentir el peso de la culpa aplastándome mientras yacía allí, sin poder detener la inminente amenaza.

Los tentáculos negros que se enroscaban en las muñecas de Annette parecían apretarse cada vez más mientras ella intentaba pronunciar unas palabras que se negaban a surgir. La mirada de Liam se clavó en mí con acusación. Sus puños se cerraron con furia. Él también me culpaba a mí.

Mi propia ilusión de arreglar las cosas con Annette se desvaneció tan rápido como una gota de agua bajo el sol abrasador. Yo formaba parte de Los Renegados, el grupo que casi había matado a una de sus hijas, y ahora había puesto a todos sus hijas en peligro.

Bien hecho, Kat.

Si sobrevivíamos a esto, Annette nunca me perdonaría. No esta vez. Pero no podía dejar que ese pensamiento me distrajera. De alguna manera, necesitaba liberar a Annette y a su familia y alejarlos de Rita.

Maldita sea. Debería haberlo sabido. Debería haberlo visto venir. Sabía que volvería buscando venganza. Mi tía Luna incluso me había advertido. Sólo que nunca esperé que Rita atacara a mis amigos —o examigos— en vez de a mí.

Había estado demasiado preocupada por saber qué iba a pasar mañana por la noche como para pensar en la posibilidad de que Rita volviera más pronto que tarde.

Había sido una idiota.

El peso de la culpa me oprimía como una roca de mil kilos, cada acusación de Annette y Liam tallaba una herida más profunda en mi ya maltrecha conciencia.

Rita estaba parada frente a nosotros, sonriendo como si disfrutara cada momento de nuestro tormento. Sus ojos, oscuros pozos de malicia, se clavaron en los míos con una intensidad escalofriante que me heló la sangre. Entonces supe que no sólo buscaba venganza, sino que se deleitaba con el poder que ahora tenía sobre todos nosotros. Sobre mí especialmente.

Si algo les pasara a esas niñas, algo peor, nunca me lo perdonaría.

—Déjalas ir, *perra* demente. —Sip. Esa no fue la palabra que usé, pero puedes adivinar cuál fue.

Rita fingió un escalofrío.

—Ayyy. Qué boca tan sucia, Kit-Kat. Y yo que pensaba que tenías más clase.

—¿Qué demonios quieres? —grité, luchando con mis ataduras. Pero la maldición o el extracto de hechizo que había añadido a su magia me impidió recurrir a mi magia umbra.

Rita me miró con los ojos entrecerrados. Se acercó y se arrodilló.

—Quiero que sufras como yo sufrí —dijo, soplándome una bocanada en la cara.

El humo hacía que me ardieran los ojos.

—No soy responsable de eso. Eso te lo hiciste tú misma.

Rita negó con la cabeza.

—Ay, no, Kit-Kat. Eso lo hiciste *tú*. Ahora todo es diferente por tu culpa. Viniste a mi casa y me humillaste. Me diste una paliza. Y luego te llevaste lo que es mío.

—Dash no te pertenece. La gente, incluso los medio demonios, no le pertenecen a nadie. Él no es tuyo.

Una mueca retorció el rostro antes encantador de Rita hasta convertirlo en una máscara cruel.

—¿Te engañas pensando que le importas por tu sacrificio? ¡Ja! Puede que lo hayas salvado ocupando su lugar entre nuestras filas, pero eso no significa nada. Cuando te marcan como uno de Los Renegados, no hay vuelta atrás. Ahora nos perteneces. Igual que Dash nos sigue perteneciendo.

—Mentira —escupí y sentí los ojos de Annette clavados en mí—. Dash es un hombre libre. No forma parte de tu retorcido grupo.

Rita soltó una carcajada.

—Ay, Kit-Kat. Tu ingenuidad es casi encantadora.

—Vete al infierno. —Pero en este momento, estaba en el infierno. Necesitaba encontrar una manera de liberarme de estas ataduras. Necesitaba un plan. Lástima que no se me ocurriera ninguno por el momento.

Rita se levantó lentamente. Sacudió la colilla de su cigarro y dijo:

—Te mataré. A ti y a tus patéticos amiguitos. Y entonces Dash y yo volveremos a estar juntos. Tal vez te extrañe un poco al principio. Es sensible en ese sentido. Pero pronto te olvidará.

—Él no te ama. ¿No lo entiendes? —grité—. Se acabó. Tuviste que atarlo para conseguir un poco de amor. Eres patética. —Sí, quizás no era la elección correcta de palabras, pero me estaba enfureciendo de verdad.

Los ojos de Rita se entrecerraron, su mirada me atravesó como dagas heladas. Pensé que me mataría allí mismo, pero en lugar de eso, se acercó un paso más, con una presencia sofocante.

—No entiendes el vínculo que une a Dash conmigo —siseó—. Es

mío en cuerpo y alma. Tus débiles intentos de convencerlo no sirvieron de nada. —Mostró los dientes—. Nadie puede resistir el llamado de Los Renegados.

Me encontré con la mirada de Rita.

—Dash no es una posesión que se reclama —repliqué, con voz firme—. Él merece poder tomar sus propias decisiones, sin tu manipulación.

La expresión de Rita se torció en una sonrisa maliciosa carente de toda calidez o humanidad. Era un demonio. No tenía nada de eso.

—Mi querida Kit-Kat —se burló, con un tono lleno de veneno—. No sabes a qué te estás enfrentando. El poder que ejerzo va mucho más allá de lo que puedes comprender. Sí, me tomaste por sorpresa, y sólo por eso pudiste arrebatarme a Dash.

—Y patearte ese flaco culo —añadí.

La demonia levantó una ceja perfectamente arreglada.

—Pero ahora que sé lo que eres… de dónde procede tu magia… es muy fácil hacer algunos cambios en mi magia. —Levantó la mano. Unos tentáculos de magia negra que parecían alquitrán se enroscaron alrededor de su muñeca.

—Déjalos ir, Rita —le supliqué—. Es a mí a quien quieres. Además, no son mis amigos. Me odian. Así que estarías malgastando toda tu energía para nada.

La risa de Rita llenó la habitación. El sonido me hizo subir la bilis a la garganta. Sacó otro cigarro y se lo llevó a los labios. Parpadeó y se encendió. Luego le dio una calada y exhaló una nube de humo blanco.

—Tic-tac, Kit-Kat. Me apetece un poco de sangre y gritos. No hay nada más estimulante que los gritos de los niños. Especialmente cuando los callas a mitad del grito.

A Annette se le escapó un grito estrangulado.

—¡Por favor! Por favor, no les hagas daño a mis bebés. Te lo ruego. Sólo son niñas.

Rita puso los ojos en blanco mientras se acercaba a las formas de las hijas de Annette que yacían en el piso.

—Odio a las niñas. Son unas locas manipuladoras. No deberían existir.

—¡Déjalas ir, Rita! Esto no es un juego —exigí, con la voz temblorosa por una mezcla de ira y miedo. Mis ojos se movían entre los cuerpos inmóviles de las niñas y el escalofriante comportamiento de Rita.

La demonia se rio, un sonido frío y despiadado que me produjo escalofríos.

—Ah, pero *es* un juego, Kit-Kat. Y creo que empezaré con ésta. —Le dio una patada a la pequeña Elsie, y su cuerpo inerte rodó hacia un

lado.

Y entonces perdí el control.

Me agitaba como un toro en un rodeo, llena de rabia, incluso escupiendo.

—¡Si le haces daño, te mato! Te mataré, carajo. —Por encima de mis gritos oí el llanto de Annette e incluso la súplica de Liam de que lo tomara a él en lugar de a sus hijas.

Me retorcí contra las ataduras demoníacas que me retenían. Recé a los dioses y a todas las diosas que se me ocurrieron para que me ayudaran, para que me dieran un poco de mi magia para ayudar a mis amigos, pero no ocurrió nada.

La magia nunca llegó a mí, y lo único que conseguí fue que me chorreara mucho sudor por las sienes y la espalda.

Rita seguía riendo como si fuera el mejor entretenimiento que había tenido en todo el año.

Se giró hacia mí y su sonrisa se ensanchó al ver lo que había en mi cara.

—Despídete, Kit-Kat —se burló, con voz llena de malicia—. Porque cuando acabe con ellos, no serán más que un recuerdo.

Se acabó. Rita iba a matar a esta hermosa e inocente familia por mi culpa. Porque me enamoré de Dash.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Justo cuando Rita le dio otra larga calada a su cigarro, sin dejar de observarme con aquella sonrisa malévola, las cosas se pusieron un poco raras.

Sonó un gruñido, y entonces una luz más brillante brilló detrás de Rita como si hubiera nacido una estrella.

Pero no era una estrella.

La pequeña Elsie estaba de pie. Parpadeé a través de la luz brillante. Su expresión gruñona dejaba ver sus dientes largos y puntiagudos y sus orejas de lobo en lo alto de la cabeza. Incluso tenía algo de pelaje rojo cubriéndole los brazos. Pero eso era todo. Era como si estuviera en proceso de transformación, pero aún no lo hubiera completado. Tal vez no se suponía que fuera una niña lobo. Tal vez esta forma híbrida era su verdadera identidad.

Lo que pasó después solo aumentó su misterio.

Elsie extendió sus pequeñas manos de cuatro años y de ellas salió disparada una luz naranja brillante.

Magia. Elsie también tenía magia.

Golpeó a Rita en la espalda.

La demonia pasó volando por encima de mí, chocó contra el televisor de pantalla plana y se deslizó hasta caer al piso.

No estaba muerta, ni siquiera inconsciente, pero el poder de la magia *especial* que estaba usando sobre mí, fuera lo que fuera, se había

desvanecido.

Viendo mi única oportunidad, rodé hacia un lado y pateé la mesa auxiliar con la lámpara. La lámpara cayó con estrépito y la bombilla se rompió con el impacto. No dejó toda la habitación a oscuras, pero creó sombras suficientes para lo que estaba a punto de hacer.

Recurrí a mi magia umbra. Una repentina oleada de energía me recorrió mientras jalaba las sombras de la habitación hacia mí. Me concentré en las ataduras demoníacas de mis muñecas. Mis sombras se enroscaron alrededor de la magia negra, penetrándola como un virus. Corrompiéndola.

Y entonces sentí una liberación y jalé. Las ataduras se rompieron y se desintegraron.

Me levanté en un santiamén, dibujando cada una de las sombras de toda la casa.

La sorpresa parpadeó en los ojos de Rita cuando me acerqué a ella.

Y entonces la golpeé con una ráfaga de oscuridad y sombras.

La demonia fue levantada de nuevo y arrojada al otro lado de la habitación. Con un ruido ensordecedor, chocó contra la pared.

Y esta vez, la perra demonia cayó al piso totalmente inconsciente.

—Mala —dijo Elsie, señalando a Rita con el dedo—. Chica mala.

Miré a la pequeña bruja-lobo, asombrada por su singularidad y poder.

—Sí. —Sonreí y volví a mirar la forma inerte de Rita—. Una chica muy mala.

# CAPÍTULO 20

Los del Consejo Gris tardaron media hora en aparecerse en la casa de Annette. Cada célula de mi cuerpo quería que matara a Rita. Que la mandara de vuelta al infierno después de lo que había hecho. Intentó matar a mi querida tía Luna. Me había quitado a Dash. Y ahora había intentado matar a Annette y a toda su familia.

Y a esta servidora, por supuesto.

Pero incluso después de todo lo que había hecho, no creía que me correspondiera a mí hacerlo. Además, había pensado en una forma mejor de vengarme y de callarla indefinidamente.

Fue entonces cuando marqué el número de Luther.

—Te tengo un regalo —le había dicho, y el director de seguridad del Consejo Gris apareció con tres camionetas negras sin matrícula y un equipo de seis hombres paranormales, todos vestidos con ropas oscuras. Su energía indicaba que eran brujos o magos, como Luther.

Rita se había despertado unos minutos después de que la atacara con mi magia umbra, sólo para encontrarse amarrada con mis cuerdas de sombra alrededor del pecho, las muñecas y los tobillos, con una espada de sombra apuntándole a la cara.

—Intenta cualquier cosa, y te voy a descerebrar. —No iba a correr ningún riesgo.

Pero no tuve que esperar mucho. En cuanto llegó Luther, él y su equipo habían asegurado a Rita con sus propias esposas mágicas y, para mi deleite, con una rusane alrededor del cuello. Sólo entonces liberé la magia umbra que la sujetaba.

Le señalé el cuello.

—Te queda bien, justo lo que te faltaba. —Sonreí. Ella frunció el ceño. Fue increíble—. ¿Qué va a pasar con ella?

Giré la cabeza para encontrarme a Annette a mi lado y vi que sus ojos brillaban de ira.

—La interrogarán. Es miembro de Los Renegados. Lo ha sido durante mucho tiempo. Su aporte es invaluable.

—¿Le harán daño?

Volví a ver a Rita, a quien agarraban bruscamente para levantarla.

—Sí.

—Bien. Espero que maten a esa perra.

Miré a Annette y vi cómo unas lágrimas frescas y furiosas escapaban de sus ojos y recorrían sus mejillas hasta la barbilla.

—Quizás lo hagan. —Comprendí perfectamente su razonamiento.

Dudaba que el Consejo Gris encerrara a Rita en la Ciudadela Grimway, la prisión paranormal. Ella no era la reclusa habitual. Era un demonio. Mi instinto me decía que tenían un lugar especial para encerrar a aquellos de los que no hablaban. O simplemente la matarían cuando terminaran—. Pero intentarán conseguir toda la información que puedan. Puede tomar un tiempo.

Annette cruzó sus temblorosas manos alrededor de su cintura.

—Sólo la quiero ver muerta. No me importa cómo lo hagan. Sólo quiero que se muera.

Suspiré.

—Yo también quiero que se muera. —Sí. Pero por razones muy distintas. Una mirada a Rita, con sólo mirar la rebeldía en su cara, la rabia encendida en sus ojos, supe que a la primera oportunidad que tuviera, vendría por mí otra vez. No pararía hasta que se diera cuenta de que ya había sufrido bastante a sus manos. Me culpaba de que Dash ya no la quisiera. Pero la verdad era que ella misma había logrado eso.

El sonido de voces atrajo mi atención detrás de Annette hacia la cocina, donde Liam y sus cinco hijas estaban horneando galletas con chispas de chocolate. Mis ojos se dirigieron a Elsie. Ya no estaba cubierta de ese pelaje rojo, y tampoco pude ver ninguna oreja de lobo. Había vuelto a ser la de siempre, fuese lo que fuese.

—¿Elsie? —Me giré hacia Annette—. ¿Qué es ella? No es una niña lobo. No es bruja. Tiene de las dos cosas. ¿Verdad? —Recordé cuando Annette me dijo que sus hijas mostrarían su forma paranormal a medida que crecieran. Todas sus hijas habían desarrollado sus habilidades, excepto Elsie. No sabían si sería una niña lobo, como su padre, o una bruja como su madre. Elsie parecía ser ambas cosas.

Annette sonrió cuando miró a su hija.

—Es mi Elsie —dijo, claramente orgullosa. La pequeña había atacado a Rita para salvar a su familia. Adoraba a esa niña.

—Nunca había oído hablar de alguien que fuera mitad brujo, mitad hombre lobo. Los descendientes siempre, o normalmente, se parecen a uno de los padres. Como el resto de tus hijas. Pero Elsie...

—Es mi bebé —dijo, y sentí una advertencia en su tono mientras sus ojos se dirigían a Luther. Annette ya tenía una hija pequeña con un increíble potencial mágico, que por desgracia y sin querer había matado a unas cuantas personas. Annette la estaba escondiendo del mismísimo consejo que estaba en su sala. Sabía que lo último que quería era llamar la atención sobre su otra hija. Porque parecía que Elsie era una anomalía.

Como yo.

—Lo es —respondí—. Y muy linda. Sobre todo con esas orejas. —Elsie, la bruja-lobo, había conseguido liberarse del hechizo de Rita. Como era mitad bruja y mitad niña lobo, el hechizo no se mantuvo.

Y nos había salvado el culo.

—¿Dijo que ocupaste el lugar de Dash? —Annette buscó en mi cara —. ¿Por eso te uniste a ellos?

Sabía a *quiénes* se refería.

—Sí. Es la única razón. Le estaban haciendo daño. Y yo me metí sin pensarlo. —Suspiré—. Annette. *Nunca* me habría unido a ese desagradable grupo sin una buena razón. Espero que puedas entenderlo.

Annette se limitó a asentir sin decir nada.

—Además —dije, volteando hacia Luther, que ahora hablaba en voz baja con Rita para que no pudiéramos oírle, aunque su expresión de enojo lo decía todo—. Estoy trabajando como agente encubierta para Luther.

—¿En serio? —La curiosidad era grande en el tono de Annette y sabía por la forma en que me miraba, que estaba esperando una respuesta.

Asentí con la cabeza.

—Juntos, vamos a acabar con Los Renegados. Vamos a destruirlos.

Annette se secó las lágrimas de los ojos.

—Lo siento. Exageré. Debería haberte escuchado. Es que… cuando te oí a ti y a tu tía… no podía creer que formaras parte de ese grupo después de lo que le pasó a Emma.

—No tienes que disculparte —le dije—. Desde tu punto de vista, entiendo perfectamente por qué hiciste lo que hiciste. —No sé si eso significaba que éramos amigas de nuevo o qué. Pero era un comienzo. Al menos ya no me miraba con veneno en los ojos. Tal vez, ya no se mudarían.

—Gracias por el regalo —dijo Luther, y enfoqué mi atención en él cuando se unió a nosotras—. Pero no es lo que acordamos.

—¿Puedes hacerla hablar? —pregunté, con los ojos fijos en Rita. La demonia me miraba como si quisiera arrancarme la cabeza de un mordisco.

—Tengo mis maneras —respondió Luther—. Es un comienzo. Pero no bastará para condenar al grupo. Necesitaré más.

Tragué saliva.

—Y lo tendrás. Pronto.

—Eres un tonto si crees que voy a decirte algo —gruñó Rita, con sus ojos oscuros brillando desafiantes—. Nunca me doblegarás. Soy un demonio, y tú eres… ¿qué? ¿Un hombrecito que juega con magia? —Se rio cruelmente—. No te diré nada.

—Ah, sí lo harás. —Luther observó a Rita como si fuera un caballo salvaje al que estuviera a punto de domar—. No eres el primer demonio al que interrogo. Hablarás. Siempre lo hacen. —Luther hablaba con tanta seguridad que le creí. Parecía que había tratado con

muchos demonios en su trabajo.

Rita volvió a reír, aunque pude ver cómo se le escapaba parte de esa rebeldía.

—Los mataré. Los mataré a todos.

Resoplé.

—Buen chiste. —Di un paso adelante—. ¿Saben lo de mi rusane? ¿Se lo has dicho a Algar? —Tenía la sensación de que el líder de Los Renegados ya sabía que mi gargantilla mágica no funcionaba. O lo intuía, o Rita se lo había dicho. Aun así, quería saberlo.

Una fría sonrisa se dibujó en el rostro de Rita. Miró a Luther.

—¿Me das un cigarro?

Lutero guardó silencio.

Rita levantó las manos, con las muñecas atadas con unas esposas que emanaban magia.

—No me iré a ninguna parte. ¿Verdad? Bolsillo izquierdo dentro de mi chaqueta.

Luther se dirigió a uno de los magos que estaban a su lado, un varón alto y rubio con brillantes ojos púrpura.

—Dale un cigarro.

Rita sonrió cuando el mago de ojos púrpura deslizó la mano dentro de su chaqueta.

—Tienes unas manos suaves —ronroneó.

El mago la ignoró mientras sacaba la cigarrera. Se colocó uno entre los labios y, con un simple movimiento de los dedos, la punta se encendió.

Tenía que aprender ese truco. Pero ya no lo necesitaba. Lo había dejado.

Luego, el mago de ojos púrpura acercó el cigarro encendido a los labios de Rita.

—Gracias —dijo la demonia mientras daba una larga calada. Me miró fijamente—. ¿Quieres una calada?

—No —le dije, impacientándome—. ¿Y? ¿Se lo dijiste?

Rita echó una bocanada de humo blanco. Luego me miró y dijo:

—Él no te quiere, Kit-Kat. Tú crees que sí, pero no.

—No me importa lo que digas.

Rita soltó una risita y tiró algunas cenizas al piso, mirando a Annette con una sonrisa burlona.

—Sí, al principio le gustas —continuó, volviendo a mirarme—. Y es un amante maravilloso y atento. Pero se aburrirá. Y cuando lo haga, y créeme, lo hará, desaparecerá y no volverás a saber de él.

No podía mentir y decir que sus palabras no me afectaban. Me afectaron. Pero me guiaba por mi instinto.

—Lo dices por experiencia. ¿Lo dices por experiencia? ¿Porque eso es lo que te pasó?

Los ojos de Rita se entrecerraron mientras echaba más humo.

—Tal vez.

Sacudí la cabeza.

—Pero no conoces lo que somos Dash y yo. Sólo conoces lo que ustedes eran. —E iba a funcionar. Porque incluso después de la muerte de su amigo, el medio demonio todavía quería estar conmigo. Y en mi libro, eso era decir mucho.

La demonia emitió un sonido de placer mientras inhalaba más humo de cigarro, con los ojos clavados en mí todo el tiempo. Esa sonrisa decía que estaba intentando tentarme. Yo no era de metal. La nicotina era algo poderoso. Sí, dejaría de fumar. Pero sería una lucha continua durante mucho tiempo.

—Sombras y oscuridad —canturreó Rita, sin dejar de observarme —. Sólo una de las estrellas tiene esa habilidad. Y luego estabas tú, Kit-Kat. Me pregunto por qué.

—¿Qué dijiste? —Me acerqué un paso más, con el humo del cigarro enroscándose en mi cara—. ¿Qué sabes de mis poderes? —Sentía que todos me escuchaban atentamente. Luther. Annette. Los magos del Consejo Gris. Hace un año le habría dicho a Rita que se callara, que no quería llamar la atención sobre mí o sobre mi magia tan diferente. Pero estaba cansada de mantenerlo en secreto. Y quería respuestas.

Era obvio que Rita sabía algo sobre mi magia y de dónde venía. Tenía que saberlo.

—No eres quien crees ser —dijo la endemoniada, y sus ojos brillaron con un conocimiento inquietante—. Tienes el poder de las sombras, pero no es un don de brujos. Es algo mucho más antiguo y oscuro que eso.

Respiré hondo, intentando calmar la inquietud que me subía por la espalda.

—Deja de jugar conmigo. Dime, Rita. ¿Qué sabes del origen de mis poderes? —Sabía que era una posibilidad remota. Dudaba que la demonia me lo dijera. Parecía que estaba disfrutando un poco torturándome. El hecho de que supiera tanto sobre mí era como la guinda de su pastel demoníaco. Le encantaba.

¿Estaba mintiendo? Tal vez. Pero mi instinto me decía que no por cómo reaccionó cuando le pateé su flaco culo en Nueva York. Ella había visto mi magia antes. Sabía lo que era. Estaba segura de eso.

La endemoniada sonrió y finalmente exhaló un largo chorro de humo.

—No tengo ni idea de lo que Dash ve en ti. Tu mente es muy… simple. ¿El hecho de que no tengas ni idea de lo que eres a tu edad? Patético.

—Cállate, puta demonia —espetó Annette, saliendo en mi defensa

y sorprendiéndome.

Rita fingió estar sorprendida.

—Unas palabras demasiado grandes para una brujita. —Sus mirada se volvió fría—. Me habría encantado asfixiar a todas tus hijas y habría disfrutado con tus gritos mientras las mataba…

Mi puño salió disparado hacia delante, conectando con la mandíbula de Rita. Me dolía la mano. Golpear a alguien en la cara duele más de lo que crees. Su cigarro salió volando de su boca.

—Menos mal que nunca tendremos que ver eso —dije, sin apartarme de ella.

Rita se rio. Cuando se enderezó, le goteaba sangre negra por la comisura de los labios.

—Qué carácter, Kit-Kat. Pero eso no te salvará.

Fruncí el ceño.

—¿Salvarme de qué? —Sacudí la rigidez de mis dedos—. ¿Qué quieres decir?

Luther negó con la cabeza, con una sonrisa macabra dibujada en los labios.

—No dejes que te engañe —advirtió—. Está jugando con tus emociones, alimentándose de tus reacciones. Es la naturaleza de su especie. Los demonios no son más que hábiles embaucadores y manipuladores. Les encanta jugar contigo. Nunca confíes en un demonio.

No estoy de acuerdo. Dash no era nada de eso. Creía firmemente que tu raza, especie, lo que fuera, no determinaba tu naturaleza. Tus acciones lo hacían. Si eras una bruja, un cambiaformas o un demonio no importaba.

La demonia sonrió. La sangre manchaba sus dientes.

—Me vengaré, Kit-Kat. Yo reiré de última.

—Ya escuché suficiente —dijo Luther—. Sáquenla de aquí.

Rita siguió riéndose mientras dos de sus magos la sacaban a rastras de la puerta de Annette y luego la metían a empujones en una camioneta negra sin matrícula.

El motor aceleró antes de desaparecer calle abajo, dejándome con nada más que mis propios pensamientos. Me quedé mirando el lugar donde Rita había estado momentos antes, con un sabor amargo llenándome la boca. Luther tenía razón en una cosa. A Rita le encantaban los juegos. Lo había aprendido de primera mano con lo que le había hecho a mi tía Luna.

Sonó el teléfono y lo saqué del bolso. Un número que no reconocí parpadeó en la pantalla.

—¿Aló? —Contesté con cautela.

—Katrina, es tu madre.

—¿Estás bien? Suenas diferente. ¿Qué te pasa? —Se me apretó el

pecho y me sorprendió mi reacción. Eso demuestra lo fácil que puede cambiar la percepción de uno.

—Las tengo —dijo, hablando rápido—. Las pruebas. Lo tengo todo. Tienes que venir. Rápido, antes de que me encuentre.

El corazón me dio un golpe en el pecho.

—¿Puedes venir a casa de la tía Luna?

—No —dijo mi madre, aunque apenas podía oírla—. No puedo irme. Me verán.

*¿La verán*? Así que Algar todavía estaba allí.

—Entonces, ¿cómo entro sin que me vean?

—La puerta trasera de la cocina está abierta. Estaré allí.

La línea se cortó.

—¿Quién era? —preguntó Annette, acercándose.

Metí el teléfono en el bolso.

—Mi madre. —Miré a Luther—. Tendrás esas pruebas. Esta noche.

—De tu madre —dijo Luther, y por la forma en que lo dijo, parecía como si ya supiera que mi familia estaba involucrada con Los Renegados. Tal vez esto era lo que había estado esperando todo el tiempo.

—Así es —respondí.

—Espera. —Annette miraba fijamente a Luther y a mí—. ¿Tu madre está con *ellos*?

Me aparté un mechón de pelo que tenía pegado a la frente aceitosa.

—Ella no, no. Pero mi adorable padre sí. Me está ayudando a encontrar pruebas para acabar con ellos. Y por lo que parece, creo que las tiene.

—Vamos contigo —dijo Luther, pero yo levanté la mano.

—No —dije, y me salió más como una orden pero da igual—. No puedo arriesgarme a que mi padre o cualquier miembro te vea. No arriesgaré la vida de mi madre. La matará. —De eso estaba segura.

Luther pareció considerarlo un momento.

—De acuerdo. Esperaremos.

—¿Aquí? —Llegó la voz estresada de Annette. Estaba preocupada por sus hijas. Y no la culpaba.

—¿Es eso un problema? —Luther miró a Annette. Por la forma en que estaba parado, con toda esa autoridad y oficialidad, esperaba que ella le invitara a quedarse.

—Eh… nooo —Me miró, con las mejillas sonrojadas—. Claro que no. Por favor, quédese.

Me sentí mal por Annette, pero esta era nuestra oportunidad. Tenía que aprovecharla.

—No tardaré —le dije—. Se los prometo. No más de una hora, máximo.

Annette se limitó a asentir sin decir palabra, observando a Luther mientras agarraba su teléfono y tecleaba algunos números. Se puso el teléfono en la oreja y se alejó.

—Volveré pronto —volví a decirle a Annette. Parecía que estaba en el infierno.

Y con eso, salí corriendo por la puerta y me fui hacia mi Jeep.

Si todo iba según lo previsto, esta noche marcaría el final del reinado de Los Renegados.

Pero todos sabemos que las cosas en la vida nunca son tan fáciles.

# CAPÍTULO 21

Llegué a casa de mis padres un poco más tarde de lo previsto porque había corrido a pie hasta la gran mansión.

Bueno, no durante todo el trayecto. Había estacionado el Jeep unas manzanas más allá para no llamar la atención. Lo último que quería era poner a mi madre en peligro. Mi madre lo estaba arriesgando todo para conseguirme estas pruebas. Estaba sorprendida, pero más conmovida de que ella estuviera dispuesta a hacer esto.

Además, no quería meter la pata.

Jadeando, me acerqué a la casa de mis padres y me apoyé contra la parte lateral del edificio. El césped delantero era un mosaico de sombras creadas por los altos arbustos de cornejo que bordeaban el perímetro. Me abrí paso con cautela entre el follaje, procurando permanecer oculta. Cada susurro de las hojas y cada chasquido de las ramas me hacían palpitar el corazón mientras me acercaba a mi destino.

La puerta trasera de la cocina.

No había visto ningún auto o todoterreno estacionado en la entrada, así que no tenía ni idea de si mi padre o el hermano Algar estaban aquí. Pero no iba a correr ningún riesgo. No conmigo. Ni con mi madre. Tenía que entrar en puntillas, conseguir las pruebas —lo que fueran— y escabullirme. Incluso podría llevarme a mi madre conmigo. Era ese tipo de noche.

Llegué al final de la casa y me asomé por la esquina. Enclavada alrededor de un patio de piedra con bojes y rosales pulcramente recortados estaba la puerta trasera de la cocina.

Luego de esperar unos segundos e inspeccionar mi entorno, salí corriendo hacia la puerta.

De pie frente a una gruesa puerta de roble, recurrí a las sombras que me rodeaban, sintiendo su energía enrollándose en mi interior. Las mantuve cerca y, entonces, extendí la mano, giré el pomo y empujé hacia adentro.

Inmediatamente me recibió la oscuridad. Me encantaba la oscuridad. Era mi fiel amiga. Todas las luces de la cocina, la despensa y, por lo que pude ver, el pasillo que llevaba directamente al comedor, estaban apagadas. Era una de esas cocinas de chef con lo último en electrodomésticos de acero inoxidable, encimeras de mármol, gabinetes del piso al techo y dos islas, pero había que tener las luces encendidas para apreciarla. Ahora parecía una cocina normal y

corriente, pero fría.

Pero mi madre no estaba aquí.

—¿Mamá? —Susurré. Se suponía que debía estar aquí. La puerta estaba abierta, así que sabía que lo había hecho ella. ¿Dónde estaba?

Un entumecimiento me recorrió la espalda y las extremidades. Definitivamente, algo no andaba bien. ¿Tal vez tuvo que esconderse? ¿Quizá alguien vino a buscarla y ella se escondió con las pruebas que debía darme?

Mierda. Tenía que encontrarla.

Se me hizo un nudo en la garganta, un zumbido grave y premonitorio resonó en el silencio cuando me adentré en la casa. Las sombras parecían volverse más densas, más sustanciales, casi táctiles, ya que se aferraban a mí como una segunda piel.

Todo esto estaba mal. ¿Debería irme? No. No podía. Necesitaba esas pruebas. Y necesitaba asegurarme de que mi madre estaba bien.

Salí de la cocina en puntillas y fui hacia el pasillo, mientras mis ojos se esforzaban por adaptarse a la oscuridad. No encontré rastro de mi madre por ninguna parte. El único sonido era el suave zumbido de mi propia respiración, un inquietante acompañamiento a la opresiva quietud que llenaba la casa.

Maldita sea.

—¡Mamá! —siseé. Todavía nada.

Al llegar al comedor, me asomé al interior. Por la gran ventana entraba suficiente luz de la luna para que pudiera ver bien. Ella no estaba aquí.

Llevaba mucho tiempo en esto de la investigación paranormal como para saber cuándo las cosas se estaban poniendo feas y cuándo irme.

Esta era una de esas veces.

No podía arriesgarme a que me descubrieran. Tendría que volver por mi madre más tarde, quizás con Luther como refuerzo. No me gustaba, pero no podía entrar de puntillas en la casa como una ladrona. Mi madre no estaba aquí. Había una razón para eso. Y esa razón era que ella no tenía las pruebas. La tenía, sí, pero por alguna razón, tuvo que devolverlas.

Asintiendo para mí misma, salí en puntillas del comedor y pasé el pasillo en dirección a la cocina.

Un repentino estallido de luz me dejó clavada en el sitio.

Parpadeé. La luz dura me hizo arder los ojos y sentí la pérdida de mis sombras.

—¿Mamá? —Volví a gritar mientras mis ojos se adaptaban a la repentina iluminación.

Mientras unas manchas blancas y negras oscurecían mi visión, una figura salió al pasillo. Entrecerré los ojos para distinguirla. Alta.

Hombros anchos. Y vestida con una pesada capa.

No era mi madre.

—¿Hermano Algar? —me aventuré, al ver al líder de Los Renegados sin cejas ni pelo. Parpadeé—. Tienes compañía. —A su lado no había dos, sino cuatro miembros más. Todos varones.

—Hola, Katrina —dijo el hermano Algar. Una fría sonrisa se dibujó en su rostro.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que me habían engañado. Me habían atraído aquí por una razón. El hecho de que todas las luces —y me refiero a *todas*, desde las luces de la cocina hasta los apliques del pasillo— estuvieran encendidas significaba que había una razón para eso.

Porque no querían que usara mi magia. Me querían indefensa.

También me di cuenta de que si mi madre no estaba aquí, era porque la tenían.

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué estás aquí con tus compinches? ¿Dónde está mi madre? —La ira se disparó mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba el encendedor. Puede que no tuviera mi magia umbra, pero aún podía manipular el fuego. Sí, si usaba magia contra ellos, sabrían que mi rusane no funcionaba. Que así sea. Freiría a esos bastardos si le habían hecho daño a mi madre.

El hermano Algar se adelantó, sus ojos pálidos estaban fijos en el encendedor en mi mano.

—Te estábamos esperando.

—¿Qué le hiciste, hijo de puta? —gruñí.

Todos los miembros del grupo de Los Renegados me miraban fijamente, con los rostros ocultos bajo las capuchas. Tenían un aire amenazador, como si se deleitaran con el caos y la violencia.

El hermano Algar ladeó la cabeza, con expresión ilegible.

—Hemos venido a reclamar lo que es legítimamente nuestro, Katrina.

Ahora que la luz estaba encendida, vi una mancha de sangre en el piso al lado de una mesita donde estaba uno de los muchos teléfonos fijos.

*Hijos de perra*. Sentí que la sangre se escurría de mi cara.

—Si lastimas a mi madre, que Dios me ayude, te mataré. —Al diablo con estar encubierto. Si tenían a mi madre, sabían que había reunido pruebas que podrían arruinarlos.

Agarré con fuerza mi viejo encendedor plateado y presioné el pulsador. Una pequeña llama cobró vida al instante.

Eran cinco contra uno. Pero yo había vencido peores probabilidades antes. Y no pensaba perder esta noche.

El hermano Algar soltó una risita, un sonido cruel que me erizó los pelos de la nuca.

—Ese truquito del fuego no te salvará.
Encogí los hombros.
—¿Quieres probarlo?
El hermano Algar se bajó la capucha. Las venas oscuras y arañosas que había visto sobre su cuero cabelludo habían descendido hasta su cuello y cubrían la mayor parte de su rostro.
Sus ojos parpadearon hacia el teléfono, su voz destilaba veneno.
—Tu madre se lo buscó. Si hubiera obedecido como una mujer, no estaría en esta situación.
—¿Qué quieres decir?
Hizo una pausa, con una sonrisa en los labios.
—No pudo resistirse a tomar lo que no era suyo. Y ahora lo va a pagar caro. —Las palabras flotaban en el aire, impregnadas de malicia y una retorcida sensación de satisfacción.
Apreté los dientes, con las emociones a flor de piel.
—Me voy de aquí, y me llevo a mi madre conmigo.
Al oír eso, uno de los magos de mi izquierda resopló, como si mi amenaza no significara nada y yo fuera el blanco de la broma. Tal vez lo fuera. Tal vez fuera una tonta. Pero prefería ser la tonta que caía luchando.
Sin mi magia umbra, no tenía mucho. Además, ya había luchado antes contra uno de esos magos —el hermano Matías, lo supe después — y casi lo había pagado con mi vida. Pero no me rendiría. Jamás.
El hermano Algar se acercó aún más, observando el rusane que tenía en el cuello.
—Eres más ingeniosa de lo que pensaba.
—Me lo tomaré como un cumplido. —Levanté la barbilla, sin soltar el agarre, aunque pequeño, de mi magia. Me encantaría quemarle las cejas o el pelo, pero no tenía ni lo uno ni lo otro.
—Para eliminar la magia de un rusane se requiere mucha habilidad —continuó el hermano Algar—. Magia que no sabía que poseías.
—No sabes nada de mí. —Y tendría que acordarme de darle las gracias a mi tía más tarde. Eso *si* sobrevivía a esto. Al menos mis sospechas eran ciertas. Sabía que yo había manipulado el rusane. Pudo haber sido Rita, o podría ser que el bastardo pudiera sentirlo.
Con el ceño fruncido, el hermano Algar me observó. El aire que nos rodeaba se sentía lleno de energía, como si la esencia misma de la magia palpitara a través de su cuerpo. Era espeluznante, aunque nunca había dudado del nivel de la magia de este mago. Sabía que era poderoso.
Aun así, me mantuve firme.
—Todo lo que quiero es a mi madre, y luego seguiremos nuestro camino. Puedes seguir haciendo lo que estabas haciendo.
Luther estaría furioso por no haber conseguido las pruebas, pero

ahora no podía pensar en eso. Habría otra forma de conseguir esas pruebas. Tenía que haberla.

El hermano Algar me observó con un deseo tan escalofriante como su calva y venosa cabeza.

—Eres muy diferente a tu madre —dijo—. A ella le falta ese fuego. Ese desafío en ti. Verás, ella se resistió al principio. Pero luego se convirtió en un charco en la palma de mi mano. Es débil. Patética. Como todas las mujeres. Su único verdadero don es el don del apareamiento.

Fruncí el ceño.

—Qué lindo. Tan galante.

El hermano Algar se burló, sus ojos danzaban con un frío cálculo.

—Te apareaste con el cambión. ¿Verdad?

—Eso no es asunto tuyo. —Me preparé, con mi magia enroscada y lista para atacar—. ¿Dónde está mi madre? Estoy cansada de preguntar. —Sabía que estaba en alguna parte de esta casa. Y si mi padre estaba con ella, supongo que sería arriba, en su dormitorio.

—Exactamente donde debería estar —respondió el hermano Algar —. A merced de su marido. Y de rodillas.

La rabia estalló en mi interior. Sujetando el encendedor con la mano izquierda, me concentré en la llama que tenía delante y dejé que el calor me envolviera en un abrazo ardiente. Sentí que el poder corría por mis venas y me llenaba de energía.

Mientras me concentraba en la llama, empecé a sentir una extraña energía que emanaba del hermano Algar. Era una fuerza oscura y corruptora. Sabía que era un mago poderoso, pero esto... esto era algo más.

No me importaba.

Liberé mi poder.

Un brote de llamas amarillas salió disparado hacia el hermano Algar.

Le dio en el cuello. Apunté a su pecho, pero da igual. Eso me servía.

Me aparté, preparándome para el ataque de los otros magos, pero todos se quedaron allí, mirando a su líder arder mientras las llamas se extendían y llegaban muy por encima de su cabeza.

Eso no era bueno.

Y entonces, cuando oí al hermano Algar riéndose detrás del muro de llamas, supe que estaba en grandes problemas.

Un súbito crujido como un trueno recorrió la habitación y mis hermosas llamas se evaporaron.

Algar salió ileso del fuego que lo había envuelto momentos antes. Una sonrisa malvada se dibujó en su rostro, mostrando unos dientes amarillos.

Sus labios se movían en un cántico, un lenguaje que sólo podía describirse como demoníaco.

—¡Brog et cavil umut da!

Movió la muñeca y un hilo de energía verde brotó de su mano extendida.

*Ay, mierda.*

Me lancé hacia un lado, pero no lo suficientemente rápido.

El dolor estalló cuando algo caliente me quemó en el costado del brazo y en la parte baja de la espalda. Caí al piso con fuerza y la cabeza me zumbó como una campana. A través de la neblina verde, vi el hilo de energía enroscarse a mi alrededor, apretándose como una soga.

*Ay, no.*

Desesperada, invoqué mi magia umbra, cualquier magia, para contrarrestar los tentáculos verdes. Pero no tenía nada. Ni siquiera una gota de poder.

Mientras el mundo volvía lentamente a la realidad. Algar estaba de pie junto a mí, con una expresión retorcida de malicia.

—¿Creías que podías enfrentarte a mí, bruja? Debo decir que estoy impresionado con tu... truco de la llama. Pero incluso una bruja no puede hacer mucho contra un mago como yo.

La cabeza me daba vueltas. Nunca me había atacado este tipo de magia. Abrí la boca, pero no salían las palabras.

—Todo salió bien —continuó el hermano Algar—. Te necesitaba aquí esta noche... y bueno... aquí estás.

—¿Qué? —gruñí, encontrando por fin la voz, aunque tenía la garganta en carne viva, como si me hubiera tomado un ácido—. ¿De qué demonios estás hablando? —Volví a gritar.

—Llévenla abajo —ordenó el hermano Algar—. Está lista.

—¿Qué? Espera. ¡Para! —grité. Intenté dar patadas y puñetazos, pero tenía los brazos inmovilizados a los lados y las piernas como bloques de hormigón. No podía moverme.

Un par de fuertes brazos me levantaron, con un mago a cada lado. No podía aguantarme con las piernas, así que me arrastraron como a un muñeco de trapo.

—¿Qué me vas a hacer? —grité.

—No te preocupes, querida —dijo el hermano Algar con una voz enfermizamente dulce—. Por fin vas a conocer a tu familia.

—¿De qué estás hablando? —Estaba claramente delirando. Ya había conocido a mi familia. Los había dejado hace años porque no los soportaba y eran abusivos. Bueno, mi queridísimo padre lo había sido.

Se me aceleró el corazón al pensar en lo que podría estar esperándome en el sótano, hacia donde sabía muy bien que me llevarían.

—Déjenme ir, bastardos camuflados —grité. Al menos mi boca aún funcionaba. E iba a usarla—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué demonios me quieren? Pertenezco al grupo. —Eso fue un poco exagerado, pero yo era una bruja desesperada.

El hermano Algar no dijo nada mientras dos de sus miembros me arrastraban por el pasillo a través de otro corredor, el que llevaba al sótano. Sí. Me llevaban allí.

Mientras me tiraban escaleras abajo, con la cabeza todavía dándome vueltas por el impacto de la magia de Algar, sentía los músculos pesados como si arrastrara una armadura.

Al bajar las escaleras, el sótano, débilmente iluminado, se hizo visible. Aquí había sombras. Muchas.

Así que hice lo que cualquier otra bruja que tuviera el poder de manipular las sombras haría.

Las invoqué.

Esforzándome, canalicé todo lo que pude, todo mi miedo, mi rabia y todas las emociones que sentía en ese momento, sabiendo que las emociones alimentaban la magia.

Y de nuevo, me quedé con una sensación de vacío. Como si mi magia no existiera. Como si nunca hubiera sido parte de mí. Como si sólo fuera un humano normal.

Intentando con todas mis fuerzas que no cundiera el pánico, me encontré en una vasta cámara familiar llena de inquietantes símbolos grabados en las paredes de piedra, que brillaban tenuemente con una luz de otro mundo.

En el centro de la sala había un círculo de figuras encubiertas, con los rostros ocultos por capuchas. Tal vez treinta o cuarenta de ellos, todos miembros de Los Renegados.

Mi padre estaba entre ellos, con la capucha sobre los hombros, lo que me permitía ver su sonrisa. Mi hermano Brad no estaba aquí, por lo que pude ver. No sé cómo me sentí.

Me arrastraron de nuevo hacia delante, con mis piernas y pies colgando sin control. Mis ojos se posaron en un altar situado en el centro del círculo, iluminado por velas parpadeantes que creaban una atmósfera ominosa. Una sensación de miedo e inquietud me llenó el estómago al comprender la gravedad de mi situación.

No podría conseguir las pruebas de Luther si estuviera muerta.

En ese momento pensé en Dash. Ese hermoso medio demonio, desnudo y caliente en su cama.

Debí haberme quedado en la cama.

Cuando me arrastraron más allá de un grupo de bastardos camuflados, fue cuando la vi.

Mi madre.

Estaba arrodillada, con el pelo enmarañado de sangre y sudor, en

medio de un círculo dibujado con tiza. Símbolos y runas adornaban su piel como tatuajes prohibidos, palpitando y retorciéndose con una energía de otro mundo. La angustia de su rostro al verme casi me destroza. Nunca había visto tanto miedo en sus ojos, como si pensara que yo estaba al borde de la muerte.

Los magos me empujaron hacia otro círculo en medio de la sala. Este estaba hecho de sangre. Cada gota de líquido rojo oscuro parecía ondular y retorcerse como si estuviera viva gracias a una energía invisible. Levanté la vista y vi a mi madre, con los ojos muy abiertos por el miedo y la preocupación.

Lo único bueno de estar en este círculo era que podía moverme de nuevo. Si podía moverme de nuevo, tal vez podría usar mi magia.

Me levanté de un salto y salí del círculo de sangre...

Sólo para gritar de dolor al golpear alguna barrera invisible con la cara y el hombro.

Volví dando tumbos. Sí, eso no salió como lo había planeado. Estaba más enojada que herida. Furiosa, me mantuve firme e invoqué a mi magia umbra. Nada. Nada. Nada. Ni siquiera una pequeña niebla de sombra.

—Suelta a mi hija —gritó mi madre. La cabeza de mi madre se echó hacia atrás cuando mi padre le dio una bofetada.

—Cierra la boca —le advirtió, levantando de nuevo el puño hacia ella.

—Tú —grité, señalándolo con el dedo—. Te voy a matar.

Mi padre se limitó a sonreír y dijo:

—No podrás hacer gran cosa cuando estés muerta.

Apreté los dientes y miré fijamente a mi madre, que me devolvía la mirada. Metió sigilosamente la mano en la blusa y sacó lo que parecía ser una memoria USB negra, para volver a guardársela en el sujetador.

*Las pruebas.* Todavía tenía la prueba. *Eso es, mamá.*

—No tenemos tiempo para esto —anunció el hermano Algar.

Mis ojos se desviaron hacia el líder de Los Renegados, que avanzaba a grandes zancadas. La oscuridad parecía aferrarse a él, acentuando los huecos bajo sus penetrantes ojos claros.

Los finos labios del hermano Algar se estiraron en una sonrisa siniestra.

—Ya es hora.

—¿Hora de bailar? —Solté—. Me encantaría. Pero estoy enredada.

El líder de Los Renegados me miró y dijo:

—Es hora de que conozcas a tu *verdadero* padre.

¿Eh? Pues *eso* sí fue inesperado.

# CAPÍTULO 22

¿M*i verdadero padre?*

Pues sí, eso fue sorprendente. Pero extrañamente, tenía mucho sentido.

Primero, el comportamiento de mi supuesto padre hacia mí desde que era una niña. El primer recuerdo que tengo de él es su cara de disgusto por mi falta de magia.

Todas las palizas, los insultos, el rechazo, todo tenía sentido ahora. ¿Podría estar mintiendo el hermano Algar? Claro, pero mi instinto me decía que no.

Yo no era la hija de Alistair Vargas.

Entonces, ¿de quién era hija?

Miré a mi madre. Nuestras miradas se encontraron y ella... encogió los hombros con una pequeña sonrisa.

Estuve a punto de echarme a reír, lo que sería muy inapropiado en este momento.

Pero cuando miré a Alistair, su expresión retorcida y llena de odio lo decía todo. Siempre había sabido que yo no era su hija. Y lo había pagado caro.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, luchando por seguir el ritmo de los pensamientos rápidos e inconexos que se agolpaban en mi mente. El líder de Los Renegados había soltado una bomba de verdad que sacudía los cimientos de todas mis creencias.

Podía sentir los ojos del hermano Algar sobre mí. Diablos, todos los miembros me miraban. Y no era una mirada de «qué bien te ves esta noche», sino más bien de «vamos a picarla y ver qué tiene por dentro». Si pudiera salir de este círculo, ya me habría ido. Pero estaba atrapada. Necesitaba salir de aquí y atrapar a mi madre en el proceso. Más fácil decirlo que hacerlo.

Pero siempre había una manera.

—¿Y tú sabes quién es mi verdadero padre? —le pregunté al hermano Algar. Tenía curiosidad, sí, especialmente si era por esa razón que estaba atrapada aquí, pero necesitaba que hablara. Cuanta más información tuviera, más probabilidades tendría de idear un plan para escapar.

El hermano Algar se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes de emoción.

—Nuestro aquelarre ha estado buscando formas de aumentar nuestro poder y control sobre el mundo sobrenatural —respondió,

sorprendiéndome—. Hemos descubierto textos antiguos que hablan de un ritual que puede despertar y amplificar nuestros poderes. De un elegido.

—¿Y crees que soy yo? —dije incrédula.

—Sí —dijo el hermano Algar con confianza—. Creemos que eres la persona profetizada en estos textos.

Resoplé.

—No soy nada especial. Te equivocas.

El líder de Los Renegados soltó una risita fría.

—No me equivoco —dijo, con voz arrogante—. De verdad subestimas el poder que llevas dentro. Puede que ahora no lo veas, pero está ahí, oculto en lo más profundo de tus genes, de tu sangre, esperando a ser desatado.

—¿Mi magia umbra? ¿Quieres usarme por mis habilidades? —Mi secreto había salido a la luz. Eso era obvio. Y por lo que parecía, lo querían. Querían quitármela para aprovecharla ellos mismos.

El hermano Algar cruzó las manos ante sí.

—Hemos invertido mucho tiempo y energía en esto. Hemos visto tu potencial y no nos detendremos ante nada para aprovecharlo.

Asimilé las palabras del hermano Algar. La idea de que esas personas me habían estado estudiando, observándome, durante algún tiempo era inquietante. Pero también alimentó una creciente determinación en mi interior.

No podía dejar que lo hicieran. No podía dejar que me controlaran. Y ciertamente no podía dejar que le hicieran daño a mi madre.

Mi mente bullía de posibilidades. Tenía que haber una forma de escapar de esta pesadilla. Tenía que encontrarla. Y rápido.

Sacudí la cabeza, mirando a mi alrededor.

—¿Y qué tiene que ver esto con mi supuesto verdadero padre? ¿Dónde está? ¿Está aquí? —Escudriñé los rostros bajo las capuchas, buscando a alguien, un varón, con parecido familiar. Divisé entre ellos al hermano Matías, con el rostro inexpresivo y frío. Si no supiera que no lo era, podría haber creído que era un robot. Pero sus ojos... sus ojos contenían esa misma hambre loca que persistía en su líder. El hambre de más poder.

Y entonces se me ocurrió algo horrible. Volví a mirar al hermano Algar.

—Por favor, dime que no eres tú. —Sentí que la bilis se me subía al fondo de la garganta al pensar que ese mago repugnante podía ser mi padre.

Apreté los puños, luchando contra el horror y el asco que bullían en mi interior. La posibilidad de que mi verdadero padre fuera el mismo monstruo que intentaba controlarme era una locura.

El hermano Algar sonrió, sus ojos brillando con maliciosa

satisfacción.

—Ay, mi querida Katrina, no te apresures a juzgar.

—¿Eso significa sí o no? No puedo distinguirlo por esa arrogancia en tu voz. Cuando no dijo nada, miré a mi madre y el pequeño movimiento de su cabeza fue suficiente para decírmelo, lo que me alivió un poco. No era mi padre. Gracias al caldero.

—Aún no has visto todo el alcance de tus poderes —continuó—. Y nosotros tampoco. Somos meros instrumentos del destino, que te guían hacia tu destino.

—No creo en el destino ni en las profecías. —Odiaba ser el centro de atención, sobre todo cuando me lo imponían contra mi voluntad.

Escudriñé la habitación en busca de una salida. A diferencia de los otros magos, los ojos de Algar tenían un destello de locura y deseo enfermizo que me revolvió el estómago. Me di cuenta de que no sólo buscaba mis habilidades. Había algo más.

¿Quién era mi verdadero padre? Y si no estaba aquí, ¿cómo iba a conocerlo? Me estaba perdiendo algo. Algo importante.

Mi mente se llenó de preguntas sin respuesta y de un nuevo temor.

—¿Qué quieren de mí? ¿Qué tiene de especial mi magia umbra? ¿Y qué pasa si no quiero formar parte de esto? —Tenía algunas ideas, pero quería oírlas de él.

El líder de Los Renegados se apartó de mí y se dirigió al hermano Matías.

—Ha llegado el momento. Las estrellas están alineadas.

—¿Qué estrellas? —pregunté, con el corazón retumbando mientras veía al hermano Matías acercarse a mí. No era eso lo que tenía mi corazón acelerado. Era la hoja larga y afilada que llevaba en la mano —. Espera —dije, mientras las palabras que había mencionado del hermano Algar volvían a mí—. Esto es de lo que estabas hablando. ¿No es así? ¿Que todo sería revelado? Pero dijiste mañana por la noche.

El líder de Los Renegados sonrió con satisfacción.

—Mentí.

Estupendo.

El hermano Matías se acercó a mi círculo. Sabía que estaba a punto de cortarme, pero no había mucho espacio en mi círculo de un metro.

Su brazo salió disparado y yo me aparté de un salto, sólo para que la pared invisible volviera a quemarme la cara.

Pero ese campo de fuerza, fuera lo que fuera, no pareció molestar ni un poco al hermano Matías, que me agarró del brazo, me acercó y, antes de que pudiera pestañear, me atravesó la muñeca con aquella afilada hoja. La sangre se acumuló en la superficie. Era un corte profundo. Más profundo que el del ritual de afiliación. Me tambaleé hacia atrás, viendo mi hueso a través de la carne cortada. No sentí

mucho dolor, lo cual era extraño. Probablemente estaba demasiado asustada por toda la sangre que manaba de mí como para darme cuenta.

—¡Desgraciados! —gritó mi madre. Al menos, creí que era ella, pero me costaba oírlo por encima del ruido blanco de mis oídos.

Entonces el hermano Matías colocó un pequeño bol ceremonial bajo mi muñeca para recoger la sangre. La expectación y el hambre en sus ojos me dieron ganas de vomitar. Cuando el bol estaba medio lleno, se retiró y se fue.

Caí de rodillas y apreté la mano izquierda sobre el corte de la derecha. Pero la sangre seguía filtrándose como un maldito grifo. Si no detenía la hemorragia pronto, no sobreviviría a esto. Y por la mirada excitada del hermano Algar, eso era exactamente lo que esperaba. Mi muerte.

—¿Lo ves? —dijo el hermano Algar mientras se acercaba a mí—. Esta es la tradición de tu sangre única. El poder fluye por tus venas, magia que es la sangre vital de Los Renegados.

Me dio un mareo, pero me obligué a mantenerme alerta.

—¿De qué coño estás hablando?

El líder de Los Renegados chasqueó los dedos.

—Las tablas.

Mi falso padre, Alistair, se acercó a toda prisa portando dos tablas de piedra con intrincados símbolos grabados en la superficie. Eran las tablas que había robado de este mismo sótano. Las tablas que Nelson había muerto protegiendo.

El pánico se apoderó de mi estómago.

—¿Qué está pasando? ¿Qué vas a hacer con ellas? —Me habría encantado poder arrebatárselas, pero en ese momento sangraba tanto que dudaba que pudiera mantenerme en pie.

Con cuidadosa reverencia, el hermano Algar tomó las antiguas tablas y las colocó con cuidado sobre una robusta mesa de madera adornada con velas parpadeantes. La tenue luz de las llamas proyectaba sombras danzantes sobre la superficie de las tablas, iluminando sus intrincadas marcas y símbolos.

Esto era malo. Muy malo. Tenía que salir de aquí. Tenía que haber una manera.

Di una patada con la pierna y raspé el círculo de sangre con el pie. O al menos lo intenté. Pero en el momento en que mi pie tocó el borde del círculo, un dolor abrasador me subió por el pie hasta la cabeza.

Bueno. No volveré a hacerlo.

Los ojos del hermano Algar brillaban con una retorcida satisfacción mientras giraba con una sonrisa espeluznante en sus labios.

—Las tablas —gruñó—, contienen la clave para matar a un dios. Para robar su poder y hacerlo mío. —Con un brillo maníaco en los

ojos, apretó las tablas con fuerza, consumido por su ansia de poder definitivo.

Me di cuenta de cómo dijo *mío* y no *nuestro*. Parecía que Algar quería todo el poder.

—Mentira. —Aunque técnicamente me pareció haber oído a mi tía Luna decirme una vez que los dioses, a pesar de que se creía que eran inmortales —como que no envejecían ni enfermaban—, podían ser asesinados.

Y parecía que esa receta estaba en esas tablas.

Se detuvo un momento, deleitándose en la sensación de poder absoluto que estaba a punto de ser suya.

—Ya verás, mi querida Katrina. Las tablas contienen el hechizo, y tu sangre lo hace posible. La antigua profecía predijo que un elegido poseería el poder de destruir a los dioses. Y esa profecía se ha cumplido.

Pues bien, tenía que preguntar.

—¿De qué dios estamos hablando? Hay varios. —Cientos, si mi memoria era correcta.

—Erebus. Dios de la oscuridad y las sombras.

Fruncí el ceño.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Qué tiene que ver conmigo?

Los ojos del hermano Algar brillaban con una luz peligrosa y obsesiva.

—La única forma de atrapar a un dios es con su sangre… o la sangre de su descendencia.

# CAPÍTULO 23

¿Descendencia? ¿Erebus? ¿Dios de la oscuridad y las sombras?

La cabeza me daba vueltas, en parte por lo que acababa de oír, pero también porque seguía sangrando.

—Estás mintiendo.

—¿Yo? —rio el Hermano Algar—. Pregúntale a tu madre. Ella te lo dirá.

Miré a mi madre. Su cara lo decía todo.

Culpa, dolor y miedo se entremezclaban en su expresión, y la verdad que me había ocultado todos estos años quedaba ahora al descubierto.

—¿Cómo pudiste ocultarme esto? —pregunté, sintiéndome mareada.

Mi madre bajó la mirada y dudó antes de hablar.

—No estaba segura. Pero entonces, cuando vi lo que podías hacer. Cuando vi tu magia... lo supe. Lo siento mucho, Katrina. Nunca quise que te enteraras de esta manera. Pensé que te estaba protegiendo.

El hermano Algar resopló con disgusto.

—Sentimiento. —Se volteó hacia mí—. Puede que tu madre haya querido protegerte ocultando tu verdadera identidad, pero ahora es el momento de que la aceptes.

Perfecto. Así que esto significaba que mi madre había tenido una aventura con un dios. Santo cielo.

Mi mente se tambaleaba por la avalancha de noticias inesperadas. En primer lugar, me enteré de que Alistair no era mi padre biológico, lo cual no fue una gran pérdida. Incluso podría haber chocado los cinco con mi madre si no estuviera en peligro de muerte. Pero entonces me encontré con la revelación aún más impactante de que mi padre biológico era una deidad.

*Santa cachucha.*

¿Podría ser? ¿Acaso era una semidiosa, demidiosa o como quiera que se llamaran? Y si lo era, ¿por qué no podía salir de este maldito círculo?

El corazón me latía con fuerza. La idea de ser descendiente de un dios iba más allá de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Yo era la hija de Erebus. Dios de la oscuridad y las sombras.

Eso lo explicaba todo: mi magia umbra, mi manipulación de las sombras y cómo mi magia era más potente de noche, en la oscuridad.

Si no estuviera sangrando y atrapada en un círculo mágico, habría

hecho un bailecito.

—La indiscreción de tu madre es un don —continuó el hermano Algar—. Sin ella… —Levantó los brazos—. Nada de esto sería posible.

Maravilloso.

Miré al hermano Algar con incredulidad. ¿El romance de mi madre con Erebus era un «regalo»? Por supuesto, para él lo era. ¿Iba a usarme a mí, a mi sangre, para intentar invocar a un dios para atraparlo y posiblemente matarlo? Puede que no conociera a ese dios, pero era mi padre. No iba a dejar que Algar y sus compinches lo mataran.

Tenía que encontrar la manera de salir de este círculo.

La voz del hermano Algar temblaba de excitación apenas contenida mientras se acercaba a mí, con los ojos encendidos de ferviente determinación.

—Eres un recipiente de oscuridad, Katrina. Posees el poder de invocar sombras y controlarlas como si fueran tuyas. Pero el poder de Erebus no tiene límites y, con él, me convertiré en algo más que un arma. Ascenderé a la categoría de un dios. —Sus palabras resonaron con una promesa escalofriante cuando me di cuenta de la verdadera profundidad de su ambición.

El desgraciado estaba loooooco.

Sacudí la cabeza, intentando asimilarlo todo.

—Están locos. Todos están locos si creen que va a ser tan fácil.

Sonrió fríamente.

—Por supuesto, no habría sido posible sin ti. Es tu destino. Tu muerte servirá a su propósito. Te doy las gracias.

Le saqué el dedo con la mano buena.

—Vete a la mierda.

Los ojos del líder de Los Renegados se entrecerraron y me di cuenta de que había tocado un nervio. Sentí una repentina emoción por dentro.

—Patrik, prepara la estrella —ordenó.

Un mago desconocido, con los rasgos ocultos por una capa con capucha, se acercó al altar con pasos medidos. Sus manos, adornadas con intrincados tatuajes, levantaron suavemente una alfombra ornamentada del piso, revelando una estrella negra pintada con ocho puntas en cuyos bordes no había reparado. El símbolo parecía palpitar con una energía misteriosa. El mago llamado Patrik se arrodilló ante el símbolo como si rezara o meditara profundamente.

Yo no era muy experta en invocaciones. En parte, porque no tenía el tipo de magia que me permitiría conjurar seres y demonios. Pero por lo que había leído, si te equivocabas con los símbolos o incluso sólo con el dibujo del círculo, triángulo o estrella de invocación, las cosas podían acabar mal para el conjurador. Como perder la cabeza y

ese tipo de cosas.

Pero dudaba seriamente que el hermano Algar hubiera cometido un error.

Quería vomitar. Odiaba seriamente a este grupo. Y me arrepentí de mi decisión de tomar el lugar de Dash. Ya. Lo dije. Desearía que nada de esto hubiera pasado.

Pero incluso, si no me hubiera ofrecido a sacrificarme por Dash, tenía la sensación de que Los Renegados me encontrarían de todos modos.

—Hermanos y hermanas —dijo el líder de Los Renegados—, ha llegado el momento de unirnos. Estamos un paso más cerca de marcar el comienzo de la nueva era de oscuridad. Preparémonos para el rito, y que Erebus nos guíe a través de su abismo eterno.

El mago Patrik empezó a recitar un antiguo conjuro. Podía sentir la energía teúrgica arremolinándose en la habitación, alimentando la estrella negra.

Necesitaba ayuda. Apoyo. Giré el bolso para agarrar el teléfono. No tenía muchas esperanzas de que hubiera cobertura en el sótano, pero valía la pena intentarlo. La atención de todos estaba en Patrik, así que era la oportunidad perfecta. Pero al pasar el dedo por la pantalla, vi que no tenía barras de recepción. No podía pedir ayuda.

—Ejerceremos el poder que se nos ha ocultado durante tanto tiempo —expresó el hermano Algar mientras ponía las manos sobre las tablas gemelas—. Las tablas lo harán, y las estrellas nos guiarán hacia la victoria.

El líder de Los Renegados empezó a entonar cánticos y su voz se hizo más fuerte y dominante a medida que los demás Renegados se unían a ellos. Podía sentir cómo cambiaba la energía a nuestro alrededor. El aire zumbaba de poder.

Y entonces las tablas empezaron a brillar.

El fuego que emanaba de las tablas era cada vez más intenso y brillante, iluminando la sala con una luz de otro mundo. A medida que continuaban los cánticos, la energía de las tablas parecía palpitar con una urgencia visceral, casi como un ser vivo. La magia de su interior se despertaba ante mis ojos.

No podía quedarme aquí sin hacer nada. De alguna manera, tenía que detener esto.

Pero no estaba en condiciones de hacer nada.

Me miré la muñeca. Seguía sangrando y nadie iba a ayudarme.

Así que hice lo único que podía.

Con la mano izquierda me quité la camiseta, quedándome en sujetador y jeans. Pero lo que menos me importaba era exhibir mi piel en este momento. Necesitaba detener la hemorragia.

Luego, até con cuidado el material a mi muñeca. Se me llenaron

los ojos de lágrimas mientras jalaba con todas mis fuerzas y me envolvía la muñeca con el vendaje improvisado. Me dolía muchísimo. Pero la hemorragia se había detenido.

Miré a mi madre.

—¿Alguna idea de cómo salir de aquí? —Los cánticos eran tan fuertes y los miembros estaban tan concentrados en canalizar su magia que Los Renegados casi se habían olvidado de nosotras. Al menos por un rato. Un rato era todo lo que necesitábamos para largarnos de aquí.

Mi madre se pasó una mano por la frente sudorosa.

—No puedo canalizar mi magia. Lo he intentado... pero la magia del círculo es demasiado fuerte. Me está bloqueando.

Maldita sea.

—¿Alguien sabe lo que está pasando? ¿Llamaste a algún amigo? —Recordé a la mujer que había llevado a mi madre a casa de mi tía Luna. Si ella lo sabía o sospechaba, tal vez podría buscar ayuda.

Pero cuando mi madre negó con la cabeza, supe que era inútil.

—No. Nadie lo sabe —respondió.

Mierda. Ahí se fue esa idea.

—Entonces, ¿dónde se conocieron Erebus y tú? —pregunté. Pensé que podría obtener alguna información sobre mi padre antes de que apareciera. El canto se hizo tan fuerte ahora que yo estaba prácticamente gritando.

Mi madre me dedicó una sonrisa triste.

—En Manhattan —respondió. Bueno, era difícil oírla, pero eso decían sus labios.

Observé cómo el hermano Algar alzaba el bol con mi sangre. Movía los labios en un conjuro que no pude descifrar por encima de los cánticos de los demás.

Y luego vertió la sangre, mi sangre, sobre las tablas.

El aire de la habitación se cargó con el hedor del hierro y mi corazón se aceleró al ver cómo continuaba el extraño ritual. Era como si la sangre sirviera como la pieza que faltaba para desbloquear el poder almacenado en las tablas —una llave— y ahora empezaban a brillar aún más. Los magos entonaron cánticos más fuertes y la sala se llenó de una sensación de unidad y propósito totales, que a su vez me llenó de pavor.

El hermano Algar tomó las dos tablas. Con ellas en las manos, se dio la vuelta, con mi sangre aún visible y goteando por el piso. La energía arcana de las tablas llenó la habitación como una niebla palpable.

—¡Erebus! Dios del abismo eterno y maestro de todas las sombras —rugió el líder de Los Renegados, y su voz resonó en la cámara como un trueno retumbante. Los demás magos cayeron de rodillas de inmediato, con los cuerpos temblorosos de miedo y la mirada fija en

las antiguas tablas que tenían delante—. ¡Por el poder de la oscuridad que todo lo consume, te invoco a que comparezcas ante mí ahora!

Sujetándome la muñeca herida, me puse en pie tambaleándome. Si esto iba a funcionar, quería estar de pie y no de rodillas.

Y justo cuando creía que Algar era un mentiroso, la habitación tembló al enfriarse el aire, y las velas parpadearon con la repentina corriente de aire. Una oscuridad sofocante pareció descender sobre nosotros, tragándose la luz y sumiendo la habitación en un silencio espeluznante, de otro mundo.

Todos sabíamos que no me acobardaba ante la oscuridad y las sombras. Pero estas eran diferentes, y no eran mías.

Los Renegados alzaron sus voces en un coro de oración. Una fría sensación de terror me invadió al darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Bueno, *algo* estaba pasando.

Y entonces, una figura sombría surgió de la oscuridad, elevándose sobre nosotros como un titán y envuelta en las propias sombras, envuelta en una oscuridad tan profunda que parecía absorber la luz.

Allí, en medio de la estrella de ocho puntas, estaba el dios Erebus.

Mi verdadero padre.

Y se veía furioso.

# CAPÍTULO 24

Había funcionado. Una combinación de mi sangre y la magia de esas antiguas tablas trajo al dios de la oscuridad y las sombras a nuestro mundo. Y a una trampa para dioses, o como se llamara.

El rostro de Erebus estaba oculto por el constante juego de sombras, que cambiaban y bailaban sobre sus rasgos. Pero incluso en la oscuridad, su inmenso tamaño era innegable. Dominaba la habitación y su cabeza rozaba los casi tres metros del techo del sótano. Cada movimiento que realizaba parecía llenar el espacio, enviando ondas a través del aire como una poderosa fuerza de la naturaleza. Era difícil distinguir su aspecto exacto, pero estaba claro que era una figura formidable, alguien a quien temer y respetar.

Erebus intentó salir de la estrella, pero una fuerza invisible lo retuvo. Igual que a mí. Pareció darse cuenta y retrocedió.

De verdad estaba atrapado.

Pero el dios no enloqueció ni empezó a agitarse. Estaba extrañamente tranquilo. No pensé que eso fuera mejor.

De repente, el vórtice de sombras se estabilizó y se convirtió en una forma sólida: una figura que emergía de la oscuridad. Se me cortó la respiración al contemplar la figura. El dios estaba de pie ante mí, con su esbelta figura acentuada por los músculos que ondulaban bajo su traje negro. La tela parecía seda, pero tenía un brillo y una textura distintos a los de cualquier otro material que hubiera visto jamás. Tenía el pelo de color negro oscuro que le caía en cascada hasta la cintura. Su piel era del color de las aceitunas maduras, lisa y perfecta en contraste con sus rasgos angulosos. De pómulos altos y una mandíbula bien definida, desprendía un encanto exótico que me dejó embelesada. También era guapo. Muy guapo. Lo que explicaba por qué mi madre se había metido en la cama con él. Probablemente porque se sentía sola y su marido la golpeaba. Ella había estado buscando compañía y afecto. Lo entendí perfectamente.

Miré a Alistair. No pude evitarlo, y casi sonreí al ver la ira en su rostro. Probablemente pensaba que ninguna mujer le engañaría jamás. *Eso es lo que pasa cuando maltratas a tu esposa, estúpido.*

El dios giró lentamente la cabeza alrededor de la habitación y, cuando sus ojos se centraron en mí, vi que eran rojos y ardían como brasas. Sus facciones se arrugaron al observarme, desde mi muñeca sangrante hasta mi círculo. Parpadeó y sus iris verdes y tranquilos sustituyeron a los rojos. Separó los labios y pude ver cómo se daba

cuenta de que estaba mirando a su hija. Bueno, yo era una mujer adulta, pero para él probablemente seguía siendo un bebé. ¿Quién sabía cómo los dioses manejaban el tiempo?

Sus facciones se aquietaron, muy serias, cuando miró y vio a mi madre. Luego, lentamente, dirigió su atención hacia el hermano Algar, que aún sostenía las tablas ensangrentadas.

—¿Por qué me has invocado aquí, mortal? —La voz de Erebus retumbó en el sótano y resonó en las paredes de piedra, profunda y resonante. También era sofisticada, educada, y rodaba por su lengua como si hubiera hablado nuestro idioma durante milenios.

—Es una blasfemia atrapar a un dios, pero esta noche me siento misericordioso. Quita la estrella y puede que te perdone la vida.

—¡Ja! —se burló el hermano Algar—. Ustedes, los dioses, se creen mucho más que nosotros los mortales. Creen que somos sus esclavos. Que sólo existimos para ustedes. No es así. Y no tienen poder sobre nosotros. *Yo* tengo el poder. —Sujetó las tablas hacia Erebus—. Y yo tendré el tuyo antes de que termine la noche.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de Erebus mientras levantaba una ceja escéptico.

—¿Crees que eres el primer tonto mortal que afirma que puede quedarse con mi poder? —Sus ojos verdes brillaron con diversión y una pizca de peligro—. ¿Te afeitaste las cejas?

Sí. Me cayó bien de inmediato.

El rostro del hermano Algar se torció en una mueca amenazadora, su tranquila fachada se hizo añicos como el cristal.

—No voy a perder el tiempo en este diálogo inútil contigo. Que sepas que tus artimañas divinas no me engañan. Intentarás impedir que haga el hechizo, ¡pero no me afectan tus engañosas palabras. —Su voz destilaba desprecio y sospecha, revelando la arraigada animosidad entre mortales y dioses en nuestro mundo. O tal vez sólo fuera él.

Incluso estando atrapado en una estrella de ocho puntas, podía sentir la tremenda energía, las oleadas de inconmensurable poder que emanaban de Erebus. No estaba segura de que esta pequeña estrella pudiera mantenerlo atrapado por mucho tiempo. Y entonces... las cosas estaban a punto de ponerse feas.

No quería que mi madre quedara atrapada en el fuego cruzado.

—Deberías escucharlo —le dije al hermano Algar—. Deja que se vaya. Y todos podemos fingir que no estás demente e irnos a casa.

Erebus volteó la cabeza hacia mí.

—Te pido disculpas, hija. En cuanto me libere de este confinamiento, arreglaré las cosas. Mataré a todos estos mortales y curaré tu herida. —Lo dijo como si no fuera gran cosa, como si aniquilar una sala de unos cuarenta magos poderosos fuera un paseo para él. Tal vez lo era.

Conocer a mi verdadero padre, nada menos que un dios, vestida sólo con un sujetador y unos jeans, no era exactamente lo que yo hubiera querido para causar una buena primera impresión. Pero no podía hacer nada al respecto.

—Kat —le dije, sintiéndome un poco nerviosa por estar hablando con un dios que era, de hecho, mi verdadero padre. Qué noche. Ojalá Dash estuviera aquí. Tenía la sensación de que él y Erebus se llevarían muy bien.

—¿Kat? —preguntó Erebus.

—Diminutivo de Katrina. Prefiero Kat. Sólo Kat.

Erebus sonrió.

—Kat, así es. Es un placer conocerte.

—Igualmente.

—No tenía ni idea de tu existencia.

—Igualmente.

—Te pareces a tu madre.

—Tienes buen pelo. —Ni idea de por qué dije eso.

Erebus soltó una carcajada que me sonó tan familiar, tan sincera, tan parecida a la mía, que estuve a punto de echarme a llorar. Mis emociones estaban a flor de piel. Lo achaqué a la falta de sangre. Seguía sangrando, aunque mucho menos.

Mis habilidades curativas solían ser tan rápidas como las de un hombre lobo, un rasgo sin duda heredado de mi condición de semidiosa. Sin embargo, el círculo mágico en el que me encontraba me impedía curarme.

—¡Cállate! —gritó el hermano Algar, perdiendo de nuevo la calma. Creo que incluso dio un pisotón. ¡Qué niñito!—. *Yo* te digo cuándo tienes que hablar. *Yo* doy las órdenes.

Erebus miró al mago con expresión fría.

—Lo que usted diga, *jefe*.

Diablos, sólo con decir jefe se me erizaron todos los pelos del cuerpo. Creo que algunos se me cayeron del susto.

El hermano Algar aparentemente no notó ni se preocupó por la amenaza en la voz de Erebus.

—¡Ustedes, los dioses creen que están por encima de nosotros los mortales y sacan su derecho de algunos mitos antiguos! Pero en realidad, nos necesitan más que nosotros a ustedes.

Erebus soltó una carcajada que resonó en el círculo mientras negaba con la cabeza.

—Tal vez, pero me alegra complacer tu ignorancia. No negaré que los dioses tenemos nuestras debilidades, pero los mortales tienen las suyas. Olvidas, mortal, que los dioses somos tus creadores. Somos la sangre vital de este mundo, sin la cual no existirían.

El mago entrecerró los ojos y se burló.

—Y esa sangre vital será mía.

La mirada del dios se clavó en el piso, y noté que estaba molesto.

—¿Qué esperas conseguir aquí? —Las palabras de Erebus resonaron en el aire, llenas de frustración—. Puede que me hayas atrapado temporalmente en este dibujo mundano, pero no te equivoques: sigo siendo un dios. Y tú... no eres nada importante.

El rostro del hermano Algar se arrugó de ira.

—Después del ritual de esta noche, tu situación cambiará. Llenaremos este mundo con nuestra oscura influencia, y tu divinidad quedará reducida a un mito, un mero recuerdo perdido en los archivos de nuestra historia.

Erebus soltó una carcajada burlona y su voz retumbó en la sala.

—Ay, pobre mortal iluso. ¿De verdad crees que puedes despojarme de mi divinidad? ¿Que puedes extinguir la luz de un dios con tus rituales de brujería y tus débiles hechizos? Tu fuerza no es más que una fracción de la mía, y deberías saber que no se juega con los poderes. Soy inquebrantable. Inmortal. No puedes tocarme.

Los ojos de Erebus brillaron con una intensidad sobrenatural y, por un momento, vislumbré algo antiguo y poderoso en su interior.

De ahí lo de dios.

—Yo que tú le haría caso —le sugerí al hermano Algar—. Si no...

Un dolor agudo e implacable estalló en mi mandíbula cuando algo duro se estrelló contra ella. Caí de espaldas al piso y el impacto me inundó la boca con un sabor metálico a sangre. A través de una visión borrosa, vi al hermano Patrik sobre mí, con los nudillos manchados de mi sangre.

Esforzándome por levantarme, sentí algo duro y extraño en la lengua. Con la respiración entrecortada, escupí un diente. La realidad me golpeó como un puñetazo en el estómago. Me había arrancado un diente.

—Hijo de perra. Me hiciste perder un diente. —La ira y la conmoción se arremolinaron en mi interior mientras miraba al hermano Patrik, jurando hacerle pagar por este acto de violencia.

—No te preocupes, Kat —dijo Erebus, con voz fría—. Arreglaré eso. Cuando salga de este confinamiento, lo arreglaré todo.

Si era capaz de liberarse de esta trampa mágica, no se sabía qué tipo de destrucción y caos traería sobre ellos. Aunque podía adivinarlo.

Pero al mirar a los miembros de Los Renegados, lo único que vi fue un grupo de gente en un extraño trance. No parecían estar escuchando las palabras del dios, o si lo estaban, no se daban cuenta de la gravedad de lo que decía.

Era como ver a un grupo de heroinómanos ansiosos por conseguir su próxima dosis.

El poder del dios era su droga.

Una sensación de bilis me subió al fondo de la garganta. Era una visión repugnante.

—¿Kat? ¿Estás bien? —preguntó Erebus, y pude ver la peligrosa luz en sus ojos. Sí. Iba a matar a todos los presentes, excepto a mi madre y a mí, claro.

—Claro. —Con esfuerzo, me balanceé hacia atrás y logré ponerme de pie. Me bamboleé al sentir un mareo. Sentí la sangre resbalando por mi barbilla, pero no me importó en ese momento. Estaba en sujetador, me sangraba la muñeca y ahora me faltaba un diente. Ahora que lo pienso, me alegro de que Dash no estuviera aquí. No tenía buena pinta.

—Llegó la hora, hermanos y hermanas —exclamó el Hermano Algar, y giré la cabeza para observar al imbécil—. Les prometí poder... y cumpliré esa promesa. —Levantó las tablas y gritó—: Ta zuq in'em. ¡Di vre sut ali!

De repente, una luz cegadora surgió del centro de las tablas, iluminando brevemente el rostro del mago y acentuando su aspecto demacrado.

Las luces salieron disparadas de las tablas y golpearon al dios de lleno en el pecho.

Erebus gritó y tropezó, cayendo de rodillas mientras luchaba por mantener el equilibrio.

Mierda. Esto estuvo mal.

Pero lo que vino después fue peor.

Tenebrosos tentáculos, como oscuros hilos, rezumaban de Erebus y se deslizaban hacia las antiguas tablas. Parecía como si las tablas estuvieran consumiendo su fuerza, pero también su propia esencia. Le estaban drenando la vida, lenta y seguramente, a cada momento que pasaba. Le estaban matando.

Un rápido vistazo a la sala y a las sonrisas y caras de emoción me dijo que a estos desgraciados les estaba encantando. Para ellos, esto era como ganar la lotería mágica.

Erebus se levantó lentamente y se me revolvió el estómago al ver la sangre que le salía por la nariz y la boca. Su cuerpo temblaba y me di cuenta de que se resistía.

Pero cuanto más lo hacía, más sangre goteaba de su nariz, su boca y ahora sus oídos.

—Te vas a arrepentir de esto —escuché que dijo con dificultad, salpicando todo de sangre.

—Ay, no lo creo. —El hermano Algar sonrió.

—Cuando me libere —gritó Erebus—, y lo haré. —Su rostro se arrugó de rabia—. Te mataré... *muy lentamente*.

El hermano Algar se rio maníacamente.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes matar algo cuando estás muerto? Y decían que no se podía. ¡Ja! Se los demostré. Les demostré que soy todopoderoso. Que yo, el hermano Algar, derroté al dios de la oscuridad.

—No me has vencido, mortal. —Las palabras del dios atravesaron el aire como puñales, su determinación era una fuerza palpable mientras su vida seguía agotándose. Podía ver el destino que todos compartíamos: la muerte. Pero incluso mientras estaba allí, viéndole alejarse, una furia ardiente echó raíces en mí.

Esta escena era como un déjà vu con la de Dash. Cuando esos bastardos lo castigaban porque no quería entregarme.

Odiaba con todas mis fuerzas a este grupo.

Desde que regresé a Moonfell, Los Renegados habían estado planeando esto, o algo parecido. Tratando de ganar poder, al principio, tratando de convocar a un rey demonio y ahora a un dios. No cualquier dios, sino a mi propio padre.

Eran un grupo de magos locos y hambrientos de poder. ¿Qué pasaría si tuvieran éxito? ¿Qué haría un mago demente como Algar con el poder de un dios? Era demasiado inquietante pensar en ello.

Los labios del hermano Algar se curvaron en una sonrisa malvada mientras seguía canturreando en un idioma que yo no entendía y que me importaba un bledo. Las tablas seguían drenando la fuerza vital de Erebus, actuando como una extraña máquina de diálisis que sólo le extraía sangre en lugar de devolvérsela.

—¡Alto! —grité, pero mi grito fue inútil y apenas audible por encima del cántico continuo del hermano Algar.

Pero entonces los ojos del hermano Algar se encontraron con los míos. Me había oído.

Pude ver la malicia y el odio en su mirada, la misma mirada que me había dirigido toda mi vida mi falso padre. Con una sonrisa cruel, ladró su orden a una figura alta que estaba a su lado, el mago llamado Patrik.

—Mata a la mestiza —ordenó con tono venenoso—. Su muerte completará el hechizo.

Tardé unos tres segundos en darme cuenta de que la susodicha mestiza era *yo*.

—¿Espera? ¿Qué? —grité.

Una afilada daga apareció en la mano de Patrik, la misma que había usado para rebanarme la muñeca casi hasta el hueso.

Esperaba que arremetiera contra mí, pero cuando se quedó ahí, con las piernas separadas, pensé que tal vez había cambiado de opinión.

Pero entonces, con un movimiento de su mano, disparó la daga directamente hacia mí.

Me lancé en dirección contraria justo cuando sentí un pinchazo caliente en el hombro. Tropecé y caí de rodillas, extendiendo ambas manos para detener la caída. En cuanto entré en contacto con la barrera mágica invisible, un dolor punzante me atravesó las manos como si las hubieran envuelto en llamas.

Pero ocurrió algo más.

Justo cuando mis manos entraron en contacto con el círculo de sangre marcado en el piso, el dolor cesó abruptamente.

Me quedé mirando con incredulidad al darme cuenta de que mi muñeca ensangrentada tocaba el círculo de sangre del mago, mientras que las yemas de mis dedos estaban justo fuera de sus límites. Tuve curiosidad, lo comprobé moviendo los dedos fuera del círculo y, efectivamente, se movían con libertad. Parecía que mi propia sangre contrarrestaba el hechizo del mago.

Se me dibujó una sonrisa en la cara.

Era libre.

# CAPÍTULO 25

No me importaba ni tenía tiempo para pensar en Los Renegados y en su falta de conocimiento respecto a mí —como semidiosa— y en lo que mi sangre podía hacerle a su magia.

Sólo quería patearles el culo de verdad.

Sí, había muchos más magos que yo, y extremadamente poderosos. Pero mi pensamiento era que si podía liberar a mi padre, Erebus, tendríamos una oportunidad de salir de aquí con vida.

Después de mirarme el hombro y ver sólo un pequeño corte, salí rodando del círculo de sangre.

El efecto de no estar en ese maldito círculo mágico fue inmediato, ya que sentí que mi cuerpo se fortalecía con cada respiración y que el mareo desaparecía. Mi muñeca no se había curado del todo, pero se estaba curando.

Por desgracia, todavía podía sentir un agujero donde me faltaba el diente. Supongo que no me podían crecer dientes posteriores.

Respiré hondo y me concentré en la oscuridad que me envolvía. Reuniendo todas mis fuerzas, extendí la mano y agarré las sombras, sintiendo cómo sus suaves tentáculos se deslizaban entre mis dedos como hilos sedosos. Atrayéndolas hacia mí, las moldeé y les di forma hasta que se fusionaron en una hoja afilada y letal.

La vacilación y conmoción del hermano Patrik al verme *fuera* del círculo mágico era todo lo que necesitaba.

Con un movimiento de muñeca, lancé mi puñal de sombra. Oí un ruido sordo seguido de un desgarro al clavársela en el cuello.

La sangre le manaba de la boca y el cuello. Sus labios se movieron como pidiendo ayuda. Luego se desplomó en el piso y no volvió a moverse.

Me preparé y miré a mi alrededor, esperando que el resto de los miembros se me lanzaran encima, pero todos tenían la mirada fija en el hermano Algar y en el poder que se estaba drenando de Erebus.

Imbéciles.

Aprovechando ese momento, corrí hacia mi madre. Canalizando mis sombras, las concentré en una poderosa explosión dirigida al piso debajo de sus pies. El hormigón estalló, lanzando fragmentos por todas partes y creando una explosión ensordecedora que resonó por toda la habitación. Sabía que los miembros lo habían oído. Pero valió la pena; el círculo que una vez había mantenido cautiva a mi madre había quedado completamente arrasado.

—Mamá. —Tomé su mano y la puse de pie—. ¿Puedes pelear?

Mi madre levantó la barbilla desafiante.

—Sí, puedo —respondió.

Sentí una oleada de energía procedente de ella junto con el aroma de pinos y flores silvestres: el aroma de la magia blanca.

—¡Maten a la mestiza! —gritó una voz.

Me giré y vi al hermano Algar señalándome. También vi una sonrisa en la cara de Erebus cuando se dio cuenta de que estaba al lado de mi madre y *fuera* de mi círculo.

—Bien —le dije a mi madre—. Porque tendrás que hacerlo.

Y entonces la sala estalló en movimiento.

Una tumultuosa masa de magos se abalanzó sobre nosotras, agitando salvajemente sus túnicas mientras avanzaban con una energía amenazadora. El aire crepitaba y zumbaba con sus cánticos mientras me preparaba para la avalancha de maldiciones que estaban a punto de desatar. El miedo y la adrenalina me aceleraron el corazón, pues sabía que enfrentarme a uno solo de aquellos poderosos seres casi me había costado la vida. Y ahora, enfrentadas a unos treinta y nueve de ellos, nuestras posibilidades de sobrevivir parecían escasas en el mejor de los casos. Nos atacarían en menos de diez segundos.

Solté un suspiro.

—Debí quedarme en la cama. —Con el corazón en la garganta, vi cómo los magos de Los Renegados nos rodeaban—. Prepárate —le susurré a mi madre, intentando parecer más valiente de lo que me sentía.

Asintió con la cabeza, con el sudor brillándole en la frente mientras las figuras de túnica oscura se acercaban. Sentía cómo aumentaba mi propio pánico, pero sabía que teníamos que mantener la concentración. Nuestras vidas dependían de ello. ¿Quién sabía? Quizás sobreviviríamos a esto… Bueno, no lo creía.

Pero caería peleando.

Un mago se acercó, sus ojos ardían con una ferviente determinación.

—No puedes ganar contra Los Renegados, bruja —se burló—. Ni siquiera con esa debilucha de tu madre.

Apreté la mandíbula, preparándome.

—Me arriesgaré —respondí, rodeándome de sombras.

Sentí un estallido de energía a mi lado y vi altas llamas amarillas que brotaban de las manos de mi madre.

—¡Mueran, bastardos! —gritó mientras lanzaba su fuego elemental contra dos de los magos que se acercaban. Las llamas ardieron con una ferocidad equiparable a su determinación, envolviendo a los magos en un infierno abrasador antes de que pudieran siquiera intentar contraatacar. Sus cuerpos cayeron al piso como troncos

carbonizados, sin rival para el poder de mi madre.

Qué bien.

Un movimiento a mi izquierda me hizo girar.

Un mago se acercó a mí, con movimientos tan fluidos como las espirales de magia roja que adornaban sus brazos. Una sonrisa malvada se dibujó en su rostro al ver mi expresión, probablemente de agotamiento.

—¡Aq mi ezter! —gruñó, empujando hacia mí sus palmas extendidas.

Anillos de fuego rojo abrasador salieron disparados hacia mí, chamuscando mi piel con su calor a medida que se acercaban.

Pero yo aún no había terminado. Ni mucho menos.

Con agilidad, invoqué las sombras a mi alrededor y formé un escudo protector. Levanté el escudo de sombras que llevaba atado al antebrazo derecho justo cuando me alcanzó una descarga de fuego rojo.

Una y otra vez. Cada golpe contra mi escudo de sombra sonaba como un martillo contra un yunque. El bastardo era fuerte. La magia crepitaba y chisporroteaba, enviando calor a mi piel, pero mi escudo de sombra se mantenía firme.

Mis emociones surgieron como maremotos en mi interior: ira, miedo y dolor, que alimentaron mi magia y me dieron fuerzas para contraatacar. Pero éste era sólo uno de los magos. Había muchos más.

El asalto se detuvo de repente. Miré a mi atacante por encima de mi escudo de sombras. Sus labios se movían en un oscuro encantamiento mientras preparaba otro hechizo.

Ya yo iba un paso por delante.

Dejé caer el escudo y manipulé las sombras, haciéndolas girar y transformándolas en una lanza. Mi arma preferida.

Con un estallido de energía, lancé mi lanza de sombra por los aires, girando y dejando estelas de oscuridad mientras alcanzaba al mago de lleno en su pecho.

Soltó un grito de furia y luego no oí nada cuando cayó al piso envuelto en un torbellino de ropas oscuras.

Apenas tuve tiempo de recuperar el aliento cuando otro mago saltó hacia mí.

Me tambaleé y me dio un mareo, pero logré ignorarlo mientras moldeaba mis sombras en otra daga mortal. Luego agarré mi escudo de sombras y me lancé hacia adelante. Sabía que cada golpe, cada desvío y cada bloqueo eran cruciales. El mago que tenía delante era tan fuerte y hábil como el anterior, y me esforcé por igualar su poder.

—No puedes vencer —gruñó, con la voz llena de arrogancia—. Tu magia es débil comparada con la nuestra. No eres nada.

—Si eso es cierto, ¿por qué mi sangre era tan valiosa para ustedes?

—le respondí, disfrutando de la ira que se reflejó en su rostro durante un segundo—. ¿Ves? No soy nada.

Silenciosa y mortal, la mano del mago salió disparada hacia mí. La magia azul crepitaba con un poder siniestro, demasiado rápido para que mis ojos pudieran seguirlo. Pensando con rapidez, levanté mi escudo mientras los rayos eléctricos se estrellaban contra él. Pero no pude aguantar mucho; el peso de su ataque me aplastaba.

—¡Muere, mestiza! —gruñó el mago, acercándose a mí con su implacable magia azul brotando aún de la punta de sus dedos.

Me puse de pie de un salto, giré en círculo y le lancé una daga de sombra con una precisión mortal.

La daga lo tomó por sorpresa, atravesándole el pecho. Su cuerpo convulsionó y cayó al piso con un ruido sordo.

Cuando se me pasó la adrenalina, retrocedí dando tumbos, sintiendo la pesada carga que me había causado el uso de la magia. Me temblaban las piernas mientras luchaba por mantenerme de pie. Estaba agotada por el esfuerzo, pero seguía viva.

De vez en cuando vislumbraba fuego amarillo y veía a mi madre peleando contra dos magos. Tenía la cara pálida y el sudor le caía por la frente y los ojos. Le temblaban los dedos al lanzar una descarga de fuego. Todo su cuerpo temblaba de agotamiento.

Estaba cansada. No iba a lograrlo.

Perdí de vista al hermano Algar bajo la multitud de la batalla, pero sabía que estaba aquí en alguna parte, robando la esencia de Erebus, su poder divino.

Pero en este momento, necesitaba ayudar a mi madre.

—¡Kat! —La voz de Erebus tronó a mi alrededor justo cuando corría en ayuda de mi madre—. Tienes que liberarme. No puedo ayudarte hasta que lo hagas.

Mierda. Era verdad. Incluso si me las arreglaba para salvar a mi madre, no podíamos derrotar a todos Los Renegados por nuestra cuenta. Necesitábamos ayuda. Y Erebus era esa ayuda.

Necesitaba liberarlo de esa estrella.

Me detuve y retrocedí.

—Sí. Voy a eso.

Fue más fácil decirlo que hacerlo cuando me di la vuelta y me encontré no frente a uno, sino frente a tres magos.

—Mierda.

Me lancé hacia la izquierda, pero era demasiado tarde.

Una punzada de dolor me recorrió el brazo derecho y me tiró al piso. Perdí el control de mi magia y mi escudo de sombras se desintegró en una nube de niebla.

El olor a metal llenó mis fosas nasales mezclado con el hedor acre del pelo quemado. Me revisé frenéticamente en busca de señales de

quemaduras, pero no encontré ninguna.

Esto no era bueno.

Me levanté, con la adrenalina por las nubes, mientras buscaba a mi alrededor el origen del ataque. Los tres magos se quitaron las capuchas y mostraron sus rostros. Eran hombres corrientes de mediana edad. Pero sabía que no debía subestimarlos. Eran asesinos entrenados y estaban aquí por mí.

Respiré hondo, intentando sofocar el pánico que amenazaba con apoderarse de mí. *Concéntrate*, me recordé. Tenía que encontrar la manera de salir de este desastre.

Y lo lograría liberando a Erebus.

—Nada personal —dijo uno de los magos, el único que parecía estar intentando dejarse crecer la barba—. Sólo necesitamos que mueras.

—Qué encantador —refuté, sabiendo que una vez que los atravesara —eso *si* los atravesaba— me esperaba otro grupo de magos.

El mago líder se adelantó, con ojos fríos e ilegibles detrás de sus gafas.

—Sólo hacemos lo que se espera de nosotros. Tú y tu madre morirán esta noche. Pensé que debías saberlo.

—Sigo esperando, Kat —llegó la voz de Erebus.

—¡Dame un minuto! —le grité. Para ser un dios, le faltaba paciencia.

Los dedos del mago líder se crisparon mientras preparaba la maldición que iba a lanzarme.

—No tienes ni un minuto —respondió como si le estuviera hablando a él.

—No hablaba contigo, imbécil.

El mago se burló.

—¿Alguna vez has presenciado cómo se extinguía la luz de los ojos de alguien? ¿Sentiste el terror cuando se dieron cuenta de su muerte inminente, pero eran impotentes para detenerla?

—¿Supongo que esperas un *sí*? —Esta era una conversación muy extraña. Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Tenía que concentrarme en liberar a Erebus. Tenía que hacerlo rápido. Los magos se acercaban y no tenía mucho tiempo.

Al mago barbudo se le escapó un gruñido cuando envió una ráfaga de energía azul hacia mí. Apenas tuve tiempo de lanzarme a un lado para evitar el ataque. Después de caer al piso y rodar hasta ponerme de pie, salté y me preparé para defenderme de la magia del mago, que seguía avanzando.

Sí, era más rápido y poderoso de lo que había previsto. Pero podía lidiar con eso.

El mago barbudo frunció el ceño y envió otra oleada de energía

azul hacia mí.

Pero yo iba un paso por delante de él.

Reuniendo las sombras a mi alrededor, las moldeé en otro escudo aún mayor.

Lo levanté mientras la magia del mago golpeaba. Una y otra vez, como un rifle de asalto.

—Tus pequeños trucos no te salvarán —se burló uno de los magos mientras yo me escondía bajo mi escudo.

—Hasta el momento todo va bien —le grité, con el corazón acelerado, y pude sentir otra pérdida de energía.

Mi magia se estaba desvaneciendo.

Incluso con todas las sombras a mi disposición, no era invencible ni inmortal. Eventualmente, mi magia se acabaría. Y entonces... no quería pensar en eso.

—Eres demasiado débil. Lo más inteligente es rendirse. Déjate morir.

¡Ni loca! Si me detenía ahora, con toda seguridad moriría, mi madre moriría y Erebus moriría... o lo que fuera que les ocurriera a los dioses cuando sufrían su verdadera muerte.

Respiré hondo, miré por encima del escudo a mis asaltantes y me preparé para desatar mi magia. Pero entonces vi algo.

Una abertura directa a Erebus.

Era mi única oportunidad. Sabía que era un movimiento arriesgado, pero tenía que confiar en mis instintos.

Y tenía que hacerlo rápido. No sabía cuánto tiempo me quedaba hasta quedarme sin magia. Tal vez unos minutos más. Y mirando a mi derecha, el cuerpo encorvado y la respiración agitada de mi madre no parecían estar en mejor estado.

Necesitábamos liberar a Erebus. Ahora.

—Nunca ganarás esto —oí decir a uno de los magos, pero yo ya me estaba moviendo.

Salí disparada hacia la abertura, que en realidad no era más que un espacio en medio del muro de magos. Justo delante, Erebus estaba aprisionado, todo tembloroso mientras luchaba contra la atracción de su esencia hacia las tablas.

Tres metros y estaría allí. Dos metros y medio. Pronto, todo esto terminaría. Dos metros...

Una fuerza me golpeó en la parte baja de la espalda y me hizo volar por el sótano. El viento se me escapó al chocar contra el frío cemento, y el sonido de mi cabeza al golpear el piso retumbó en mis oídos. Sentí que algo se rompía y supe que no era nada bueno.

El mundo a mi alrededor se volvía borroso y mi visión se llenaba de manchas blancas y negras. Mi cuerpo yacía retorcido sobre el frío piso de cemento, con las extremidades temblorosas de dolor. Sentía

sangre en la boca. Sabía que *eso* era malo. El dolor era como un millar de cuchillos, cada uno perforando mi carne en una danza lenta y agonizante. Sentí un repentino flujo de agonía, y luego se calmó.

—¡Kat! —Oí la voz de mi madre a través del martilleo en mis oídos.

Levanté la vista y vi su cara de preocupación. Tragué saliva.

—Estoy bien. —No estaba bien, pero ¿qué se suponía que tenía que decir?

Me rodeó con los brazos y me ayudó a ponerme en pie. Me levanté despacio, con los músculos protestando por el repentino movimiento. Tenía algunos cortes más en la cara y los brazos, y su aspecto era parecido al que yo tenía.

Miré hacia Erebus y vi que un grupo de magos formaba un escudo alrededor de él y del hermano Algar, lo que me impedía acercarme. Mi cuerpo estaba agotado y me faltaban las fuerzas para luchar contra todos ellos. Aunque estuviera en modo magia total, eran demasiados.

Sin la ayuda del dios, estábamos jodidas.

Me ardían los ojos con lágrimas de rabia. No podía creer que había fracasado. Debí ser más fuerte y más rápida. Tal vez así podría haber llegado a Erebus a tiempo.

Mi madre me tomó de la mano, aparentemente sintiendo mi desesperación. Sus ojos brillaban de arrepentimiento y dolor.

Nos quedamos allí, agarradas una a otra, para afrontar juntas el final. Era difícil de aceptar. Pero incluso con nuestra magia combinada, no pudimos derrotarlos.

Me armé de valor y me preparé para morir.

# CAPÍTULO 26

Pero parecía que no iba a morir. Bueno, no hoy, al menos.

El aire se llenó del agudo y amargo aroma de la magia cuando el grupo de magos más cercano a nosotros alzó la voz y las manos al unísono.

Y entonces un ruido estalló detrás de nosotras.

Parpadeé confundido ante lo que vi. Un grupo de paranormales entró corriendo en la habitación.

No cualquier grupo. Vi a Dash bajar primero por las escaleras del sótano seguido de cerca por Kolton. Nuestras miradas se cruzaron un segundo, y las suyas se endurecieron al ver en qué estado me encontraba. Y luego lo perdí de vista detrás de Blake —sí—, tuve que asegurarme de que mis ojos no me estaban engañando. Después vi la cara de Annette y luego la de Tilly con Cristina detrás de ella. Luther y un grupo de sus magos entraron de últimos.

—¿Quiénes son esos? —preguntó mi madre, con la sorpresa en lo alto de la voz.

Sonreí, sintiendo un repentino nudo en la garganta.

—Apoyo. —No tenía ni idea de cómo sabían que estábamos en problemas. Tal vez Luther había decidido venir después de todo. En cualquier caso, no me importaba. Estaban aquí. Todos ellos.

—¡Mátenlos! —gritó el hermano Algar—. ¡Maten al cambión!

La mitad de los magos dirigieron su atención a mi hermoso medio demonio.

Dash tenía una extraña sonrisa en la cara. Como si hubiera estado esperando esto. Como un regalo de cumpleaños que había estado anhelado durante mucho tiempo. No se inmutó en absoluto por el hecho de que veinte magos altamente cualificados estuvieran a punto de atacarlo.

En un estallido cegador de luz y magia, la forma humana de Dash quedó envuelta en la oscuridad. Del humo emergió una bestia imponente, de tres metros de puro poder depredador. Su pelaje oscuro y espeso estaba erizado con rabia primitiva, su cabeza de león estaba adornada con amenazadores cuernos como los de un toro y sus garras brillaban como cuchillas mortales. La criatura, Dash, se abalanzó sobre los magos y los atravesó como una tempestad furiosa. Y con cada rugido que resonaba en el sótano, el aire se espesaba con el aroma de la sangre.

Era hermoso.

Ahora que Los Renegados no podían controlar a Dash, dudaba que pudieran hacer algo para detener su ira.

De repente, un destello de pelaje negro y gris y un gruñido llenaron el aire, seguidos de un horrible sonido de desgarro. Un destello de luz. Y entonces dos lobos enormes se pararon donde Kolton y Blake habían estado segundos atrás. Un lobo negro y otro gris.

Los lobos enseñaron los colmillos con un gruñido feroz. Luego, con un estallido de energía de sus patas traseras, arremetieron contra el grupo de magos, desgarrando sus defensas con ferocidad despiadada. Luther y sus magos desataron un aluvión de magia blanca y oscura, creando una explosión de colores. Era como ver fuegos artificiales en un espacio reducido.

Y entonces Annette estaba allí.

—¡Desgraciados! —gritó, con una mirada enloquecida—. ¡Esto es por mis hijas! —Su voz se quebró por la emoción. Con los brazos enloquecidos, Annette soltó una andanada de bolas de fuego que chisporrotearon y crepitaron en el aire, lanzándose hacia los desprevenidos magos que estaban al otro lado de la habitación. El intenso calor y las brillantes llamas iluminaron la oscuridad, proyectando sombras espeluznantes sobre las paredes de piedra y revelando el rostro de Annette arrugado por la rabia.

Supongo que eso es lo que pasa cuando te metes con los hijos de una madre.

Luego, llegó Cristina. Metió la mano en su bolso, dijo unas palabras que no pude captar y les lanzó un puñado de sus piedras mágicas. Como centelleantes fragmentos de cristal, emitieron un suave zumbido al tomar impulso. Golpearon a los magos con una fuerza explosiva, haciéndolos saltar por los aires y tambalearse.

Necesitaba quedarme con algunas de esas piedras.

Vi a Tilly de pie, con las piernas abiertas y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, con el ceño fruncido mientras miraba a dos magos. La confusión se extendió por los rostros de los magos, que se apartaron lentamente de mis amigos y empezaron a atacarse con su magia.

Buen truco.

Los magos, sorprendidos por la repentina oleada de ataques, intentaron reagruparse, pero ya era demasiado tarde.

Volteé hacia mi madre.

—Tengo que liberar a Erebus.

—Ve. —Mi madre me empujó—. Apresúrate.

Me lancé a la batalla, ignorando el caos y la violencia que se arremolinaban a mi alrededor mientras salía corriendo hacia el dios, también conocido como mi padre.

Vi a Erebus. Era difícil no verlo. De pie dentro de su estrella de

ocho puntas.
—¿Dónde está el desgraciado de Algar? —pregunté, mirando a mi alrededor en busca del líder de Los Renegados, pero sólo veía túnicas arremolinadas, pelaje, dientes y chispas de magia.
—No lo sé —respondió el dios—. Sácame de esta trampa.
Me corría el sudor por la frente mientras arrastraba frenéticamente mi bota por la estrella negra y cortaba las líneas precisas.
—Ya está. Ya está. Eres libre.
Pero la expresión de Erebus no cambió.
—No funcionó.
Se me encogió el corazón.
—¿Qué? ¿Estás seguro?
Me miró con escepticismo.
—Sí.
—Bueno. —Solté un suspiro justo cuando un grito familiar sonó en mis oídos.
Me di la vuelta.
Mi madre estaba acurrucada en el piso. Alistair estaba de pie sobre ella, con la cara retorcida de rabia, mientras de sus dedos salían tallos de magia púrpura que rodeaban el cuello de mi madre como un rusane. Pero no era un rusane. Era una trampa de pesadilla, la misma que había usado conmigo en su fiesta.
Intentaba asfixiarla hasta matarla.
—¡No! —Intenté moverme, pero no fue necesario.
La forma de Kolton apareció detrás de Alistair. Y con un gran zarpazo, el cuello de mi padrastro se partió en un ángulo antinatural y cayó al piso.
Parpadeé.
—Y no sentí nada.
Con un estallido de luz, el cuerpo del gran hombre lobo negro se transformó en un hombre.
Kolton se arrodilló y agarró a mi madre en sus brazos. Aparentemente, a ella no le molestó el hecho de que estuviera desnudo. Lo siguiente que recuerdo es que se la había llevado lejos de la batalla y había desaparecido escaleras arriba.
Bien. Al menos no tendría que preocuparme por ella.
—Tienes que liberarme, Kat —repitió Erebus, atrayendo de nuevo mi atención hacia él.
—¡Lo sé! ¿Pero cómo? No se me da bien esto de sumar. Dime qué tengo que hacer.
El dios encogió los hombros.
—Este es tu espectáculo. Pero si tuviera que adivinar, apostaría por esas tablas.
—¿Las tablas? —Ah. Me di la vuelta, buscando al hermano Algar

otra vez. Por fin lo vi al otro lado del sótano, corriendo hacia la abertura del túnel secreto que había encontrado con la ayuda del rusane. Llevaba las tablas en los brazos.

—Ah, no, no te escaparás.

Salí disparada hacia adelante, corriendo tan rápido como podía aunque no estaba curada al cien por ciento. Más bien un setenta y cinco. ¡Ey, eso estaba por encima promedio, y lo acepté!

Justo cuando el hermano Algar llegó a la entrada del túnel, moví la muñeca y le lancé una andanada de sombras.

La fuerza golpeó al desprevenido mago en la espalda. La explosión lo hizo volar junto con las tablas, que se le escaparon de las manos.

De rodillas, con una expresión maníaca en su rostro pálido y venoso, el hermano Algar se arrastró hacia donde habían caído las tablas.

Pero yo ya estaba allí y los agarré.

—¡Devuélvemelas! —gritó el mago mientras se levantaba más rápido de lo que hubiera creído que podía hacerlo un hombre de su edad.

—Déjame pensarlo… *no* —Podía sentir la magia que emanaba del mago y sabía que estaba a punto de invocar toda la magia que pudiera reunir y lanzarla contra mí.

Esta vez no.

Lancé las tablas al aire, lejos de mí.

Y entonces les lancé mi magia.

Una ráfaga de sombra chocó contra las tablas, provocando un destello cegador de luz blanca y un estruendo ensordecedor. A mi alrededor llovieron fragmentos de piedra mientras las tablas quedaban reducidas a escombros.

—¿Qué hiciste? ¡Puta estúpida! —gritó Algar, con manchas rojas en la cara—. ¡Te mataré! —Levantó una mano hacia mí, pero al segundo siguiente, Erebus estaba allí.

—Hola. Creo que no nos conocemos bien —dijo Erebus, dios de la oscuridad y las sombras, y juraría que vi una mancha húmeda extendiéndose por la parte delantera de la túnica de Algar.

Una repentina ráfaga de viento azotó el sótano, arrastrando consigo una arremolinada tormenta de magia. El cuerpo de Erebus pareció disolverse en la oscuridad, como si se fundiera con ella. La oscuridad se extendió y se expandió, consumiendo todo a su paso.

Se movía con un propósito casi consciente, envolviendo hambrientamente a los magos restantes en su abrazo mortal. No tuvieron oportunidad de reaccionar, ni siquiera de gritar, antes de ser engullidos por la oscuridad que todo lo consumía. Era como si la propia muerte hubiera venido por ellos, manifestándose en esta poderosa fuerza que ahora llenaba el sótano. El aire apestaba a carne

carbonizada y terror, un recuerdo inquietante de los vanos intentos de los magos por escapar de su destino.

En unos cinco segundos, Los Renegados estaban muertos. Incluso Matías. El único que quedaba era el hermano Algar.

En un instante, Erebus volvió a estar a mi lado, pero esta vez tenía a Algar agarrado por el cuello.

Fue un gran espectáculo visual.

Sentí un movimiento detrás de mí y apareció Dash, su forma humana vestida sólo con unos jeans. Me puso una mano en la parte baja de la espalda mientras se unía a mí.

—¿Estás bien? —preguntó Dash, con auténtica preocupación, su voz era suave pero sus ojos seguían ardiendo de ira.

—Sí, lo estoy. —Me alegré por el consuelo, pero hasta que no supiera que todos estaban a salvo y vivos, no podía relajarme.

Y sólo cuando vi a Annette, Tilly, Cristina, Luther y sus magos, e incluso a Blake, empecé a relajarme. Todos estaban vivos.

—Nos volveremos a ver, Kat —dijo Erebus, girándome para que lo mirara—. Ahora que sé de tu existencia. Trato de involucrarme con todos mis hijos.

Levanté una ceja.

—¿Cuántos hijos tienes? —La idea de tener cientos de hermanastros y hermanastras me resultaba extrañamente emocionante.

Erebus sonrió, mostrando unos dientes perfectamente rectos y demasiado brillantes para ser naturales.

—Depende de en qué siglo.

Me eché a reír.

—Bien. Entonces, ¿qué va a pasar con él? —señalé al Hermano Algar, todavía colgando de la gran mano de Erebus como una marioneta mojada. Sí. Totalmente mojado.

La sonrisa del dios desapareció cuando levantó al mago con facilidad.

—Será torturado durante algunos siglos.

—Suena divertido —dije, sabiendo que una muerte rápida no sería satisfactoria tratándose de él.

Erebus se encontró con mi mirada.

—Deberían irse pronto.

—¿Y eso por qué? —pregunté, justo cuando sentí un pequeño temblor bajo mis pies, como el temblor de un terremoto.

El dios simplemente dijo:

—Porque este edificio se va a venir abajo. Preferiría que no estuvieras aquí cuando lo haga.

Asentí con la cabeza.

—Gracias por el aviso.

Erebus extendió la mano que tenía libre y me agarró la muñeca. Sentí una pequeña chispa como una descarga eléctrica cuando la soltó.

Erebus sonrió.

—Adiós, Kat.

—Adiós, Erebus —respondí porque papá no me pareció apropiado. Era un dios, después de todo.

Y entonces, en un parpadeo, se había ido.

Me quité la camiseta ensangrentada de la muñeca.

—Guao. Ni siquiera una cicatriz. —Me quedé mirando lo que debería haber sido una cicatriz oscura en la muñeca, pero no vi nada. Estaba curada sin ni siquiera una señal de que me había cortado. Cuando me pasé la lengua por el agujero de las encías, ya no estaba allí. En su lugar estaba el diente que me faltaba.

Un fuerte y repentino sonido de desgarro emanó a nuestro alrededor. Y entonces el techo del sótano tembló al caer polvo y escombros.

—Vámonos —dijo Dash, jalándome con él.

Juntos, subimos corriendo las escaleras del sótano, bajamos el pasillo y salimos por la puerta principal justo cuando cayó la primera placa de yeso. No tenía ni idea de dónde estaba Fender Bender. No lo había visto entre los magos. Tal vez no estaba allí.

El estruendoso temblor del edificio al derrumbarse resonó en el aire mientras nos adentrábamos en la fría noche y bajábamos por el largo camino de entrada. Me detuve junto a Dash, con la respiración entrecortada. Annette, Tilly y Cristina estaban a nuestro lado, igual de agotadas. Detrás de nosotras venían Blake, Luther y sus magos.

Mis ojos se desviaron hacia donde estaba mi madre junto a Kolton, con un aspecto impecable como siempre. Y estaba vestido. ¡Quién lo diría!

Pero mi atención se centró en la mansión en ruinas.

El estruendo de las piedras y las astillas de madera resonó en la silenciosa noche, mientras el edificio gemía y exhalaba su último suspiro.

Sentí una extraña satisfacción al verlo derrumbarse en un montón de basura. Me quedé mirando hasta que de aquellos horribles recuerdos no quedaron más que cenizas.

# CAPÍTULO 27

El Blue Demon rebosaba con la energía estridente que sólo un sábado por la tarde podía tener.

Al entrar, mis sentidos fueron asaltados por una cacofonía de voces. Caras conocidas y desconocidas se agolpaban en la sala, una mezcla de criaturas sobrenaturales —brujos, hombres lobo, metamorfos y vampiros— que se mezclaban en un restaurante de tamaño mediano. Mis ojos los recorrieron hasta que vi a Cristina, con el brazo entrelazado con el hombre que reconocí como su marido.

Entre las ruidosas voces y risas, divisé a Helen, la alcaldesa de Moonfell, que me había incitado a venir aquí para investigar la muerte de uno de sus habitantes adolescentes. Estaba bebiendo una copa de vino blanco mientras disfrutaba de lo que Annette le estaba contando. Liam no aparecía por ninguna parte, pero yo sabía dónde estaba. En casa con las niñas.

Annette me sorprendió mirándola y me saludó entusiasmada como si fuéramos viejas amigas.

No pude evitar devolverle la sonrisa. Ayer mismo pensé que había perdido su amistad para siempre. Pero la bruja blanca había venido a mi rescate, por así decirlo, acompañada de Tilly y Cristina. Mis amigas.

Si me hubieran preguntado hace meses si tenía amigos, habría dicho que no, pero tenía muchos conocidos. No amigos.

Pero hoy, respondería que sí. Tenía amigos en los que podía confiar.

Todavía me estaba acostumbrando a todo eso de los amigos, a que me invitaran a cenar y a compartir información personal —todavía estaba trabajando en *eso*—, pero parecía que eso formaba parte de tener amigos. Compartir.

Divisé a una hermosa bruja de mediana edad, de largo cabello castaño y brillantes ojos color avellana. Era mi madre. Iba vestida de forma más informal de lo que yo estaba acostumbrada a verla, con unos pantalones negros y un top rojo que acentuaba su tez aceitunada.

Lo que fue más inesperado fue el hombre al que sonreía y con el que parecía *muy* cómplice.

Kolton.

Los dos parecían inseparables desde la noche anterior. Era obvio para cualquiera con neuronas que se gustaban. Sonreí. Kolton era lo mejor que había. Y mi madre se merecía algo de felicidad. Diablos,

ahora ella era libre.

Era la única que sonreía mientras su casa se derrumbaba anoche. Parecía que ella estaba tan feliz de verla desaparecer como yo.

—Era guapo y amable... Me sentía sola... —me había dicho mi madre cuando me había dado el USB la noche anterior después de ver cómo su casa se reducía a la nada.

Levanté una mano.

—No hace falta que me lo expliques. —Dios, no—. Pero Brad podría tener algunas preguntas. —Puede que mi hermano no me caiga muy bien, pero acaba de perder a su padre y la casa de su familia.

—Puedo encargarme de él —dijo mi madre.

—Pues, bien. Bueno, como ya no tienes casa... ¿qué tal si vienes y te quedas conmigo y con la tía Luna una temporada?

A mi madre se le iluminó la cara.

—Eso me gustaría.

Lo que explicaba la expresión de sorpresa de mi tía Luna cuando nos vio entrar a las dos en su casa, a mí en sujetador cubierta de sangre seca y a mi madre magullada y sangrando.

—Por las pelotas de Satán. Lo he visto todo —había respondido mi tía Luna después de que le contara los sucesos de la noche: que mi verdadero padre era el dios Erebus, la muerte de mi padrastro, la destrucción de la casa de mi familia y, por último, la desaparición de Los Renegados.

Una noche dura.

Respiré hondo y miré a mi alrededor. Logré ver a Tilly apoyada en Blake mientras frotaba una mano sobre su musculoso brazo. El hombre lobo se inclinó hacia ella y la besó. Cuando se separó, la expresión de amor en el rostro de Tilly casi me hizo llorar. Llevaba años enamorada del gran idiota, o eso me habían dicho, y a él no le había interesado o simplemente no se había fijado en ella. Mi teoría era que se debía a su relación con Annette. Blake probablemente no quería salir con alguien tan cercano a la esposa de su mejor amigo. Supongo que había cambiado de opinión.

—Ya habías tardado mucho —murmuré.

La noticia de la caída de Los Renegados se había extendido como una de las maldiciones de Rita, y parecía que todo el pueblo se había agolpado en el restaurante de Kolton. Por supuesto, había muchas otros cafetines en el condado, pero éste ocupaba un lugar especial en los corazones de todos. Era acogedor, familiar, casi como un hogar lejos de casa para mí.

Y después de la noche que había tenido, necesitaba algo placentero en este momento.

Apoyando los codos en la elegante barra de madera, tomé asiento en el taburete y dejé que los recuerdos de la noche anterior se

desvanecieran.

La batalla contra Los Renegados fue fuerte. La revelación de que mi padre biológico era un dios, bueno, eso fue lo que me mantuvo despierta la mayor parte de la noche.

Yo era una semidiosa. ¿Una semidiosa? No, eso no sonaba bien. Tendría que buscar la nomenclatura adecuada e investigar seriamente sobre el dios Erebus. Sí, había sido el shock del siglo enterarme de que era mi verdadero padre. Pero también me dio respuestas a todas las preguntas que tenía sobre mis habilidades mágicas. Siempre me había sentido diferente a las demás brujas, y ahora sabía por qué. Sólo era medio bruja, y la otra mitad era divina.

¿Habría cambiado mi niñez si hubiera sabido la verdad? ¿Habría crecido con más confianza en mí misma? Seguramente. Pero habría crecido al margen de los demás. Yo era diferente. A la gente no le gustaba lo diferente. Y aunque hubiera querido guardarme esta revelación para mí, ya era demasiado tarde. Todos los que vinieron anoche a casa de mi madre vieron al dios atrapado y oyeron que yo era su hija.

No estaba segura de cómo se sentiría el condado conmigo ahora. Supongo que el tiempo lo dirá.

La admisión de que Erebus era mi padre no me cambió, no fundamentalmente. Siempre supe que era única. Sólo que no sabía por qué era diferente. Y ahora lo sabía.

—¿Qué puedo servirte?

Levanté la vista al oír la voz, que me sacó de mis pensamientos.

—¿Remy? ¿Desde cuándo trabajas aquí?

La belleza del vampiro seguía siendo intemporal e impactante. Con su pelo negro, sus espesas pestañas, sus ojos oscuros y su mandíbula cincelada, era sencillamente guapísimo. Y él lo sabía.

—Ahora soy el gerente —respondió con esa voz sensual.

Me incliné hacia adelante, curiosa.

—¿De verdad? Estupendo. ¡Felicidades!

Remy extendió las manos sobre la lisa barra.

—Parece que mi atractivo para las hembras subió un porcentaje enorme desde mi nuevo puesto. La gerencia es sexy.

Me reí, aunque sabía lo que quería decir.

—No sabría decirte. —Esperé a que comentara algo más, pero no lo hizo—. Tomaré un café.

Vi cómo Remy se ponía a trabajar en mi café. Las tres preciosas veinteañeras que había al final de la barra observando al vampiro como si fuera una celebridad me hicieron pensar que Remy tenía razón.

—Aquí tienes —dijo el vampiro mientras colocaba delante de mí una taza de humeante café caliente.

—Gracias. —Añadí dos leches, removí y tomé un sorbo—. Hmm. Está bueno.

—¿Estás esperando a alguien? —Remy se inclinó sobre el mostrador, demasiado cerca de mí. Su colonia almizclada era muy agradable.

Me eché hacia atrás.

—En realidad lo estoy.

Enarqué una ceja.

—Ese guapo semidemonio, ¿verdad? ¿Ustedes dos son algo?

Pensar en Dash me hizo sonreír.

—Así es. Pero no es a él a quien espero.

Una sonrisa diabólica curvó sus labios.

—Ojalá me estuvieras esperando a mí.

—Ya, no sigas. —Le hice un gesto con la mano—. Esas chicas te están esperando.

El vampiro encogió los hombros.

—Demasiado jóvenes. Demasiado delgadas. Demasiado aburridas.

Escupí un poco de mi café.

—Eres malo.

—¡Qué bien lo sabes! —ronroneó Remy.

—Katrina —dijo una voz detrás de mí.

Me giré y vi a Luther de pie. Sus anchos hombros estiraban la tela de su largo abrigo negro, resaltando su musculatura. Estaba vestido completamente de negro, desde la camisa y los pantalones hasta las botas de cuero pulido.

—¿Lo tienes? —preguntó el jefe de seguridad del Consejo Gris.

Dejé la taza sobre el mostrador.

—Directo al grano. Eso me gusta. —Mientras giraba para buscar mi bolso, me di cuenta de que Remy se había ido y estaba hablando con otro cliente.

Metí la mano en el bolso, encontré un pequeño objeto rectangular y lo saqué.

—Toma —le entregué la pequeña unidad USB—. Ahí está todo. Lo revisé anoche. Encontrarás nombres, propiedades y rastros de transacciones que abarcan décadas. Hay pruebas de lavado de dinero y otras actividades ilegales de Los Renegados. Todo lo que necesitas para encerrarlos… al menos, a los que siguen vivos. —Tenía la fuerte sospecha de que aún quedaban más de esos malvados bastardos. Pero ahora, gracias a las pruebas que había reunido mi madre, nunca podrían volver a reunirse sin enfrentarse a graves repercusiones: la muerte o la cárcel.

Luther guardó la memoria USB.

—¿Entonces estamos bien? —Me aventuré—. ¿Todos los cargos contra mí serán retirados y los de Dash también?

—Si las pruebas resultan ser suficientemente buenas, sí —respondió Luther, aunque no estaba segura de que eso fuera un sí definitivo. Sin embargo, parecía que era la única respuesta que iba a obtener.

—Pues bien —dije.

Luther me observó un momento.

—Si alguna vez necesitas ayuda, ya sabes cómo localizarme.

Abrí la boca para darle las gracias, pero ya se había dado la vuelta y caminaba hacia la salida.

—Fue un placer hablar contigo —murmuré. Aunque su partida me recordó que tenía que estar en otro sitio.

Saqué algo de dinero y lo dejé en la barra para el café, agarré mi bolso y me encaminé hacia la salida.

—¿Te vas tan rápido? —Annette puso su cuerpo en mi camino—. Acabas de llegar.

—Lo sé. Pero sólo vine a entregarle la prueba a Luther.

—Ah. —La bruja se volvió hacia la salida justo cuando la puerta se cerraba detrás de Luther—. ¿Y cómo salió todo? ¿Todo está en orden otra vez?

Encogí los hombros.

—Más o menos. No me dio una respuesta definitiva. Pero en ese disco hay más de lo que necesitará. —Y había hecho una copia para mí. Por si acaso.

—Ah, bien. —Annette tomó un sorbo de su vino—. Tu madre se ve feliz. Y Kolton también. Cielos, podrían tener unos bebés preciosos.

Solté una carcajada.

—Eres la única bruja que conozco que estaría pensando en bebés en este momento.

La bruja se rio.

—¿Qué puedo decir? Me encantan los niños. —Se inclinó más hacia mí—. Tú y Dash harían unos preciosos bebés semidemonios, semibrujos, semidioses. No, espera. ¿O es cuarto-demonios-cuarto-brujos-cuarto-dioses?

—Estás absolutamente loca.

—Bueno, ambos están invitados a cenar esta noche —dijo—. Y también tu tía. Mis hijas quieren conocer a la bruja de enfrente —añadió riéndose.

—Allí estaremos.

Annette me dio un apretón en la mano y desapareció, abriéndose paso entre la multitud de paranormales.

—¿A dónde vas? —dijo una voz ronca detrás de mí.

Me estremecí y me di la vuelta. Blake, el ayudante del jefe de policía, se alzaba sobre mí.

—Me voy.

Cruzó los brazos sobre su amplio pecho, mirándome fijamente.

—Discúlpame por haber sido tan idiota.

—Cosas que pasan. —Esperé a que mejorara su disculpa, pero no dijo nada, un hombre lobo de pocas palabras. Miré por encima de su hombro—. Tilly se ve feliz y hermosa como siempre.

La cara de Blake se transformó en una enorme sonrisa.

—Sí. Lo está. —Me devolvió la mirada—. ¿Amigos?

Pensé en ello. Discutir con Blake cada vez que lo veía no sería bueno para los negocios ni para mi relación con Tilly. Moonfell era un condado pequeño. Estábamos obligados a encontrarnos de vez en cuando.

—Amigos —respondí con una sonrisa.

Aparentemente satisfecho con mi respuesta, Blake me mostró una sonrisa y volvió a reunirse con Tilly. Le rodeó la cintura con un brazo y la abrazó. Ella levantó la cabeza para mirarlo y sus labios se encontraron en un beso profundo y apasionado. Hacían una bonita pareja.

Tantas caricias y besos hacían bailar a mis hormonas. Quería algo de eso con cierto medio demonio.

Menos mal que sabía dónde estaba.

# CAPÍTULO 28

Me paré bajo el cartel de Nelson's Oldies but Goodies. Pensar en el cambión aún me hacía sentir un nudo en el estómago. Me habría encantado conocerlo mejor, tomar el té con él mientras me contaba historias de Dash.

Un pequeño cartel en los ventanales que presentaban espeluznantes muñecas antiguas y otras baratijas, decía ABIERTO.

—Pues, bien… —suspiré y abrí la puerta. El tintineo de una campanilla señaló mi entrada.

Nelson's Goodies era un laberinto poco iluminado de tesoros sobrenaturales, cada uno con su propia historia oscura. El aire estaba lleno de un olor a cuero y secretos, y podía sentir la poderosa energía que latía en este lugar, invitándome a explorar sus misteriosas profundidades.

Cuando por fin pasé ese estante tan alto, encontré lo que buscaba.

Dash estaba de pie detrás de un mostrador de cristal en el otro extremo de la tienda. Tenía la cabeza inclinada mientras hojeaba lo que parecía un gran catálogo de inventario. Levantó la vista cuando me acerqué y me dedicó una de esas sonrisas que me hizo sonrojar de inmediato.

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Es lo que hago para ganarme la vida. Encuentro gente. —Me puse frente a él en el mostrador—. Vi el cartel de abierto. ¿Significa que has tomado una decisión?

El semidemonio miró el mostrador como si aún estuviera considerando su decisión.

—Sí, ya la tomé. —Levantó la vista—. Voy a mantenerla abierta. Por Nelson.

—Creo que es una maravillosa idea —dije—. Esto es lo que él quería. ¿Vas a contratar a alguien para que la administre por ti?

Dash dejó escapar un fuerte suspiro antes de contestar.

—No. Lo haré yo mismo. Mejor así. Ahora que no tengo obligaciones con ciertos grupos, soy libre de llevar mi vida como quiera.

—Me alegra escucharlo —Deslicé mi mirada por todo el cuerpo del semidemonio, recordando lo delgado y enfermizo que se veía la primera vez que lo vi después de su transformación de gato callejero a un hombre vagabundo. Ahora, su piel era de un bronceado dorado. Había ganado unos diez kilos de músculo. Se veía saludable y

demasiado sexy en esa tenue luz.

Dash se apartó del otro lado del mostrador para unirse a mí.

—¿Qué se siente al saber que tu padre es un dios?

—Raro al principio, no voy a mentir. Fue un poco impactante. Y luego me sentí aliviada y feliz. Sí. Feliz de entender por fin de dónde vienen mis habilidades.

Rita lo sabía, o más bien había adivinado de dónde venía mi magia. Y había ajustado su propia magia de acuerdo a la mía. No quería sacar a relucir a esa asquerosa demonia en este momento.

—¿Crees que volverás a verlo? ¿A Erebus?

Lo pensé.

—Creo que sí. No sé cuándo. Tal vez en una semana. En un año. Diez años. Pero tengo la sensación de que vendrá. Tal vez traiga a Algar de visita. —La idea de que el líder de Los Renegados estuviera atrapado en algún mundo con una horda de deidades furiosas turnándose para azotarlo era el mejor resultado posible. Me hizo sonreír.

—¿Le diste a Luther la memoria USB? —preguntó Dash.

—Sí.

—¿Entonces, el Consejo Gris nos dejará en paz? No más cargos.

Fruncí el ceño.

—No dijo esas palabras *exactas*. Pero estoy segura de que así será.

—¿Muy segura?

Sonreí.

—Podríamos escaparnos juntos. Siempre he querido ver Alaska. He oído que los cruceros son increíbles.

—Alaska. Hace mucho frío en Alaska.

—Por eso estarás allí. Para mantenerme caliente.

Al cambión se le escapó un gruñido primitivo mientras me agarraba por la cintura y me empujaba con fuerza contra su pecho.

—No te preocupes —me susurró al oído; sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja y me produjeron pequeños cosquilleos eléctricos.

Me reí entre dientes, aunque mis partes femeninas sonaban a melodía.

—Ahora tengo frío. ¿Crees que puedes calentarme?

Dash me estrechó con fuerza y su respiración se agitó contra mi piel. Su deseo era palpable mientras me besaba por todo el contorno de mis labios, provocándome y atormentándome.

Lentamente, sus manos se deslizaron bajo mi camisa, provocándome escalofríos dondequiera que sus dedos rozaban mi espalda. Un ardor recorría todo mi cuerpo, deseándolo más que nunca.

Finalmente, reclamó mi boca con la suya, hundiendo la lengua hasta el fondo y arrancándome un gemido. Enredé mis dedos en su pelo y lo acerqué más a mí, mientras nuestra pasión se intensificaba.

Cada uno de sus besos me dejaba con ganas de más.

Lo besé más profundamente. Emitió un sonido de sorpresa cuando su beso se volvió más agresivo. Una ráfaga de deseo me llegó al corazón y me provocó una oleada de calor en mis partes bajas.

Una parte perversa de mí quería arrancarle la ropa y saltarle encima aquí mismo en el mostrador.

Listo. Ya había perdido la maldita cabeza.

—*Diosa* mía —gruñó, enviando otra oleada de calor a través de mí.

—Demonio mío —ronroneé.

No más Renegados. No más hechizos ni contratos vinculantes. Y no más Rita.

Me aparté de su beso.

—Entonces, ¿cuántos años tienes?

Dash me dedicó una sonrisa pícara.

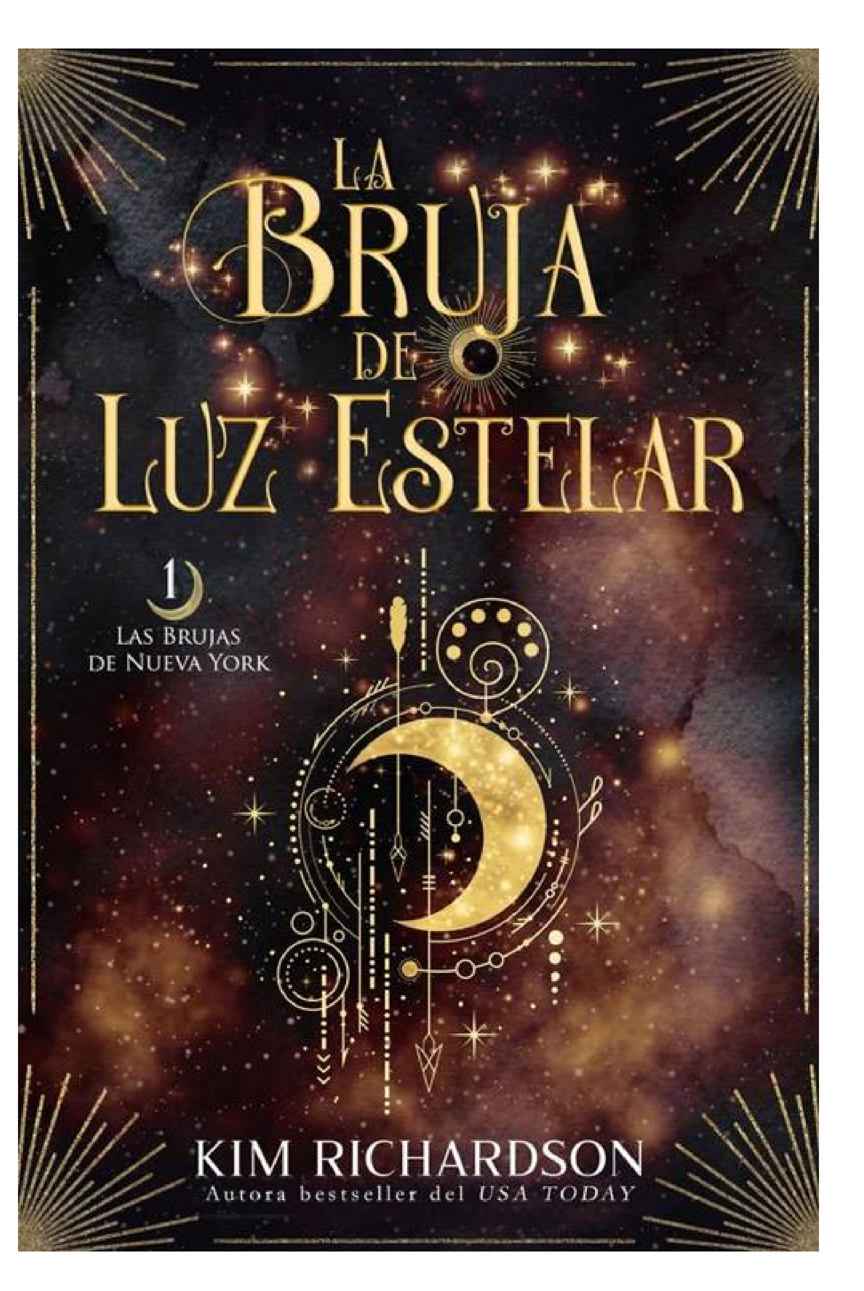
—Soy mayor que tú —dijo y me levantó en brazos.

Solté un chillido de alegría.

—¿A dónde vamos?

—A la parte de atrás para calentarte mi amor.

Y con esa promesa, supe que mi vida nunca más volvería a ser aburrida.




**Encontrarme a mi marido en la cama con otra mujer no era la forma en que pensaba empezar el día.**

O sin hogar al minuto siguiente. Y arruinada.

Así que cuando me llega un trabajo del Hotel Twilight, un hotel paranormal en el centro de Manhattan que sirve de santuario y residencia, lo acepto.

El propietario del restaurante, Valen, tatuado, sexy como el pecado y gruñón, no soporta el drama ni a las mujeres que exigen mucho.

¿Cuál es el problema? Es cruel y peligroso.

Y oculta algo.

Surgen rumores de un oscuro hechizo que significaría el cierre del hotel, y no sé en quién puedo confiar. ¿Tengo lo que hace falta para luchar contra este nuevo mal? Ya lo veremos. Empieza el juego.

Prepárense. Va a ser un viaje lleno de sobresaltos.

# LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

*La Bruja de las Sombras*

*Hechizos de Medianoche*

*Noches Encantadas*

*Mojo Mágico*

*Maleficios Prácticos*

*Perversas Costumbres*

SERIE SOMBRA Y LUZ

*Caza Oscura*

*Vinculada A La Oscuridad*

*El Ascenso de la Oscuridad*

*El Regalo Oscuro*

*Maldición Oscura*

*Ángel Oscuro*

*Ataque Oscuro*

SERIE GUARDIANES EL ALMA

*Elemental*

*Horizonte*

*Inframundo*

*Seirs*

*Mortal*

*Segadores*

*Sellos*

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

*Ladrón de Almas*

*El Alto Mando de la Oscuridad*

*Ciudad de Sombra y Llamas*

*El Señor de la Obscuridad*

REINOS DIVIDIDOS

*Doncella de Acero*

*Reina Bruja*

*Magia de Sangre*

SERIE MÍSTICA

*El Séptimo Sentido*

*La Nación Alfa*

*El Nexus*

# Sobre la Autora

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com